

LIBROS
DEL
Cielo

It only took
a moment to
change her
entire life . . .

Nowhere

but Here

RENÉE
CARLINO

*USA Today Bestselling
Author of Sweet Thing*

a novel



ATRIA
UNBOUND

Esta traducción fue hecha sin fines de lucro.

Es una traducción de fans para fans.

Si el libro llega a tu país, apoya al escritor comprando su libro.

*También puedes apoyar al escritor con una reseña, siguiéndolos
en redes Sociales y ayudándolo a promocionar su libro.*

¡Disfruta la lectura!

NOTA

Los autores (as) y editoriales también están en Wattpad.

Las editoriales y ciertas autoras tienen demandados a usuarios que suben sus libros, ya que Wattpad es una página para subir tus propias historias. Al subir libros de un autor, se toma como plagio.

Ciertas autoras han descubierto que traducimos sus libros porque están subidos a Wattpad, pidiendo en sus páginas de Facebook y grupos de fans las direcciones de los blogs de descarga, grupos y foros.

¡No subas nuestras traducciones a Wattpad! Es un gran problema que enfrentan y luchan todos los foros de traducciones. Más libros saldrán si se deja de invertir tiempo en este problema.

No continúes con ello, de lo contrario: ¡Te quedarás sin Wattpad, sin foros de traducción y sin sitios de descargas!

STAFF

MODERADORA

Mel Cipriano

TRADUCTORAS

Alexa Colton

Vani

Mire

Cynthia Delaney

Anelynn*

Niki

ElyCasdel

Jasiel Odair

florbarbero

anita0990

Jane

Katita

Val_17

Vanessa Farrow

Michelle ♥

Snowsmily

Dannygonzal

Adriana Tate

Gabriela♥

Aimetz Volkov

Moni
Mel Cipriano
Ayrin
Lilizita15
Annabelle
CrisCras
Julie
Miry GPE
CaMi
Aleja E
Valentine Rose

CORRECTORAS

LucindaMaddox

Lizzy Avett'

Laurita PI

Mire

Niki

SammyD

Aimetz Volkov

Elle
Key
Val_17
Jasiel Odair
florbarbero
Paltonika
Amélie.

Miry GPE
Eli Mirced
ElyCasdel
Emmie
Meliizza

LECTURA FINAL

Val_17

DISEÑO

Ana Avila

SINOPSIS

Una reportera de Chicago en sus veinte años, inesperadamente encuentra el amor en el Valle de Napa, cuando es asignada a pasar una semana con un genio famoso y solitario.

Kate Corbin ha perdido su chispa. Desde el exterior, su vida parece estar encantada. Tiene un novio hermoso y de largo plazo, y una brillante carrera de periodismo en un periódico popular de Chicago. Pero, en realidad, su relación no está yendo a ninguna parte y rápidamente está perdiendo la motivación por el que una vez creyó era su trabajo ideal. Cuando su novio la deja sin preámbulos, Kate pierde toda esperanza de encontrar el amor.

Sin familia y pocos amigos, Kate confía en su jefe. Convencido de que la reportera hambrienta está enterrada en algún lugar muy dentro de ella, le da a Kate la oportunidad de reactivar su carrera. La misión: entrevistar al famoso R.J. Lawson, un genio millonario de la tecnología que desapareció hace años, pero que recientemente volvió a surgir como un viticultor en el Valle de Napa. La semana toma un giro inesperado, cuando Lawson se niega a divulgar información. Desesperada por encontrar una pista, Kate se vuelve hacia Jamie, quien le muestra el romance del vino, y agita su corazón dolorido. Pero su conexión con Lawson es ambigua y cuando Jamie desaparece antes de que termine la semana, Kate se queda a investigar otra historia: la verdad detrás del hombre que le robó el corazón.

PÁGINA 1

Cambio en las reglas del juego

Traducido por Moni

Corregido por Elle

Una mañana de octubre, me desperté en mi pequeño apartamento en Lincoln Park a las siete de la mañana, justo como siempre lo hacía. Me alisté, me comí un panqueque seco, me puse cuatro capas de ropa, caminé hacia la estación L en Fullerton, y abordé el tren aproximadamente a las ocho y quince, justo como siempre lo hacía. Nada sobre esa mañana destacaba, pero era un día de cambio en las reglas del juego, sólo que aún no lo sabía. Caminé a través de tres vagones antes de encontrarlo. Tomé asiento detrás de dos de mis compañeros feligreses y me preparé para acoger a las masas. Esta era nuestra iglesia cada mañana, y nuestro pastor era Sólo Bob, o al menos ese era él para mí. La primera vez que lo conocí, le pregunté su nombre y me dijo—: Bob. —Esperé para que continuara y entonces dijo—: Sólo Bob. —Así que, de ese modo lo llamaba.

Las alarmas de advertencia de autopreservación debieron sonar en mi cabeza de veintiséis años cuando un hombre llamado Sólo Bob comenzó a predicar en un tren elevado lleno de personas inocentes hace seis meses, pero esas advertencias nunca me llegaron porque la primera vez que lo escuché hablar, me atrapó completamente. Nunca habló de la Biblia o la religión, o fuego y azufre, nada de eso. La primera cosa que había dicho ese día fue—: ¡Eres todo lo que tienes!

AMÉN.

Era un hombre viejo, de aspecto cansado, probablemente de setenta años. Había cinco cabellos grises que brotaban de su cabeza

redonda y calva, y usaba los mismos zapatos tipo mocasines y el suéter de lana cada día. Su ropa estaba limpia, o al menos se veía limpia, pero aún tenía un olor bastante particular. Olía a libros viejos, como a los recovecos más antiguos de la biblioteca más vieja de la tierra. Imaginé que vivía en un apartamento descuidado que tenía libros viejos apilados hasta el techo. Apenas podía estar de pie, mucho menos caminar, así que era un pequeño milagro que llegara a ese tren como un reloj cada día para hablar con sus fieles seguidores. Éramos tal vez diez. No conocía a los otros —nos manteníamos reservados— pero los rostros se habían vuelto fáciles de reconocer durante los últimos siete meses.

Chicago tenía su cuota de personas totalmente locas a las que les gustaba subirse a la línea L y hablar en voz alta a nadie en particular. Yo había viajado en este tren toda mi vida, pero Sólo Bob era diferente. Él tenía un mensaje que entregar, un mensaje que necesitaba escuchar. Cada día era un tema diferente. Algunas veces canalizaría a Suze Orman y hablaría sobre finanzas personales; otros días hablaría sobre pesticidas y conservantes en la comida, y cómo pensaba que eso provocaba que todos fueran más altos. Ese día, me sentía bastante segura de que canalizaba a Gandhi con un fuerte acento de Chicago. Hablaba sobre ser el cambio que quieres ver. Dijo —: Visualizar para comprender, eso es lo que les estoy diciendo hoy, buenos amigos. Deben verlo antes de que pase. Deben ser su propio oráculo. ¡Visualicen para realizar el sueño!

Cuando nos acercábamos a mi parada, me levanté y me dirigí hacia la puerta. Sólo Bob normalmente se sentaba en el asiento de enfrente cerca de la salida mientras daba su sermón. Mientras pasaba, se levantó con piernas temblorosas y puso su mano en mi hombro. Esto era muy inusual. —Kate —dijo, ni siquiera sabía que él sabía mi nombre—. Es día de un cambio en las reglas del juego para ti. Visualiza para comprender. — Y entonces, como siempre decía al final de sus discursos—. Y recuerda... —Sólo Bob arqueó sus cejas, esperando a que yo acabara la línea.

—Soy todo lo que tengo —dije.

—Exacto.

Era un poco escalofriante en retrospectiva, pero era exactamente lo que necesitaba en ese momento. Soltó mi hombro, y salí del tren en State Street hacia el frío viento de Chicago con el presentimiento más extraño de que mi vida nunca más sería la misma.

No era como si un pequeño cambio haría daño. Después de mi primer encuentro casual con Sólo Bob, comencé a buscarlo cada mañana en la Línea Brown, incluso a pesar de que esa ruta me hacía llegar tarde al trabajo. Comenzó exactamente una semana después de que Rose murió, cuando me sentí verdadera y completamente sola. Rose era la amiga de la niñez de mi mamá, y me había criado después de que mi mamá murió de cáncer de mama cuando tenía ocho años. Mi mamá me tuvo a la edad de cuarenta, después de pasar la mayor parte de su vida pensando que era imposible quedar embarazada —hasta que conoció a mi padre. Lástima que él no se quedara. Nunca lo conocí.

Mi madre era una persona maravillosa. Pensaba que yo era un milagro, así que me adoraba y trataba de darme todo lo que necesitaba. Al mismo tiempo, me enseñó a pensar independientemente. Ella era el tipo de persona que siempre lucía bien hasta que se enfermó, aún recuerdo que me decía: *Eres una niña hermosa, Kate, pero nunca confíes en tu aspecto*. Llevaría su dedo índice a mi sien y diría: *Es lo que haces con esto lo que importa*.

Recuerdo que era afectiva pero estricta, como si estuviera preparándome para los desafíos de la vida. Siempre tuve la sensación de que no estaría alrededor por mucho tiempo, y no lo estuvo, pero al menos tenía a Rose... hasta que ya no más. Murió de una infección después de tener una cirugía para extirparle un cálculo biliar. No entendía qué tipo de Dios se llevaría a la única persona que se preocupaba por mí. Entonces comprendí: *No hay nadie que se preocupe por mí, no importa cuántas personas me rodeen. Soy todo lo que tengo*. Esas palabras se convirtieron en mi mantra.

Recitaba esas palabras mientras entraba al vestíbulo del *Chicago Crier*, un conocido periódico y blog de Chicago, y mi lugar de trabajo desde hacía cinco años. Escribía artículos para la sección de “Intereses Especiales” en temas como los peligros de las grasas transgénicas, yoga vs. pilates, los méritos del lápiz labial rojo, y

dónde encontrar vino barato de calidad. Nunca me daban una tarea seria. Jerry, el editor, me amaba, pero desde el momento de la muerte de Rose producía artículos mediocres con cero entusiasmo. No tenía ninguna expectativa de avanzar en el periódico porque mi energía por la vida se había marchitado, y francamente, no lo merecía. Pero de alguna manera, cuando atravesé las puertas ese día, tuve una nueva visión. No podía saber bien qué era, pero era una imagen de mí en una computadora, escribiendo con fervor y pasión, algo que no había hecho en ocho largos meses.

Cuando llegué a mi piso, encontré a Beth parada cerca de mi cubículo. Era una mujer alta, con cabello grisáceo, de aspecto intimidante, pero tenía un enorme corazón y un verdadero talento para escribir. Vestía como una adolescente con pantalones cortos de baloncesto, camiseta y tenis cada maldito día, pero eso no importaba porque era la principal escritora del periódico y malditamente se lo merecía. Obtenía todas las grandes tareas porque ponía su corazón y alma en cada palabra que escribía. La admiraba.

—Hola, chica.

—Hola, Beth, ¿cómo estuvo tu fin de semana?

—Genial. Escribí diez mil palabras.

Por supuesto que lo hizo. ¿Por qué no podía ser más como ella?

—¿Qué es esto? —Señalé hacia una pila de papeles en mi escritorio. La portada se hallaba en blanco excepto por las palabras en negrita: **R.J. LAWSON**.

—Jerry te va a dar esa historia —dijo. Al principio no tenía idea de que significaba eso, pero luego recordé escuchar el discurso enfático de Jerry sobre R.J. Lawson. Parecía obsesionado por obtener una historia sobre él. Personalmente no lo conocía para nada.

—¿A mí? ¿Por qué rayos me daría esto a mí?

Beth sonrió de forma cómplice. —No sé, pero vendrá en un segundo para hablarte de ello. Cielos, yo quería esa historia, Kate. Nadie ha sido capaz de obtener una entrevista con él desde que desapareció de la vida pública. Aunque me alegro de que la obtuvieras, la necesitas.

Me quedé mirándola por unos instantes y luego murmuré—: Sí, lo sé... puede ser un cambio en las reglas del juego.

Sonriendo, dijo—: Lo tienes, hermana. —Luego dio un salto para lanzar una bola de papel, cayendo perfectamente en el basurero detrás de mí—. Anotación, justo en la red.

Cuando se dio vuelta y se alejó, miré fijamente la pila de papeles ordenada y me reí, pensando que Jerry había perdido la cordura dándome una asignación real. Levanté la mirada para encontrarlo por encima de la división.

—¿Te gusta? Es una exclusiva —dijo, arqueando las cejas.

—¿Por qué yo?

—Kate, ¿qué sabes de ese tipo?

—Nada excepto que has estado acosando a su gente por una historia, y puedo decirte que Beth habría sacrificado fácilmente una extremidad por esta asignación.

Él asintió lentamente y luego miró hacia el techo como si estuviera pensando. La gran habitación tipo almacén se encontraba separada por cerca de cien divisiones de cubículos. El enorme espacio se sacudía y zumbaba con el sonido de los escritores charlando y tecleando frenéticamente en sus computadoras. Jerry ponía diferentes tipos de música a través de los altavoces, creando un capullo de creatividad, pero no me había sentido creativa en mucho tiempo, y no era culpa de nadie más que mía. En ese momento, una triste versión de la canción “*Heartbeats*” de José González se reproducía a través de las ondas radiales. Miré a Jerry mientras continuaba con la mirada arriba, pensativo.

Tenía cuarenta años y se veía exactamente como el actor Richard Dreyfuss por la época de la película *Encuentros Cercanos*. Usaba sus lentes bifocales en el último milímetro de la nariz, lo que lo envejecía, pero él creía que le daba un aspecto de credibilidad. Estaba enamorado de su esposa e hijos, un verdadero hombre de familia, pero no tenía ningún filtro en absoluto, así que no me sorprendió ni un poco cuando finalmente bajó la mirada y dijo—: Eres una buena escritora Kate. Tienes lo que se necesita, y también tienes un bonito trasero.

—¡Jerry! ¿Qué tiene eso que ver con todo? No quiero que me des una gran asignación porque tengo un bonito trasero.

—Sí, sí, no es eso lo que quise decir. Dije que tienes lo que se necesita. R.J. es un soltero de treinta años. Lucir de la manera en la que luces no puede hacer daño.

—Bueno, cielos, gracias —dije sarcásticamente.

—¿No lo quieres? —Alcanzó la pila.

—No. Lo quiero. Es sólo que no puedo creer...

—Era un cumplido, Kate.

—De acuerdo, está bien. —No quiso ofender. Como dije, nada de filtros. Era el hombre más leal del mundo, y no trataba de objetivarme. Creo que pensó que con el historial de R.J. rechazando entrevistas (lo único que sabía de él, basada en lo que Beth me había dicho), el enfoque agresivo de Beth para obtener una historia no sería una buena idea.

—¿Y bien?

—Me encantaría esta oportunidad, Jerry, gracias. Aunque, honestamente, tengo curiosidad. ¿Por qué rayos accedió a darnos una entrevista? ¿Y una exclusiva? No somos exactamente un periódico reconocido nacionalmente.

—Creo que lo molesté demasiado —dijo triunfalmente—. Me mantuve enviándole solicitudes hasta que finalmente respondió. Dijo que le impresionaba mi persistencia, y sintió que nuestro periódico tenía más integridad que los otros. Muy probablemente nos investigó. Parece que está ansioso por correr la voz sobre la sostenibilidad de la bodega de vinos y sus prácticas amigables con el ambiente, las cuales suenan bastante avanzadas. Lo único que destacó en su correo es lo extremadamente privado que es, y cómo preferiría que el artículo se enfocara en el vino, no en su vida personal. Pero Kate, una historia como esta podría lanzar al *Crier* dentro de una nueva liga, especialmente si puedes conseguir los detalles sucios que nuestros lectores quieren. Eso significa averiguar todo lo que hay que saber de R.J. Lawson.

Giré en mi silla del escritorio, crucé las piernas y me incliné hacia atrás. Me sentía intrigada. —Dime que sabes de él.

—Sostente de tu asiento, este tipo es realmente un enigma. En 1998, Ryan Lawson era un joven graduado del Instituto Tecnológico de Massachusetts, prodigio de la ingeniería informática, y

cofundador de la compañía tecnológica más grande en Silicon Valley. Tenía el potencial para ser Steve Jobs y Steve Wozniak en uno solo, una mente inteligente de negocios y un genio tecnológico.

—¡Vaya!

—Sí, inventó un servidor de computadora que es usado en casi todas las agencias del gobierno, bancos, y grandes corporaciones. Es imposible de hackear.

—Entonces, ¿esperas que entreviste a un magnate de la tecnología cuando he estado escribiendo artículos sobre lápiz labial y vino?

—Esa es la cosa, Kate. En 1999, vendió su parte de J-Com technologies y desapareció del radar. Nadie sabía a dónde había ido o qué hacía con sus tres mil millones de dólares. Surgieron los rumores de que se llevó el dinero a África y que construía escuelas por todo el continente con sus propias manos, pero eso nunca fue confirmado.

—Entonces, ¿cómo supiste dónde encontrarlo... y qué está haciendo ahora?

—Comencé a escuchar sobre él hace tres años, cuando se filtró en un periódico de California que había comprado una bodega de casi cuatrocientas hectáreas y un antiguo motel en el Valle de Napa. Se las arregló para mantener las cosas ocultas hasta este año, cuando su vino comenzó a ganar cada premio conocido por el hombre.

Las piezas se unían lentamente. —R.J. Lawson —dije—. ¡Sí, ese vino Pinot es fantástico!

—¿Verdad? Es como si todo lo que este tipo tocara se convirtiera en oro.

—¿Por qué Beth querría entrevistar a un enólogo?

—Porque se ha negado a grandes entrevistadores, y no ha sido fotografiado en más de una década. Imagina si Bill Gates o Steve Jobs hubieran desaparecido en la cima de sus imperios. Es una historia enorme.

—Aún no puedo creer que me lo estés dando a mí.

—Bueno, no voy a mentir, Kate. Has estado escribiendo mierda últimamente. ¿Me pareció escuchar que presentaste una propuesta de escribir un artículo sobre el mito de que la goma de mascar de frutas te da un aliento fresco?

—Es cierto. La goma de mascar de frutas no te da un aliento fresco. Te da un aliento asqueroso, y las personas necesitan saberlo. Vamos, eso es de interés especial.

—La palabra clave sería *interés*. A nuestros lectores no les interesa la inutilidad de la goma de mascar de frutas. Ellos quieren historias interesantes, historias que los harán sentir. Incluso si estás escribiendo una historia sobre vino, necesitas tocar el corazón de los lectores. Tiene que haber un elemento de humanidad en cada cosa que escribas.

—No, sé lo que estás diciendo. Es sólo que no he estado motivada desde... que Rose murió.

Se vio comprensivo por un milisegundo. Tuve el presentimiento de que esa excusa se agotaba. —Tendrías que irte a California mañana. Él ha accedido a hacer la entrevista en dos partes. El martes y el jueves son los únicos días que tiene disponibles, así que te quedarás en el motel allá. Será tranquilo, y probablemente puedes tener la mitad del artículo lista mientras sigas allí. Ve a casa, habla con tu novio sobre ello y házmelo saber.

A él no le importará. No le importaría ni una mierda.

—Lo haré, Jerry. No necesito hablar con Stephen sobre esto. ¿Por cuánto tiempo estaré allí?

Se detuvo con una mirada profunda en los ojos otra vez, y entonces dijo en voz baja—: Has perdido tu chispa, Kate. No vuelvas a casa hasta que la encuentres. Trae de vuelta una gran historia.

PÁGINA 2

Solitaria pero no sola

*Traducido por Mel Cipriano
Corregido por Key*

Mi novio Stephen y yo vivíamos en el mismo edificio. Nos conocimos un lunes hace dos años en la lavandería del sótano y lavamos nuestra ropa juntos todas las semanas desde entonces. Apenas podía llamar a Stephen mi novio porque, aparte de nuestras sesiones de lavandería semanales y la ocasional cena de los viernes por la noche, rara vez nos veíamos. Él era un adicto al trabajo y tenía una carrera en una prestigiosa firma de marketing. Llamaba a su empresa una agencia creativa, pero en realidad era una agencia de hacer dinero. Pasaba demasiado tiempo ideando maneras de convencer a los clientes de vender y cambiar el aspecto de sus productos para que todos pudieran ganar más dinero. Era dedicado y tenía un auto, pero su horario de trabajo le dejaba poco tiempo para una novia. Teníamos más sexo en esa lavandería del sótano, inclinados sobre una lavadora, que en una cama real.

Ese día, dejé el *Chicago Crier* temprano para comenzar a empacar para mi viaje. Stephen me encontró en el sótano a las seis, nuestra hora habitual. Solíamos turnarnos para llevarnos la cena, esta semana él eligió comida tailandesa.

—Hola, ¿cómo te fue hoy? —le dije mientras me inclinaba para besarlo. Stephen era sólo unos pocos centímetros más alto que yo, alrededor de un metro ochenta, pero tenía una presencia mucho más grande debido a su confianza, lo que algunas personas percibían como arrogancia.

—Hola, cariño. Mi día estuvo ocupado, y todo el mundo está golpeando sus cabezas contra la pared por la cuenta Copley. De hecho, tengo que hacer una videoconferencia en pocos minutos —dijo mientras me entregaba un recipiente—. Curry amarillo, ¿verdad?

—Ajá. —Nunca me preguntaba cómo había sido mi día. Abrí la tapa y luego la cerré de inmediato—. ¿Esto es pollo?

—Sí, eso es lo que te gusta. —No era una pregunta.

—Soy vegetariana, Stephen. Lo he sido durante diez años.

—Sí, pero pensé que comías pollo.

—Normalmente la gente no se llama a sí mismos vegetarianos si comen pollo.

—Dios, lo siento. Podría jurar que te he visto comer curry amarillo antes.

—Con tofu.

—Bueno, te ofrecería el mío, pero también tiene pollo —dijo mientras sacaba su teléfono zumbando del bolsillo.

—Voy a comer el arroz.

Se llevó el dedo a la boca para callarme antes de contestar el teléfono. —Stephen Brooks. Sí, la tomaré. Hola, ¿qué pasa, hombre? Oh, estás bromeando, ¿verdad? Dos millones. Eso es lo que le dije.

Mientras Stephen continuaba su conversación, terminé el arroz y empecé a ordenar la ropa. Cuando me agaché, se puso detrás de mí y se empujó en mi contra. Me di la vuelta para encontrarlo sonriendo.

Eres tan sucio, articulé.

Eres tan caliente, me respondió.

Stephen era un atractivo hombre de negocios. Siempre se encontraba bien afeitado. Tenía el cabello oscuro con entradas y ojos de color marrón oscuro que parecían casi negros. Llevaba sólo trajes o ropa de gimnasia. Nunca vestía de manera informal, mientras yo era más de vaqueros y una camiseta de la Universidad de Illinois. No coincidíamos en muchos aspectos, y aunque había química física, nunca sentí como que nuestra relación podría crecer más allá de lo que era. Nunca me presentó a su familia. En los días festivos que iba a ver a sus padres en las afueras, yo me quedaba con Rose. Rara vez

pasábamos tiempo en el apartamento del otro. Después de que Rose muriera, me aislé aún más, en la creencia de que tenía que aprender a estar sola, así que nunca empujé las cosas con Stephen. Él tampoco lo hizo. Seguíamos juntos porque era cómodo. Porque era bueno y pensé que era todo lo que tenía, pero después de dos años, todavía me traía pollo con curry amarillo.

Salté para sentarme en la lavadora. Cuando Stephen terminó su llamada, se dirigió hacia mí, pero no guardó su teléfono; bajó la cabeza mirando la pantalla. Separé mis piernas para que pudiera estar más cerca. Sin alzar la vista, levantó un dedo y dijo—: Un momento, sólo tengo que enviar algunos mensajes.

Era increíble lo solitaria que podía sentirme sin estar sola. A veces, cuando me hallaba con Stephen, me sentía aún peor acerca de mi situación. Realmente me había resignado al hecho de que nuestra relación era principalmente física. Que sólo se trataba de una liberación para los dos. Stephen nunca leyó alguno de mis artículos. Su excusa era que le gustaba leer revistas de negocios y artículos deportivos. Ni siquiera me apoyaba.

—Me voy a California mañana, por una historia. Es algo grande, que Jerry ha tratado de conseguir durante meses. —Asintió, sin dejar de mirar su teléfono—. ¿Me has oído? Voy a salir de la ciudad mañana.

Levantó la vista, luego se inclinó y me dio un casto beso en los labios. —Qué tengas un buen viaje. Tengo que tomar esta llamada, Kate. Lo siento. ¿Llevarías mis cosas cuando termines? Es una llamada muy importante, una cuenta de un millón de dólares. —Me besó de nuevo. Asentí y luegoforcé una sonrisa—. Gracias, cariño —dijo mientras se giraba y dirigía hacia la puerta del sótano, llevándose su comida.

Como dije, no le importaría ni una mierda.

Esa noche, cuando fui al apartamento de Stephen para dejar su ropa, abrió la puerta todavía con su traje. Se deshizo de la corbata y arremangó su camisa, pero el teléfono seguía pegado a su oreja.

Gracias. Te escribiré, articuló.

Le entregué la cesta llena con su ropa, y dije—: De nada. —Con una voz muy baja.

Le gustaba escribirme. Pensaba que era sexy enviar mensajes sucios de ida y vuelta, pero cuanto menos nos conectábamos en la vida real, más insignificantes se volvían esos mensajes.

Efectivamente, dos horas más tarde, mientras me encontraba en la cama, recibí un mensaje.

Stephen: *Te veías increíble esta noche.*

Normalmente hubiera contestado algo así como *Tú no te veías tan mal*, porque al menos Stephen lo intentaba, y sentía como que también debía decirle alguna cosa, pero esa noche se volvió algo muy claro para mí. Empecé a visualizar una relación donde me sentía querida. No podía distinguir la cara de la persona que sería, pero de alguna manera, sabía que no era Stephen.

No le respondí durante varios minutos. En su lugar, fui a Google y escribí R.J. Lawson. Recorrí interminables artículos aburridos sobre sus primeros éxitos y las contribuciones que sus inventos habían hecho a los avances tecnológicos en las comunicaciones y la seguridad. Había poco, o nada en absoluto, sobre su vida personal. Un artículo mostraba un prototipo de servidor que reveló en una exposición de ciencia, con una foto suya, de pie junto a la máquina. No podría haber tenido más de doce años, con una boca llena de ortodoncia. Busqué una y otra vez por más imágenes, pero cada vez que su nombre se vinculaba a una imagen, era la de un ordenador, la bodega o el logotipo de la organización de caridad que había formado. Iría a la entrevista sabiendo mucho sobre los logros de R.J. Lawson y su labor filantrópica, pero muy poco sobre el hombre.

Comprobando la hora, me di cuenta que ya le había dado suficiente tratamiento del silencio a Stephen.

Kate: *Si me veía tan increíble, ¿entonces por qué no estás en mi cama ahora mismo?*

Stephen: *Reunión mañana temprano. Qué tengas buen viaje. Nos vemos cuando regreses.*

No respondí. Sólo me dormí pensando: *Soy todo lo que tengo.*

Licencia “periodística”

*Traducido por Ayrin
Corregido por Val_17*

Al día siguiente, volé al Aeropuerto Internacional de San Francisco a las dos p.m. Mi primera entrevista con R.J. Lawson fue programada para las cinco de la tarde, y todavía tenía que salir de la ciudad, pasar el muy transitado puente Golden Gate, y llegar al Valle de Napa. Esperaba que los taxis estuvieran disponibles una vez que llegara porque no tendría mucho tiempo para holgazanear. No comí en el avión, así que estaba hambrienta y comenzaba a tener dolor de cabeza.

Mientras esperaba en la cinta de equipajes, saqué mi itinerario de viaje del coordinador del *Chicago Crier*. Bajo los datos del vuelo, había un número de reserva de alquiler de autos. Inmediatamente llamé a Jerry.

—¿Por qué hay una reserva de alquiler de autos en mi itinerario?

—Bueno, hola para ti también. Te hemos conseguido un auto de alquiler porque Napa es grande. Pensé que te gustaría ir a explorar mientras estás allí. Ademáis... el viaje en taxi por un solo camino habría sido más dinero.

—¡Apenas sé conducir, Jerry!

—Tenemos una licencia de conducir en el archivo para ti.

—Sí, conseguí mi licencia de conducir después de que mi novio de la secundaria me enseñara a conducir en un estacionamiento del centro comercial. No he conducido desde entonces.

—Aprieta el acelerador para poner en marcha, el freno para parar, y dirige esa rueda gigante situada frente de ti. ¿Qué tan difícil puede

ser?

—Bien, sólo espero que tengan una gran póliza de seguro. Esto va a ser una pesadilla. —Colgué y agarré mi maleta que, por supuesto, fue la última en aparecer en la cinta transportadora.

En la compañía de alquiler, una joven empleada me dirigió hasta el auto. —Tengo que hacer una rápida inspección visual para marcar cualquier daño existente. Seré muy rápida.

—No te preocupes. —Lancé mis bolsas en el maletero y luego me metí en el asiento del conductor. Era un pequeño sedán, nada especial, pero se veía muy nuevo. Sentí el motor y luego me di cuenta que la encargada todavía no me daba la llave.

Ella saltó alrededor del auto y se paró fuera de mi puerta. Inclinandose hacia mí a través de la ventana, me sonrió muy agradablemente y me dijo—: No hay daños, ya está todo listo, pero creo que es posible que necesites esto.

Levantó un pequeño cuadrado negro. Abrí la puerta. —¿Qué es eso?

—Es tu llave.

—¿Cómo es eso una llave?

Puso la mano en su cadera y ladeó su cabeza. —¿Nunca has visto el botón de encendido antes?

—No. —*Estoy tan jodida*. Evidentemente los autos habían cambiado en los últimos diez años.

La encargada me dio un rápido tutorial después de que le dijera que no había conducido en un largo tiempo. Creo que sintió pena por mí.

—Es como ir en bicicleta, ¿de acuerdo?

—Sí, gracias, ese es un muy buen consejo.

Escribí la dirección de la bodega en el GPS y luego procedí a sacar el auto del camino de entrada de la compañía de alquiler. Chillé y pisé el freno cada cuatro metros hasta que salí a la calle. Iba a ser un aprendizaje duro. La señorita del GPS me llevó con éxito a Golden Gate, pero no llegué a disfrutar ni un minuto de ello. Estaba segura que iba golpear a un peatón o un ciclista o lanzarme desde el sólido puente, no podía apartar mis ojos del auto delante de mí. Una vez que estuve fuera de la ciudad, vi el local de comida rápida Wendy's

y me salí de la carretera. La señorita del GPS empezó a ponerse frenética.

—Recalculando. Hacia el norte en DuPont por 1.3 kilómetros.

Hice un rápido giro en U para llegar al otro lado de la autopista y a los amorosos brazos de un granizado de chocolate.

—Recalculando. —*Mierda. Cállate, mujer.* Golpeé frenéticamente los botones hasta que por fin pude silenciarla. Hice un giro a la derecha, luego otra vez hasta el estacionamiento de Wendy's y en la línea del autoservicio. Eché un vistazo al reloj. Eran las tres cuarenta. Todavía tenía tiempo. Me detuve en el altavoz y grité—: Voy a tener patatas fritas y un granizado grande de chocolate.

Justo en ese momento, escuché un sonido de sirena muy fuerte. *Chillido.*

Miré en el espejo retrovisor y vi la fuente. Era un oficial de policía en una moto. *¿Qué está haciendo?* Me senté allí, esperando en el altavoz de Wendy's para confirmar mi pedido, y luego otra vez. *Chillido.*

—Señora, por favor, retírese del autoservicio y estacione a un lado.

—*¿Qué está pasando?*

Rápidamente bajé la ventanilla, saqué la cabeza y miré a mí alrededor hasta que el policía estuvo en mi punto de vista. —¿Me está hablando a mí?

Para mí absoluto horror, usó el altavoz de nuevo. —Sí, señora, estoy hablando con usted. Retírese del autoservicio. —*Santa mierda, estoy siendo detenida en un autoservicio de Wendy's.*

—Disculpe, ¿persona de Wendy's? Tiene que cancelar ese último pedido.

Unos segundos pasaron y luego la voz de un muchacho llegó por el altavoz. —Sí, nos dimos cuenta de eso —dijo antes de estallar en carcajadas y cortar la comunicación.

El policía era muy amable y también pareció encontrar un poco divertida la situación. Aparentemente había hecho un giro ilegal a la derecha en un semáforo en rojo justo antes de entrar al estacionamiento. Después de humillarme completa y absolutamente, me dejó con una advertencia, que fue agradable, pero seguía sin tener un granizado.

Sacando del bolso mi vieja gorra del equipo de béisbol *Chicago Cubs*, decidí que nada iba a interponerse en el camino de mi amado granizado. De incógnito, me dirigí hacia la puerta. Al parecer, la gorra no fue suficiente, ya que el chico que se parecía a Justin Timberlake detrás del mostrador no podía contenerse.

—Hola —dije.

—Hola, ¿qué puedo hacer por ti? —dijo, y luego llevó la mano a su boca, luchando por contener una gran cantidad de risas y haciendo ruidos de arcadas en la parte posterior de su garganta en el proceso.

—¿Puedo tener un granizado extra grande de chocolate, por favor? Y hazlo rápido.

—¿Todavía quieres las patatas fritas con eso? —Hubo más risas y luego también escuché risas en la parte trasera.

—No, gracias. —Pagué, agarré mi vaso, y salí corriendo de allí.

El Valle de Napa era hermoso en octubre. El sol se ponía, los últimos rayos penetrando a través de los grandes árboles de eucalipto que se alineaban en el camino hacia la bodega. Salí del auto, tomé un par de fotos, y me saqué unas cuantas capas de ropa. En ese momento, llevaba pantalones negros y una chaqueta muy arrugada, tratando de lograr —sin éxito— el aspecto sofisticado de una periodista. Hacía calor en Napa comparado con Chicago en esa época del año. Sabía que me hallaba a sólo unos minutos de distancia, así que me tomé un poco de tiempo para repasar las preguntas de la entrevista, luego me subí al auto y conduje hacia la propiedad de R.J. Lawson.

La señorita del GPS me notificó que me acercaba a mi destino. Cuando llegué a un punto en el que tenía que girar a la izquierda para ir a la bodega, me detuve y esperé que un auto que venía de la dirección opuesta, pasara. Pasó, y luego otro apareció en la distancia, y luego otro. Finalmente, tuve que correr el riesgo y girar rápidamente. Justo cuando lo hice, intenté retroceder y choqué el auto contra una camioneta, sacándonos del camino de entrada a la bodega. La bolsa de aire se activó con bastante fuerza en mi cara, en el mismo momento que me di cuenta del metal crujiendo y sentí la fuerza de la colisión. Empecé frenéticamente a alejar la bolsa de aire desinflada cuando vi una figura fuera de la ventanilla del copiloto.

—¿Estás bien!? —gritó.

Asentí y unos segundos después abrió la puerta para mí.

Salí rápidamente y corrí hacia la parte delantera del auto, luego miré la camioneta que había golpeado de frente. Era una vieja y clásica camioneta Ford. No parecía tener ni un rasguño, sin embargo, mi auto de alquiler se encontraba completamente destrozado. Qué día estaba teniendo. En ese momento, quería llamar a Jerry y decirle que la única forma de encontrar mi “chispa” era si yo misma me prendía fuego.

—¿Es esa tu camioneta? —dije, señalándola. Todavía temblaba, confundida.

Miré al tipo. Comenzó a caminar lentamente hacia mí. Era un hombre alto con el pelo un poco largo, decolorado por el sol. Sus profundos ojos verdes parecían preocupados. Me di cuenta que llevaba una camiseta con el logo de R.J. Lawson en ella.

—¿Segura que estás bien? Parece que podrías estar en shock —dijo. Empecé a balancearme. Me sujetó poniendo sus manos en la parte exterior de mis hombros.

—¿Trabajas aquí?

—Sí, soy Jamie. —Tenía una mandíbula desaliñada pero definida, y aunque era delgado, había algo resistente y fuerte en él. Llevaba unos pantalones oscuros y botas de trabajo negras. La piel de su rostro era completamente lisa. Tenía la piel más oscura que el típico chico blanco de Chicago al que estaba acostumbrada. Evidentemente pasaba mucho tiempo fuera. Cuando miré sus manos, me di cuenta de que las utilizaba para el trabajo. Parecían fuertes y callosas.

—Tengo que conseguir tus datos, Jamie.

Su bonita boca se curvó en una sonrisa perezosa. —Creo que tú me golpeaste, así que yo voy a necesitar *tus* datos. —Dios, era guapo, y mi nivel de vergüenza aumentaba a cada segundo.

—Está bien. —Me puse de pie junto a la puerta y saqué un pedazo de papel de mi bolso. Rápidamente escribí la información y caminé hacia donde se encontraba. Cogió el papel de mi mano. No me di la vuelta pero escuché una suave risa.

Me molesté aún más después de darme cuenta que mi auto no era manejable y faltaban sólo cinco minutos para la hora de la entrevista.

Maldito mundo. Cuando finalmente me giré hacia Jamie, tenía una sonrisa estúpida y satisfecha.

—¿Qué? —dije mientras lo fulminaba con mi mirada.

—¿Eres Jerry Evans?

—Sí, ¿y qué?

—Bueno, cuando hablamos por teléfono esta mañana tu voz era un poco más profunda.

—Esa es toda la información que necesitas, aunque no me parece que tu camioneta necesite ninguna reparación. Lamento haberte golpeado, ¿de acuerdo? Es que no conduzco mucho y estoy llegando muy, muy tarde a mi entrevista con R.J. Lawson.

—Oh, ¿tú eres la reportera?

—Soy la periodista, sí.

—Bueno, es mejor que apures tu pequeño trasero hasta allí. R.J. se pone muy molesto cuando la gente llega tarde.

Resoplé y luego empecé a sacar mi maleta del maletero. Jamie se quedó firmemente parado donde estaba, todavía con una sonrisa tonta.

—Oye, Jerry, ¿quieres un aventón? No creo que este auto te vaya a llevar demasiado lejos. —Me apoyé en su camioneta para disfrutar la vista del muy largo camino hasta los edificios de la bodega. Era un paseo de veinte minutos por lo menos.

—Mi nombre es Kat.e... —Busqué palabras y luego con voz temblorosa, dije—: y. sí.

—¿Sí a que, Katy? —Ladeó su cabeza y arqueó las cejas—. ¿Quieres que te dé un aventón hasta la entrada? ¿Es así como lo pides amablemente?

—Una vez más, mi nombre es Kate, no Katy, y sí, por favor, si fueras tan amable de darme un aventón, realmente lo apreciaría.

Hizo una pausa, mirándome de arriba a abajo, y luego alzó la vista al cielo y empezó a rascarse la barbilla como si estuviera tomando la decisión de su vida.

—Hmm_ bien, Katy, creo que lo haré. En realidad, sería un placer para mí darte un paseo hasta el camino de entrada, a pesar de que casi me mataste hoy. —Finalmente me rendí y tuve que reírme de la situación.

Jamie logró sacar mi auto de alquiler de la carretera. Observé la flexión de sus brazos mientras empujaba. Su brazo derecho se encontraba completamente cubierto de tatuajes tribales. No el típico diseño que encuentras en las paredes de un salón de tatuajes, era único, casi dentado, y algunos eran de un color rojo-anaranjado. Era muy atractivo, y parecía fuerte y capaz. Me pregunté lo que hacía en la bodega, pero mis pensamientos fueron interrumpidos. Cuando alcancé su camioneta para entrar, noté a un labrador de color chocolate sentado en posición perfectamente vertical en el asiento del pasajero, llevando un cinturón de seguridad.

—Esa es Chelsea. Vas a tener que pasar por encima y sentarte al medio porque ese es su lugar.

Me di la vuelta por el lado del conductor y le sonreí antes de subirme. —¿Usa un cinturón de seguridad? —dije, riendo.

—Sí, y menos mal que lo hace, de lo contrario, habría salido volando a través de esa ventana cuando estrellaste tu auto contra nosotros.

—Te dije que lo siento. —Soné un poco quejumbrosa.

Subió al asiento del conductor, arrancó la camioneta, y me dio unas palmaditas en la pierna. —Sólo estoy bromeando.

No podía recordar la última vez que alguien tocó mi pierna así. Normalmente, eso me habría hecho sentir muy incómoda. Estaba sentada contra él, un desconocido a quien acababa de golpear con mi auto, pero había algo en su actitud que me hizo sentir a gusto, exceptuando el hecho de que tenía un fuerte olor a alcohol. Había un olor abrumadoramente potente de vino en el aire. —¿Has estado bebiendo?

Se agachó y levantó la camiseta para olerla.

—Curiosa Katy, reportera que está primero en el lugar de las noticias. —Hizo una pausa y me lanzó una sonrisa de satisfacción—. Trabajo en una bodega de vinos, preciosa. Hoy limpié los barriles. —Señaló con su pulgar la parte trasera de la camioneta. Me di la vuelta y vi tres barriles de vino atados en la base de la camioneta.

Sacudí la cabeza y rodé los ojos para mí misma. *En serio, ¿podría avergonzarme más hoy?* Ni siquiera me había encontrado con R.J. Lawson todavía, pero ya me sentía dispuesta a renunciar.

—¿Hacia dónde te dirigías cuando te golpeé?

—Sólo daba un rápido viaje a la ciudad para comprar provisiones.

—Pensé que la gente en California era más consciente del medio ambiente. ¿No son estas viejas camionetas cerdos de gas y horribles contaminadores?

Mirando por la ventana, sonrió. —Transformé el motor. Funciona con biocombustible.

—¿De qué es?

—Grasa de Donas. Cero contaminación, y el combustible sale gratis desde la panadería local.

—¿Estás bromeando?

Se limitó a sacudir la cabeza.

Chelsea miraba por la ventana delantera. Cuando me giré para mirarla, también se giró y me miró directamente a los ojos. —Hola —dije. Esperaba que respondiera, pero en cambio, apartó su mirada con indiferencia y siguió mirando por la ventana.

—Es como una persona.

—Sí, ella es mi chica.

Le sonreí y luego pellizcó mi muslo.

—¡Oye!

—Oye, tú. Lo hicimos. Te dejaré aquí. —Señaló la ventana de un edificio—. Ahí está la oficina de R.J. No estés demasiado nerviosa, el tipo es un idiota con todos.

Me reí. —Gracias. —Me ayudó a salir de la camioneta y sacó la maleta de la parte posterior. Cuando la alcancé, se aferró al asa. Mi mano cayó sobre la suya, pero en vez de alejarla, por alguna razón, la mantuve ahí. Pasé mis dedos sobre sus nudillos callosos y luego lo miré. Me miraba directamente, entrecerrando ligeramente sus ojos, como si estuviera tratando de leer mi expresión. Se acercó y se apartó rápidamente, mostrando una pequeña sonrisa sincera. Cuando cerró la brecha entre nosotros otra vez, podía sentir el calor que irradiaba de nuestros cuerpos, se inclinó hacia mi cara. Pensé que iba a besarme, y luego lo hizo, justo así, aunque fue solo un pequeño beso en la mejilla. Sus dedos se posaron en mi otra mejilla. Sus labios se quedaron allí por unos segundos y luego lo escuché inhalar profundamente.

Se alejó unos centímetros y sonrió. Sus ojos parecieron iluminarse con curiosidad y algo más. Deseo, tal vez. —Te lo dije, no estés nerviosa. Todo saldrá bien. —Su voz era suave.

Me quedé completamente congelada. No podría haberme apartado de inmediato aunque lo quisiera. Mis manos hormigueaban. Temblé mientras estábamos allí, mirándonos el uno al otro por varios segundos. Me aclaré la garganta y luego, en apenas un susurro, dije—: Lo siento mucho por golpearte.

Él negó con la cabeza lentamente, sin apartar sus ojos de los míos. —No te preocupes por eso. ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

—Oh. —Mi corazón empezó a golpear como si no fuera a resistir. *¿Va a invitarme a salir? Santa mierda*—. Um^ voy a estar aquí hasta el viernes por lo menos, pero... tengo novio.

—Iba a ofrecerte mostrarte los alrededores de la bodega en caso de que R.J. no tenga tiempo.

—Oh. —*Otro momento embarazoso que agregar a mi día apocalíptico*—. Bueno, entonces sí, eso sería genial.

Sonrió todo el camino hasta sus ojos. —Está bien, Katy la Reportera con un Novio. Nos veremos por ahí. —Caminó hacia su camioneta.

—Es Kate, y soy periodista.

Cuando se alejaba, se asomó por la ventana y saludó con la mano. —Buena suerte, hermosa chica. Lo vas a hacer muy bien. —Mis rodillas se doblaron. Me sujeté de la barandilla exterior del edificio. Mis nervios se hallaban desenfrenados, pero no a causa de mi entrevista con Lawson. Sentí algo que jamás había sentido. Y lo sentía por un hombre que acababa de conocer.

PÁGINA 4

Hipérbole

*Traducido Por Lilizita15, Annabelle & CrisCras
Corregido por Jasiel Odair*

Me tomó un momento serenarme y disfrutar de mi entorno. Todas las construcciones de viñedos se agrupaban en la parte superior de la calzada, bordeada a lo largo por árboles. Cada sección lucía como si acabara de atravesar una reciente renovación. La arquitectura artesanal daba un aire como de cabaña rústica. A la izquierda, se encontraba la posada, una gran casa de tres pisos con vidrierías intrincadas y una pesada puerta de roble que mostraba un diseño complejo de maderas entrelazadas. El cartel decía: *Juntos Traemos la Calidez*. Incluso en la tarde, con el brillo del sol poniéndose en el cielo, podía ver un destello naranja desde las lámparas de pared al aire libre y el camino de luces de mica, que exudaban una acogedora amabilidad. Situada a la derecha de la posada había una pequeña estructura con un diseño similar, un cartel indicaba que albergaba la sala de degustación y restaurante. A la distancia, detrás del restaurante podía ver lo que lucía como una bodega, que asumí era donde se hacía el vino, y al lado de esta, un granero rojo que podía haber sido sacado de un rancho de ganado en Wyoming.

Me paré enfrente de cuatro pequeños búngalos, uno de los cuales asumí era la oficina de R.J., las otras oficinas eran del personal. Desde mi vista, podía decir que había mucha más propiedad que no podía ver. Alrededor del grupo de edificios, en cada dirección, había plantas de enredaderas. Formaban un interminable océano de hileras idénticas, desapareciendo en el horizonte. No podía ver donde

terminaban: se repetían interminablemente. Las estructuras a mí alrededor resaltaban contra su uniformidad, como pequeñas islas.

Mi teléfono vibró una vez. Pulsé el botón del icono de mensajes y leí:

Stephen: Tengo una reunión de trabajo hasta tarde. Te llamaré en la mañana, cariño.

No respondí. No me preguntó cómo estuvo mi viaje, como era Napa, o si incluso seguía viva. Simplemente era más de la retórica de Stephen, el mensaje obligatorio, el obligatorio “cariño”. Eran solo palabras, nunca hubo ningún sentimiento o experiencia para unir esas palabras. No había nada para justificar lo que hacíamos. Cerré mis mensajes y me di cuenta que eran las cinco y diez. Me retrasé. Fue entonces cuando sentí una mano en mi hombro. Me sacudí y giré rápidamente.

—Lamento haberte asustado. Soy Susan, la gerente general de aquí. ¿Tú debes ser Kate?

Ella parecía tener unos cincuenta años. Era rechoncha, con una manicura perfecta y una melena completamente gris. Vestía un traje negro, una camisa blanca y un par de gafas estrechas de montura negra.

—Sí, estoy aquí para una entrevista con R.J. Disculpe, llegué atrasada, tuve algunos problemas con el auto. Jamie tuvo que traerme por la colina.

Se enderezó y cuadró sus hombros. —¿Él lo hizo?

—¿Eso es un problema?

—Bueno, envié a Jamie por un encargo, pero supongo que no es una sorpresa que se desviara. —Me miró de arriba a abajo muy lentamente. *¿Qué demonios se supone que significa eso?*

—¿Ah?

—No es nada.

—En realidad, choqué la camioneta de Jamie con mi auto. —Repentinamente parecía bastante preocupada—. Se encuentra bien, y va en camino con su encargo. No quiero que tenga problemas si se demora.

Su expresión se volvió cálida y entonces se ríó entre dientes. —Jamie no está en problemas, encanto. —Puso su brazo alrededor de

mis hombros y me empujó hacia la puerta. Dejamos mi maleta en el recibidor. Susan se inclinó y me dijo en voz baja—: Vamos, te presentaré al gran jefe.

Caminamos a través de un pequeño cuarto con un escritorio y luego nos dirigimos hacia una puerta abierta. Entré, encontrando a R.J. recostado en su silla, evaluándome.

—R.J. esta es Kate Corbin. Kate, este es R.J.

Susan dejó la habitación de inmediato. Me aproximé a él con la mano extendida pero no se levantó. Se inclinó sobre el escritorio, sacudió mi mano y se recostó muy rápidamente, haciéndome sentir instantáneamente incomoda.

A pesar de todo, decidí hablar con confianza. —Es un placer conocerlo.

—Esperaba una rubia —dijo con una sonrisa de superioridad.

Su comentario me aturdió. Me quedé inmóvil. —Ah, sí, ¿y eso por qué?

—Siempre he relacionado el nombre Kate con rubias.

Supuse que había un parecido muy general entre R.J. y el chico de doce años que vi en la fotografía la noche anterior: hombre blanco con el pelo castaño y los ojos claros. El R.J. adulto no tenía características sobresalientes en absoluto. Sus frenos se habían ido, pero también su sonrisa, lo cual probablemente respondía al misterio de porqué era tan solitario, claramente tenía pobres habilidades sociales. Lucía un traje azul realmente aburrido con una camisa a rayas y corbata. Sus gafas nerd con estilo y las demás elecciones le daban un aire de genio de las computadoras que probablemente pasó más tiempo a solas con aparatos que con otro ser viviente.

—¿Supongo que nunca escuchó de Kate Middleton o Katie Holmes?

—Oh, eres ágil.

—Y usted inapropiado.

Se levantó inmediatamente, aplaudió una vez, y anunció—: Bueno, supongo que eso termina las cosas, Kate.

—No, lo lamento. —Me dejé caer en la silla al otro lado de donde se encontraba. Lo arruiné, y sabía que tenía que recuperarlo—. Me

disculpo. Simplemente me confundió. No esperaba ningún comentario acerca de mi color de cabello.

Se sentó, pero aún me escudriñaba. —Comencemos con esto entonces. Llegaste tarde. Solo tengo una hora y aún no te he llevado a la sala de degustación.

Busqué a tientas entre mis cosas y saqué la grabadora. Él se levantó inmediatamente.

—No. Sin artefactos de grabación ni fotografías. Solo notas. Me dijeron que Jerry se encontraba al tanto de esto.

—Lo lamento, no quiero citar sus palabras incorrectamente.

—Entonces no arruines tus notas.

Vaya, este tipo va de un bastardo inapropiado a un imbécil ofensivo en dos segundos.

Susan entró y anunció—: La sala de degustación está lista para cuando deseen ir allá.

—Aún no he contestado ninguna pregunta. —Su boca se curvó en una sonrisa satisfecha. Ella negó con la cabeza y salió. No podía asegurar si ese gesto iba dirigido a mí o a R.J., pero supongo que sería el último.

—Vamos a empezar, ¿de acuerdo?

Se deslizó hacia adelante en su silla, descansando el rostro en sus afianzadas manos. —Dispara, Kate. No tenemos toda la noche a menos que quieras llevar esta entrevista a mi habitación.

—No, gracias. —*¿Cuál es el problema de este tipo?*—. Entonces, escuché que ha pasado un tiempo construyendo escuelas en África. ¿Puede contarme un poco acerca de eso?

—Te dije que sólo respondería preguntas acerca de la bodega, pero si debes saberlo, es cierto. Tengo una organización que construye escuelas en África.

Sonreí hacia sus delicadas manos con uñas de manicura perfecta.

—Así que, ¿en realidad no construía escuelas por sí mismo, con sus propias manos?

—Vayamos a las preguntas de la bodega, Kate. —Sonrió y arqueó una ceja.

—Correcto. Cuénteme acerca de la bodega. Me gustaría saber cómo transformó este lugar y aprendió acerca de sus métodos de

producción.

—Bueno, este lugar me costó un ojo de la cara, te diré eso. Creo que también es acerca de cómo manejas a tus empleados, haciéndoles saber quién es el jefe, sabes. —Se me escapó una risita—. ¿Estás en desacuerdo con eso?

— No... supongo que no estoy sorprendida. ¿Y su método de producción?

—No sé demasiado sobre eso. Dejo que Guillermo lo maneje. Aunque creo que es bastante estándar. Él ha trabajado para los anteriores propietarios desde los ochenta.

—Entonces Susan es la gerente general y Guillermo lleva la producción y distribución de vino.

—Eso es correcto.

—¿Qué hace Jamie?

Ladeó su cabeza. —¿Ya conociste a Jamie?

—Sí.

—¿Qué estaba haciendo?

—Un encargo. Tenía algunos barriles que había limpiado en la parte trasera de su camioneta.

—Jamie hace un poco de todo por aquí. Trabaja en el viñedo y también en mantenimiento. Algunas veces trabaja en la posada y en la tienda cuando surge la necesidad.

Interesante. Un hombre que sabe cómo usar sus manos.

—¿Qué distingue a R.J. Lawson como bodega y productor de vino?

Vio sus anotaciones y comenzó a dejar salir los hechos. —Nuestra bodega es casi un cien por ciento autosuficiente. Nuestro objetivo número uno es producir vinos de calidad y una experiencia de calidad en un ambiente completamente sustentable. Tenemos un sector hidropónico¹ de una hectárea, un jardín natural y un pequeño rancho para alimentar nuestro restaurante. Nuestros animales crecen libres de hormonas en las mejores condiciones y con la mejor alimentación disponible. Tenemos novecientos cincuenta paneles solares instalados en varios lugares a través de la propiedad, que producen el cien por ciento de la energía que utilizamos, únicamente

a partir de la energía limpia del sol. Todos nuestros vehículos funcionan con energía limpia o combustible eficiente, incluso los tractores y máquinas que usamos en el viñedo y el rancho. Solo usamos cosas caseras, pesticidas orgánicos en el viñedo y los jardines. La tradición de la elaboración de vino en esta propiedad ha sido heredada por años, nosotros solo la actualizamos. Agregamos medidas de control de calidad y métodos modernos ambientalmente racionales a un viejo procedimiento. Tenemos un enfoque bastante práctico, y creo que esa es la belleza de este oficio. —Finalmente levantó la mirada con temor. Cada vez era más evidente para mí que este tipo se sentaba detrás de su cómodo escritorio mientras agitaba su billetera gigante y lanzaba órdenes a su equipo con su gigante boca. La razón de que un equipo fuera leal a un imbécil como R.J. Lawson me confundía.

—Eso es increíble. Estoy realmente impresionada, ¿pero me está diciendo que de verdad tiene un enfoque práctico? —Me concentré en sus manos sin marcas de nuevo.

Se levantó, se inclinó sobre su escritorio, y me miró fijamente. — ¿A qué estás jugando?

—No juego a nada, sólo intento entender qué tan práctica es en realidad la bodega R.J. Lawson.

—Vamos a la sala de degustación; por supuesto, a menos que quieras saltarte esa parte e ir directamente a mi habitación, ¿y quizás así puedas conseguir un poco más de información personal acerca de R.J. Lawson?

—Me ha hecho tres insinuaciones en los últimos veinte minutos. ¿Se da cuenta que estoy escribiendo un artículo que será publicado a nivel mundial?

—No te he hecho ninguna insinuación. No te alagues, eres demasiado altanera para mí. De cualquier manera, ¿por qué simplemente no sigues redactando artículos sobre lápiz labial y yoga? ¿No es eso en lo que son buenas las mujeres periodistas?

—¿Qué me detendrá de escribir que es un imbécil retraído?

—¿Qué me detendrá de no aprobar tu artículo de mierda antes de la publicación?

Lo miré fijamente y ladeé la cabeza, completamente desconcertada. —¿De qué está hablando?

—Oh, ¿supongo que no sabes acerca de la cláusula de aceptación que hice con Jerry?

—No, no lo sé. ¿Por qué no me pone al corriente?

Sonrió con satisfacción pura. —Jerry acordó que diera mi aprobación sobre el artículo completo antes de la publicación. Si no me gustaba, no saldría. Entonces, pequeña y curiosa Kate, ¿aún piensas que soy un imbécil?

Mi corazón latía aceleradamente. Me paré abruptamente y me incliné hacia él, a sólo unos centímetros de su rostro. Empuñé mis manos y traté de contener la furia que se construía en mi pecho. Respiré hondo, me calmé, y repliqué—: Llamó el tipo de The Verizon². Quiere que le devuelvas sus anteojos.

R.J. resopló y sacudió la cabeza. —Hora de irse. Te acompañaré hasta allá, pero no puedo decir si me quedaré por mucho tiempo. De alguna manera, compartir el vino contigo perdió su atractivo en el momento en que te conocí, y además, tienes nariz de ratón.

Hijo de puta.

¿Qué se apoderó de mí? No podía creer que acababa de arruinar la asignación más importante que me habían dado por intercambiar insultos juveniles con un idiota. Su conducta era reprochable, pero la mía también lo era, y desearía saber cómo podría escribir un artículo que le hiciera justicia del todo a la bodega, al periódico, y a mí misma.

Nos dirigimos hacia la puerta, y para mi sorpresa, la mantuvo abierta para mí. Susan se levantó de su escritorio en la primera habitación y se unió a nosotros mientras salíamos. Una vez fuera, bajé la mirada y vi que mi maleta desapareció. En su lugar, se encontraba Chelsea. Se veía como una estatua, mirando hacia el sol que desaparecía detrás del horizonte.

—Hola, Chelsea. ¿Qué hiciste con mi maleta? —Se sentó allí imperturbablemente, una expresión verdaderamente majestuosa en su rostro. Entonces se volteó, me miró, y luego de regreso al sol, descartando casi por completo mi presencia.

Susan se rió. —Jamie llevó la maleta a tu cuarto. Te puedo acompañar hasta ahí cuando termines en la sala de degustación. — Me sonrió cálidamente y entonces puso su brazo alrededor de mis hombros—. Va a ser tan fácil ganarse a Chelsea como a R.J. No te preocupes por la entrevista. Sólo escribe el artículo acerca de la bodega y olvídate de él.

—¿Estabas escuchando?

—Un poco. —Se rió y luego comencé a reír. R.J. caminaba lo suficientemente lejos de nosotras para poder escuchar nuestra conversación.

—¿Siempre es así?

Se detuvo y colocó ambas manos en mis hombros, girándome hacia ella. Era casi siete centímetros y medio más baja que yo, una mujer pequeña pero con una presencia poderosa. Su boca enmarcada con gruesas líneas de expresión. Tenía una natural cara seria, entonces cuando sonreía lucía casi condescendiente. —Esta bodega es un lugar realmente hermoso y tiene una administración fantástica. Las personas que trabajan aquí han puesto sangre, sudor y lágrimas en lo que hacen para que sea lo que es hoy.

—No respondiste mi pregunta.

—Olvídate de R.J. La primera cosa que experimentarás es nuestro fenomenal vino, y hemos escogido solo el mejor para tu cata.

—Gracias. —Aún no podía entender la indiferencia que Susan mostraba hacia R.J. y el franco desdén de Jamie. Le sonreí de todos modos y caminamos a través de dos grandes puertas de caoba. La sala de degustación me quitó el aliento. Era una habitación grande con un techo alto y vigas de madera, sofás, arte y muebles hechos a mano por todas partes. Me sentía como en una acogedora casa de campo, a pesar de que el techo se encontraba al menos a unos dieciocho metros de altura.

En un extremo de la habitación había una gran chimenea de madera tallada, enmarcada con piedra de río que se extendía por encima de ella hasta llegar al techo. Esta sala hubiera sido intimidante pero había música celestial de Miles Davis saliendo por los altavoces, y la calidez de la chimenea era tan acogedora. Había algunos clientes en las sillas de descanso y en los sofás situados cerca

de la chimenea, pero la mayoría de los visitantes se hallaban apiñados alrededor de la gran barra cuadrada en el centro de la habitación donde ocurría la cata. Caminé hacia la barra, pero me detuve en una cabina de madera donde algunas botellas eran exhibidas, así como algunos bocadillos, mermeladas, aceites de oliva, y otras golosinas artesanales. Susan me observaba pacientemente mientras asimilaba todo. R.J. se dirigió directamente a la barra.

Levanté la vista al techo por unos momentos, al arte de las paredes, el encanto de principios de siglo había sido sin duda el tema predominante. Grandes fotografías en blanco y negro de los viñedos de la bodega colgaban de las paredes, claramente tomadas décadas atrás. La sala era un tributo. Lo era mientras viajaba en el tiempo a un lugar mejor, uno donde podías escaparte del moderno ajetreo y bullicio, tomar una copa de vino, escuchar a una leyenda del Jazz, y simplemente estar ahí. Seguí a Susan a la barra, y cuando reconocí la canción de Miles Davis, vi a Jamie girar desde el otro lado y caminar hacia nosotros. La canción era "*Someday My Prince Will Come*". Jamie nunca quitó sus ojos de mí.

Alzó sus brazos y sonrió de oreja a oreja. — ¡Katy, lo hiciste!

— Lo hice.

— Qué bueno verte de nuevo.

Extendió una mano hacia R.J.

— R.J.

— Jamie. ¿Todo bien?

— Siempre, R.J. Siempre.

Ese intercambio parecía extraño, casi tenso. Tenía el presentimiento de que Jamie no era el empleado más complaciente, y claramente R.J. no era el mejor jefe. Me senté a su lado en los taburetes de la barra. Después de que Jamie pusiera dos copas de vino en frente de nosotros, Susan fue detrás de la barra y él la siguió al otro lado. Incluyó su cuerpo de un metro ochenta y dos hacia ella, vi cómo le susurraba algo en el oído. La miraba cautelosamente y entonces ella masajeó su espalda de arriba abajo antes de que se inclinara y besara su mejilla. Palmeó su espalda y entonces se fue, agitando su brazo hacia mí mientras se iba. Había algo maternal en su comportamiento hacia Jamie. Cuando él se giró y se dirigió de

vuelta hacia nosotros, me fijé más de cerca en su apariencia. Se había aseado desde nuestro encuentro en el camino. Llevaba una camisa polo negra con el logotipo de R.J. Lawson en ella, vaqueros oscuros y un par de zapatillas Converse que lucían nuevas. Tenía el pelo peinado hacia atrás. Me di cuenta que era lo suficientemente largo para que unos pequeños rizos de cabello sobresalieran detrás de su oreja. Eso atrajo mis ojos a esa parte de su cuello. Mientras servía la primera cata, levanté la vista y noté que sus ojos me observaban.

Me lanzó una sonrisa ladeada. —¿Ves algo que te guste? —Sacudí la cabeza con nerviosismo.

El celular de R.J. sonó. —Guarda eso, hombre —le dijo Jamie, con una mueca enojada. *Oh, Dios mío.*

—Debo atender —dijo R.J. al levantarse y caminar hasta la puerta.

—Guau, no puedo creer que le hayas hablado así.

—En este momento, se encuentra en mi lista. Ya sabes, tiene tiempo sin darnos un aumento. —Sonrió y luego ladeó la cabeza hacia el vino que acababa de servir. La pequeña barba en su rostro no podía ocultar sus sutiles hoyuelos al sonreír. Era innegablemente apuesto con su mandíbula cincelada, pero también había algo verdaderamente adorable en él. Aún tenía un indicio de bebé escondido detrás de su tosca buena apariencia.

Tomé la copa. —Ese es nuestro Estate Pinot Noir del 2009, el que se lleva todos los premios. —Me observó tomar un sorbo. Cuando su mirada descendió hasta mi boca, noté una pequeñísima sonrisa en sus labios—. ¿Qué tal?

—Es asombroso, totalmente delicioso y vibrante. —Comenzó a asentir y sonreír, aparentemente feliz ante mi satisfacción—. Su acidez está perfectamente balanceada y tiene un acabado muy bueno y natural. Es realmente fantástico. —De nuevo miraba hacia mis labios.

—Pensé que te gustaría —dijo con suavidad.

El breve momento fue intenso. Se sentía cómo si sería completamente normal que me inclinara y lo besara en agradecimiento por el vino. Tenía que hacer algo rápido.

—R.J. coqueteó conmigo como veinte veces durante toda la entrevista. Desearía que me gustara más, ya que éste lugar es

maravilloso y el vino es absolutamente divino. —Eso definitivamente hizo añicos el momento.

Los ojos de Jamie se abrieron de par en par y el músculo en su mandíbula se tensó. —¿Coqueteó contigo?

—Sí, muchísimo.

—Estás bromeando.

—Nop.

—Dios, qué imbécil.

—Sí.

—¿Le dijiste a Susan?

—Creo que ella lo escuchó, pero de todas maneras, ¿de qué serviría?

—Bueno, puede que ella sea capaz de enderezarlo. —Tenía una sonrisa ligeramente pertinente, pero no entendía por qué—. En verdad lamento que te haya tratado de ese modo.

—No te preocupes. No es tu culpa.

Asintió lentamente, pero no parecía convencido. —¿De qué más hablaron en la entrevista? —Las cejas de Jamie se encontraban arrugadas y sus labios completamente lisos. No estaba del todo segura sobre cómo contestarle—. ¿Mencionó lo duro que trabajamos aquí para hacer que éste lugar sea completamente sustentable?

—Sí, lo hizo —dije inmediatamente y sonreí.

Asintió. —Bien, eso está bien.

—Simplemente no me dijo mucho sobre su vida personal. Intentaba saber más sobre la organización en África.

—La organización está genial. En verdad ha crecido mucho durante los últimos ocho años, y hace cosas muy buenas para las personas, especialmente para los niños de toda África.

—Supongo que R.J. podría no ser tan malo después de todo. —Alcancé mi copa y tomé el último sorbo de vino.

—Continuemos. ¿Qué te puedo ofrecer ahora? ¿Algo más intenso, con más cuerpo? —De algún modo, me olvidé que Jamie hablaba sobre vino. Se encontraba inclinado con los brazos recostados sobre la barra. Me miraba fijamente a los ojos, con tanta intensidad que sentía como si estuviese mirando dentro de mí.

—¿Ah? —Ahora era yo la que miraba sus labios. Sonrió muy sutilmente.

—¿Qué te gustaría probar ahora, Katy?

—Uh, ¿qué? —Mi voz sonó bastante aguda.

—El vino, Katy. El vino —dijo, riendo.

—¡Oh, cierto! Um, de hecho estoy hambrienta, en verdad creo que necesito ir a mi habitación y recostarme. Y debería comer algo antes de seguir tomando vino, de lo contrario, tendrás que cargarme para sacarme de aquí.

—No me importaría —dijo. En ese punto, R.J. ya había regresado silenciosamente y se sentó en la barra a terminar su copa.

—¿Te gustaría que te acompañara hasta tu habitación? ¿O quizá puedes usar esas habilidades de reportera de investigaciones y encontrarla por ti misma? —En serio era un bastardo presumido.

Antes de poder responder, Jamie intervino—: Susan dijo que la acompañaría.

—Bueno, entonces me iré. Kate, supongo que tendremos que intentar esto de nuevo cuando regrese el martes a la ciudad, aunque no creo que ninguno de los dos estemos particularmente emocionados ante eso. —Se giró sin dirigirle la palabra a Jamie y se dirigió hacia la puerta.

No pude controlarme, y una vez que estuvo lo suficientemente lejos, dejé salir el suspiro que había estado reteniendo. —Es un completo idiota.

Jamie asintió y luego estiró sus manos para tomar las mías. —Escucha, olvídate de él, simplemente escribe sobre la bodega. Todos amamos éste lugar. *Actuó* como un idiota, pero eso no refleja lo que hacemos. Susan, Guillermo y yo te mostraremos todo lo que hacemos aquí. —Había urgencia en su voz—. Mira, Katy, sube a tu habitación y relájate, haré que el chef te suba algo especial. En verdad lamento lo de R.J.

—¿Eres familia de Susan? —pregunté. Su cabeza se echó hacia atrás sorprendido—. Bueno, vi la manera en que le hablaste, y lucía como si te estuviera consolando.

—Oh, ¿sí? Bueno, supongo que podría decir que ha sido como una mamá para mí. Ella me consiguió este trabajo.

—Uh, interesante. —Me levanté lentamente de mi taburete—. Tengo muchas preguntas —dije suavemente, casi para mí misma, pero sé que Jamie me escuchó.

—Sigamos con esta conversación después. ¿Eres alérgica a alguna comida, o hay algo que no sueles comer?

—Soy vegetariana.

—De acuerdo. —Me sonrió con ternura. Hubo silencio mientras nos mirábamos fijamente el uno al otro. La conexión era palpable—. ¿Risotto de hongos?

Me encontraba en un limbo, mirando todavía hacia sus ojos, y él hacia los míos. Se sentía como si estuviera excavando en lo más profundo de mi alma. Me cautivaba, me tenía encantada con nombres fantasiosos para platos de arroz. Debía estar muy hambrienta.

—¿Eso es una hipérbole?

—No. —Se rió—. Es el plato especial del chef Mark.

—Suenas asombroso.

Hizo una pausa y luego susurró—: Eres hermosa.

—Tengo novio —susurré de vuelta.

—Ya lo mencionaste.

Justo en ese momento mis rodillas se doblaron, pero por suerte, Susan apareció de repente a mi lado y me tomó por la cintura, levantándose.

—Tienes que comer, jovencita. Estás esquelética, y no queremos que te desmayes —dijo.

Miré a Jamie, quien se encogió de hombros. —Tiene razón. Sube a tu habitación, jovencita.

Susan me tiró hasta la puerta, y me giré para hablar sobre mi hombro. —Adiós, Jamie. ¿Te veré mañana?

—Por supuesto —dijo, sonriendo.

Caminando hacia la posada, tomé la oportunidad para interrogar a Susan.

—¿Jamie conduce una motocicleta?

—No.

—¿Está en alguna banda?

—No que yo sepa.

—¿Qué hay de los rodeos? ¿Participa en ellos?

Se rió. —Jamie hace muchas cosas alrededor de la propiedad de R.J. Lawson. Es nuestro hombre para todo tipo de trabajos, te darás cuenta en los próximos días. Y aunque veo que te has dado cuenta de algunas de sus tendencias de chico malo, en realidad es un chico dulce y completamente bueno. —Su sonrisa se desvaneció abruptamente al cuadrar sus hombros y mirarme directo a los ojos —. Debes saber que es como un hijo para mí. Ha experimentado grandes pérdidas personales y ha sido traicionado por personas que se supone que debían amarlo. En este lugar encontró un hogar y una familia. Espero que no vengas aquí a buscar alguna historia en todo esto. O, ¿quizás estés buscando algún romance pasajero? Si es así, viniste al lugar equivocado —dijo con una sonrisa superficial.

—Guau, Susan. Jamie puede cuidarse por sí solo —dije. Se encogió de hombros—. De todas maneras, sólo tenía curiosidad. Y a propósito, tengo novio.

—¿A quién se lo estás recordando?

Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. Me puse en aprietos y me avergoncé, pero contuve las lágrimas. Era una profesional.

—Estoy buscando detalles para el artículo, eso es todo. Se supone que esté escribiendo un artículo sobre R.J. Lawson y bueno... ya sabes cómo salió esa entrevista —dije eso último con un enorme nudo en la garganta.

—Lo lamento, Kate. Actuó muy inapropiadamente. No es como somos todos aquí, y le he pedido que termine la entrevista vía e-mail para que así no tengas que pasar de nuevo por eso el martes.

—¿Qué? ¡No! La razón por la que estoy aquí es para conseguir esa entrevista en persona. No obtendré lo que necesito si calcula todas las respuestas en un correo.

Susanladeó la cabeza y bufó. —Ese hombre tiene un rol muy pequeño en todo lo que se hace aquí.

Apunté un dedo hacia el cielo. —¡Lo sabía! Sólo es su enorme y estúpida billetera, ¿no es cierto? Todos piensan que es un genio, pero probablemente sólo lanza su dinero y ya.

Respiró profundo. —Sé hacia dónde te diriges, Kate. Escucha, los empleados te mostrarán los alrededores y te contarán cómo

manejamos el viñedo, el restaurante y la posada. Depende de ti lo que salga en ese artículo, pero sé que ya debes haber escuchado que R.J. tiene el poder de vetar lo que quiera, así que espero que pienses dos veces la manera en que abordas tus comentarios.

Entramos a un gran establecimiento de dos pisos y subimos por unas estrechas escaleras hacia el primero. Me sostuve a la fina y pulida baranda de madera hasta que llegamos al piso. Me tendió una llave. —Tu habitación está aquí. Pronto traerán tu cena. ¿Espero que podamos comenzar de cero mañana?

—Sí. No puedo esperar —dije con sinceridad. *Conseguiré una historia sin importar qué.*

Sonrió y se dirigió a las escaleras, gritando sobre su hombro—: En la mañana conseguirás un itinerario debajo de tu puerta.

Guau, ¿un itinerario? Ésta era una operación muy cuidadosamente organizada.

Cerré la puerta y me recosté contra ella, examinando la habitación, luego me paseé lentamente. Se encontraba decorada con elegancia, con el mismo estilo de Arte y Artesanía que el vestíbulo. Un gusto exquisito. Tenía una cama con doseles junto a unas puertas dobles que llevaban hacia un pequeño balcón con dos sillas de capitán. El baño tenía una hermosa bañera con patas, y un lavabo de porcelana enmarcado con detalles dorados y azulejos decorativos a lo largo de las paredes. Colapsé encima de la cama de plumas cubierta con acolchadas almohadas blancas y un edredón de ojales. Comencé a escribirle un mensaje a Stephen.

Kate: Estoy bien, aunque no te importe.

Stephen: ¿Tienes idea de qué hora es aquí?

En verdad había tenido un día colosalmente agotador, pero me sentía valiente y decidí arriesgarme.

Kate: ¿Me amas?

Mi teléfono sonó de inmediato.

—¿Qué sucede, cariño?

—¿Me amas?

—Por supuesto.

—¿Sabes dónde estoy y lo que estoy haciendo?

—Estás fuera de la ciudad en una misión.

—No trabajo para el jodido Servicio Secreto, Stephen. Te dije a dónde venía, pero por supuesto, no me escuchaste.

—Has estado distante.

—¿Yo? —dije sorprendida.

Suspiró. —Desde que Rose murió y comenzaste a tener ese sueño, Kat.e... ese jodido sueño tan bizarro... y seguiste a ese indigente en el tren como si lo adoraras. No entiendo qué pasa contigo. No te culpo por perder la cabeza un tiempo, pero esto lleva meses.

—Yo.

—No, escúchame. Somos diferentes, Kate; siempre lo hemos sido. Las cosas no han estado bien desde hace un tiempo.

—Espera. ¿¿Me estás echando a mí toda la culpa, imbécil?! ¿Intentas romper conmigo primero?

—Escucha.

—No, tú escucha, Stephen. Dios, ¿cómo puedes ser tan despiadado? No es un sueño que tengo sobre Rose, es una jodida pesadilla, y a veces me levanto y me doy cuenta que la pesadilla es real. Se ha ido, al igual que mi madre. Nunca regresará, pero su triste y solitaria vida aún me persigue. Yo era todo lo que ella tenía, y luego cuando murió fue como si nunca hubiese existido. Me aterroriza terminar de la misma manera, pero al menos te tenía a ti, aunque ahora no estoy tan segura de que haya sido así alguna vez. Ahora ya no importa. —Me calmé mientras Stephen se mantenía en silencio—. Ya no importa porque no te quiero. Te diré por qué estuve escuchando a Bob en el tren: es porque tiene razón. Yo soy todo lo que tengo.

Comencé a llorar, pero me cercioré de que Stephen no pudiese escucharme. Luego, finalmente, en la voz más calmada y pronunciando cada sílaba con indiferencia, dijo—: Bueno, supongo que eso es todo entonces, Kate.

Tragué. —Dime la verdad. ¿En serio crees que me amas?

—No lo sé.

—Creo que ya deberías saberlo. —Mi voz se quebró.

—Lo lamento —dijo suavemente.

—Entonces, ¿esa es tu respuesta?

Sin esperar, le colgué, sintiéndome más estupefacta que triste. Las lágrimas se detuvieron. Me sentía conmovida. pero no por perder a Stephen, sino porque había perdido dos años de mi vida con alguien que no me amaba. Supongo que mi reacción significaba que yo tampoco lo amaba. Sorprendida, miré fijamente una pequeña rotura en la pared durante un rato, hasta que escuché tres golpecitos en la puerta. Un temblor me recorrió antes de saltar de la cama y correr hacia la puerta, abriéndola de par en par dramáticamente. Era un hombre mayor con una bandeja. Si hubiese sido Jamie, le habría saltado encima. —Su cena, señora. —Me quité del camino y le permití dejar la bandeja en el pequeño comedor en la esquina de la habitación—. Risotto de hongos y una botella de nuestro Pinot Noir del 2009, sus respetos de parte del chef Mark Struthers y R.J. Lawson.

—¡Oh, seguro! —Me reí maniáticamente, haciendo un loco cacareo. El día finalmente acabó conmigo. El mesero me dio una mirada aterrorizada mientras abría la botella de vino y servía una copa.

—Disfrute, señora —dijo y luego salió rápidamente. Una vez que se fue, me tendí de nuevo sobre la cama mientras las lágrimas comenzaban a caer una vez más. Pensé en Stephen e intenté pensar en algún recuerdo verdaderamente feliz con él además de follarlo encima de la lavadora en el sótano, lo cual difícilmente puede ser considerado como feliz. En retrospectiva, nuestro tiempo juntos fue mediocre, por decirlo de la mejor manera.

A Rose nunca le cayó bien; había dicho que era un pez frío. Pensé en el sueño al que Stephen se refirió en nuestra pelea. Poco tiempo después de que Rose muriera, comencé a cuestionar mi vida tan profundamente que comenzó a alterarme. No tener familia ni saber de dónde vienes puede hacerte sentir como que no existes.

Me miraba en el espejo y no me reconocía a mí misma. Decía—: ¿Quién soy? —Una y otra vez, y la sensación, la ansiedad de no saber la respuesta me llenaba de pánico. Desearía haberle hecho cada pregunta que se me ocurriera antes de que muriera, pero no lo hice. Sólo había unas cuantas fotos y un poco de información que sabía sobre mis padres y abuelos, pero no eran lo suficiente para

imaginarme sus vidas. En mi mente, si ellos no existían, entonces yo tampoco existía, y fue cuando comencé a creer que eso era verdad que los sueños comenzaron, como unos pequeños susurros que me retorcían por dentro.

El funeral de Rose fue con el ataúd cerrado, pero en mi sueño se hallaba abierto y ella estaba allí tumbada, sin parecerse en nada a sí misma. En mi sueño, vestía de blanco, un color que nunca llevaba, y un vestido que indudablemente no era suyo y con el que definitivamente no la había enterrado. Parecía un vestido de novia, con mangas de encaje y un corpiño de satén, pero Rose nunca se casó... al igual que mi madre, vivió una existencia mundana y solitaria. Caminé hacia ella y pude sentir la presencia de alguien más a mi lado, pero no sabía quién era. Me incliné hacia delante y miré fijamente a Rose, yaciendo allí sin vida y pareciendo mucho más joven de lo que había sido en realidad cuando murió. Tenía largos mechones castaño rojizos que caían sobre sus hombros en la forma más angelical. Incluso aunque parecía tener alrededor de veinte años, mucho más joven de lo que yo la conocí alguna vez, había una sensación obvia de que el cuerpo que yacía allí era mi Rose.

Cuando me giré para mirar a la figura de pie junto a mí, algo me detuvo, una fuerza invisible. Fue como uno de esos momentos de los sueños en los que intentas con todas tus fuerzas hacer algo físicamente, pero tu cuerpo no te lo permite. Me sentí paralizada. Todo lo que sabía era que la figura emitía una presencia pacífica y tranquilizadora. Me pregunté si era mi madre, o mi padre, o Dios. Bajando la mirada hacia el ataúd, noté un pequeño movimiento, y luego el movimiento se hizo más pronunciado. Me incliné para acercarme más. La boca de Rose se movía, pero podía decir que tenía problemas. Sabía que se encontraba cerrada con un cable, la forma en que se prepara tradicionalmente un cuerpo para el entierro. Sus ojos se abrieron tanto como podían, y movía violentamente sus labios, intentando abrir la boca; era espeluznante. *¡Está viva! Ayúdenla*, seguía gritando, pero mi voz no hacía ningún sonido. Ella intentaba darme un mensaje desesperadamente, pero no podía oír lo que decía. Todo lo que podía oír era el sonido de latidos de corazón, y ese es el momento en el que siempre me despertaba.

Cada vez que tenía ese sueño, suplicaba por un segundo más. Reproducía la escena una y otra vez, queriendo tan desesperadamente descifrar lo que ella trataba de decirme. Su cuerpo muerto, tumbado allí en un ataúd, intentando hablarme era la más espantosa visión. Aun así, deseaba poder acercarme un centímetro más, solo para oírla, porque sabía que era un susurro. Incluso terrorífico, sabía que era un susurro que cambiaría el curso de mi vida para siempre, si solo pudiera entender cuál era el mensaje.

Tal vez me advertía sobre Stephen. Tal vez era su última súplica para que me deshiciera de él de una patada. Y tal vez, solo tal vez, envió a Bob para recordarme que soy todo lo que tengo.

Me recompuse, tomé una profunda respiración, caminé hasta la mesa, me senté, puse una servilleta sobre mi regazo y comencé a comer. Mesa para uno, y me parecía bien. Iba a concentrarme en mi trabajo, escribir el artículo, con suerte impresionaría a todo el mundo en el periódico, y seguiría adelante con mi vida.

Una copa de ese Pinot tan bueno no era suficiente; tomé dos, luego tres. El risotto sabía divino. Me comí hasta la última pizca y pensé: *Mira, así es la vida. A nadie le importo una mierda y eso está bien, porque yo sí me importo.*

Se encontraba oscuro afuera en el balcón, podía ver cada estrella en el cielo mientras vaciaba mi copa de vino. Me hacía sentir tan insignificante en el mundo como sabía que era. Entré y llamé a la recepción y les dije que podían recoger la bandeja. Me había bebido tres cuartos de la botella de vino y me sentía entumecida cuando escuché los tres mismos golpes en la puerta. Mi plan era disculparme con el pobre hombre por mi absurdo comportamiento de antes, pero cuando abrí la puerta no se hallaba allí. En su lugar, estaba Jamie, en toda su gloriosa belleza. Tenía una pequeña caja en una mano y algo más detrás de su espalda en la otra. Di un paso hacia atrás y le dejé entrar en la habitación.

—Hola.

—Hola. ¿Nunca te vas a casa? —Una de las esquinas de su boca se alzó, revelando el hoyuelo. Me di cuenta de que mi comentario sonó maleducado—. Quiero decir, ¿trabajas veinticuatro horas al día?

—Vivo en la propiedad.

—¿Aquí? —Señalé alrededor de la habitación.

—No, vivo en^ —Se rió un poco antes de hablar otra vez—. Vivo en el granero.

—¿Vives en el granero? —Mis ojos se ensancharon.

—Es un granero realmente agradable, ¿está bien? —dijo en voz baja. Hubo algo en la forma en que lo dijo que hizo que mis dedos sintieran un hormigueo, como si estuviera prometiéndome algo, tal vez una invitación.

Durante unos pocos segundos, estuvimos en silencio. Había tomado mucho vino.

—¿Qué tal estaba el risotto? —Bajó la mirada a mi boca.

—Delicioso.

—Me gusta la forma en que dices la palabra, como si realmente quisieras decirlo.

—Lo hago —dije, y luego lo miré descaradamente de arriba abajo.

—Te traje algo. —Me tendió la pequeña caja y luego la dejó en la gran mesa de la entrada, junto con otra botella de Pinot—. En caso de que necesites una de reserva. Y eso es solo un pequeño regalo —dijo, señalando la caja.

—Dudo que deba beber más vino.

Se encogió de hombros. —Bueno, solo por si acaso. —Se dio la vuelta para salir. En la puerta, se volvió a mirarme—. Fue agradable conocerte, Kate. Espero que tengas una buena noche.

—Espera un minuto.

Se giró inmediatamente, y hubo algo esperanzador en la mirada en su cara. —¿Sí?

—Bueno, quiero ver qué me trajiste, así puedo darte las gracias en persona de forma apropiada. —Tomé la pequeña caja y la abrí para encontrar dos de los chocolates salados de aspecto más delicioso colocados en dos pequeños mantelitos—. Oh, mi favorito. ¿Cómo lo sabías?

—Buena suerte adivinando, supongo. —Estaba de pie cerca de la puerta, apoyándose contra la pared con las manos en los bolsillos.

—Y gracias por el vino, pero de verdad, no debería tomar más.

—Podemos compartirlo si quieres.

Sonreí y luego tomé un chocolate de la caja y lo mordí, el caramelo deshaciéndose sobre mis dedos. Dando unos pocos pasos hacia él, extendí la mano, sosteniendo el chocolate cerca de su boca. — Podemos compartir. — Me sentía borracha, pero no me importaba.

Envolvió su mano alrededor de mi muñeca, tirando para acercarla. No apartó sus ojos de mí mientras tomaba lentamente el chocolate con su boca y luego chupaba el caramelo de mi dedo índice. Se inclinó para acercarse a mi oído y habló suavemente—: ¿A tu novio le gusta compartir? — Sonrojada de la cabeza a los pies, me quedé allí parada, muda. Retrocedió un paso y se rió un poco—. Solo estoy jugando contigo, Katy. — Examinó mi cara. Me veía conmovida—. Seré respetuoso, lo prometo.

Le di un puñetazo de broma en el pecho. — Muy bien, entonces abre el vino.

— ¿Es así cómo lo pides amablemente?

— Oh, estás presionando. — Ambos nos reímos—. Está bien, vamos a tomar algo de vino, por favor.

Agarró la botella, el abridor, dos vasos, y luego dijo—: Vamos a dar un paseo. Deberíamos estar afuera en una noche tan espléndida como esta. Te mostraré la piscina.

Tomando nada más que la llave de mi habitación, lo seguí hacia la puerta. Miré el espejo. Todavía llevaba puesta mi ropa de trabajo y mis zapatos formales. Había recogido mi pelo en la cima de mi cabeza en un desordenado moño y tenía tenues rayas de rímel negro bajo mis ojos por el llanto. Era la imagen de la peor cita para un hombre. *No es una cita*, me recordé, pero también empezaba a darme cuenta de que Jamie no era cualquier hombre. No parecía que estuviera repugnado.

Era difícil no mirarlo fijamente. Había algo dulce pero innatamente confiado en la forma en que se comportaba. Cuando llegamos a la punta de las escaleras, le dedicó un asentimiento de barbilla al hombre que se encontraba detrás de la recepción.

— Vamos a la piscina, George.

— Está bien, amigo, enviaré a alguien con toallas.

Empecé a objetar. ¿Para qué demonios necesitaríamos toallas?

Jamie extendió un codo hacia afuera para que enlazara mi brazo a través del suyo, y luego sacudió la cabeza.

—No te preocupes por ello, las toallas son buenas para sentarse.

—Cierto —dije con seguridad.

Caminamos a través de la gran sala hasta una terraza, y bajamos varios pequeños tramos de escaleras de piedra hasta una puerta. Leí un letrero que había en la valla que decía que la piscina cerraba a las diez.

—Deben de ser más de las diez.

—Limpio esta piscina. Puedo nadar en ella a cualquier hora que quiera. —Me guiñó un ojo.

—Pensé que no íbamos a nadar. Espera un minuto, ¿también limpias la piscina? ¿Qué no haces por aquí?

—He hecho cada uno de los trabajos de esta propiedad durante al menos un día. Incluso hice las labores domésticas durante una semana.

—¿Por qué?

—Curiosidad, supongo. Quería saber cómo hacer cada trabajo, y Susan realmente me ama, así que me permitió darle una oportunidad. A veces simplemente reemplazo a otras personas porque siempre estoy aquí, ya sabes.

—¿R.J. siempre está aquí?

—Él está mucho por aquí.

La piscina era preciosa, con una cascada de piedra cerca de una mesa en el lado opuesto de donde estábamos. Mientras Jamie abría el vino, yo tomé una silla.

—Vamos a sumergir los pies. —Me miró con impaciencia—. ¿Quieres?

—¿No está fría?

—Es climatizada.

—Está bien.

Me quité los zapatos de una patada y enrollé mis pantalones, luego lo seguí hasta el borde de la piscina, donde colocó dos toallas. Enrolló sus vaqueros y se sentó con gracia antes de hundir los pies en el agua. Mis dedos se movieron nerviosamente con el deseo de peinar el pelo revuelto que cayó sobre su rostro. Lo observé con

atención mientras extendía la mano y la pasaba a través del mechón, mostrando cómo se flexionaban los músculos de su brazo. No podía quitarle los ojos de encima. Cuando me tendió mi vino, notó que lo miraba.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada. Solo quiero olvidarme de todo por un rato.

—¿De verdad? —Parecía emocionado. Asentí—. Tengo una gran idea.

Hundí los pies. El agua estaba muy cálida, como la del baño. Calmó inmediatamente mis nervios.

—¿Cuál es tu idea?

—Bueno, curiosa Kate, te lo mostraré.

Se levantó de un salto, corrió hasta la puerta, jugueteó con algo, y entonces todas las luces se apagaron —las luces de la piscina, todas alrededor de la zona del patio, incluso la cascada. Todo se encontraba en silencio. Podía ver el vapor que subía de la superficie del agua. Un millón más de estrellas se hicieron visibles. Bebí un sorbo de mi vino y entonces escuché la conmovedora voz de Will Ryan filtrarse a través de los altavoces exteriores. Jamie apareció a mi lado.

—Me encanta este hombre. Es bueno —dije.

—Sí, es impresionante. Él y su esposa van a tocar en un pequeño bar local el sábado, si quieres verlo conmigo.

—Me encantaría, si todavía estoy aquí. —Finalmente alcé la mirada y me di cuenta de que el espléndido Jamie se hallaba sin camiseta y desabrochando la hebilla de su cinturón. Incluso en la oscuridad, pude ver los músculos nervudos de sus brazos y sus definidos abdominales y pecho. Sólo me sonrió juguetonamente—. ¿Qué estás haciendo?

—Vamos a apartar tu mente de las cosas con un pequeño chapuzón.

—No voy a darme un chapuzón.

—Está bien, está bien. —Se quitó los pantalones de un tirón y se tiró a la piscina, llevando nada más que unos bóxers de cuadros azul oscuro y gris.

Cuando salió a la superficie, sostenía sus bóxers por un dedo encima de su cabeza y los hizo girar como si estuviera haciendo un striptease. Los lanzó hacia mí y aterrizaron justo a mi izquierda.

—¡Oh, Dios mío! No puedo creer que acabes de hacer eso.

—¿Qué? No puedes verme. De cualquier forma, sé que tienes la locura dentro de ti. Estarás aquí dentro en poco tiempo.

—¿Cómo sabes eso?

—Las guapas siempre son las más locas.

—Te crees muy listo, ¿verdad?

—No tienes ni idea —dijo sin rastro de humor—. Solo entra aquí, Katy. Te prometo que no miraré.

En ese punto, era justo decir que me encontraba borracha, completa y totalmente borracha por el vino, y la presencia de Jamie no hacía nada para ponerme sobria. Su largo y húmedo pelo dejaba gotas relucientes en sus hombros. Me reí. —Date la vuelta, ¡es mejor que no eches un vistazo!

—Lo prometo. —Se movió por el agua hacia un extremo de la piscina y me dio la espalda.

Rápidamente me desnudé hasta quedar con mi sujetador negro y mis bragas. Bajando la vista, pensé que podía pasar fácilmente por un traje de baño, excepto porque era de seda. *Oh, bueno.*

Tan silenciosamente como pude, me deslicé dentro de la piscina en el extremo opuesto de donde estaba Jamie. Había al menos veinticinco metros entre nosotros. La piscina se sentía increíble. Me relajé por un momento y luego me di cuenta que me encontraba en una piscina con un hombre desnudo al que acababa de conocer. Un hombre desnudo muy atractivo.

—Está bien, estoy dentro, Jamie, pero mantén tu distancia de seguridad.

Se dio la vuelta, sonriendo de oreja a oreja, y luego desapareció bajo el agua.

Buen Dios, ¿qué está haciendo?

De repente me sentía muy nerviosa. A una pequeña parte de mí realmente le asustaba. Si no fuera por las dulces palabras de Will Ryan sonando a través de los altavoces, habría estado aterrorizada. Sus manos en mis caderas no me sobresaltaron en absoluto porque

pude sentirlo acercarse. Emergió del agua, sus cálidas manos aferrándose a mi cintura. No sonreía; examinaba mis ojos. Miré alrededor rápidamente y luego de nuevo a sus hombros y pectorales mientras levantaba sus brazos y se peinaba el pelo hacia atrás con ambas manos. Pude ver los músculos de su cuello tensarse. Había muy poco que me detenía de lamer las gotas de agua de sus brazos. Cerré los ojos mientras él cerraba la distancia entre nosotros. Sentí su boca rozando mi cuello y luego moviéndose hacia mi oreja. —Nena, abre los ojos.

—Yo...

—Lo sé. Tienes novio. —Uno de los lados de su boca se elevó. Se apartó unos pocos centímetros—. Sin embargo, podemos ser amigos, ¿verdad?

—Sí —suspiré.

—Llorabas más temprano. ¿Por qué?

Negué con la cabeza.

—Por favor, dime que no era por cómo te trató R.J.

—No.

—¿Entonces qué?

—Solo quiero olvidarlo todo.

Asintió, apartando la mirada un segundo. —¿Tienes cosquillas?

—No te atrevas.

Se rió. —Bueno, hay una cosa que sé...

—¿Qué es, tipo listo?

Puso sus manos en mis caderas otra vez y lo dejé, incluso aunque sabía que cruzaba la línea. Se sentía tan bien, como estar envuelta en calidez y seguridad.

Su boca se alzó en una sonrisa conocedora, y luego dijo, casi con nostalgia. —Ser solo tu amigo va a ser difícil, pero lo intentaré. Es solo que me gustas. Eres ingeniosa y dulce, y resulta que eres la mujer infinitamente más hermosa que he conocido jamás. —Tomé aire con sorpresa. Hizo una pausa, pareciendo todo adormecido por el deseo antes de abrir la boca para hablar otra vez.

—No —murmuré.

—No es una hipérbole, Kate. Lo prometo.

Riendo nerviosamente, me hundí lentamente bajo el agua, pensando que Jamie estaba loco. Nunca me habría descrito como él acababa de hacerlo.

Pero, por otro lado, le permití a Stephen hacerme sentir como si apenas valiera la pena volver a casa.

PÁGINA 5

Alegoría

*Traducido por Julie
Corregido por florbarbero*

Deslizando la ropa sobre mi ropa interior mojada, me aparté de Jamie cuando salió del agua desde el lado de la piscina. Se vistió rápidamente, y cuando me volteé hacia él, limpió sus calzoncillos empapados de tierra y los envolvió en una toalla. *No tiene reparos en ir sin ropa interior. ¡Me gusta!*

—Te acompaño.

—Muy bien, gracias, estoy muerta de cansancio. —Me sentía completamente tímida después de su confesión poética y dulce.

Nos dirigimos hacia la posada.

—Tengo que parar en mi camioneta por un segundo. ¿Te importa?

— preguntó.

—Para nada.

Abrió la puerta del lado del conductor y luego bloqueó mi vista. Le oí abrir una cremallera y luego arrastró algo. Se tomó más de un segundo.

—¿Qué estás buscando? —le pregunté.

—Sólo un minuto más, ¿de acuerdo?

Siendo tan curiosa como soy, me paré sobre las puntas de los pies y me incliné para ver lo que hacía. Se dio la vuelta bruscamente, sosteniendo algo en la espalda.

—¿Qué es eso?

—Nada, no es gran cosa —dijo, nerviosamente.

—Déjame ver. —Pasaron al menos diez segundos completos antes de que finalmente me tendiera la mano, revelando una especie de

jeringa.

Mi boca cayó al suelo. —¿Tú— te drogas?

—No. Bueno, sí, pero no es lo que estás pensando.

—¿Qué es entonces? —Los dos vacilábamos.

—Es insulina.

El aliento salió rápidamente de mi boca. —¿Eres diabético?

—Sí, tipo uno.

—Lo siento mucho.

Negó con la cabeza. —No lo sientas. Lo he sido durante mucho tiempo.

—¿Te avergonzaba decirme? —le pregunté suavemente.

—No, es que no quería que cargues con ello, y ahora tengo que pincharme con esto. No sabía si te daría aprensión.

—No, en absoluto. —Comencé a tener los ojos llorosos—. Eso nunca sería una carga para mí, pero gracias por la consideración. — A los ocho años, había tenido que hacer el papel de la enfermera de mi madre mientras se moría y su cuerpo era atormentado por el cáncer. A los veinticinco años, vi a Rose, la única persona que he amado, ser comida viva por una bacteria similar a una plaga que se contagió en el hospital después de su cirugía de cálculos biliares. Había pocas cosas que me asqueaban.

Él seguía sosteniendo la jeringa y me miraba a los ojos. —Voy a hacer esto ahora, ¿de acuerdo? —Y entonces sonrió con dulzura. Asentí. Le quitó la tapa a la aguja con los dientes, manteniéndola en su boca mientras levantaba su camisa en el lado izquierdo. Mis ojos se sintieron atraídos por sus vaqueros sin cinturón, colgando bajo su cintura. Su estómago era delgado, definido y plano, de esa manera que alentaba a los ojos a seguir mirando. Cuando levanté la vista, me di cuenta que su mirada se hallaba centrada en la jeringa. Apretó algo en el fondo y una pequeña gota de insulina burbujeó en la punta de la aguja. El aire se llenó de repente con un potente olor medicinal. Y entonces, como si lo hubiera hecho un millón de veces, pellizcó un pedazo de su piel justo por encima de su cadera y clavó la aguja allí. Vi una pequeña mueca de dolor destellar en su rostro justo cuando la aguja tocó la piel. Pulsó el botón en la cima de la

jeringa y luego rápidamente lo sacó y sustituyó la tapa utilizando la boca. Seguía sosteniendo su camisa.

—Mierda —murmuró.

—¿Qué?

—Toqué un vaso sanguíneo.

—Oh, Dios mío, ¿qué significa eso? —le dije, de repente frenética.

Se rió entre dientes. —Nada, dulce chica, es sólo un poco de sangre. —Miraba alrededor en busca de algo. Bajé la vista y noté el sangrado en la zona de la inyección. Apenas fluía por encima de sus vaqueros. Al ver nuestras toallas mojadas en el capó de la camioneta, rápidamente agarré una y me incliné para retirar cuidadosamente la sangre.

—Vaya, ¿qué estás haciendo, Kate? —Había un poco de diversión en su voz.

—Limpio la sangre.

—Yo podría haber hecho eso.

—Oh —dije. Lo miré fijamente durante unos segundos, sintiéndome mortificada. Trataba de leer su expresión—. Lo siento.

Sonrió, pero creo que también se encontraba un poco sorprendido.

—No, lo que quise decir es que no quisiera que nadie sienta que tiene que hacer algo como eso.

—Lo sé. Te lo dije, no soy muy aprensiva. Sólo quería ayudar.

—Gracias. —Sostuvo la toalla sobre la cintura por un momento y luego dejó caer su camisa—. Debería acompañarte a tu habitación. Debes estar agotada.

—Sí. Ha sido un día largo y extraño.

—Espero que no del todo malo —dijo en voz baja mientras subíamos las escaleras.

—¿Qué?

—Has dicho que ha sido un día largo y extraño, pero espero que no todo fuera malo.

—Definitivamente no. —Cuando llegamos a mi puerta, me di la vuelta antes de desbloquearla—. En realidad, debo agradecerte. Has convertido un día horrible en uno bonito, incluso después de que te golpeé con mi auto.

Asintió. —Bueno, gracias a *ti* por limpiar mi sangre.

—No hay problema.

—Mi lista sigue creciendo.

Levantó una ceja. —¿Ah, sí? ¿Qué lista?

—Todas las razones por las que esto va a ser muy difícil. —Incliné la cabeza, animándole a dar detalles. Sonrió—. Ahora ya has agregado compasiva y tierna a la lista. —Se inclinó y me dio un beso en la mejilla—. Buenas noches, Katy, nos vemos en la mañana.

Oh, *esa* lista.

Yo también empezaba a hacer una lista, y la promesa de verlo al día siguiente hizo que mi corazón rebotara dentro de mi pecho.

¿Quién es Stephen? Pensé con una sonrisa.

* * *

Por la mañana, justo como fue prometido, un itinerario apareció debajo de mi puerta. En la parte superior, debajo de la fanfarrona palabra “miércoles”, había una lista de productos para el desayuno y la extensión para hacer mi pedido. En el margen, alguien había escrito: **Te recomiendo los huevos Comtesse o los huevos Blackstone (menos el tocino, por supuesto).**

Vaya, esto es increíble, pensé. Recomendaciones personales y saben que soy vegetariana.

Debajo de las opciones de desayuno se encontraba un calendario detallado.

10:00: Tour educativo y privado de la bodega con Guillermo. Encuéntralo en el vestíbulo.

En letra pequeña por encima de “Guillermo”, había una pequeña zanahoria y las palabras “y Jamie” escritas bastante desordenadamente. Bueno, ahora sabía quién era el culpable de las anotaciones, y no podía dejar de sonreír mientras seguía revisando la programación.

12:00: Vino privado y experiencia de unión con el chef Mark. Y de nuevo, una pequeña nota escrita a mano con las palabras “y Jamie”.

14:00: Tour por la instalación con Susan. En lugar de “y Jamie”, decía: “tengo trabajo que hacer, jovencita (:”.

Había un gran espacio y luego de nuevo su escritura.

“Pero, si estás dispuesta, al personal de R.J. Lawson le gustaría llevarte en un velero al atardecer en la Bahía de San Francisco. Se reúnen en el vestíbulo a las 16:00”.

Vaya, ¿de verdad? Ellos dan todo de sí... O tal vez Jamie da todo de sí...

Después de comer los mejores huevos Comtesse que he tenido, busqué en mi maleta algo que ponerme. Traje un montón de ropa de estilo periodístico, ya que no estaba segura de cómo sería el tiempo, pero nada de eso era apropiado para impresionar a los hombres calientes y fuertes de la bodega. Combinar el mismo blazer negro iba a ser un desafío, y entonces recordé que traje una camisola rojo oscuro, algo que normalmente me pondría debajo de una blusa. Fui por ellos, mi camisola de seda sexy, los vaqueros más ajustados que poseía, unos tacones, y el blazer negro, para mantener la forma.

Decidí, que tan pronto como lo viera, le diría a Jamie que rompí con mi novio, pero la advertencia de Susan me asustó, y me pregunté si quería una aventura con un hombre que vivía a más de tres mil kilómetros de distancia. Sí, con este definitivamente quiero, no pude evitar pensar.

Ya era hora de actualizar a Jerry, a pesar de que no había hecho ningún progreso en la historia. Marqué su número y ni siquiera sonó una vez. —Habla Jerry.

—Tengo un problema.

—Bueno, hola a ti también.

—Lo digo en serio.

—Felicitaciones. No has hablado en serio de nada en un tiempo muy largo.

A menudo tenía estas conversaciones ridículas con Jerry en las que intencionalmente se burlaba o trataba de irritarme porque pensaba que inspiraba mi escritura. También me encontraba un noventa y nueve por ciento segura de que Jerry tenía Desorden de Déficit de Atención sin diagnosticar. Muchos días comíamos juntos en el parque, a veces en Lincoln, a veces en Stanton. Comeríamos nuestros sándwiches y hablaríamos de cosas de la vida. Tendríamos la

conversación más profunda sobre la mortalidad o el hambre en el mundo y Jerry de repente sacudiría la cabeza y diría: “Oh hombre, mira ese cometa, ¡tiene la forma de un calamar gigante!” Ni siquiera trataría de llevarlo a Millennium Park, olvídalo. Sé que él se sentaría allí y miraría fascinado esas esculturas gigantes. Su cerebro se sobrecargaría y probablemente cantaría: “Objeto metálico grande, objeto metálico grande”, una y otra vez. Hacía todo rápido: pensaba, comía, escribía, hablaba, incluso caminaba más rápido que la persona promedio. Su capacidad de atención no duraba más de unos pocos segundos. Sus plazos a veces eran poco razonables, y su cerebro rara vez se permitía pequeñas charlas en las conversaciones, lo cual lo convertía en una persona honesta.

—Jerry, para.

—¿Te estás ensuciando? Eso es todo lo que quiero saber.

—Sí, ensuciarme es exactamente lo que estoy haciendo. R.J. es más o menos un idiota.

—¿Qué quieres decir con “más o menos”?

—Bueno, *es* un idiota. Estuvo coqueteando conmigo durante toda la entrevista.

—¿Lo follaste?

—No.

—Bueno... ¿lo vas a follar?

—No, Jesucristo, Jerry, ¿quién crees que soy?

—Bueno, es genial que sea un idiota, pero no lo folles.

—¡Está bien! ¿Y por qué es genial que sea un idiota?

—Porque necesitas una motivación, Kate. Siempre se necesita una motivación.

—Pero me encanta este lugar, y toda la gente que trabaja aquí es muy agradable, y el vino es fenomenal. Además, sé que tiene poder de veto sobre el artículo.

En su discurso súper típico, dijo—: Escucha, siempre hay lagunas. Si me hubieras dicho que él era el regalo más filantrópico y amado por Dios para todas las mujeres y la humanidad, habría dicho que eso también es genial. Sólo necesitas una motivación, ¿de acuerdo? No te estreses tanto, no vas a escribir para *The Jungle*, joder. Simplemente resalta los hechos. Ensucia la forma en que el personal

se siente sobre él. Descubre por qué los vinos ganan premios, etcétera, etcétera, etcétera.

—Ganan premios porque el vino es jodidamente bueno.

—Bueno, ¿por qué? ¿Qué hacen que es diferente? Eso es lo que necesitas saber. —De repente se detuvo y luego continuó—: Por cierto, lamento saber lo de Stephen.

—Oh. ¿cómo lo sabes? —le pregunté, un poco alarmada.

—Beth lo vio desayunando esta mañana.

—¿Y? ¿Qué le dijo?

—Bueno, no fue tanto lo que dijo.

—¿Qué quieres decir? —Y así como así, me di cuenta—. ¿Se encontraba con una mujer? ¿Esta mañana? ¿Ya? ¡Maldito perro!

—Sí, y sabes cómo es Beth. Supongo que se acercó a él y le dijo algo como: “Mientras el gato está lejos, ¿no?”. Él le espetó que ustedes dos habían roto.

—¡Qué hijo de puta!

Hubo varios segundos de silencio, lo cual era raro para una conversación telefónica con Jerry. Me pregunté si se frotaba la barbilla y miraba al techo. Entonces pude oír una sonrisa en su voz.

—Sí, podrías decirlo de nuevo.

—¡Jerry!

—No, lo *siento* mucho, Kate. Simplemente nunca me gustó el chico.

Jerry no era el único con esos sentimientos. A Rose no le gustaba Stephen, y Beth no podía soportarlo, aunque por supuesto, ella no soportaba a la mayoría de los hombres. Sin embargo, incluso el conserje de nuestro edificio le aborrecía y al instante fruncía el ceño cada vez que Stephen se acercaba.

—Te llamaré más tarde, Jer.

—De acuerdo. No pienses tanto en Stephen. Te mereces algo mejor. Concéntrate en tu trabajo, ve y machácalos, chica.

—Sí, porque soy muy buena en eso —le dije con sarcasmo.

—Basta de eso. No quiero escuchar ese tipo de conversación. —Su tono fue serio y luego dio media vuelta otra vez—. Oh, y no folles al genio.

—Adiós, Jerry.

Tenía quince minutos antes de que tuviera que estar en el vestíbulo, así que conecté mi ordenador portátil y perdí el tiempo durante por lo menos diez minutos, tratando sin suerte de conectarme a la red Wi-Fi. Me dejaron un código sobre el escritorio, pero no funcionaba, así que en su lugar abrí un documento de Word y comencé a anotar algunas cosas.

R.J.: imbécil, ninguna señal de genio, se jacta de su dinero, tiene manos de niña.

Cómo iba a sacar un artículo de esa pequeña información me desconcertaba. Entonces escribí:

Bodega: sustentable, jardines hermosos, rústica, encanto del viejo mundo, un gran vino.

Y luego, por último:

Jamie: conocimiento vasto y orgullo por la bodega, diabético, dulce, genuino, magnífico, encantador, manos cálidas y fuertes, me gusta...

Y luego me tuve que ir.

PÁGINA 6

A la cuenta de tres

*Traducido por Miry GPE
Corregido por Paltonika*

Apresurándome desde mi habitación, cerré la puerta y salí corriendo hacia la escalera, estrellándome contra el fuerte pecho de Jamie. Alcé la mirada. Sonreía, y en una voz muy suave, dijo—: Hola, ángel. Vas a tener que deshacerte de esos zapatos. Lo sabes, ¿verdad? ¿Has traído algo más? —Di un paso atrás y lo examiné de pies a cabeza. Llevaba vaqueros bastante usados, botas de trabajo, y una sencilla camiseta blanca debajo de una camisa de franela desabotonada. Bajé la mirada a mis zapatos.

—Está bien. Dame un segundo. —Giré y corrí de vuelta a mi habitación. Aparte de los tacones y los zapatos bajos, sólo tenía un par de zapatillas de la vieja escuela, a cuadros gris y negro como un tablero de ajedrez. Eran mis zapatos voladores porque podía ponérmelos y quitármelos fácilmente. Normalmente no me daría vergüenza usarlos, pero cuando me miré en el espejo noté que no combinaban para nada. Quitándome la chaqueta con enfado, me puse mi tonta sudadera gris jaspeada de la Universidad de Illinois.

Cuando encontré a Jamie nuevamente en el pasillo, miró mis pies, sonrió y dijo—: Perfecto. Te ves linda. —Y luego levantó la vista para decir—: Vamos, Jefes.

—En realidad, es Jefe Illiniwek³, la gente tiene un gran problema con eso. ¿Fuiste a la universidad?

—No estás lo suficientemente convencida para decir: “¿A dónde fuiste a la universidad?”.

Comencé a reír nerviosamente. *Qué manera de insultarlo.* Trotó al bajar las escaleras, haciendo un gesto con el brazo. —Vamos, tenemos que encontrarnos con Guillermo.

Lo seguí a través de la gran sala hacia la parte frontal del edificio.

—Lo siento, no quise decir nada con eso. ¿A dónde fuiste a la universidad?

Abrió los brazos hacia los costados e hizo un gesto a lo que nos rodeaba. —En todas partes. Por todos lados. En donde sea que pude.

—¿Así que no tuviste una educación universitaria formal, como tal? —Sonreí amablemente, tratando de averiguar lo que insinuaba.

—También tuve eso —dijo con un lado de su boca curvada hacia arriba—. Pero he aprendido mucho más de las personas en mi vida. —Hizo un gesto hacia un hombre caminando en nuestra dirección y levantó la voz—: Como Guillermo, por ejemplo. Este tipo ha crecido en los viñedos, haciendo vino y perfeccionando su oficio.

Guillermo, un hombre pequeño de quizás cincuenta años, le dio a Jamie un masculino apretón de manos, junto a un medio abrazo. —J, trae tu trasero aquí, todavía es temporada de aplastamiento.

Él se rió y luego se giró hacia mí. —Disfruta de la excursión, me pondré al día contigo más tarde. —Todavía sosteniendo mi mirada, le dijo a Guillermo—: Esta es Katy. Tráela de regreso en una sola pieza, ¿está bien? —Rió entre dientes.

Cuando Jamie se fue, dije—: Es un placer conocerte, Guillermo. —Me dio la mano—. Y por cierto, ¿qué es la temporada de aplastamiento?

—Eso significa que todavía estamos recogiendo las uvas, *mija*. Vamos a ver cómo hacemos estas cosas. —Caminamos lado a lado en el vasto mar de viñas—. La primera cosa que necesitas saber es lo referente a la fruta, las uvas. Estas no son las uvas a las que estás acostumbrada.

Se detuvo en un racimo de uvas, de aspecto opaco, que colgaban de una parra.

—Ves, querida, estas son las uvas Pinot Noir. Tienen menos color.

—Se ven mal.

Negó con la cabeza. —Son excelentes uvas. Nos ha llevado diez años perfeccionar la uva Pinot Noir en esta propiedad, algo que han

hecho en Francia por años. —Sacó una del montón y me la entregó. La metí en mi boca.

—Guau, eso no es lo que esperaba en absoluto.

—Jugosa, ¿verdad? ¿Más jugosa que la uva que comes?

—Sí, y muy, muy dulce, pero su sabor no es nada como el vino Pinot

Noir.

Se rió entre dientes. —Bueno, verás, mucho de ese sabor proviene de la piel. La piel es un poco más amarga y mucho más gruesa que, digamos, una uva Thompson sin semilla, y es por eso que estas uvas no son tan agradables para comer. Pero hacen un magnífico vino, ¿no es así?

—Tengo que preguntar, si has estado aquí tanto tiempo, ¿por qué recién ahora, que Lawson se ha hecho cargo, es que los vinos han tenido tanto éxito?

—Me envió a Francia. —Se detuvo y arqueó las cejas—. Pagó por todo el asunto. Permitiéndome pasar un mes allá. Aprendí mucho, pero mayormente, cosas que ya sabía y sólo necesitaba que me las recordaran. Lawson me dio los recursos y el espacio. Las uvas Pinot Noir tienen una producción baja. Cuando regresé, nos enfocamos en ese vino específicamente aquí en la finca y reservamos más hectáreas para cultivar esta uva.

—¿Por qué Lawson se enfocó en las uvas Pinot Noir?

Se encogió de hombros. —Romántico empedernido, supongo.

—Lo dudo.

—No, en serio, me dijo que quería hacer Pinot Noir porque es un vino sexy. —Se rió ruidosamente, como si pensara que eso era ridículo.

Al instante recordé una cita de un artículo de la revista *Vanity Fair* describiendo al Pinot como *“el más romántico de los vinos, con un perfume tan voluptuoso, un borde tan dulce, y un sabor tan poderoso que es como enamorarse, hace que la sangre se caliente y el alma se vuelva vergonzosamente poética”*.

—Supongo que eso le da algo de sentido porque él es un_ — *cerdo chauvinista*, pensé—, porque está tratando de vender vino.

—Quién sabe. Continuemos, *mija*.

Mientras caminábamos por una fila de parras hacia una gran estructura parecida a un almacén, decidí tomarme el tiempo para conocer a Guillermo.

—¿Tienes familia?

—La tengo. Vivimos más abajo por la misma carretera. Mi esposa, Patricia, trabaja aquí en la recepción de la posada. Tengo dos hijas. Ambas van a la universidad, una a Berkeley y la otra a la Universidad de Arizona.

—Guau, ¿y te lo puedes permitir con lo que se te paga aquí? —Giró hacia mí, luciendo ofendido—. No quería ofenderte, lo siento. Debes trabajar incansablemente para R.J. ¿Te provee descansos y beneficios adecuados?

Vaciló y habló con una voz más tranquila y aprensiva. —Sí, los tengo... él lo hace. Está enviando a mis dos hijas a la escuela. Es como un hijo para mí, y también se ha ocupado de mí. —Me sorprendí. O R.J. era una absoluta contradicción, actuando como un idiota mientras hacía cosas buenas por la gente a su alrededor, o realmente quería alejar a los medios y su pequeño berrinche fue sólo para despistarme de su verdadera personalidad.

Pasamos junto a una máquina roja gigante, parecida a un tractor que se desplazaba lentamente por la fila hacia nosotros. Fue construida para que las hileras de parras pasaran en medio de sus ruedas. Guillermo me tomó gentilmente del brazo y me llevó a otra fila.

—Démosle al hombre un poco de espacio.

Aun mirando hacia atrás, dije—: ¿Qué es esa cosa?

—Es una cosechadora mecánica. Nosotros recolectamos a mano muchas de nuestras uvas, pero usamos un par de ellas, también, para mantenernos en las fechas programadas. Jamie los hizo más ahorradores de combustible.

—¿Cómo funcionan?

—Hacen vibrar la parra. Es una especie de proceso delicado para una máquina grande e imponente, pero la vibración hace que el racimo caiga del tallo a un cubo.

Vi a Jamie un par de filas más allá. Se quitó su camisa de franela, y los tatuajes de color rojizo recorriendo el brazo izquierdo

contrastaban con su camiseta blanca. Incluso desde esa distancia, podía ver un brillo de sudor en su cara y brazos. Añadió una simple gorra de béisbol negra y gafas de sol negras. *Chico malo, chico bueno. ¡Ahh!*

Levanté mi mano y lo saludé, consiguiendo su atención. En ese momento, otro trabajador le pasó algo, por lo que sus manos permanecieron ocupadas, pero inclinó la cabeza hacia atrás y lanzó un beso en mi dirección. Sonreí tontamente, luego aparté la vista y encontré a Guillermo sonriendo.

—Concéntrate, *mija*.

Me encogí de hombros, como si no tuviera idea de a qué se refería.

—¿Está bien que Jamie trabaje así con su diabetes?

—Oh, sí, por supuesto. El ejercicio es bueno. Le ayuda a bajar naturalmente el azúcar en su sangre. Ese es el por qué está en tan buena forma.

—Sí. Jamie está *en* forma.

Guillermo levantó una ceja. —¿Apuesto a que quieres ver la prensadora de uvas?

Me eché a reír. —Tienes toda la razón.

Entramos en el tranquilo almacén a través de una gran puerta de metal enrollado. Al parecer, las uvas que fueron recogidas ese día aún no llegaban a la prensadora, por lo que el almacén se encontraba extrañamente tranquilo. Guillermo señaló un embudo cuadrado de acero inoxidable que se unía por la parte inferior con una gran máquina negra.

—Esta es. Una de las mejores. Es la más suave de todas las prensadoras de uvas a gran escala. Hemos probado un par de otro tipo, pero no estuvimos contentos hasta que encontramos esta.

Estudiándola, caminé alrededor y tomé algunas notas mentales, luego pensé en ese episodio de *I Love Lucy*, cuando Lucy y la mujer italiana pisotean alrededor del enorme barril, moliendo las uvas con los pies descalzos.

—Realmente esperaba tener un momento Lucille Ball, mientras me hallaba aquí. —Lo decía medio en broma, pero sonreí interiormente ante la idea.

Una voz que venía desde atrás me sobresaltó. —Creo que podemos arreglar eso. —Giré para ver a Jamie, sudoroso y magnífico, apoyado contra el marco de la gran puerta. Chelsea permanecía sentada a su derecha, en sus talones, mirándome fijamente. Se quitó la gorra y pasó los dedos por su pelo, luego se volvió a poner la gorra. Mientras veía sus movimientos, fue como si el tiempo se detuviera. Sus movimientos en cámara lenta, como si alguien encendiera un dial o presionara un botón en el control remoto.

—¿Qué quieres decir con que puedes arreglar eso?

—Dame diez minutos. —Y luego se fue. Guillermo bajó la mirada, sacudiendo la cabeza, tratando de contener su risa.

—Creo que eso es todo para mí, *mija*. Tengo que volver al trabajo. ¿Tienes alguna pregunta?

—Sí, tengo un millón de preguntas —dije rápidamente.

—Creo que Jamie puede ayudar a responder la mayor parte de ellas, realmente sabe cómo funciona todo aquí.

Asentí. —Está bien, encantada de conocerte. Gracias. —Le ofrecí mi mano, y la estrechó.

—De nada, *mija*. —Se inclinó y besó mi mejilla de forma familiar, lo que hizo que mi corazón se calentara.

Jamie entró, rodando un barril de lado. Al pasar junto a Guillermo, se saludaron con la cabeza entre sí. Chelsea se dejó caer en la esquina sobre el cemento frío.

—Katy, ¿estás lista para esto? —Puso el barril en posición vertical y retiró la tapa. Me incliné y aspiré una mezcla de aromas. Era dulce y amargo, terroso y roble, un olor acre, pero natural. Pude ver el brillo de las uvas en la parte inferior mientras la luz las tocaba.

Me miró fijamente. —Bueno, sácate los zapatos. —Sonrió, cogió un cubo y lo giró para que pudiera sentarme.

Me quité los zapatos y calcetines un poco a regañadientes. —¿Voy a arruinar estas uvas?

Se arrodilló frente a mí y comenzó a enrollar la parte inferior de mis vaqueros. Luego levantó uno de mis pies y lo examinó. Era terriblemente consciente de mí misma en ese momento. *Señor Jesús, ¿está comprobando si tengo hongos?*

—Personalmente, beberé cada gota de vino hecho por estos pequeños y lindos pies. —Limpió mis pies con un trapo húmedo y luego lo extendió en el suelo para que me parara sobre él—. Tal vez quieras quitarte la sudadera. Probablemente vas a tener calor, ya que pisotear uvas es un trabajo duro.

Recordando que sólo llevaba una camisola debajo, sin sujetador, me entró el pánico. —Mmm...

Me lanzó una de sus sonrisas más satisfechas. —Ya te he visto en ropa interior.

—Tengo puesta una camiseta sin mangas —refunfuñé, y me quité la sudadera. La camisola cayó tres centímetros por sobre la parte superior de mis vaqueros, dejando al descubierto mi estómago. Era de maldita seda y me encontraba sin sujetador. *¿Puedes decir chica sin clase?*

Sin dejar de sonreír, entrecerró los ojos mientras examinaba mi atuendo. —No sé si la llamaría una camiseta sin mangas, Katy, pero me gusta. Vamos a llevarte dentro de este barril. Está bien, pon las manos en la parte superior. A la cuenta de tres, vas a saltar y te levantaré para que entres. —Se colocó de pie detrás de mí, muy cerca, y puso las manos en mis caderas. —Uno —dijo con su voz normal. Olía a cardamomo y almizcle por el trabajo, pero su aliento olía a fruta—. Dos. —Apretó. Esto tomaba demasiado tiempo. Mi columna hormigueaba y mis piernas perdían toda sensación. Se inclinó, apretándose contra mí. *Oh, Dios mío.* Su boca se cernía encima de mi oreja—. Tres. —Escalofríos se dispararon a través de todo mi cuerpo, mis rodillas se doblaron, y comenzaron a colapsar. Sosteniéndome, se rió entre dientes—. Supuestamente tenías que saltar, tontita.

Luchando contra una sonrisa, me giré y lo enfrenté con fingido enojo. —Bueno, deja de susurrarme al oído así.

—Te gustó.

—Estás haciendo que me sienta tímida, y no soy una persona tímida. —Tomé una respiración profunda por la nariz para no perder el equilibrio.

—Te lo aseguro, mi objetivo no es hacer que te sientas *tímida*.

Girándome de nuevo, lo empujé con mi trasero, lo que lo obligó a retirarse unos pocos centímetros. Dio un paso atrás, pero aún mantenía un firme control sobre mis caderas. —Yo contaré —le dije con firmeza.

—Está bien, nena.

Se me puso la piel de gallina. De nuevo. Sólo por la palabra “nena”.

—Uno, dos, tres —grité en una rápida sucesión y luego salté. Era como flotar; de repente, no existía la gravedad, y el tiempo se ralentizó de nuevo. Cerré mis ojos y pensé que al abrirlos me encontraría en caída libre a través de una galaxia salvaje llena de bombones, tartas dulces y pequeños querubines regordetes tocando diminutos arpas en forma de corazón.

Volviendo a la realidad, doblé mis rodillas para saltar la parte superior del barril. Jamie me alzó sin esfuerzo, como si fuera una niña. Estiré mis piernas, mis pies tocando las uvas. Las aplasté con los dedos de mis pies y reí durante al menos veinte segundos, mientras él me miraba.

—Empiece a aplastar, señora. —Jamie mantuvo el barril estable mientras pisoteaba, riendo. La uva era más dura de lo que pensé que sería, pero aún lo suficientemente blanda para que me hicieran un poco de cosquillas. Hice una pausa, respirando hondo y limpiándome una gota de sudor de la frente con el dorso de la mano.

—¿Por qué estás tan feliz? —le dije a un sonriente Jamie.

—De verdad parece que lo disfrutas.

—Lo hago. —Pisoteé un poco más y luego volví a detenerme—. Tienes razón, es un trabajo duro. —Bajé la vista y vi la camisola de seda pegada a mi cuerpo. Jamie siguió mi mirada y luego volvió a mirar mis ojos. Vi el movimiento en su cuello al tragar, luego noté su pecho subir y bajar en una respiración profunda. Sentí que mis pezones se endurecían contra el material.

—¿Puedes ayudarme a salir?

—Por supuesto. —Se puso de pie detrás de mí otra vez—. Salta y tira de tus rodillas hacia arriba, a tu pecho.

Cuando salté, agarró mis caderas, levantándose y elevándose por encima del barril, luego me puso sobre la toalla. Puso el cubo

detrás de mí y me senté.

Arrodillándose frente a mí, cuidadosamente limpió cada pedacito de uva entre los dedos de mis pies. Cuando tocó un punto con cosquillas, di una sacudida. —¡Ah, Kate Corbin, la siempre seria periodista de investigación, primera en el lugar de los hechos, *es* cosquillosa! —Sonrió con picardía.

—¡No, no, no! —grité cuando comenzó un asalto brutal sobre mis pies, tirándome hacia él. Caí al suelo y empecé a rodar, dando vueltas como un maldito animal—. ¡Para, por favor! —Empecé a fingir que lloraba. En este punto permanecía tendida de espaldas en el suelo de concreto de la bodega. Se detuvo inmediatamente y se inclinó sobre mí, una rodilla a cada lado de mis caderas, con las manos plantadas a cada lado de mi cabeza. Se cernía sobre mí, en esencia, y buscaba mis ojos. Tenía lágrimas en los ojos, pero no lágrimas de tristeza.

—¿En serio estás llorando?

—Más bien como reír-llorar. Odio que me hagan cosquillas. —Se levantó de un salto y extendió las manos hacia mí.

—Me asustaste, Katy. Pensé que te había hecho daño.

—No, es un poco vergonzoso que un casi desconocido te haga cosquillas.

—Somos amigos, ¿recuerdas? Lo decidimos anoche.

—Oh, claro, amigos —dije, vacilante.

Sus ojos estaban fijos en mi boca. —Amigos —repitió.

Asentí rápidamente y luego desvié la mirada, avergonzada. Podía sentir las manchas rojas apareciendo por toda mi cara. Mis pensamientos fueron mucho más allá de la amistad con Jamie y acababa de conocerlo.

Por el rabillo del ojo, lo vi echarle un vistazo a su reloj. Llevaba un sencillo *Luminox* negro, del tipo que usan los marinos.

—¿Eres un marino?

Miró su muñeca de nuevo. —No, pasaba el rato con los marinos hace tiempo y todos usaban estos relojes. Pensé que era genial, así que me compré uno. —Sonrió de manera muy juvenil e inocente.

—¿Por qué salías con los marinos?

—Fue una de esas cosas de excursión escolar hace mucho tiempo atrás —dijo rápidamente—. Son las once y media, tengo que ir a lavarme antes de encontrarnos con el chef Mark. ¿Nos reunimos en el restaurante al medio día? —Asentí—. ¿Puedes regresar por tu cuenta?

—Sí, te veré ahí.

Caminando a través de la viña, fantaseaba sobre lo que podría haber pasado en esos próximos momentos en ese piso del almacén con Jamie mientras se cernía sobre mi cuerpo. Me hubiera gustado quitarle su gorra, mirando caer su cabello a los lados de sus mejillas. Me hubiera gustado pasar mis dedos a través de él, y que luego se inclinara para besarme.

Justo cuando sus labios se encontraban a punto de tocar los míos, fui sacudida de mi ensoñación por el zumbido de mi teléfono. Era un mensaje de texto.

Stephen: Fui a tu apartamento para poder regresar algunas de tus cosas.

¿Qué demonios?, pensé.

Kate: MANTENTE JODIDAMENTE LEJOS DE MI APARTAMENTO Y DÉJAME MALDITAMENTE EN PAZ

El cursor permanecía justo después de la palabra “paz” antes de que presionara enviar. Mirándolo, pensé en mi vida en Chicago, e hizo que mi estómago doliera. Pensé en Stephen con otra mujer. Pensé en Rose, mi madre y Sólo Bob, completamente solos, todas sus vidas. Me pregunté qué dolía más: el tipo de soledad que sientes cuando no hay nadie alrededor, o el tipo de soledad que sientes cuando a la persona que supuestamente te ama no le importas en absoluto, ni siquiera lo suficiente para luchar contigo, mucho menos luchar por ti. *¿Alguna vez te has sentido solo en un cuarto lleno de gente? ¿Alguna vez te has sentido solo cuando no lo estás?* Dolía mucho más, y no pedí ese dolor. Me di cuenta en ese momento que Jamie me hizo sentir que podría ser, al menos, en lo mínimo, merecedora de regresar a casa.

Pulsé “enviar” y casi de inmediato, respondió.

Stephen: ¿NO SE SUPONE QUE ERES ESCRITORA? ¿ES LA BOMBA-J LO MEJOR QUE PUEDES HACER?

Kate: JÓDETE, PEDAZO DE MIERDA.

¿Stephen lucharía por mí?

Stephen: TEN UNA BUENA VIDA.

Supongo que no.

PÁGINA 7

Poesía

*Traducido por CaMi, Aleja E & Valentine Rose
Corregido por Amélie.*

Mientras visitaba mi habitación y me arreglaba, decidí ponerme un blazer y zapatillas en vez de tacones. Los tacones se hallaban fuera de lugar aquí. Fui al restaurante y vi a Jamie en la puerta de su camioneta. Escuchándome llegar, se dio la vuelta. —Tengo que medir el azúcar en mi sangre rápidamente antes de comer. —Tenía puesta una camiseta blanca limpia y vaqueros negros con zapatillas Converse. Su pelo estaba húmedo y peinado hacia atrás. Su barba más espesa que ayer y me pregunté qué sentiría al pasar mi mejilla contra la suya.

Me puse a su lado y vi como abría un pequeño recipiente con tiras de ensayo y luego insertó uno dentro del medidor. Tomó un dispositivo más pequeño, una lanceta, supuse, y pinchó su dedo aplanando la gota de sangre de la tira extendida del medidor.

—Cien exacto. Estoy bien para salir.

—¿Qué haces cuando es muy alto o muy bajo?

—Bueno, mi siempre curiosa gatita, te contaré todo sobre eso esta noche cuando vayamos a navegar. —Me guiñó un ojo.

Ese pequeño comentario me puso nerviosa. —¿Por qué tendría que saberlo?

Agarró mi mano y me empujó al restaurante, ignorando mi pregunta. —Vamos, estoy hambriento.

El restaurante tenía una barra alrededor de la cocina abierta. Jamie me explicó que fue diseñada así para tener una experiencia abierta con los cocineros, quienes preparaban sus platos reconocidos, y

ofrecían a los visitantes diversas combinaciones de vino. El restaurante llamado *Beijar*, se encontraba finamente decorado e iluminado, con oscuras y costosas cabinas e iluminación en contraste con la cruda luz de la cocina. El efecto

destacaba los mostradores de acero inoxidable y atraía los ojos a donde ocurría la magia. No tenía ninguna duda, *Beijar* era tanto una experiencia como una comida.

Nos sentamos en los taburetes de la barra de la cocina. Cuando el chef Mark entró, me giré hacia Jamie. —¿De dónde viene el nombre?

—Significa “beso” en portugués. —Cuando me encontraba con Jamie, me olvidaba de todo lo demás. Solo la palabra “beso” saliendo de su boca podía congelarme.

—Oh.

—La comida es como el amor, ¿lo sabías?

—Sí —dije sin aliento.

—Lo necesitas para mantenerte con vida.

—Ajá.

—Y el vino es como la poesía.

Sus palabras, su calidez, eran como una pistola paralizante en mi cerebro. No era consciente de nada más que sus palabras. —¿Sí?

—Es un buen vino. —Mostró un hoyuelo—. Si no, es una tragedia.

Me di cuenta que tenía hoyuelos en ambas mejillas, pero su sonrisa siempre era un poco torcida, por lo que se veía de un solo lado. Adorable.

—¿Es comida portuguesa?

—No realmente. Hay un poco de inspiración, pero es tradicional americana, de la granja a la mesa.

El chef Mark entró. —Hola, Kate. —Se acercó y estrechó mi mano.

—Encantada de conocerlo, chef. —Vestía la típica camisa blanca de cocinero y una bandana negra atada detrás de su cuello. Era un hombre de aspecto normal, de al menos cuarenta años, pero su presencia era fuerte. Me imaginaba que podía comandar una cocina llena de cocineros y meseros.

Jamie se acercó, le estrechó la mano, y dijo—: Chef.

—Hola, amigo. —Aplaudiendo una vez, sugirió—: ¿Por qué no empezamos con un trío de ensalada?

—Eso suena fabuloso. —Jamie nos consiguió vasos de agua y abrió una botella de Pinot mientras que el chef Mark se ponía a trabajar. Me sirvió un vaso, pero sólo se sirvió un cuarto de la cantidad.

—¿Por qué tan poco para ti? ¿Estás harto del vino?

—No, me encanta el vino, pero no puedo tomar demasiado a causa de la diabetes. Aunque puedo saborearlo. Me gustaría tomar un poco más contigo más tarde, así que estoy guardando espacio. — Mi corazón dio un vuelco.

El chef Mark puso un plato delante de mí, describiendo cada una de las ensaladas mientras las señalaba. —Reliquia de tomates. Aguacate y maíz en una vinagreta ligera. Quinua con mango y pimientos rojos. Y, por último, remolacha y col rizada con queso de cabra. Disfruta.

Tomé un bocado del aguacate cubierto con salsa. Jamie miró mi boca mientras masticaba.

—¿A qué sabe? —preguntó.

—A chalotes, limón y aguacate. —Probé un bocado de tomate—. Esto es la perfección.

—Los cultivamos en un invernadero en la finca. Los tomates grandes son más difíciles de crecer fuera de esta región.

El chef Mark me preguntó si disfruté las ensaladas. Mencionó que no había muchos platos vegetarianos en el menú, pero que iba a hacer su mejor esfuerzo para hacer arreglos.

—Bueno, también como pescados y mariscos. —Jamie y Mark sacudieron la cabeza.

Inclinándose, el chef Mark habló con su voz más gentil. —No eres vegetariana, dulzura. Eres una pescetariana.

—Eso suena como una religión.

Jamie rió y me miró con una expresión compasiva. Era curioso cómo reprendía a Stephen sobre el asunto de ser vegetariana, pero aquí me encontraba, siendo regañada.

—Esto abre muchas posibilidades para nosotros. Habilidad o salmón, ¿qué prefieres? —preguntó el chef Mark.

—También abre posibilidades para mí —dijo Jamie, girando su cuerpo hacia mí.

—¿Cómo es eso?

Tomó mi tenedor, apuñaló la última pieza de aguacate de mi plato y lo acercó a mi boca. La abrí para él. —Me gusta alimentarte. Quiero llevarte a la ciudad mañana por la noche para cenar. ¿Me dejarías hacerlo? —Tragué el aguacate y ahora mi boca cayó abierta. Debía parecer una idiota. Él negó con la cabeza y pasó el pulgar por mi labio inferior—. No hay más. Te lo comiste todo, ángel. —Cerré la boca y negué con la cabeza, inhalando por la nariz profundamente para aclarar mi cabeza. Todavía no podía creer su efecto sobre mí.

—Entonces, ¿me dejarías llevarte a cenar mañana?

—Está bien. —*Positivamente, indudablemente, absolutamente, enfáticamente, definitivamente, cien por ciento ¡SÍ!*

Terminamos el almuerzo, que sólo podía describir como erótico, aunque no creía que Jamie estuviera intencionalmente tratando de hacerlo de esa manera. Me dio de comer los últimos pequeños bocados de mi plato, claramente muy estricto sobre el desperdicio de comida, pero fue su atención lo que iluminó mi interior en llamas. Nunca en mi vida me habían dado ese tipo de atención. Me senté ahí tratando de reunir cada momento en mi memoria para poder revivirlos más tarde, cuando estuviera... sola. *Ejem.*

Jamie seguía siendo un misterio para mí. A pesar de que se sentía como si lo hubiera conocido desde siempre, no le había hecho una pregunta real sobre su vida, su familia, nada. Hice una nota mental para hacer eso y luego me reprendí por tartamudear a su alrededor. No podía dejar que eso ocurriera nunca más. Prácticamente me hipnotizó con su apariencia solemne. Añade sus palabras y gestos dulces, y me tenía totalmente fascinada. Pensé en su pulgar sobre mi labio, y la comodidad que sentía con él. Cuando nos separamos después de la comida, eché un vistazo a mi teléfono y calculé las horas para volver a verlo.

Susan y yo nos reunimos en su oficina para el recorrido por las instalaciones. Básicamente me llevó a través de cada uno de los edificios y explicó la inspiración para la arquitectura y la decoración. Me informó que la posada y el restaurante se encontraban legalmente en un pedazo separado de la propia bodega. Dijo que R.J. había hecho un gran esfuerzo para asegurarse de que la operación entera acataba las reglas estrictas dictadas por la Junta del Condado

de Napa. Dijo que pagó más de lo que valía la bodega, y no era tanto por el asunto de demostrar que tenía dinero, sino por la pasión de entregarle este hermoso lugar a otros. Se refirió a la bodega como su escape. No podía ver eso en absoluto. Parecía que casi no participaba. Cuando traté de fisgonear más profundamente en la dinámica entre los empleados y R.J., ella cambió el tema.

—Es sólo que no veo una cualidad redentora en él, pero sigo escuchando sobre las maravillosas cosas que ha hecho. Jamie lo llamó un “idiota” el primer día y tú me dijiste que lo ignorara. —Me estudió atentamente mientras hablaba.

—Vamos a decir que él tenía un mal día. Te recomiendo que te enfoques en la bodega y su operación, no si R.J. está a la altura de su reputación. Si quiere anonimato, ¿qué hay de malo en eso?

—No está en mi naturaleza darle a nadie el anonimato. Vine aquí para obtener la historia.

—Puedo ver eso. Dejé su dirección de correo electrónico con una nota en tu habitación. Puedes enviarle todas las preguntas que tengas, pero realmente creo que obtendrás la mejor información aquí, en los terrenos.

Nos separamos abruptamente. Me daba la sensación de que yo le caía bien a Susan, pero quizás le frustraba la distancia y falta de participación de R.J.

Volví a mi habitación y comencé a redactar un e-mail.

Querido R.J.:

Siento que nuestra primera entrevista no haya salido tan bien como ambos esperábamos. Creo que el correo electrónico será una mejor plataforma para nosotros. Enumeré algunas preguntas. Por favor, responda a su discreción.

*Los mejores deseos,
Kate Corbin
Chicago Crier*

1. *¿Puede darme algún detalle acerca de su vida personal? ¿Es soltero? ¿Vive solo? ¿Cuáles son sus pasatiempos? ¿Su familia está involucrada en*

las empresas de su negocio?

2. ¿Por qué decidió comprar una bodega?

3. ¿Por qué vendió J-Com Technologies?

Cuando pulsé enviar, un mensaje de error apareció recordándome que todavía no me conectaba a la red Wi-Fi. Jugueteé durante veinte minutos antes de finalmente recurrir a escribir la dirección de correo en mi teléfono y enviarlo. Al cabo de media hora, respondió en forma narrativa completa.

Kate:

Siento mucho lo de ayer. No me comporté de forma profesional y me disculpo. Estoy tratando desesperadamente de mantener privada mi vida personal. Te voy a dar algunos antecedentes y luego tratar de responder a tus preguntas lo más eficientemente posible. Estuve en el ojo público desde la edad de trece años cuando me gradué de la secundaria. A los dieciséis, tenía un título del Instituto Tecnológico de Massachusetts y una nueva compañía, J-Com Technologies. Después de patentar la nueva tecnología de servidor, fui apodado como “El niño genio” en los medios. Fue un papel difícil de cumplir. Me encontraba bajo una gran presión, incluso con el apoyo incondicional de mi padre, quien originalmente dirigió la compañía.

Aunque mi amor por el descubrimiento y la ciencia nunca murió, mis intereses y enfoques comenzaron a cambiar en ese entonces. Hubo una noche en que comprendí que toda la gloria de mi éxito temprano era traducido a dinero, pero el dinero sólo me hacía sentir vacío. Tuve que enseñarme a mirar de manera diferente, a ver el dinero como representación de algo más básico: agua potable, alimentos, vacunas, viviendas, y para los más afortunados, educación. Fue la comprensión de que un tercio de la población mundial es pobre, hambrienta, y está muriendo de enfermedades evitables, lo que me empujó a vender J-Com. No quería perder mi tiempo en lo que sentía eran cosas frívolas, y es por eso que me fui cuando lo hice.

Tomé el dinero, comencé una fundación y me fui a África, donde pasé casi diez años viajando, construyendo escuelas e infraestructuras. Mi fundación todavía proporciona vacunas para miles de personas, trabajamos sin descanso para ofrecer a las pequeñas aldeas los recursos adecuados para

conseguir la fontanería y el agua potable. Esa es mi pasión. Me paso varios meses del año allí.

La bodega es mi escape. También la he utilizado para probar teorías de energía limpia, pero sobre todo es un hogar para mí. Soy soltero y vivo solo. Mis pasatiempos son típicos. Soy muy cercano a mi padre, que vive en Portland. Él es un ingeniero de Boeing jubilado. Mi madre murió en un accidente de tráfico hace cuatro años. Fue golpeada de frente por una chica mandando mensajes de texto en su teléfono. Debido a eso, me paso muy poco tiempo alrededor de los aparatos tecnológicos que ayudé a inventar. La muerte de mi madre me destrozó tanto que tuve que encontrar algo en qué enfocar mi energía, y es por eso que compré la bodega. Tengo un hermano y una hermana más joven, en Boston. No somos muy cercanos. Creo que esto le pone punto final.

Una vez más, lo siento por lo de ayer. Espero que la experiencia no contamine su visita en la bodega.

*Saludos cordiales,
R.J.*

Y allí estaba. Tenía mi historia. No necesitaba escribir un artículo; R.J. básicamente lo había hecho por mí: filántropo, genio, imbécil con un corazón. Ese iba a ser mi punto de vista. La tragedia de la muerte de su madre lo llevó a comprar la bodega y escapar hacia las colinas del Valle de Napa, dejando el mundo de la tecnología atrás. Quería destacar la bodega en el artículo, así como el bien que hacía en África con su organización, pero tuve problemas con la forma en que R.J. me trató durante nuestra reunión. Me pregunté si realmente necesitaba acariciar más su ego.

Miré el reloj. Eran las tres cincuenta. Me duché en tres minutos, me puse una capa de brillo de labios y máscara de pestañas, y me vestí con una camiseta, vaqueros y sandalias. Cuando llegué a la escalera, Jamie se encontraba en la parte inferior. Llegué a la barandilla, pero lo vi sacudiendo la cabeza lentamente.

—¿Qué?

Señaló la puerta. —Vuelva allí, señora. Necesitas zapatillas de deporte y una sudadera. —Resoplé y rodé los ojos como un

adolescente antes de dar la vuelta y regresar a mi habitación. Cuando bajé las escaleras, se apoyaba contra la barandilla con las manos en los bolsillos, luciendo relajado y delicioso. Llevaba vaqueros, una gruesa chaqueta negra, y su sencilla gorra de béisbol. Parecía peligroso, luego me dedicó un hoyuelo y todo desapareció. *No más peligro*. Me agarró de la mano y me tiró hacia la puerta.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté.

—¿Quiénes? —preguntó sin volver a mirarme. Pasamos junto a la recepción y Jamie levantó la mano en un gesto—. Nos vemos, George. —El mismo hombre que trabajaba detrás del mostrador la noche anterior nos saludó.

—¿Quiénes van a navegar?

Se detuvo en el estacionamiento cuando nos acercamos a su camioneta y se volteó hacia mí.

—Solo tú y yo. —Vaciló, buscando mi cara—. ¿Eso está bien?

—Sí, es solo que no entiendo por qué lo hiciste un gran asunto en la cena si ya tenías planeado llevarme lejos esta noche —dije, agitando las pestañas coquetamente.

—La cena es íntima. Esto es deporte. Va a ser divertido. —Abrió la puerta del pasajero. Entré. Chelsea se sentó en la acera, mirándonos. Él se giró y la miró—. Tienes que quedarte aquí, chica. —Luego señaló hacia la posada—. Ve a tumbarte en la cama. —Su cabeza cayó mientras se alejaba lentamente. Ella sabía exactamente lo que ocurría.

Mientras dábamos la vuelta por la carretera principal, bajé la ventana y saqué la cabeza, dejando que el viento secara mi cabello. Jamie prendió la radio.

—¿Quiénes son? —grité.

—*The Amazing*. Es una canción que se llama “Dragón”.

—Suena vieja.

—No lo es. ¿Qué estás haciendo, loca?

—¿Qué parece que hago, genio? Me estoy secando el cabello.

Se echó a reír, sacudiendo la cabeza. Cerré los ojos y sentí el viento azotando todo mi largo cabello. Escuché la música y dejé que la puesta de sol cayera sobre mi rostro. Cuando mi cabello estuvo lo suficientemente seco, subí la ventana y Jamie apagó la música.

—Muy bien, Katy, tenemos que hablar de algunas cosas.

—Sí, porque también tengo preguntas.

—Bueno, primero que todo, tengo que hablar contigo acerca de la diabetes. —Había dos envases rectangulares puestos entre nosotros en el asiento del auto, uno naranja y uno negro, ambos del tamaño de un estuche de gafas—. El envase negro tiene mi medidor de azúcar y la insulina, no tendrás que preocuparte por eso, porque puedo hacerlo yo mismo. Cuando la azúcar en la sangre está alta, necesito insulina, por lo que normalmente estoy alerta. Cuando está baja, puedo tomar estas tabletas de glucosa o beber un poco de jugo.

—Levantó una botella de pastillas de glucosa—. Si se pone muy baja, me siento aturdido. Si se pone demasiada baja, hay posibilidades de que pueda perder el conocimiento. — Mis ojos se pusieron enormes. Me miró fijamente—. Nunca me ha pasado, pero sí la he tenido realmente baja. Si me desmayo, tendrás que darme un pinchazo de ese envase naranja. Es un kit de glucagón. —Me miró rápidamente y luego volvió a mirar a la carretera—. Kate, ¿estás bien?

—Sí. ¿Dónde tengo que inyectarte? —Señaló su culo y sonrió—. Por supuesto que tendría que ser ahí.

—No creo que tengas que preocuparte por ello, pero como vamos a estar en un barco, pensé que era importante decirte.

—¿Vamos al barco de R.J.?

—A mi barco. —Se rió.

—Ayer, cuando me diste el aventón en auto, dijiste que R.J. era un idiota. —No respondió. Dejó pasar un momento—. ¿Jamie?

—Puede ser, pero no era él mismo en esa entrevista. Para ser honesto, creo que fue un caso de paranoia.

—Tuvo una manera divertida de demostrarlo... ¿coqueteándome?

Negando con la cabeza, dijo—: Lo sé, fue un idiota. R.J. por lo general trata de hacer lo correcto, pero a veces sólo resulta contraproducente.

En silencio, observé a Jamie durante unos minutos y estudié sus tatuajes mientras giraba el volante.

—¿Dónde conseguiste tus tatuajes? Todos lucen diferentes.

—Los conseguí por todo el mundo. Viajé mucho después de la universidad.

—Son realmente interesantes. No son algo típico. ¿Quieren decir algo?

—Sí. Algunos lo hacen. —Me miró, llevando una pequeña y triste sonrisa, así que decidí cambiar de tema.

—¿A dónde vamos exactamente?

—Vamos a navegar en Sausalito. Ahí es donde guardo mi barco. Ya casi llegamos.

El sol ya bajaba del cielo y el aire era mucho más frío cuando entramos a los muelles de Sausalito. —Ahí está. —Señaló lo que parecía ser un velero de madera de unos seis metros. Cuando me acerqué, me di cuenta que era un barco antiguo con hermosas cubiertas de madera pulida, cuerdas elegantes y un mástil muy alto.

Una vez que llegamos al barco, él comenzó inmediatamente a desenganchar los cables y enrollar las cuerdas en el muelle. Descolgó el cable de seguridad y dio un paso hacia el barco, luego se giró y me tendió la mano. —Katy, da un paso en el bloque de allí, y luego otro hacia el barco. Puedes tomar asiento. Tengo que preparar algunas cosas. —Hizo un gesto hacia un banco de la cabina, detrás del gran volante. Vi cómo quitaba las cubiertas de las velas enrolladas, las líneas en forma de gancho, y luego quitó la puerta que daba a la habitación de abajo. Bajó la escalera y regresó unos minutos más tarde con una manta y vino tinto en una copa sin tallo.

—Aquí tienes. Va a hacer mucho frío por el agua.

—Me siento muy consentida ¿Es esto lo que haces para todas las chicas que visitan las bodegas de R.J. Lawson?

—Para nada —dijo mientras continuaba colocando cosas y tirando cuerdas—. Por lo general, navego con Guillermo, a veces con Susan o su hijo. No me gusta mucho salir solo, pero voy a paseos cortos con Chelsea de vez en cuando.

—Qué lindo. Por cierto, ella me odia.

—Tal vez está celosa de ti.

—¿Realmente estamos teniendo esta conversación sobre un perro?

—Ella es como una persona. Tú misma lo has dicho.

—Es cierto. Háblame del bote. ¿Hace cuánto tiempo lo tienes? ¿Cuánto tiempo has estado navegando?

—Aprendí a navegar de niño con mi padre, en el norte, pero no fue hasta el año pasado que tuve mi propio barco. Yo restauré esta belleza. La compré por mil quinientos dólares el año pasado y pasé tres meses trayéndola de vuelta a la vida.

—¿Por qué no me sorprende? ¿Cómo se llama?

—Se llama *Latidos*.

—¿Por qué?

—Ya lo verás.

El sol se ponía detrás del puente Golden Gate. Decir que era pintoresco sería una gran subestimación. Me asombraba. Jamie retiró el barco de la rampa y lo trasladó hacia mar abierto.

—Katy, ¿sabes algo acerca de navegación? —Se encontraba de espaldas a mí.

—Nada. Nunca he estado en un velero.

—¿Es una broma? Por favor, dime que sabes nadar.

—Por supuesto que sí.

—Bueno, no creo que quieras ir a nadar en esta agua, pero es bueno que sepas cómo hacerlo. Los chalecos salvavidas se encuentran bajo tu asiento, por si acaso, y hay un pequeño faro de emergencia y una radio que puedes encender si algo me pasa.

—Eso suena muy aterrador.

—Todo estará bien.

—¿Cómo debería llamarte? ¿Capitán Jamie?

—O Capitán Fantástico. Cualquiera de los dos sirve. —Se volvió hacia mí y me sonrió.

Una vez que estuvimos en mar abierto, se hizo a un lado y me dijo —: Está bien, es tu turno de dirigir.

—¿Yo? —dije con un chillido.

—Sí, tengo que izar las velas. Vamos a virar hacia el viento. ¿Ves la flecha en la parte superior del mástil? —Señaló hacia arriba.

—Sí.

—Siempre apunta en la dirección en que corre el viento. Si la flecha está apuntando directamente a la proa del barco, entonces estás viento en proa; es decir, estás conduciendo directamente hacia el viento. Eso es lo que tienes que hacer si tienes que parar el barco, sólo girarlo hacia el viento. Bien, ahora, toma el volante. —Puso su

brazo alrededor de mi hombro, flexionándose cerca de mi cara, y señaló—. ¿Ves la boya a lo lejos? —Asentí—. Sólo lleva el barco en esa dirección. Ese es el rumbo. Levantaré las velas y entonces apagaré el motor, mi parte favorita. —Dio un salto a las pequeñas terrazas y sostuvo las cuerdas de seguridad mientras caminaba hacia las velas. Soltó algunos lazos y rápidamente levantó la vela mayor, luego regresó a la cabina del piloto. De pie detrás de mí, sentí que se acercaba a mi oído y luego lo oí inhalar profundamente. Puso sus manos sobre las mías y giró el volante unos cuarenta grados a la derecha hasta que nos dirigíamos hacia el puente Golden Gate.

—Está bien, nena, ese gran puente es tu rumbo actual. No te puedes perder, sólo dirígete directamente hacia él.

—¡Ja-ja! —dije sarcásticamente. *Ponme a prueba.*

Ajustó algunas cuerdas, tirándolas por las manijas y las ató. Giró la llave y tiró de una palanca, y apagó el motor antes de regresar rápidamente a su lugar detrás de mí. Hubo silencio por un momento, seguido por el sonido del viento y el murmullo del agua golpeando un costado del bote.

—¿Qué oyes? —me preguntó.

—Nada.

—Escucha con atención —dijo en voz baja cerca de mi oreja.

Parecía que cada sonido fue apagado, cada problema, cada preocupación. simplemente se fue. Una vez que Jamie apagó el motor, sólo existía la paz del tranquilo y apacible movimiento. El sonido de la ciudad era un zumbido lejano a través de la enorme bahía. El mundo parecía una pintura, y el único movimiento que podía ver era el agua que nos rodeaba. Era como si estuviéramos navegando a través de un lienzo, pintado con impresionantes olas, con el horizonte de San Francisco en el fondo. La luz del sol nos deslumbraba al reflejarse en los cables gigantes del puente de color rojo brillante, perfilando un monstruo de una manera casi aterradora. Fue abrumador estar tan cerca del puente. No había celulares, no había bocinazos. Nada. Y entonces lo oí. Respiré hondo y dije en voz baja—: Latidos. Eso es lo que oigo. Los tuyos y los míos... —Me volví para verlo sonriendo.

El viento se levantó dramáticamente. Me estremecí, y él envolvió un brazo alrededor de mi hombro por detrás mientras usaba su otra mano para agarrar el volante. —¿Lista para la diversión?

—Tengo miedo.

—Te tengo. —Tan pronto como dio la vuelta al barco hacia un mejor rumbo, inmediatamente empezamos a inclinarnos de forma radical. El viento golpeó mucho más fuerte contra las velas, y el barco aceleró. Perdí el equilibrio un poco, pero me abrazó fuertemente contra su pecho. Nos acercábamos más y más hacia el robusto puente. Se hizo más grande y más intimidante con cada momento que pasaba, pero la verdad era que no tenía miedo en absoluto. Jamie me hacía sentir segura. Incluso contra el viento que soplaba, las olas que se agitaban y el altísimo puente, me sentía más grande, como si pudiera hacerle frente a todo. El lado derecho del barco se encontraba por encima de nosotros. Teníamos todo nuestro peso sobre nuestros pies izquierdos cuando empezamos a saltar y alzarnos con rapidez sobre las olas.

Me reí y chillé de alegría. Vi a Jamie sonriendo, su sonrisa tan amplia y tan orgullosa que me hizo lagrimear.

—¿Estás disfrutándolo, Katy?

—Esto es... increíble. —En el último segundo, mi voz se quebró, las lágrimas corrieron por mis mejillas y me estremecí. Me sentía amada, y aunque no estaba segura a dónde iría con Jamie, disfruté cada minuto de este paseo.

Se movió detrás de mí. —Aquí, siéntate, voy a taparte. Hace frío.

Me senté en el banco a su izquierda, en la parte baja del bote. Me entregó mi copa del portavasos y luego envolvió rápidamente un manta a mí alrededor antes de volver al volante. —Vamos a trasluchar. Normalmente el capitán diría: “Prepárense para trasluchar”.

—Eso suena divertido —grité de forma vertiginosa sobre el sonido de las olas.

—Significa que vamos a girar con el viento, pero el mástil va a girar rápidamente. Mantén tu cabeza gacha.

—Sí, sí, capitán.

Nos dirigimos de nuevo al muelle en Sausalito. Todo el camino de vuelta, ninguno de los dos habló; solo disfrutamos de la vista. De vez en cuando me gustaba robar miradas de Jamie, sólo para encontrarlo mirándome y sonriendo. Una vez que aparcamos en la rampa, le llevó unos veinte minutos cubrir todo y atar las velas. Colocó un brazo alrededor de mis hombros mientras nos dirigíamos de regreso a la camioneta, y luego abrió la puerta para mí. —Arriba, cariño. —Se pasó la mano por el cabello mientras lo hacía. Inmediatamente me miré en el espejo retrovisor y descubrí que tenía las mejillas rojas por el viento. Me tomaba el pelo para hacerme consciente de mi cabello. Lo até rápidamente en un moño, volteándome hacia él mientras se acomodaba en el lado del conductor.

—Te burlabas de mí, idiota.

—Sólo jugaba contigo. —Sus ojos se posaron en mi boca. Sentí un escalofrío.

—¿Todavía tienes frío? —Se quitó la chaqueta y me la puso sobre las piernas. Lo observé, completamente hipnotizada, mientras abría el estuche negro del compartimiento entre nosotros, sacó el bolígrafo, y apuñaló la piel de su estómago con una aguja llena de insulina. Sin sangre esta vez. Estuvimos de vuelta en la carretera en cuestión de segundos.

—El chef Mark nos está haciendo la cena, pero el restaurante permanecerá cerrado. Se cierra temprano los miércoles por la noche de karaoke.

—¿Es una broma?

—No, en absoluto. Nos tomamos nuestro karaoke muy en serio en R.J. Lawson.

—Soy la reina del karaoke.

Se rió. —Bueno, aquí soy conocido por todos como el Otis Redding blanco.

—Oh, debemos hacer un dueto. ¿Qué canción deberíamos cantar?

Nos quedamos en silencio por unos momentos, y luego al unísono gritamos—: ¡Tramp⁴!

Prácticamente saltamos por el estacionamiento hacia el restaurante, que ya se encontraba lleno de gente que dirigía su atención a un pequeño escenario montado en la esquina. A juzgar por el número de asistentes, el karaoke era una actividad muy popular entre los lugareños. Empecé a sentirme nerviosa por mi actuación hasta que un grupo de mujeres muy borrachas, que parecían tener cincuenta años, cantaron una versión horrible de “*Vacation*” de la banda Go-Go.

Nos sentamos en la barra de la cocina, donde una camarera trajo inmediatamente los platos que el chef Mark preparó para nosotros. Tenía marisco cocido en salsa de tomate con pan francés a un costado. Olía divino. Jamie tenía una especie de pescado blanco. Cuando lo vio, sonrió. —Oh, bueno, podemos compartir —dijo infantilmente. Agarró una botella de Chardonnay de la cocina. Era de una bodega diferente, y arqueé una ceja hacia él—. Nos gusta saber lo que hace nuestra competencia.

—¿En serio? —Tuve que gritar por los sonidos procedentes de los altavoces.

—No, servimos algunos otros vinos aquí. —Se rió—. Algunos de nuestros amigos del barrio.

—Ya veo —dije, sonriendo. La bodega realmente se convertía en un lugar mágico y acogedor en mi mente.

Se acercó y le dijo algo al chico que manejaba el karaoke.

Cuando volvió, se inclinó hacia mi oído. —Ya nos anoté. —Me reí y me sumergí en mi cena. Me bebí tres vasos llenos de vino, mientras que Jamie solo sorbió su pequeña parte.

—¿Estás tratando de emborracharme para que haga el ridículo?

—Sí, esa es mi estrategia.

—Pero vamos a hacer un dueto. Podría hacerte lucir muy mal y derribar tu preciosa reputación.

Sonrió. —Estoy pensando que es más un duelo que un dueto.

Me incliné hacia él, inexpresiva. —Hagámoslo.

Un momento después, el chico del karaoke anunció—: Capitán Fantástico y Súper Chica, ¡suban aquí!

Jamie me agarró la mano y me tiró hacia el escenario. —Esos somos nosotros —gritó. Me eché a reír y entonces mi estómago cayó

al piso cuando me di cuenta que iba a cantar en una habitación llena de extraños. El chico karaoke nos entregó nuestros micrófonos, y luego subimos al pequeño escenario rectangular. Jamie nunca me miró. Bajó la cabeza como si estuviera a punto de interpretar el monólogo de Hamlet a una sala llena de actores. Claramente tomaba el karaoke muy en serio. Tenía que interpretar, así que rápidamente coreografié algunos pasos en mi mente.

Cuando la música se encendió, tuve el placer de cantar la primera línea. —¡Tramp! —Cubrí mi voz con un acento sureño y levanté el brazo, señalando a Jamie mientras decía la palabra.

Aún con la cabeza gacha, su hombro derecho comenzó a rebotar al ritmo mientras intercambiábamos el famoso intercambio entre Otis Redding y Carla Thomas. Cuando llegó el momento de cantar, Jamie levantó la cabeza, se dio la vuelta y se deslizó por el suelo, cayendo de rodillas frente a mí mientras pronunciaba su línea. —Lo sé, soy un amantetetete. —Extendió un puño y se golpeó el pecho mientras cantaba antes de guiñarme el ojo y saltar. Cantó hacia el techo de forma dramática en el segundo verso, lo que le valió una gran cantidad de aplausos por parte de la audiencia, en su mayoría de mujeres, pero fue cuando bajó del escenario para cantar el último verso que realmente le hizo honor a su reputación. Rodeaba a las damas que habían cantado “*Vacation*”, y las observé mientras se abanicaban y reían como colegialas.

Cuando terminamos, me agarró de la mano y la sostuvo por todo el camino hasta la puerta mientras le gritaba a la multitud—: ¡Gracias! — Ambos hicimos una reverencia y entonces dijo—: Estaremos de vuelta el próximo miércoles para la repetición. —Todo el mundo aplaudió ruidosamente.

Una vez fuera, se volteó hacia mí. —Estuviste impresionante. — Sus ojos brillaban.

—¿Ya estás prometiendo que volveré la próxima semana? Eres bastante confiado, ¿verdad? Dudo que todavía esté aquí el próximo miércoles. Estoy con un corto presupuesto de dinero. —La idea de volver a la realidad en Chicago hizo que mi estómago doliera.

Llevó las manos a sus bolsillos, bajó la vista y se encogió de hombros. —Pienso positivo, supongo.

Hacía lo mismo, esperando que hubiera alguna razón para quedarme más tiempo, para llegar a conocer mejor a Jamie. —Bueno, mi amigo, estuviste verdaderamente fantástico, especialmente con aquellas damas.

Su cara se volvió inexpresiva. —Tuve que trabajar en eso, Kate. No fue fácil.

Ambos nos echamos a reír. Miré al cielo y vi millones de estrellas brillando. Nos callamos, pero me quedé donde estaba, mirando al cielo, paralizada. Me pregunté qué pasaría si hubiera estado en la bodega desde hace años. Si se sentiría así. No podía creer que hubiera conocido a Jamie hace un día. Sabía tan poco sobre él, pero no me importaba, porque cuando me encontraba a su lado, no me sentía sola.

—Bésame —dije firmemente. Dio un paso tambaleante hacia atrás y luego estudió mi cara, pero no respondió—. Ya me oíste.

—¿Así es cómo lo pides amablemente? —Un lado de su boca se elevó.

—Bésame, por favor.

—Tienes novio.

No dudé ni por un segundo. —Ya no.

Y luego sus labios se estrellaron contra los míos.

Nos besábamos con impaciencia, abrazando al otro. Mis manos fueron a su cuello, enredando mis dedos en su suave cabello. Sus manos iban hacia arriba desde mi espalda baja. Sus labios eran más suaves de lo que lucían, y se tomó su tiempo, moviéndose desde mi boca a mi cuello, y luego por la línea de la mandíbula a mi oreja, dejando pequeños besos antes de volver a mis labios. Podría besarlo así por días. Cuando finalmente se detuvo, sus dedos subieron por mi columna a mi cuello, y me estremecí. Cuando me soltó, me tropecé, sin tener el completo control de mi cuerpo. Me atrapó por los codos. Sus ojos se ampliaron y brillaban, y podía decir que esperaba a que dijera algo.

—Eso estuvo bien —dije, aun aturdida.

—¿Bien? —dijo, fingiendo ofenderse.

—¿Asombroso?

—Alucinante —respondió rápidamente.

- Extraordinario.
- Explosión de estrellas.
- Intoxicante.
- Mañana de Navidad.
- Pastel de Chocolate.
- Clorato de potasio y ositos de goma.

Entrecerré los ojos rápidamente. —¿Qué?

—Es química. Búscalo en Google. —Tomó mi mano en la suya, y nos llevó a la oscuridad.

—¿A dónde vamos?

—Vamos a ver las estrellas.

Nos recostamos sobre unas mantas en la parte trasera de su camioneta, la cual aún se hallaba estacionada en el lugar principal. Observamos las estrellas, hablamos y reímos mientras escuchábamos a las mujeres borrachas saliendo del restaurante, hablando del Capitán Fantástico.

Cuando cayó el silencio en el estacionamiento, decidí hacerlo más personal. —Cuéntame tu historia, Jamie.

No se movió por unos cuantos minutos. —¿Qué quieres saber?

—Cuéntame de tu vida, y qué te trajo a este lugar.

—Bueno, fui adoptado por dos de las más grandes personas que caminan en esta tierra. Fui su único hijo. Crecí en West Coast, no muy lejos de aquí, y a pesar de mi diabetes, tuve una niñez agradable. Cuando tenía dieciocho, encontré a mis padres biológicos. Estaban casados, y tenían otro hijo, a quien nunca conocí porque un mes después de encontrar a mis padres biológicos, intentaron robarme dinero. —Apreté su mano, pero continuó sin detenerse—. Corté todos los lazos con ellos, no es que hayan sido muchos. Fui a la universidad en la costa este, y luego volví a California por un par de años. Antes de que encontrara la bodega, viajé mucho y probé mi suerte en unas cuantas cosas diferentes. Conocí a Susan cuando pasaba por un tiempo difícil, y ella me trajo a este lugar. — Se detuvo por un segundo—. Tu turno.

Parecía que a Jamie le incomodaba hablar de él o de su vida. No tuve la sensación de que no quería compartir ciertas cosas conmigo; solo era un chico que vivía el momento y que no vivía del pasado.

Aun así, algo en la manera que describió su vida me recordaba a la mía, y la soledad que sentí en ella. Por un momento, pensé soñadoramente sobre cómo parecía que Jamie y yo éramos dos almas perdidas y solitarias encontrando al otro en el amplio páramo de la adultez.

—¿Sin preguntas de refutación?

—Quiero saber de ti, Katy.

—Bueno, fui criada en Chicago por mi mamá. Nunca conocí a mi padre. Ni siquiera sé su nombre, así que nunca lo encontraré. Cuando tenía ocho, mi mamá murió de cáncer. Después de eso, me fui a vivir con su mejor amiga, Rose. No conocía a mi familia, mis abuelos estaban muertos, sin hermanos, tíos ni tías. A la medida que crecía, me hacía más tímida, así que no tuve muchos amigos. Salí de mi concha cuando fui a la universidad, pero tampoco conseguí muchas relaciones duraderas después de eso. He trabajado en el *Chicago Crier* por cinco años. Vivo sola. —En ese momento me pregunté si asustaba a Jamie, pero simplemente continuó escuchando y asintiendo cada pocos segundos, así que continué—: Soy buena amiga de Beth, una escritora del periódico. Estoy bastante segura que es una lesbiana en el clóset. También tengo una buena relación con Jerry, el editor con quien hablaste ayer. Veamos, ¿qué más? Oh, mi ex, Stephen, básicamente me dijo que nunca me amó y que había estado siendo infeliz por un largo tiempo. Así que, esa es mi historia. Bastante patético, ¿eh?

—Es un idiota —dijo mirando el cielo. Ambos estábamos recostados sobre nuestras espaldas, sosteniéndonos de las manos.

—¿Quién? ¿Stephen?

Jamie simplemente asintió.

—Puedo pensar en unas palabras más fuertes para él. Rompimos anoche, y él ya desayunaba esta mañana con otra mujer.

—Te mereces algo mejor —dijo, luego llevó mi mano a su boca, y la besó—. ¿Dónde está Rose ahora?

—Muerta. Murió hace nueve meses —dije, monótonamente.

Volteó su cuerpo entero en mi dirección.

—Kate, lo siento mucho.

—No quiero hablar de ella. Es muy difícil.

—Entiendo. Cambiemos el tema. ¿De qué deberíamos hablar?

—Um, ¿qué tipo de música te gusta?

—Un poco de todo. En su mayoría indie rock, folk, ese tipo de cosas. —Descansamos de lado, mirando al otro.

—A mí también.

—Entonces, ¿por qué me pediste que te besara?

Tragué, e hice un sonido fuerte. —Yo... er... uh, ¿no querías besarme?

—¿Estás bromeando? Déjame pensar. —Rascó su barbilla—. He querido besarte cada segundo que he pasado contigo desde que nos conocimos, pero esa no fue mi pregunta.

Mi corazón se aceleró. Me sentí paralizada momentáneamente, asustada de dejar escapar que él era el chico más caliente con el que había estado. —Quería que me besaras —dije tímidamente.

Con su dedo índice, tocó mi labio inferior y lo tiró. —Lo sé, ¿pero por qué?

—Sabes por qué.

—¿Fue por mi increíble talento en el karaoke?

—No.

Su rostro se tornó inexpresivo. —¿Fue para recuperar a tu ex?

—No.

—Entonces, ¿qué fue?

Sonreí vertiginosamente, e intenté detenerla sin éxito. Finalmente me rendí, me reí y dije—: Me gustas, ¿está bien? —Me sentí como la más grande idiota en el mundo.

Sonrió, besó mi nariz, y luego dijo—: Tú también me gustas.

* * *

Más tarde esa noche, Jamie me encaminó todo el camino hasta la puerta de mi dormitorio. La abrí, y pregunté en un privado susurro —: ¿Quieres entrar?

—Sí... pero no lo haré. —Dio un paso hacia mí, levantó su brazo tatuado, y envolvió su mano alrededor de mi cuello, acercándose a

él, mi boca encontrándose con la suya. Me besó suave, lenta y pausadamente—. Primero, quiero llevarte a una verdadera cita mañana. Te mostraré la ciudad. Hay un lugar especial al que quiero llevarte.

—De acuerdo —dije.

—Entonces estamos listos. ¿Cuáles son tus planes para mañana durante el día?

—Iba a trabajar en el artículo, y luego si no tengo un itinerario. estaré explorando los alrededores.

—De acuerdo. Vendré y te recogeré como a las cuatro. — Disminuyó el volumen de su voz—. Si no te veo antes.

Después de que se fue, bajé la mirada a mis zapatillas y a mi estúpida camiseta universitaria, y me reí. No había pensado en arreglarme o cómo lucía cuando me encontraba con Jamie. Me hacía sentir hermosa y viva. Decidí llamar a Beth. Sabía que a ella le gustaba escribir a altas horas de la noche. Por lo general, llegaba a la oficina más tarde que yo, pero presumía ante todos la cantidad de palabras que escribió la noche anterior.

Contestó al segundo timbre. —¿Kate? —Sonaba aturdida.

—Oh, Dios mío, ¿te desperté?

—No. —Se animó—. Acabo de escribir tres mil palabras.

—Genial.

—¿Qué pasa? ¿Estás triste por Stephen, el imbécil?

—En realidad, llamaba porque quería contarte que conocí a alguien.

—¿Hombre o mujer?

—¿En serio, Beth? Un hombre. Soy heterosexual.

—Solo preguntaba. Digo, no te culparía, con tu historia con los hombres y eso.

—¿Mi historia? Has conocido a un chico con el que he salido.

—Solo decía, no te culparía. Eso es todo, Jesús, cálmate. Cuéntame acerca del hombre.

—No le cuentes a Jerry.

—No le cuento ni una mierda a Jerry.

—De acuerdo, es este chico que trabaja en el viñedo. Es apuesto, pero definitivamente no es el tipo al que estoy acostumbrada. Es alto

y delgado, pero realmente musculoso. Su cabello es largo, y a veces peina su pelo hacia atrás. Tiene una desaliñada barba y tatuajes. ¡Oh, Dios mío, sus tatuajes!

—Espera, Kate. Chico malo, chico malo. ¿Qué vas a hacer?

—Esa es la cosa. No lo es. Es realmente tierno y sensible, pero confiado y muy sexy, y también inteligente. No sé qué demonios está haciendo aquí recogiendo uvas.

—Consigue su historia —dijo urgentemente.

—Lo hice. Me contó de su niñez y todo. Tuvo una crianza completamente normal, a pesar del hecho que fue adoptado.

—Me refería a que consiguieras su historia sexual antes que dejes caer tus bragas por él.

Me reí. —¿Qué pasa contigo y Jerry? Creen que soy algún tipo de puta.

—¿Sabes qué es un dique dental?

—Cambiaré el tema.

—Consigue su historia, es todo lo que intento decirte. Si vas a tener una pequeña fantasía de bodega, entonces consigue los detalles.

—Ahora de verdad suenas como una reportera. Te dejaré ir.

Se calló por unos momentos. —Kate, estoy feliz por ti. En serio. Disfruta por una vez en tu vida. Te hablaré pronto.

Recostada en mi cama, me pregunté a dónde podría llevarme mi pequeña fantasía. Tenía una vida en Chicago, plantas en mi departamento que necesitaban ser regadas, y una carrera. Sólo Bob me esperaba en el tren para darme algún tipo de consejo de cambio de vida, y luego estaban Beth y Jerry. Pensé en todo eso, pero cuando los junté, tristemente no fue la gran cosa. Amaba a Beth y a Jerry, pero eran colegas. Podía escribir en cualquier parte; podía vivir en cualquier parte. Me pregunté si le gustaba lo suficiente a Jamie para ver a dónde nos llevarían las cosas, o si me veía como una aventura, algo temporal.

Pensé en qué sería cambiar mi vida, y mudarme a California, pero la idea de perder mi controlado departamento rentado me asustaba. Luego pensé en el tren festivo. Cada año la gente decoraba un tren. Lo cubrían completamente —incluso Santa Claus se hallaba ahí. Mi

vida entera, todo lo que siempre quise hacer, era viajar en un tren festivo, pero nunca había sido capaz de montar uno. Cuando la gente me hablaba de cuán genial era montar ese tren, quería golpearlos en el rostro.

Intentaba convencerme, mientras descansaba en la cama, que tenía razones suficientes para quedarme en Chicago porque, oye, no había montado un tren festivo, pero me dormí pensando en Jamie y cómo se sentirían sus ásperas manos en mi piel desnuda.

PÁGINA 8

Exposición

*Traducido por Alexa Colton & Vani
Corregido por LucindaMaddox*

Tres golpes me sacaron de la cama. Eché un vistazo al reloj: 9:01 a.m. Nunca dormía hasta tan tarde. Me puse de pie y salí corriendo a la entrada, vestida sólo con una ajustada camiseta de cuello redondo y bragas de encaje negro. Escondí mi mitad inferior detrás de la puerta entreabierta y me asomé para encontrar a un sonriente miembro femenino de los camareros, sosteniendo una jarra de metal.

—Hola, señora Corbin. Traigo café para usted. Y esto. —Me entregó una hoja plegada de papel que tenía la palabra *Itinerario* escrito a través de ella con una escritura desordenada. Abrí la puerta de par en par y la dejé pasar a la habitación. Dejó el café sobre la mesa de la esquina y yo me apresuré al baño, me puse una bata blanca, y salí, sin molestarme en anudarla.

—Hola, ¿L.im...?

—Lydia.

—Hola, Lydia. Estoy teniendo algunos problemas con la conexión Wi-Fi. ¿Creo que necesito un nuevo código?

—De acuerdo, revisaré eso por usted.

—Gracias.

—Hay tortilla francesa, fruta fresca y panecillos en el comedor, cuando esté lista para bajar. Estaré de vuelta con el código. —Pasó a mí lado y se dirigió hacia la puerta.

Me puse de pie cerca de la entrada y comencé a desplegar el itinerario cuando nuevamente hubo tres golpes en la puerta. *Guau, ella es rápida.* Abrí la puerta para encontrar a Jamie del otro lado,

luciendo encantador. Me miré y me di cuenta que mi bata seguía abierta.

—Buenos días —murmuró él distraídamente. No me moví. Sus ojos vagaron por mi cuerpo. Puso su mano sobre su corazón y luego se dio la vuelta para irse, pero rápidamente se dio la vuelta y se mantuvo firme en la puerta. Trataba de recomponerse. Levantó la vista hacia el techo y luego a mí. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, sonrió.

—¿Ves algo que te guste? —le pregunté, usando su misma línea.

Se aclaró la garganta. —No tienes idea.

—No he leído mi itinerario todavía, así que no sé por qué estás aquí. —Agité mis pestañas y sonreí inocentemente.

—No se trata de eso. Aunque, ahora mismo, estoy deseando haber hecho planes para el desayuno contigo.

—Tengo trabajo que hacer, jovencito.

Bajó la vista a sus pies y se rió entre dientes. —Sólo quería hacerte saber que la compañía de alquiler ha reemplazado tu auto. —Sacó la llave cuadrada de color negro de su bolsillo—. Está en el estacionamiento si quieres ir a explorar hoy. Sólo ten cuidado.

—Gracias. Al principio pensé que eras Lydia en la puerta. Le pedí averiguar sobre el Wi-Fi. ¿Tal vez tú me puedas ayudar? —Negó con la cabeza—. ¿No sabes cómo funciona el Wi-Fi aquí?

—No, yo no lo uso, pero puedo averiguarlo por ti y enviar a alguien, ¿si quieres? —Se balanceó sobre los talones de sus botas de trabajo un par de veces. Parecía un gesto de impaciencia.

—Está bien. Creo que Lydia se hará cargo de ello.

—Genial —dijo—. Así que, ¿nos vemos más tarde? —Asentí. Se dio la vuelta y luego regresó directamente a la puerta abierta. Con una mirada dulce cruzando su hermoso rostro marcado, susurró—: No puedo esperar.

Y luego se había ido.

Lydia nunca regresó con el código. Bajé las escaleras y atacué la canasta de panecillos antes de regresar corriendo a mi habitación para comenzar a trabajar en el artículo. Sin la conexión Wi-Fi iba a ser un problema, pero no quería molestar a nadie en la posada. En su

lugar, decidí molestar a Jerry. Marqué su número con la velocidad de un rayo.

—Jerry Evans.

—Jer, no puedo conseguir Wi-Fi aquí.

—¿Estás bromeando? ¿Escribirás eso en el artículo?

—Voy a hacer esto de la manera antigua.

—¿Y cómo es eso, tallando en una tablilla de piedra?

—Escucha, sólo escribiré algunas hojas aquí y dejaré que la historia se forme. Haré que una de las pasantes de la oficina investigue un poco por mí, y luego, cuando regrese a Chicago, terminaré con ello. ¿Qué piensas?

—¿Escucho una pequeña chispa en tu voz?

—Si tuviera un dólar por cada vez que respondes a una pregunta con otra pregunta...

—Ya sueñas mejor, Kate. Tómate tu tiempo. No te pondré una fecha límite, pero eso no significa que puedas tomarte todo el maldito tiempo del mundo. ¿De acuerdo?

Me eché a reír. —Lo sé. Eres el mejor, Jer.

Al mediodía, tenía varias hojas de notas garabateadas y esparcidas por mi cama. Recordé que el itinerario seguía tendido medio abierto sobre la mesa de la entrada. Fui a buscarlo y lo desplegué para encontrar un par de líneas simples con la letra desastrosa de Jamie:

4:00 p.m. Prepárate para ir a la ciudad. Sólo eso. Y eso es todo.

Simplemente relájate y disfruta tu día.

*Besos,
Jamie.*

Mi corazón dio un vuelco cuando me lo imaginé diciendo la palabra “besos”. Volví a mis notas, pero no podía concentrarme. Todo en lo que podía pensar era en la cena con él. Decidí poner un poco de esfuerzo en ello y tratar de encontrar un vestido para nuestra cita. Después de ponerme rápidamente un par de vaqueros y mis zapatillas, me dirigí a la oficina de Susan, con la esperanza de

conseguir su opinión, a pesar de que una parte de mí temía que no aprobara nuestra cita.

Cuando llegué a la puerta, bajé la vista al patio y vi a Chelsea sentada en su almohada de perro, luciendo como una reina, igual que siempre. —¡Eso es! —dije en voz alta. Me dirigí hacia ella, caí de rodillas y empecé a rascarle detrás de las orejas. Se fundió en un charco de gelatina, toda desparramada sobre su espalda con las piernas en el aire—. Oh, eres mucho más fácil de lo que pretendes ser, ¿verdad? En el fondo no eres más que una chica dulce, buscando un poco de amor. —Chelsea meneó la cola y estiró sus patas mientras le rascaba el cuello y el vientre.

Para el momento en que me puse de pie, regresó a su majestuosa pose, mirando hacia adelante e ignorándome. Si pudiera hablar, creo que habría dicho: *No creas que esto nos hace amigas*. Me limpié las manos en mis pantalones y me dirigí a la oficina de Susan, donde la encontré escribiendo en la computadora. Me miró por encima de sus gafas cuadradas. —Hola, Kate. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Bueno, me preguntaba si sabes dónde puedo conseguir algo que usar. —Me miró fijamente, sin expresión, así que continué—: Tenía la esperanza de poder encontrar una tienda de ropa cerca de aquí, así no tengo que ir hasta la ciudad.

—¿Ah, sí? —Sus ojos me examinaron. Asentí tímidamente, preguntándome si acudir a ella había sido una mala idea. Era más protectora con Jamie que posesiva. Fuera lo que fuese, parecía más que una relación de trabajo—. ¿Cuál es la ocasión?

Pensé en mi respuesta durante unos segundos y luego decidí ir con la verdad. Después de todo, ya la sabía. —Voy a una cita con Jamie, pero eso ya lo sabías. Quiero verme bien para él. —Mantuve mi cabeza en alto y vi como su expresión pasó de la indiferencia al entusiasmo. Sonrió. Habría jurado que a Susan le gustaba cuando me defendía.

—Bueno. Hay una pequeña tienda boutique en la ciudad de Napa. Tienen unos vestidos muy lindos, creo que se te verían impresionantes. —Escribió la dirección y me entregó el trozo de papel.

—Gracias... y no pienso en esto como una aventura, para que lo sepas. No soy así. Me gusta Jamie y creo que le gusto. —Ella asintió, pero no respondió. Busqué su aprobación. No tenía planes de hacerle daño a Jamie, pero no podía decir si me creía. Pero lo peor fue que no corroboró lo que él sentía por mí—. Gracias de nuevo por esto —le dije mientras me dirigía a la puerta. Eché un vistazo a la oficina de R.J. y sólo vi una silla vacía. *¿Manos trabajadoras? Sí, claro.*

En mi camino hacia el auto, vi un par de botas de trabajo familiares. Jamie se encontraba en cuclillas junto a una larga cerca de hierro forjado que rodeaba la piscina. Desde donde me hallaba, pude ver pequeños destellos de luz que cruzaban el aire. Caminé hacia él, vacilante. Había una máquina cuadrada en el suelo, y vi una varilla de soldadura en su mano. Llevaba una capucha y guantes, pero aparte de eso, ningún equipo de protección, sólo una camiseta blanca y vaqueros. Me acerqué sin ser vista, me cerní sobre él para ver como soldaba una barra nueva en la valla. Había chispas volando por todas partes, y algunas cayeron en sus antebrazos, pero no parecía afectado por eso. Cuando por fin se dio cuenta que me hallaba a su lado, se detuvo de inmediato y apagó el soldador. Se puso de pie con facilidad y empujó la capucha hacia atrás, revelando su rostro húmedo.

—No deberías mirar la luz. Conseguirás quemaduras rápidas —dijo.

—¿Dónde aprendiste a soldar?

—Mi padre me enseñó. —Se limpió la cara sudorosa con el dorso de su brazo. Me di cuenta de que tenía un cuchillo de caza de quince centímetros atado a su cinturón, en una funda de cuero color marrón claro.

—¿Qué es eso? —pregunté estúpidamente.

—Un cuchillo.

—¿Para qué?

Sonrió. —Cortar cosas.

No podía imaginar estar con un hombre que soldaba vallas y cortaba cosas. Esto podría sonar estúpido, pero a Stephen le tomó tres días armar un maldito escritorio de la tienda. Tuvo que preguntarle al conserje de nuestro edificio cómo usar las

herramientas... otra razón por la que él no lo soportaba. Stephen ni siquiera tenía un par de vaqueros. Se hacía manicuras y pedicuras en el mismo salón que yo. Pero era un educado hombre de negocios, tenía que concederle eso. Sin embargo, Jamie al parecer también lo era. No había nada serio sobre él, pero había algo misterioso y singularmente brillante en su aura. Era lo mejor de dos mundos. En mi trigésima segunda fantasía, mientras estaba allí mirando su cuchillo, me lo imaginé luchando contra bestias salvajes. Sin camisa.

—¿Katy?

—¿Sí?

—¿El cuchillo te molesta?

—Bueno, no es como si mataras cosas con él —dije, aunque lo imaginé haciendo eso precisamente. Arqueó las cejas un poco, pero aparte de eso, su expresión no cambió—. ¿Cierto?

—Bueno, tenemos serpientes de cascabel aquí y criamos animales.

—Su voz se apagó.

—¿Sacrificas animales con ese cuchillo?

—Normalmente no soy la persona que hace eso. Tenemos un profesional. Te lo prometo, es muy humano, pero he tenido que asistirlo un par de veces en el pasado.

—Soy vegetariana.

—Lo sé, lo siento, pero tú preguntaste. —Hizo una pausa, midiendo mi expresión—. Matar no siempre es violento. A veces es misericordioso. — Parecía arrepentido.

—Sólo me sorprendió, eso es todo. Una serpiente de cascabel menos en mi vecindad sería mucho mejor. —Sonreí.

—¿A dónde te diriges?

—Voy a entrar en Napa para explorar un poco.

—No choques el auto contra nada —dijo sin rastro de humor.

Me acerqué para pegarle en el brazo, pero sostuvo mi puño en el aire, lo llevó a su boca y lo besó. Mis rodillas se tambalearon. Me di la vuelta y empecé a alejarme, pero cuando miré hacia atrás, todavía me observaba, justo como esperé. Sonreía con curiosidad en sus ojos.

—Nos vemos a las cuatro, marinero —le grité.

Mis habilidades de conducción no habían mejorado desde el accidente. La señora del GPS me llevó a la tienda, pero me llevó a la

mitad del límite de velocidad. Los autos tocaron la bocina todo el tiempo. Cuando por fin estuve dentro de la tienda, vi mi vestido inmediatamente. Era negro con un escote bajo y mangas tres cuarto. Llegaba justo por encima de la rodilla, pero era un poco más largo en la parte posterior. *Perfecto*, pensé. Sexy, pero no como una puta. Di vueltas dentro del vestuario por exactamente diez segundos antes de cambiarme y dirigirme a la caja registradora.

—Una gran elección —dijo la joven empleada—. ¿Es usted, por casualidad, Kate de R.J. Lawson?

—Sí. Soy huésped allí. ¿Cómo lo supiste?

—Susan dijo que facturáramos sus compras en nombre de la bodega. Dijo que compraras todo lo que quisieras.

—Oh, no podría. ¿Es algo que hacen a menudo?

—No, nunca he hecho esto por ellos, pero conozco a Susan. Viene mucho. ¿Deseas agregar zapatos o joyas?

—Gracias, pero creo que el vestido es suficiente. —Ni siquiera había mirado el precio antes de que ella lo arrancara. Envolvió el vestido en papel de seda color rosa, lo metió en una bolsa blanca, y me lo entregó—. Disfrútalo. Ten un lindo día.

Me dirigí a mi auto, un poco aturdida. No sabía si Susan me halagaba o si todo el mundo era así de generoso en la bodega. Excepto por el estúpido R.J., con quien ya me sentía resentida. Por supuesto, tenía que escribir un artículo sobre él, porque eso es lo que quería mi editor. R.J. era la única razón por la que me encontraba aquí. Pero me sentí horrorizada. Me preguntaba cómo podría torcer la historia para decir la verdad acerca de él sin impactar negativamente a la propia bodega. Podría decir que era filantrópico y de buenas intenciones, pero sabía que en el fondo su personalidad lo delataría. Si supiera cómo disfrazar el artículo, ya lo habría escrito.

No llegué a la bodega hasta un poco después de las tres. Se suponía que debía encontrarme con Jamie en menos de una hora. Literalmente, salí corriendo del auto, pasé a través del estacionamiento, y por medio de la sala principal de la posada. George se rió de mí en la recepción.

—¡Hola, George! —grité, y luego salté dos escalones a la vez hasta que estuve en mi puerta. Me duché en tiempo récord, pero me

esforcé acomodando mi cabello y dejando pequeños mechones alrededor de mi cara. Tenía los zapatos negros de tacón que traje conmigo, que quedarían perfectos con mi vestido. Me puse rímel y coloqué un poco de rubor en mis mejillas. Cuando llegué a mis labios, deslicé lentamente el brillo translúcido por mi labio inferior y pensé en Jamie llevándoselo con un beso.

Tres golpes sonaron a las cuatro, salté hasta la puerta y la abrí de par en par. La primera cosa que noté fueron sus ojos brillantes, la forma en que los entrecerró ligeramente con una expresión de asombro. Vestía una camisa negra con botones y pantalones negros, combinados con un par de Converse. Se veía sexy y moderno, pero un poco peligroso.

—Te ves... —Y luego hizo una pausa.

—Guapo —dije con una sonrisa descarada.

—Impresionante.

—Maravilloso.

Sus ojos miraban mis labios. —No ha habido ninguna mujer antes que tú y no habrá mujer después de ti —dijo, con el rostro serio.

Tragué saliva. —Y también poético.

Entró en la habitación, puso su brazo a mí alrededor, me besó en la mejilla, y susurró—: Tú me inspiras. —Una vez que dio un paso atrás, abrió un largo joyero negro revelando una cadena delicada con un brillante cristal color melocotón bordeado con marcasita en la parte superior.

—Oh, Dios mío, es hermoso. Se ve como una antigüedad.

—Lo es.

—Es demasiado, Jamie. —Negué con la cabeza—. Es precioso, de verdad, pero no puedo aceptarlo.

—Por supuesto que puedes, y lo harás. Tengo un amigo que es dueño de una pequeña tienda de antigüedades en la ciudad. No es gran cosa, te lo prometo.

—No puedo ni imaginar cuánto costó.

—Por favor, no pienses en eso. —Lo sacó de la caja e hizo un gesto con otro dedo—. Date la vuelta, hermosa. —Deslizó suavemente los mechones de mi cabello a un lado. Podía sentir su aliento cálido en

mi nuca. Cuando aseguró el collar, se inclinó y dejó un beso a un lado de mi cuello—. Dios, hueles bien —dijo en voz baja.

Me reí con su aliento haciéndome cosquillas. Cuando me di la vuelta, sonreía pacíficamente, pero tenía una evidente mirada de deseo en sus ojos. —Mejor nos vamos ahora, o nunca vamos a salir de aquí —dije.

—Tienes mucha razón en eso. Vamos.

Nos condujo a través del gran puente rojo y hacia la ciudad de San Francisco, con sus colinas empinadas, casas victorianas, y los famosos tranvías de navegación a lo largo del centro de las calles principales. La energía en la ciudad era como ninguna otra que hubiese experimentado. Bajando la ventanilla, recibí las vistas y los colores. Cada vez que la campana del tranvía sonaba, me transportaba a otra época, una época en que se tomaban fotos en blanco y negro de la bodega, cuando la vida era más simple. El olor a agua salada, pan horneado y pavimento mojado abrumó mis sentidos. Entramos en lo profundo de la ciudad a través de Nob Hill y Union Square. Jamie no dijo mucho, sólo me dejó mirar. Encontramos un lugar y estacionamos, entonces se estiró detrás de su asiento y sacó un abrigo corto de mujer.

—Susan pensó que necesitarías esto, y creo que tenía razón. —Era más fría la ciudad que Napa, y agradecí la consideración de Susan—. Es una vergüenza cubrir tu vestido, pero creo que te sentirás más cómoda con esto. —Sostuvo la chaqueta para mí. Me la puse y até el cinturón.

—¿A dónde *vamos*?

—Vamos a servirle la cena a algunos amigos. Te voy a llevar a GLIDE. Es un refugio para indigentes en el que soy voluntario. —Me quedé inmóvil. Se volvió hacia mí, y por primera vez desde que lo conocí parecía inseguro—. ¿Espero que eso esté bien?

Tomé su rostro y lo besé con suavidad. —Por supuesto que sí. Soy voluntaria en Chicago. No puedo decirte cuantas veces intenté arrastrar a Stephen conmigo, pero nunca lo hizo.

Jamie se rió una vez y bajó la vista a sus pies. Al principio pensé que se sentía tímido, pero luego levantó la vista y dijo—: Esta es nuestra primera cita, Katy. —Sacudió su dedo hacia mí—. No se

habla de los ex novios. —Tomé su dedo y fingí morderlo—. Oh, luchadora, me gusta —dijo antes de sacarme de la cochera.

En el camino hacia el refugio, vimos gente sin hogar haciendo fila en la calle. Muchos de ellos le gritaron “Hola” a Jamie cuando pasaba. Incluso escuché a una mujer decir—: Oh, Jamie tiene novia. —Me apretó la mano con fuerza después de ese comentario.

Una vez dentro de la cocina del refugio, me entregó un sombrero blanco y un delantal.

—Me veo tonta.

—No es posible. Eres la voluntaria más sexy que he visto jamás.

La cocina se encontraba llena de ayudantes. Un hombre muy alto y muy delgado, con una mirada intimidante, caminaba hacia nosotros. Miré a Jamie en busca de tranquilidad y pude notar que todo estaba bien por la forma en que su boca se curvó. Parecía entretenido.

—Llegas tarde, mi hombre —dijo el tipo alto en un tono serio, que no se mantuvo por mucho.

—Pero traje un par de manos extra. Charles, conoce a la encantadora Kate Corbin. Kate, este es Charles, el hombre que dirige éste maravilloso lugar.

Me lanzó una sonrisa brillante, luego tomó mi mano y besó el dorso. —Encantadora, de hecho. Bueno, vamos a ponernos a trabajar, y vamos a darles vida a estas personas hambrientas.

Servimos la comida a una larga fila de hombres, mujeres y niños. Cada persona a la que tuve la alegría de servirle alimentos agradeció con tanta sinceridad y gratitud que sentí un cambio químico en mi corazón. Me ofrecí voluntaria en refugios muchas veces antes, pero de alguna manera, había una conexión más fuerte. Me di cuenta que era debido a la presencia de Jamie a mi lado. Se rió y contó historias a todo el mundo. Bromeó con todos los niños pequeños acerca de comer sus vegetales, y molestó a algunos de los hombres acerca de los Giants y cómo no había manera de que fueran a ganar la Serie Mundial de nuevo.

Evidentemente, era un fanático de los Red Sox, y me aseguró que si jugaban alguna vez contra los Fenway, él estaría allí y yo personalmente tendría que encargarme de mostrarle Chicago.

Incluso durante las bromas ligeras, no pude dejar de preguntarme si eso es lo que haría falta para verlo de nuevo una vez que me fuera de Napa.

Cuando la fila comenzó a disminuir, pasé un poco más de tiempo observando a cada persona. Había una mujer joven de mi edad que se hallaba sola, vestida con ropa desgastada. Me pregunté cuál era su historia. Cuando alcanzó la fila, coloqué un poco de puré de patatas en su plato. Me dio una sonrisa de satisfacción, y luego dijo —: Mi favorito, gracias.

Estaría dispuesta a pasar los últimos momentos de mi vida haciendo esto con Jamie, porque me hacía sentir como si tuviera un propósito. Me sentía más consciente de la humanidad de los demás, algo que perdí de vista desde la muerte de Rose. Servir comida a los desamparados realmente me hizo sentir como si estuviera conectando más profundamente con los demás. Fue uno de los más auténticos y satisfactorios sentimientos que había tenido en mucho tiempo. Pensé en Jamie comparando el amor con la comida, y ahora yo comparaba la caridad a través de los alimentos. Miré las bendiciones en mi vida, mi capacidad de dar mi tiempo, de tener un trabajo estable y mantenerme. Empecé a preguntarme si R.J. era tan terrible después de todo. El hecho de que gastó gran parte de su propio dinero para proporcionar los recursos para una vida mejor y salvar a los necesitados merecía en alguna medida mi respeto. No necesitaba que sus logros se anunciaran, la mayoría de la gente no tenía idea de lo que hacía. Tal vez la bondad en R.J. contagió a Jamie y Susan. Veía todo al revés ahora. Escribir el artículo pesaba sobre mí, pero estar con Jamie lo aliviaba.

—Katy, nuestros reemplazos ya están aquí. ¿Lista para irnos? — me preguntó, llevándome de regreso a la realidad.

—Sí, esto fue maravilloso. Gracias por traerme. —Caminamos de la mano a su camioneta, y observé mientras Jamie medía su sangre y se inyectaba insulina. Dejamos la camioneta estacionada donde estaba y nos dirigimos a Belden Place, una hilera de restaurantes románticos acomodados en un callejón entre dos edificios. La zona era concurrida, pero extrañamente era uno de los escenarios más románticos e íntimos que jamás había visto. Filas de luces

centelleaban por todo el ancho del callejón. Nos decidimos por un restaurante francés, donde una anfitriona muy joven saludó a Jamie por su nombre. Parecía tener unos veinte años. Tenía su pelo rubio recogido en una hábil y pequeña cola de caballo. El cuello de la camisa negra de vestir era lo suficientemente baja como para revelar el racimo de cerezas rosadas tatuadas en su cuello. Parpadeó varias veces en rápida sucesión.

— Hola. —dijo Jamie. Ambos esperamos incómodamente su respuesta. Definitivamente capté una sensación extraña.

—Izzy —dijo la anfitriona rotundamente.

—Correcto, Izzy. Esta es Kate. —Apoyó la mano en la parte baja de mi espalda.

Me sonrió superficialmente y luego cambió su atención a Jamie otra vez. —Les conseguiré una bonita y romántica mesa en el infierno. ¿Les parece?

Él me agarró de la mano y dijo—: Es hora de irnos.

Caminamos a un restaurante italiano en el mismo callejón y nos sentamos lo suficientemente lejos para estar seguros de la mirada asesina de Izzy.

—¿Qué fue eso?

—Salí... em_ uh, quiero decir, fui a una cita con ella.

—¿Así que tuviste una aventura de una noche con ella?

—No, no tuve sexo con ella.

—No es de mi incumbencia, y se supone que no hay que hablar de los ex. —Crucé los brazos sobre mi pecho, fallando en parecer calmada.

—No es nada de eso. Este tipo, Benny, de GLIDE me arregló una cita con ella. Es demasiado joven para mí. Traté de decírselo delicadamente. Cenamos una vez. La llevé a casa justo después, pero seguía molestando a Benny por mí. —Respiró hondo, hizo una pausa y luego negó con la cabeza lentamente—. Qué horrible manera de empezar una cena. Lo siento mucho. Eso fue totalmente extraño. ¿Podemos fingir que no pasó? —Sus ojos eran suaves y suplicantes.

Le creí. Sus respuestas eran genuinas, y no podía verlo como el tipo de tener una noche al azar con una mujer. Francamente,

después de la mirada de muerte de Izzy, parecía que ella era un poco conflictiva de todos modos.

Antes de que pudiera responder, Jamie pidió una botella de vino y ostras crudas para nuestro aperitivo. Nuestra mesa era tan pequeña que si quería, literalmente podría descansar mi cabeza en su pecho sin ser estorbada. Debajo de la mesa, teníamos las piernas descuidadamente enredadas, a pesar de que seguía un poco indecisa después de nuestro encuentro con la ira de Izzy.

Sonreí sinceramente. —Sí, vamos a empezar de nuevo, pero voy a omitir la regla anterior. Es hora de decir la verdad. Ahora quiero saberlo todo.

Frunció el ceño, pero se echó a reír. —Uh-oh. ¿En qué me he metido? Estoy en una cita con la mujer más curiosa del mundo.

Miré mis manos y jugueteé nerviosamente. Sentí un rubor arrastrándose por mi rostro. —Prometo que sólo te enfrentarás a esta línea de preguntas una vez.

Justo en ese momento, llegaron nuestras ostras y el vino a la mesa. Tenía una sonrisa complaciente en su rostro cuando me sirvió un gran vaso.

—Primero esto. —Puso la concha de ostra en mi boca. La abrí para él mientras la levantaba. Las ostras resbaladizas se deslizaron por mi garganta. Lo vi hacer lo mismo. Ambos tomamos sorbos de vino, luego se inclinó y me besó como si todo el mundo se estuviera desmoronando a nuestro alrededor. Su mano agarró mi nuca y me besó con fuerza. Éramos lenguas, labios y gemidos que sólo nosotros podíamos escuchar. Todo el mundo en el callejón desapareció. Redujo la velocidad, acarició mi mejilla con su barbilla y luego puso un último beso persistente en mi boca. Stephen raramente tomaba mi mano en público, y aunque no era una gran defensora de las demostraciones públicas de afecto, no me importaba con Jamie. Cuando me besaba, no existía nadie más que nosotros.

—¿Había algo que querías preguntarme? —dijo con una sonrisa maliciosa.

—Lo has hecho a propósito, sólo para distraerme.

—No.

—¿No?

Frunció los labios. —Katy, quiero besarte cada segundo del día, incluso en mis sueños. —Si el camarero no hubiera aparecido en ese momento, pudo haber una alta posibilidad de que me desnudara y le pidiera a Jamie tomarme justo en la parte de arriba de nuestra pequeña mesa.

Pedimos mariscos y pasta, y después que comimos nuestra cena me excusé para revisar mi teléfono. Vibraba en mi bolso desde que nos sentamos. Me dirigí al baño y vi que era Jerry. Marqué su número.

—Habla Jerry.

—Es tarde allá, Jer, ¿qué pasa?

—Beth me contó que conociste a un hombre.

Me eché a reír. —Le dije que no te lo contara.

—¿Por qué? Estoy feliz por ti.

—¿Lo estás? —A veces tenía que recordarme que Jerry era uno de los hombres más felizmente casados. Él adoraba a su esposa. A menudo salía de la oficina temprano y decía: “Me voy a casa. Extraño a mi compañera”. Su esposa era verdaderamente *su* persona, su compañera, pero Jerry nunca me dio consejos sobre el amor. Sabía que no le gustaba Stephen, así que no se metía en mis asuntos.

—Beth me contó un poco sobre el chico.

—Todavía no es nada, acabo de conocerlo.

—Bueno, todo lo que quería decir es que le dieras una oportunidad... te he visto recluida dentro ti misma durante los últimos meses. —Se detuvo de nuevo. Tomé una respiración profunda y la contuve—. Escuché una chispa en tu voz ayer y creo que vas a volver a nosotros. Tal vez tenga algo que ver con ese chico.

—Ajá —dije, mi garganta cerrándose.

—Escúchame. No tengas miedo. Todos los esqueletos, la sangre, las tripas y las emociones. esas son las cosas que te hacen un ser humano. Cuando te dije que has perdido tu chispa, me refería a que te cerrabas a todos los demás. Esa chispa es tu belleza, Kate. Pero, a veces, cuando hace mucho calor, cuando las personas se acercan demasiado, y esa chispa se vuelve demasiado brillante, tú la sofocas porque tienes miedo.

En el espejo nublado del baño, mi reflejo me sobresaltó. Una luz radiante se reflejaba en mi cara, ensombreciendo mis ojos, ocultando las lágrimas acumuladas en ellos hasta que gotearon como un grifo, iniciando un proceso desgarrador. Me puse a llorar. No fue un llanto feo, era un llanto de emoción sombría, en el que sentías la rendición de tu cuerpo. Jerry tenía razón, y lo sabía. Me asustaba dejar entrar a alguien. No hice ningún sonido, así que él continuó—: He sido tan feliz en mi matrimonio y tuve la suerte de haber encontrado a mi persona en la vida, pero sólo porque me di cuenta hace mucho tiempo que si mantienes todo eso dentro, las cosas que te hacen ser tú misma, entonces nunca encontrarás a *tu* persona. Sólo te marchitas por dentro y te olvidas de quién eres, y si no puedes verte, entonces *él* no puede verte. No tengas miedo. Te he visto, Kate, he visto quién eres realmente, y vales la pena. Vales todo eso.

—Dios mío, Jerry, gracias, ¿pero de dónde viene todo esto? ¿Por qué me lo dices ahora? —sollocé.

—Porque eres mi amiga, maldita sea. Pero ahora estoy enojado conmigo mismo por hacerte llorar.

—No estoy llorando —mentí.

—¿Estás con él ahora?

—Sí, pero estoy en el baño.

—Confía en mí en esto. —Su voz se volvió un susurro—. Vuelve ahí y sé tú misma.

—No sé qué voy a hacer si me enamoro de él.

—Si caes, dejas que él te atrape. —Y luego colgó.

Cuando regresé a la mesa, Jamie se levantó y acomodó la silla por mí. —¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, estoy bien. —Apoyé los codos en la mesa y apoyé la barbilla en mis manos—. Es hora de las preguntas. —Me reí y una pequeña lágrima rezagada cayó de mi ojo.

—¿Estabas llorando? —Parecía afligido.

—No, me estoy riendo, tonto... y no vas a escapar de esto.

Sonrió hoscamente. —Está bien, pregunta.

—¿Saliste con muchas mujeres?

—No.

—¿Eso es todo? ¿No vas a elaborar tu respuesta?

—He salido con algunas. Tuve una relación por tres años después de la universidad.

—¿Cuál era su nombre?

—Julia.

—¿Qué pasó?

—Me dejó.

—¿Por qué?

—Quería otras cosas en la vida.

—¿Cómo qué?

—Cosas materiales.

—¿Estabas enamorado de ella?

—No cuando me di cuenta de lo que quería de mí.

—¿Te lastimó?

—Sí. —Permaneció serio.

—Así que, ¿no duermes con chicas por ahí?

Se rió entre dientes. —Soy un hombre. He tenido citas, pero no estoy interesado en dormir por ahí. Quiero estar con alguien que me intrigue, que pueda divertirme, con quien pueda reírme, que pueda desafiarme. He estado buscando lo mismo que la mayoría de las personas.

—¿Y qué es eso?

—Alguien con quien volver a casa.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Se inclinó lentamente, con cautela, y luego me besó suavemente antes de susurrar—: ¿Podemos divertirnos ahora?

—¡Sí! —dije con pasión—. ¿Qué tienes en mente, marinero?

—Bueno, primero voy a alimentarte con tiramisú. Luego vamos a caminar por la calle y voy a patearte el culo en el tejo y los dardos. Y luego, si tienes suerte, te llevaré de regreso a la bodega y te mostraré mi granero. —Mis ojos se abrieron como platos. Él comenzó a reír—. Sin expectativas.

—Por lejos, esa es la oferta más extraña que me han hecho, pero me encantaría ver tu granero. Sin embargo, hay una cosa que deberías saber.

—Oh. ¿Qué?

—Soy conocida como la campeona del tejo al este de Mississippi.

—Eres pura charla. Dijiste lo mismo sobre el karaoke. —Deslizó un trozo de tiramisú en mi boca.

—¿Cuáles son las apuestas?

Besó la crema de un costado de mi boca antes de contestar. —Si yo gano, puedo besarte durante el tiempo que quiera.

Asentí con entusiasmo. —Y si yo gano... entonces puedes besarme durante el tiempo que quieras.

—Trato.

Fuimos a un pequeño bar, donde gané dos juegos de tejo, pero perdí tres juegos de dardos, así que Jamie seguía afirmando que era el campeón. Me convenció de jugar con bebidas, y cada vez que bebía me besaba por un minuto entero.

—Me gusta el sabor de tu boca —dijo.

—Simplemente te gusta emborracharme.

—No se trata de eso, sólo quiero que disfrutes.

—Lo hago, pero vas a arruinarme toda la noche. —Se rió tan fuerte cuando dije eso y me di cuenta rápidamente de cómo sonaban las palabras.

—Katy, me encantaría, ¿pero no crees que me estás poniendo mucha presión encima?

Me ofrecí a definir el desafío con un partido de billar.

—Creo que debería llevarte de regreso. Además, estoy listo para reclamar mi premio. Gané limpiamente. —Justo cuando dijo eso, un hombre bajo y fornido se sentó junto a mí en el bar, a mi derecha.

El hombre dijo—: Hola—, en una voz amigable.

Me volteé ligeramente hacia él y respondí muy suavemente. —Hola.

El tipo tenía uno de esos pechos que sobresalían en un intento inútil de hacerlo parecer más alto, y llevaba una camiseta negra sin mangas que abrazaba sus grandes bíceps. No era para nada mi estilo. —¿Vives aquí o simplemente estás de visita en San Francisco? —preguntó. Miré a Jamie antes de volver a responder. Apartó el pelo de su cara y pude ver su mandíbula tensa, pero su expresión no cambió. No se veía afectado.

Giré de nuevo hacia el hombre. —Sólo estoy de visita.

Puso su mano en mi pierna y la frotó. —¿Puedo ofrecerte otro trago?

Jadeé y alejé mi pierna. Parpadeé dos veces y Jamie de repente se encontraba de pie al otro lado del hombre, agarrando la parte posterior de su cuello y empujando su cara en la barra. Bajó su rostro a la oreja del hombre y habló con una voz fuerte pero tranquila, tan poderosa que me dio escalofríos.

—Ves que ella está conmigo, ¿verdad? —Lo miró directamente a los ojos. Pude ver al hombre luchando. Respiraba por la boca. El agarre de Jamie sobre su cuello era tan fuerte, que las venas de sus antebrazos y cuello sobresalían y pulsaban—. Respóndeme.

El hombre asintió.

—Entonces mantén tus malditas manos fuera de ella.

El hombre se puso de pie y levantó las manos en un gesto defensivo. —Está bien, hombre, relájate.

También me puse de pie. —Tengo que ir al baño —dije rápidamente, luego me marché. Me di la vuelta justo cuando entré en el baño y vi a Jamie parado en la barra, parecía destrozado mientras observaba como me alejaba. Mi corazón latía sin control. *¿Qué digo? Eso fue muy extraño y posesivo.*

Calmándome, tomé dos respiraciones profundas y me eché agua fría en la cara. Cuando abrí la puerta, él se encontraba parado contra la pared justo fuera del baño, esperándome. Tenía las manos en sus bolsillos y su cabeza gacha.

—Lo siento —dijo hacia el suelo. Cuando levantó la vista, me di cuenta que sus ojos parecían vidriosos—. No fue mi intención asustarte. No soy una persona violenta, en lo absoluto. Nunca te pondría una mano encima. Sólo quiero que lo sepas.

—¿Por qué hiciste eso?

—Pensé que él estaba siendo realmente irrespetuoso y no quería que nadie te tratara de ese modo.

—Apenas nos conocemos, Jamie. No tienes que hacer eso por mí.

—¿Arruiné la noche?

Me acerqué y apreté contra su cuerpo. Mirándolo a los ojos, pasé los dedos por su pelo y dije—: Tengo sentimientos encontrados en

este momento. Me asustó un poco, pero nadie ha hecho algo así por mí. —Besé su mejilla—. Gracias. Me hizo sentir importante.

—Lo eres.

Caminamos varias cuadras de regreso a la camioneta. Cada vez que había una sombra proyectada en la pared de un edificio, Jamie me acercaba y me besaba como si el Armagedón estuviera a la vuelta de la esquina. Tropecé justo antes de llegar a la camioneta. Él me agarró por el codo. —Estoy bastante borracha —dije, mientras abría la puerta de la camioneta para mí.

Tomó mi cara y me dio el más ligero beso. —Me ocuparé de ti. — Me ayudó, luego dio la vuelta hacia su lado y se dio una inyección de insulina.

Arrugué la nariz. —Huele a desinfectante.

—Sí, la insulina tiene un olor muy potente. ¿Te molesta? —Me miró con comprensión.

—No, en absoluto. Sólo hacía una observación, y estoy borracha. Simplemente ignórame.

—Nunca. —Guiñó un ojo, luego encendió la camioneta y entró al tráfico de la bulliciosa ciudad.

—¿No has hecho eso antes de comer?

—¿Qué?

—Usar la insulina.

Levantó la vista. Sus ojos se veían amplios, y había una tenue mirada de miedo. —¿Lo hice?

—Sí, lo hiciste.

—Me sentía caliente, por lo que pensé...

Solté unas risitas. —Tal vez fueron todos los besos. —Su expresión no cambió. Parecía desconcertado—. ¿Estás bien, Jamie? —pregunté.

—Sí —dijo en voz baja mientras miraba por encima del hombro hacia el espejo retrovisor para cambiar de carril—. Estoy bien.

Nos acercábamos al puente Golden Gate. Permaneció bastante tranquilo. Empecé a desvanecerme, y lo último que recordaba fue que puse la cabeza en su regazo y él me acariciaba el pelo.

PÁGINA 9

Línea de corte

*Traducido por Mire & Cynthia Delaney
Corregido por Lizzy Avett'*

La primera cosa que noté cuando me desperté fue que mi cabeza palpitaba por el alcohol. La segunda cosa fue que no nos movíamos. Seguía en el regazo de Jamie. Tenía su frente apoyada en el volante y su brazo derecho en el tablero. Mi hipótesis inicial era que dormía. Me moví para sentarme y vi que sostenía la botella de tabletas de glucosa en la mano izquierda. Nos encontrábamos al otro lado del puente, en el estacionamiento del mirador Golden Gate, frente a la ciudad. Lo miré y vi que tenía los ojos entreabiertos.

—Jamie.

—Mmm...

—Jamie, ¿estás bien? —Agarré la botella de su mano izquierda y descubrí que se encontraba vacía. Me puse frenética. Coloqué una mano en su frente, y trató de darme una débil sonrisa.

—¿Qué ocurre?

—Está baja —murmuró, apenas lo suficientemente alto como para que lo oyera.

Se me ocurrió, muy brutalmente, que tal vez se había inyectado demasiada insulina. Empecé a buscar en el auto, pero no pude encontrar el kit de glucagón. —¡Jamie! —grité, pero en ese momento, tenía los ojos cerrados y no respondía. Comenzó a inclinarse a la izquierda. Lo puse suavemente contra la puerta del lado del conductor y luego eché un vistazo al puente. El tráfico se encontraba detenido; los peatones congelados en el espacio y el tiempo. Me sentía frustrada e impotente, como en un sueño. Grité de nuevo—:

¿Dónde está? —Entonces recé y tomé mi teléfono, pero justo antes de que marcara el 911, visualicé la caja naranja bajo el asiento. *Visualiza para que ocurra*. Cuando miré, allí estaba. Tiré de la caja y la abrí, mis movimientos eran fluidos y precisos, como si estuviera en piloto automático. De alguna manera, sabía exactamente cómo inyectar el líquido en el vial de polvo. Llené la jeringa y saqué una gota por la aguja, eliminando cualquier aire. Desabroché su cinturón y tiré de sus pantalones hasta donde pudiera ver la suficiente piel por debajo de su cadera para inyectarlo, luego clavé la aguja en su carne y empujé el líquido. Me puse a llorar, presa del pánico. *Por favor, ponte bien. Por favor, ponte bien*.

Marqué el 911 en mi teléfono, por si acaso, pero justo antes de apretar llamar, escuché a Jamie.

—¿Katy? —murmuró.

—¿Sí? —Me acerqué. Se puso derecho en el asiento, apoyando la cabeza en el respaldo, y tomó dos respiraciones profundas. Me puse a horcadas y ahuequé su cara, buscando sus ojos. Se veían dilatados y estaba sudando, pero al menos se hallaba consciente y mirándome.

—¡Oh, Dios mío, Jamie! ¡Oh, Dios mío!

—Estoy bien —murmuró. Entre cada sollozo, besé toda su cara y cuello. Sus manos se posaron en mis muslos. Me dejó asfixiarlo con besos mientras mis lágrimas se derramaban por toda su cara. Quería acunarlo y mecerlo como a un bebé. Quería calmarlo. Pero en ese momento, yo era la que necesitaba calmarse.

—Nena, deja de llorar, por favor. Sé que te asustaste, pero estoy bien. Lo arruiné. Eso nunca ha pasado antes. —Se puso más alerta. Llevó sus manos a mi cara y limpió mis lágrimas—. Lo siento por no haberte cuidado.

—Podemos cuidarnos el uno al otro —dije al instante, y entonces, como si un nuevo portal se hubiese desbloqueado en mi cerebro, recordé mi sueño. *Los susurros*.

Fue un momento, como tantos otros que tuve antes, donde estaría todo el día sin recordar mi sueño de la noche anterior, y después, de repente, era desencadenado por un olor o una canción o un comentario de un colega, y el sueño regresaba rápidamente, como

una ola de recuerdos. Eso fue lo que pasó en la camioneta aquella noche. Recordé mi sueño, *el* sueño. Estuve allí de nuevo, flotando sobre el cuerpo de Rose, el sonido de los latidos sonando fuerte, excepto que noté que había dos corazones latiendo. Me incliné para escuchar, pero el sonido no venía de ella. Era un sonido humano, un sonido vivo. Mi recuerdo del sueño era claro, por fin. Cuando ella habló, su voz era suave y melódica, pero suplicante.

Cúidense el uno al otro, dijo, luego miró a la figura de pie junto a mí. Era Jamie, y los latidos eran los nuestros. El suyo y el mío.

En la camioneta, todavía a horcajadas sobre él, llevé mi mano hacia mi corazón.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada. —Me estremecí.

—Cálmate. Todo está bien.

—Lo sé. —Apoyé mi cabeza en su pecho y me abrazó con fuerza. Debíó pasar una hora. Cada pocos minutos miraba su cara para ver cómo estaba y él me sonreía todo el tiempo, pero permanecemos quietos y en silencio, simplemente sosteniéndonos.

Finalmente, me arrastré de su regazo. —¿No debería llevarte al hospital?

Negó con la cabeza. —Estoy bien. Sólo tengo que comer algo.

—Oh, sí. —Saqué una barra energética de mi bolso, la desenvolví con rapidez, y la sostuve hacia su boca.

Se echó a reír. Sabía que iba a estar bien. —Puedo alimentarme. Gracias, Katy. —Antes de que llegara a la barra, tragó y miró fijamente mis ojos—. Hablo en serio. Gracias.

Sacudí la cabeza. —Lo sé, lo sé. No es necesario que me des las gracias. Toma, come esto, por favor. —Arrancó la mitad de la barra y luego la puso en el salpicadero. Miré mi teléfono. Eran las 2 a.m. Bajó sus vaqueros hasta donde lo había inyectado y miró. Se frotó la zona y se estremeció un poco.

—Vas a tener un moretón. Te inyecté muy fuerte.

—Lo hiciste —dijo con un atisbo de diversión en su voz—. Me pusiste bien, cariño. —Se abrochó el cinturón y sacó su medidor para comprobar el nivel de azúcar en la sangre—. ¿Siempre llevas comida en tu bolso?

Me sonrojé. —El otro día, leí en el kit de glucagón que a veces tienes que darle alimentos a los diabéticos de inmediato.

Levantó la vista con admiración. —Dios, tú eres la cosa más dulce.

Sonreí, pero una lágrima cayó de mi ojo al mismo tiempo. —¿Cómo está tu nivel?

—Estoy bien.

—Creo que debería conducir, Jamie.

—Cariño, incluso si estuviera medio consciente, nuestras probabilidades de llegar a casa con seguridad son mucho más grandes conmigo al volante. —Sonrió juguetonamente—. Sin ofender.

—Probablemente tienes razón. ¿Te detuviste por aquí porque te sentías mareado?

—Sí. Debí medir mi nivel antes. A veces se vuelve confuso, especialmente si estoy distraído, y luego me quedé sin pastillas de glucosa. Fue una estupidez, lo siento mucho.

—Deja de disculparte, hiciste lo correcto al detenerte. La próxima vez, despiértame.

—Lo prometo.

Era una promesa para una próxima vez. Eso era todo en lo que podía pensar en ese momento. No una próxima vez en la que Jamie tuviera un bajón de azúcar, sólo una próxima vez, y punto.

Jamie nos llevó de regreso a la bodega, con la ventanilla abierta, y con la calefacción prendida, para que así pudiera mantenerse alerta sin congelarme. Mantuve mis ojos en la carretera. Subió el largo camino de entrada y continuó hacia un camino de tierra hasta que estacionamos frente al granero.

Me miró con inseguridad. —¿Quieres quedarte conmigo esta noche?

—Ya es de mañana.

—¿Quieres quedarte conmigo esta mañana?

—Síp.

Sostuvo mi mano hasta que estuvimos dentro del granero, encendió las luces y lo absorbí todo. No era un granero en el interior. Quien fuera el genial diseñador, dejó las vigas naturales expuestas, pero terminó las paredes con madera de pizarra blanca. Los pisos

tenían madera vieja y grandes candelabros rústicos colgaban de los puntos más altos del techo. Al menos había unos doce metros de altura en el centro. Por encima de un conjunto de vigas en el espacio del frente, había estanterías llenas de libros y una escalerita que conducía a ella. Me di la vuelta, fascinada. La decoración era cálida, rica y masculina. Era una inmaculada foto instantánea de un catálogo de artículos de restauración. La cocina seguía el mismo diseño vivo, con un fregadero de casa de campo y gabinetes minimalistas. Jamie se apoyó contra la pared con las manos en sus bolsillos, mirándome.

—Es increíble. ¿Quién hizo esto?

—Yo lo hice.

Me reí para mis adentros. Por supuesto que sí. —¿R.J. te permitió tener este espacio?

Asintió.

Todo el piso se encontraba abierto. Sólo había paredes parciales que dividían los espacios, muy similar a un desván, excepto por el baño, que tenía una puerta modestamente diseñada en comparación con el resto del granero. En un rincón había un escritorio con todo tipo de dibujos de máquinas. Tenía algunos dibujos enmarcados en las paredes, por encima de la mesa, que reconocí casi de inmediato como copias de Da Vinci. Vi los bocetos de las máquinas de elevación de agua y del hombre de Vitruvio, que representaba las proporciones ideales del cuerpo. Jamie era un pensador, no había duda. Me di cuenta en ese momento que, a pesar de que podía ser sociable cuando tenía que serlo, era un poco solitario, igual que... yo.

Caminé hacia el extremo opuesto del granero, y en el proceso, tropecé con mis propios malditos pies. Trastabillé, pero rápidamente recuperé el equilibrio. Miré hacia atrás y atrapé a Jamie sonriendo.

—Oh, borra esa sonrisa de tu cara. Soy torpe, ¿de acuerdo?

—Eres adorable —dijo.

En el centro de la pared opuesta se hallaba la cama. Caminé hacia ella y lo sentí siguiéndome. Las luces detrás de mí se fueron apagando una por una hasta que sólo quedó una pequeña lámpara de escritorio prendida, llenando el espacio con un calor tenue, como una pequeña brasa encendida en la noche más oscura. Estuvimos así

unos pocos minutos y luego nos pusimos en los lados opuestos de la cama. Se sacó la camisa de los pantalones, yo me quité el abrigo, y ambos nos quitamos los zapatos.

—Es hermoso aquí.

Se acercó a mí sin dudarlo y me levantó la parte inferior del vestido. Levanté los brazos para complacerlo. No me quitaba los ojos de encima mientras lanzaba el vestido sobre una silla. —Lo es ahora —dijo.

Me quedé vestida con mis bragas y sujetador, y no sentía ni un poco de timidez. Desabotoné su camisa y la saqué por sus hombros, dejando que mis manos permanecieran allí. Su cabello caía contra los lados de su cara. Lo peiné hacia atrás, lenta y sensualmente. Me besó mientras desabrochaba sus vaqueros, sólo rompiendo el beso para sacárselos.

—¿Te sientes bien? —pregunté.

—Sí. Sin embargo, vamos a descansar un poco. —Tiró del edredón y se deslizó, vistiendo sólo sus bóxers—. ¡Ven aquí, Katy! —dijo con una sonrisa perezosa. *¿Quién iba a decirle que no a este hombre?* Miré al reloj antiguo en la mesita de noche antes de caer a su lado. Eran las 3:30 a.m. Nos tumbamos, uno frente al otro, pero nuestros cuerpos se encontraban al ras. Encajé perfectamente en el espacio de su pecho. Enredamos nuestras piernas, y sentí que besaba la cima de mi cabeza.

—Podemos seguir así todo el día. No tenemos a dónde ir, excepto aquí. Duerme, ángel. —Y justo así, me dormí.

Me desperté en el crepúsculo de la mañana. Había un resplandor que entraba por las cortinas de la ventana. Nuestros cuerpos comenzaron a moverse al mismo tiempo, él también se despertó. Nos hallábamos muy conscientes de la presencia del otro, de la piel contra piel, del calor que irradiaban nuestros cuerpos. Empezamos a movernos con más intención. Me dio la vuelta hasta que estuvimos en posición de cucharita. Besó mi cuello, detrás de mi oreja y se presionó contra mí, podía sentir su dureza. Gemí tan débilmente que pensé que sólo yo podría oírlo, pero respondió empujándose contra mí de nuevo, más duro y más urgente. Desabrochó mi sujetador y lo arrojó a alguna parte.

Rodó sobre mí y siguió la luz, dejando besos lentos sobre mis pechos, mi estómago y más abajo. Me aferré a los músculos de sus brazos mientras se sostenía sobre mí sin esfuerzo. Lo sentí patear sus bóxers; era muy bueno en eso. También era bueno volviéndome loca. Me besó a través de mis bragas, justo en ese perfecto lugar. Me presioné contra él, estimulando y animándolo a seguir provocando. Bajó mis bragas y éstas también desaparecieron en otra galaxia. Había manos, labios, dientes y lenguas en todas partes, pero era lento. Se detuvo y se cernió sobre mí, mirándome a los ojos, pero no dijo nada.

—¿Yo te gusto, Jamie?

—Sí. Mucho.

—¿Qué tipo de sangre eres?

—O positivo. —Sacudió su cabeza y rió.

—¿Tienes una cuenta de ahorros?

—Sí.

—¿Y seguro de salud?

—Ajá —murmuró, mientras volvía a besar todo mi cuerpo.

—¿Has tenido un chequeo últimamente? —Cuando levantó la mirada, abrí mucho los ojos para que supiera a qué me refería.

—Sí, por supuesto.

—¿Cuál es tu apellido?

—No más charla. —Y entonces sus labios se estrellaron contra los míos y lo sentí entrar, llenándome hasta que mi espalda se arqueó. Se movió fluidamente, como perfección mezclada con sólo un tinte de dolor por la novedad. Besó mis labios como si fueran preciadas joyas, y luego besó su camino hacia mi oreja. Respirábamos entrecortadamente, y me moví con él, dejándolo entrar más profundo e íntimamente. Se sentía tan bien. Había algo muy natural en la forma en que nuestros cuerpos se movían a la par. No había choques de dientes torpes mientras nos besábamos, o movimientos confusos. Era como si hubiéramos cedido el control a un poder más fuerte que nosotros. Agarró mis dos manos, entrelazando sus dedos con los míos, y las extendió sobre mi cabeza.

—Abre tus ojos, quiero que me veas cuando te vengas.

Lo hice, y mis dedos palpitaron, disparando ondas de radiación por mi columna hasta que sentí ese tempo zumbando entre mis oídos y en el fondo de mi garganta. Mirar sus ojos lo hizo más intenso. Allí estaba el familiar latido entre mis piernas. Se sacudió e impulsó más profundo pero me miró intensamente, entonces agarró mi cadera. Ahí fue cuando ambos perdimos el control. Fue sexo lento, dulce y somnoliento, pero fue más poderoso que nada que hubiera experimentado antes. Pensé que tal vez así era como se sentía hacer el amor.

Mis manos agarraron su cabello mientras los últimos temblores dejaban mi cuerpo. Finalmente cerró los ojos y colapsó, enterrando su cara en mi cuello. Nos quedamos dormidos otra vez justo así, con él aún en mí interior, pero no me importó porque no me sentía sola.

Hubo unas cuantas horas llenas de recuerdos nebulosos del sol tocándonos a través de las persianas y Jamie levantándose para cerrarlas. Me trajo agua y jugo. Lo escuché hablar con Susan por teléfono antes de que volviera a la cama, y entonces la próxima vez que desperté lo escuché jugueteando en la cocina. Oí pasteles y me convencí de que había muerto, e ido al cielo. Me deslicé de la cama y busqué por el espacio mi ropa interior. *¿Las personas caminan desnudas en el cielo?* Usé su cepillo de dientes en secreto y luego rápidamente me di cuenta de cuán estúpido era ser furtiva sobre ello después de lo que acabábamos de hacer.

Cuando caminé de vuelta a la cama, noté que desde mi posición podía ver a Jamie en la cocina, a unos seis metros de distancia. Usaba pantalones de pijama de franela. *No es justo*. Cuando me vio, me congelé. Caminó hacia mí con una mirada intimidante en su rostro. No me podía mover. Sentí un rubor extendiéndose hasta mis pies. Mi corazón brincó y se volteó. Lo que sucedió después fue un poco borroso. Pude haber estado soñando, pero me sentía bastante segura de que vi a Jamie parar en el pasillo y quitarse fácilmente los pantalones de franela. Estuvimos de pie en la luz brillante, completamente desnudos y mirándonos. Podía oír nuestras cortas respiraciones y los débiles golpeteos de nuestros corazones. Su cabello se hallaba ligeramente despeinado y el rastrojo de barba que le quedaba tan bien se veía más grueso y oscuro que el día anterior.

Un gemido involuntario se escapó de mis labios. Me miró por un largo segundo y luego dio tres rápidas zancadas antes de levantarme para que lo rodeara con las piernas. Me empujó con fuerza contra la pared.

—Eres tan hermosa. Dios, eres tan malditamente hermosa —dijo con un suspiro.

Nos apreciamos por horas, moviéndonos del espacio al espacio. En la cama de nuevo, me puso a horcajadas sobre él y luego empujó mi pecho hacia atrás así todo mi cuerpo se hallaba expuesto. Me incliné y lo guie a mí interior, llenándome hasta la empuñadura. Me empujó hacia atrás de nuevo para que estuviera sentada más derecha.

—Cierra los ojos, Jamie.

—No, quiero verte.

Me sentí avergonzada, pero lo ignoré y continúe cuando vi con cuanta adoración contemplaba mi cuerpo. Sus párpados parecían pesados; se veía deslumbrado cuando empecé a moverme. Bajé lentamente y sentí un gemido escaparse de mis labios. Ya había un entumecimiento pulsando en todo mi cuerpo, pero la posición y las inquietas manos de Jamie marcaron un ritmo más rápido. Cuando finalmente se inclinó y tocó donde estábamos conectados, me retorcí e incrementé el ritmo, eché la cabeza hacia atrás, y me corrí. Se sentó casi inmediatamente y enterró su cara en mi cuello. Nos quedamos así hasta que los segundos y minutos no significaban nada. El tiempo era medido sólo por el sonido de nuestros corazones palpitando.

Cuando finalmente rompimos nuestro abrazo, caímos perezosamente a cada lado de la cama. Jamie se giró, se apoyó en su codo y me dio de comer pedazos de croissant de chocolate antes de insistir en que tomáramos otra siesta. *Sigo bastante segura que de que éste es el cielo.*

—¿Dónde está Chelsea? —pregunté en un somnoliento aturdimiento.

—Con Susan.

—Probablemente eso sea algo bueno. —Por el rabillo del ojo, lo pude ver sonriendo.

Estábamos de espaldas, mirando el alto y brillante techo. Alcanzó mi mano y besó el interior. —Oye... vamos a hacer esto siempre.

Mis ojos se abrieron. —¿Hacer qué siempre?

—Estar así, dormir, comer y follar.

—Oh.

Giró su cuerpo hacia mí y buscó mis ojos. —Lo siento, eso no fue tan romántico.

—Está bien.

—Puedo ser romántico. pero primero vamos a dormir. —Besó mi frente y me puso en su pecho.

Cuando finalmente desperté del festival de sexo-y-siesta que habíamos tenido, me di cuenta que Jamie se había ido. Había un viejo libro de tapa dura en la mesita de noche y una nota por encima. La alcancé y leí:

Mi reino por un minuto más contigo. Quédate, por favor. Dejarte acostada aquí como un ángel fue la cosa más difícil para hacer. Lo siento. Tengo que ayudar a Guillermo con algo. Aquí está uno de mis libros favoritos para pasar el tiempo, así no te aburres y me dejas. Tal vez puedas decirme si estás de acuerdo con el hecho de que los poetas tienen razón.

La última línea era un acertijo de algún tipo. Encontré mi vestido y me lo puse, luego rebusqué a través del armario de Jamie y encontré una de sus camisetas de franela. La deslicé por mi cabeza y garabateé una nota para él.

Estaré en mi habitación. Definitivamente no estoy aburrida. Ven a verme cuando estés listo. ~Besos de Kate, Katy.

La coloqué en su mesita de noche a un lado de una foto suya donde usaba una toga y una gorra junto a una mujer mayor, quien asumí era su madre. Ella lucía hermosa, vibrante y orgullosa. El brazo de Jamie rodeaba sus hombros, abrazándola. Por la foto, podía notar que eran cercanos. Alguien una vez me dijo que podías encontrar todo lo que necesitabas saber sobre un hombre por la forma en que trataba a su madre y a su perro. Había algo extrañamente familiar sobre la foto pero no podía averiguar lo que era. Agarré el libro y miré el título. ***Una habitación con Vistas.*** Qué romántico, Jamie, pensé. Lo había leído, así que busqué en mi mente la respuesta a su acertijo, pero no surgió nada.

En la luz del atardecer, me dirigí hacia la posada, descalza, balanceando mis tacones con mi dedo índice. Había algunos distantes sonidos de cantos de pájaros y una suave briza acariciando las parras. El cielo era un océano de cristal azul con gigantes y celestiales nubes flotando. Observé a una multitud de pájaros que bailaba en un perfecto unísono, bajando en picada contra las nubes blancas como una especie de dibujos de un niño.

Cuando pasé la última fila de parras, vi a Jamie a unos treinta metros de distancia de espaldas hacia mí. Me acerqué lentamente en silencio y lo vi mirar el cielo, hipnotizado por las aves de la misma forma que yo. En el momento exacto en que me detuve, se giró y miró sobre su hombro. Caminó hacia mí con pura determinación. No hubo vacilación. Sólo me tomó en sus brazos, me abrazó ligeramente y me besó con fuerza. Cuando me quedé sin aliento, sonreí.

—¿Lo entiendes? —preguntó.

—Todavía no.

—Lo harás, excepto que aquí no hay nadie para detenernos, excepto nosotros mismos.

—Hmm. Jamie, tus acertijos son bastante impresionantes. —Olía a almizcle, y podía sentir la humedad de su sudor a través de su camisa.

—¿A dónde ibas?

—A mi habitación.

Ambos sonreíamos vertiginosamente. —¿Puedo ir a tu habitación cuando termine aquí?

Llevé una mano a mi boca y jadeé con fingido horror. —Pero, Jamie... ¿qué dirá la gente del pueblo?

—Tienes razón. O simplemente puedo esconder tu ropa de nuevo, encerrarte en mi granero, y follarte. —Su hoyuelo se veía más marcado que nunca.

Le pegué en el brazo. —Sabía que escondiste mi ropa.

—No tenía opción. Te necesitaba desnuda. —Su encanto juvenil se hallaba en plena vigencia.

—Te dejaré quedarte conmigo en mi habitación, pero no haré promesas más allá de abrazos. Siempre podemos acurrucarnos —dije con un indicio de diversión.

—Eso es suficiente para que siga adelante por cien años.

PÁGINA 10

Páginas en blanco

Traducida por Anelynn & Niki
Corregido por Laurita PI*

Había al menos veinte pedazos aleatorios de papel por toda mi habitación. Varios contenían notas rápidas de mis observaciones en el viñedo, algunas eran de los itinerarios de Jamie de los que no pude formar parte, y algunas eran sólo hojas en blanco o páginas llenas con garabatos de mis sesiones creativas que salieron mal. Limpié rápidamente, tirando los papeles en el escritorio y en una silla, entonces me desnudé y salté a la ducha. Antes de que fuera capaz de secar completamente mi cabello o ponerme una capa de brillo labial, escuché los toques en la puerta.

Él seguía usando su ropa de trabajo, y yo sólo tenía puesta una pequeña toalla blanca.

Entró en la habitación sin una palabra, entonces abrió la parte superior de la toalla, haciendo que cayera en el piso. Respiró hondo mientras sus ojos recorrían de arriba a abajo mi cuerpo. —Necesitas una ducha —dijo.

—Acabo de tomar una ducha.

Se agachó y sin esfuerzo me lanzó sobre su hombro y caminó a zancadas al baño. Protesté mientras abría la ducha y esperaba a que estuviera en la temperatura correcta. Se las arregló para quitarse los zapatos conmigo colgando de su hombro, entonces puso su boca en mi cadera y me mordió. —¡Auch!

—Oh, lo siento, nena. —Succionó en el mismo lugar hasta que me retorció como una maniática suspendida en el aire. Golpeé mis puños contra su espalda y culo, pero sólo se rió. Una vez que el agua

estuvo perfecta, me soltó adentro y entonces se quitó su ropa en cinco segundos. Antes de que pudiera parpadear, me tenía contra la pared de la ducha.

—¡Guau, Jamie!

—¿Esto es como acurrucarnos, verdad? —dijo con una sonrisa maligna.

—Estás peligrosamente cerca de romper mi regla.

—Bien, sólo déjame lavarte.

—Estoy limpia.

—Creo que necesitas hacerlo una vez más.

Después de treinta minutos de lavarnos el cabello y el cuerpo el uno al otro, conseguimos salir de la ducha, pero Jamie insistió en secarme, de la manera más dolorosamente lenta y suave. Nos torturábamos entre sí.

—Te estoy guardando para más tarde —dijo mientras me ayudaba a ponerme una de las batas de baño.

—¿Qué haremos para la cena?

—Está en camino. Voy a alimentarte desnudo.

Él todavía no vestía nada. —¿Vas a alimentarme mientras tú estás desnudo?

—No, voy a alimentarte mientras *tú* estás desnuda.

—Lo escuché al revés —dije, acusándolo.

—De acuerdo, ¿qué tal si te alimento mientras ambos estamos desnudos?

—Ese es un buen acuerdo. —Me puse de puntillas y lo besé en la mejilla.

Cuando nuestra cena llegó, insistí en que comiéramos en la mesa con nuestras batas como seres humanos civilizados, pero le prometí que podríamos comer el postre a su manera. Inmediatamente llamó al restaurante y ordenó un postre de cada tipo, una bola de cada sabor de helado, y un tazón de crema batida.

—¿No estás avergonzado? Trabajas aquí —dije después de que colgó.

—¿Avergonzado de qué?

—Tendrás que ver al chef Mark, y él se preguntará qué estás haciendo con un tazón de crema batida.

—Voy a comerla. —Sonrió inocentemente—. ¿Qué crees que voy a hacer con eso, Kate? Dios, tienes una mente muy sucia.

—Ja-ja.

—A decir verdad, ¿a quién le importa? El chef Mark tiene siete niños. Estoy seguro que sabe distraerse con este tipo de cosas. —Sonrió y entonces deslizó su mano dentro de mi bata, hacia arriba por mi muslo—. Especialmente cuando agregas comida a la mezcla.

—Frunció su nariz y

sacudió su cabeza—. Ugh, ya no quiero pensar en el chef Mark. Sólo quiero pensar en ti, en mí y en el postre.

Como prometió, Jamie comió todo el tazón de la crema casera especial sin azúcar del chef Mark de mi cuerpo mientras me retorció debajo de él. Lo hizo más travieso que sexy, así que cuando ambos estábamos completamente pegajosos y satisfechos por la cena, preparó un baño y nos sirvió a ambos una copa de vino. Nos sumergimos en las burbujas en silencio. Descansé mi cabeza hacia atrás, cerré mis ojos, y pensé en qué se convertiría lo que había entre nosotros. Pensamientos de Chicago invadieron mi mente. Me senté abruptamente y abrí los ojos.

Me observó con preocupación. —¿Qué pasa, Katy?

—Nada. —Sacudí mi cabeza exasperada.

—Dime. —Sus ojos suplicaban mientras me sentaba en su regazo.

—¿Qué estamos haciendo, Jamie?

—Estamos tomando un baño. —Dejó caer su cabeza y rodeó mi pezón con su lengua. No lo detuve mientras lentamente besaba el camino hacia mi cuello.

—Quiero hablar contigo.

—Habla.

—¿Cuánto tiempo me debería quedar aquí?

—Tanto como quieras.

Respuesta equivocada.

—Jamie —dije en el tono más serio que pude reunir.

Se apartó y ahuecó mi rostro. —¿Cuándo tienes que volver? —Me encogí de hombros—. Bueno, ¿cuándo tienes que entregar el artículo?

—Debería volver en algún momento de la siguiente semana, tal vez el martes, para entregar el artículo, y entonces no sé.

—Bueno, hoy es viernes, así que tenemos tiempo. —Para ese momento, Jamie me besaba por todos lados. Entre acariciarme el cuello con su boca y morder mi oreja, dijo—: ¿No se siente bien sólo estar... juntos?

—Sí —dije. Y entonces me moví hacia adelante y lo guie dentro de mí.

Después de derramar agua por todo el piso del baño, me levantó empapada y me llevó hacia la cama, haciendo una pausa sólo para decir—: Esta es una de las habitaciones más bonitas aquí. Tienes una gran vista. —Era un hermoso paisaje, especialmente a esa hora del día cuando el sol se escondía pero el cielo brillaba con la memoria de su luz. Era una hora mágica mientras mirábamos hacia el extenso viñedo, con sus interminables hileras de parras. Era como ver una película de Terrence Malick: callada, poética, reflexiva, y la imaginación desbordándose con belleza.

Nuestros cuerpos se secaron rápidamente. Caímos de vuelta en un modo perezoso, como el de esta mañana. Besó mi espalda y hombros, y yo pasé las hojas de un folleto del viñedo mientras me explicaba el proceso de fermentación. Aprendí todo lo que siempre había querido saber sobre la diferencia entre la levadura natural y la levadura cultivada.

—Dios, Jamie, podrías enseñar estas cosas a una clase. ¿Cuál fue tu carrera en la universidad?

—Seducir a las jóvenes periodistas —dijo justo antes de desaparecer por debajo de las sábanas.

* * *

Sólo recuerdo oír el teléfono de mi habitación una vez. Estaba en un profundo y cómodo sueño, acurrucada entre el brazo y el pecho de Jamie. Cuando lo contestó, fue abrupto.

—¿Sí? Está bien. De acuerdo. —Colgó y dormité. No sé qué tan tarde era, pero me removí en medio de la noche y sentí un espacio vacío junto a mí. Me senté. Jamie seguía desnudo pero sentado al final de la cama con sus pies en el piso. Con los codos apoyados en sus rodillas, sus manos sujetando su cabeza hundida.

—¿Jamie? —dije mientras me arrastraba del edredón y me movía hacia el final de la cama junto a él. Pasó una mano por su cara—. ¿Estás bien?

—Sí.

Besé su espalda una vez. Se volvió inmediatamente, se puso de pie, y me levantó por debajo de mis brazos, llevándome más arriba de la cama. No podía ver la expresión de su rostro mientras trepaba entre mis piernas, pero podía sentir su intensidad.

—Jamie...

—Shh... —Me besó duro y rápido en la boca, entonces se movió por mi cuerpo, frotando su rostro contra mi piel desnuda entre besos. Era como si me estuviera consumiendo y no pudiera tener suficiente de mí. Enredé mis manos en su cabello mientras bajaba por mi cuerpo, besando y chupando. Se sentó rápidamente y entonces se inclinó hacia atrás en sus talones. Una pequeña cantidad de luz de la luna se filtraba a través de un lado de la cortina y alumbraba su rostro sólo lo suficiente para que pudiera ver su expresión. Tenía las cejas fruncidas y la boca ligeramente abierta. El movimiento de su pecho bombeando lucía dramático mientras tomaba largas y profundas respiraciones. Bajó la vista hacia mí.

—¿Qué pasa? —susurré.

Sin ningún titubeo o palabras me tomó con fuerza y me puso sobre el borde. Alcanzando mi trasero, abrió mis piernas de golpe hacia su cuerpo y se sentó en sus rodillas, penetrándome al mismo tiempo. Se quedó encima de mí, mirándome a los ojos mientras empujaba en mi interior. Nuestras respiraciones se volvieron más y más ruidosas. Sentí el deseo de tener todo su cuerpo contra el mío. Traté de empujarlo hacia abajo pero se resistió. En su lugar, elevó mi pie hacia su boca y lo besó suavemente, antes de extender mi pierna para apoyarla en su hombro. Estaba completamente abierta para él y expuesta mientras me tomaba una y otra vez. Me sentía totalmente

desinhibida. Sostuvo mi pierna contra su pecho y sujetó con su otra mano mi cadera, extendiendo su dedo pulgar entre nosotros, haciendo profundos y deliberados círculos hasta que me retorció incontrolablemente. Arqueando mi espalda, llevando nuestros cuerpos un milímetro más cerca, agarré las sábanas y me corrí duro, sin vergüenza.

Lo sentí tensarse mientras mi cuerpo pulsaba alrededor del suyo. Dejó salir una respiración exhausta y entonces colapsó encima de mí, enterrando su rostro en mi cuello. Estuvimos sin movernos por varios minutos mientras sostenía su gran cuerpo, empapado con sudor, contra el mío. Se hundió más aún, entonces se deslizó fuera de mí, acomodándose sobre su costado para así poder tomar mi pezón en su boca. Besó y succionó somnolientamente hasta que se quedó dormido. Con su cabeza en mi pecho y mis manos enredadas en su suave cabello, caí en un pesado sueño.



Me sentí sola antes de que supiera que lo estaba. Rodé fuera de la cama y abrí las cortinas. Ya amanecía y la luz era casi tan hermosa como lo había sido en el anochecer de ayer. Sabía que Jamie se había ido, pero antes de que me volviera para una confirmación visual, me paré en la puerta mirando hacia el viñedo. Mi mente vagó hacia la noche de ayer. Él parecía vulnerable y tímido sentado en el borde de la cama, luego repentinamente decidido, hambriento de consuelo, y de liberación. Miré alrededor de la habitación por la evidencia de nuestra noche y me pregunté cómo, en tan corto tiempo, podía sentirme tan conectada a él. La ropa seguía tirada en el piso, los platos del postre cubrían la mesa, y las notas que había tomado y panfletos informativos sobre el viñedo se hallaban esparcidos. Me imaginé que Jamie debió levantarse temprano para ir a trabajar al viñedo. Tomé un largo baño caliente y esperé oír de él.

En la tarde, me sentía hambrienta y aburrida, así que decidí tomar mi auto e ir a la ciudad. Manejar era todavía una experiencia

espantosa pero ayudó bajar la ventana y enfocarme en respirar el cálido aire limpio. Era un día perfecto para caminar alrededor de la pequeña ciudad. Encontré mi camino a la librería de segunda mano, donde descubrí una copia de algunos de los diarios de Da Vinci. Los compré para Jamie y entonces busqué en las otras tiendas de la calle. Parecía que a donde fuera que miraba, lo recordaba. Viendo a una pareja agarrada de la mano, o comiendo en una cafetería en la acera, pensaba en Jamie. En mi camino de regreso, visité otras tres bodegas comparables y encontré que todas ellas carecían de la magia que encontré en R.J. Lawson. Quizás Jamie era responsable de todo eso.

Cuando regresé al viñedo, noté que su camioneta no se hallaba aparcada en su lugar de siempre.

Me dirigí a mi habitación y encontré que el servicio doméstico ya la había limpiado. No había registro de nosotros en la cama. Se encontraba hecha con los pliegues perfectos del hotel.

Una sensación comenzó a construirse en mi pecho. Miré por la ventana y busqué a Jamie entre las muchas hileras de parras. Comencé a darme cuenta que no había llamado o dejado un mensaje. Su camioneta se había ido y se hacía tarde. Levanté mi teléfono y llamé a la recepción.

La voz de un hombre vino a través del receptor. —Hola, señorita Corbin. ¿Cómo puedo ayudarle?

—Me preguntaba si podría contactarme con Jamie, i.ih... Jamie, el chico que trabaja aquí.

Oh, Dios mío, no sé su apellido. ¡Soy tan estúpida!

—Un momento. —Exhalé, aliviada de que el teléfono estuviera sonando.

—Habla Susan, ¿cómo puedo ayudarle?

—Susan, hola, soy Kate.

—Hola, Kate. —Sonaba extrañamente aprehensiva.

—Estoy buscando a Jamie.

—Oh. sí, él tuvo que salir.

—¿Por qué?

—No estoy segura de que pueda. —Su voz tranquila se apagó.

—¿Me puedes dar su número de teléfono?

—Kate, déjame ver si puedo.

—¿Ver si puedes? —Quería decir: *Dame su maldito número, acabo de pasar las dos últimas noches desnuda en la cama con él*—. No importa. —Colgué el teléfono, me desplomé sobre la cama y esperé a que llamara.

Lo que comenzó como una tristeza cansada eventualmente se transformó en ira. Todos mis sentimientos de inseguridad regresaron a la vez. Los recuerdos de nuestra última conversación en la bañera, Jamie actuando extraño, la chica en el restaurante —todos esos pensamientos me golpearon a toda velocidad. Comencé a respirar con fuerza, la ansiedad corriendo por mis venas, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho. No iba a volver, me convencí. *¿Quién me querría?* Era la cáscara de una persona, así de simple, no valía la pena volver a casa por mí. En cuestión de unos pocos días, tanto Stephen y Jamie me habían demostrado eso.

No tendría que aprender a estar sola. Sabía cómo hacerlo, pero me molesté conmigo misma por creer que teníamos algo. Era demasiado bueno para ser verdad, todas las cosas buenas... bla, bla, bla. Cuando lo vi en el borde de la cama la noche anterior, debí saber que contemplaba algo que le pesaba duramente. No es fácil aplastar el corazón de alguien, sin importar qué tan desalmado puedas ser. Me pregunté si se escapó sólo momentos después de que me hubiera entregado a él de una manera cruda y emocional. Tenía su cabeza en mi pecho cuando me quedé dormida. Pensé que era mío. Entonces se había ido, y ahora me sentía sola de nuevo.

En aproximadamente cuatro días, pasé de creer que debía vivir una vida solitaria a tener fe en el amor. Con cada centímetro que me acerqué a él, me acercaba a un mayor sentido de paz. No podía explicar cómo se llevó el dolor de estar sola, pero lo había hecho. Sin embargo, no me hizo ninguna promesa. Creí que teníamos algo más grande que las palabras, que no era necesario hablarlo. Creí, como una tonta, que no era posible alejarnos de lo que teníamos. Supongo que la atracción que sentí era más fuerte de lo que en realidad tuvimos, y rápidamente me di cuenta que resultó no ser nada. ¿No era así como siempre resultaba ser? Dos partes, inevitablemente, forman un cien por ciento, pero eso no significa que las partes son iguales. Siempre hay alguien dando más para compensar el déficit

de la otra. Eso fue lo que me cegó, mi propia tonta fantasía romántica sobre un hombre cuyo apellido ni siquiera sabía. Me había entregado por completo a Jamie, y él se fue sin siquiera pedir mi número de teléfono. Me puse de pie en medio de la habitación, aturdida.

Me puse unos vaqueros y una sudadera, y me escabullí por las escaleras hasta el vestíbulo, donde George manejaba la recepción.

—Hola, George. ¿Has visto a Jamie?

—No, querida.

—¿Así que no lo viste escabullirse de mi habitación en medio de la noche?

Con una mirada de compasión en su rostro, lentamente aspiró aire a través de sus dientes.

—Acabo de llegar hace media hora, así que no, no lo hice.

—Está bien.

Me dirigí a la oficina de Susan. Como de costumbre, se escondía detrás de su ordenador y ya me miraba por encima de sus gafas.

—¿Dónde está Jamie? —Sin llamar, abrí la puerta de la oficina vacía de R.J. y me asomé mientras esperaba su respuesta.

—No estoy segura de ser la persona adecuada para responder a eso.

—¿Por qué?

—Porque no es asunto mío discutir sus asuntos personales contigo.

El calor, la ira y la vergüenza inundaron todos mis sentidos. Apenas pude oírla porque el sonido de mis propios latidos palpitaba rápidamente en mis oídos. —¿Tienes alguna idea de la colosal pérdida de tiempo que ha sido esta cosa entera para mí? He venido para conseguir una historia sobre R.J. que nunca está jodidamente aquí. —Empecé a levantar la voz, pero ella no se acobardó—. Tuve cinco minutos groseros con él y un abrupto correo electrónico. ¿Ustedes planearon esto? ¿Utilizaron a Jamie para distraerme? ¿Para aligerar el golpe de no obtener lo que se me prometió? Con su residente más “habilidoso”, bueno, eso no es mentira, ¿verdad? Él está aquí para follar mujeres solitarias y luego tirarlas a la basura. Pobre Jamie diabético que vive en un granero y recoge uvas de

mierda todo el día, y que te puede joder contra una pared como nadie más. —Ni siquiera levantó sus cejas bien delineadas, así que continué mi discurso—: ¿Qué es este lugar? ¿Es una especie de broma? ¿Cómo pudo hacerme esto? Pensé que era uno de los buenos. —Las lágrimas que obligué a retroceder finalmente brotaron de mis ojos.

En voz baja, simplemente dijo—: No es lo que piensas. Lo siento, Kate. —En mi mente, eso fue suficiente, como una admisión para las dos.

—Yo también. Lo de Jamie sólo lo empeoró todo.

—Esa no era la intención. No “te lancé” a Jamie. —Hizo comillas en el aire alrededor de la palabra “te lancé”.

—Bueno, tal vez no, Susan, pero todavía tengo que escribir un artículo acerca de este lugar olvidado por Dios. Me voy a Chicago esta noche. —*No voy a ir a sentarme y olvidarlo. He hecho bastante de eso.*

No trató de detenerme cuando salí del edificio. Vi a Chelsea acostada en su cama afuera.

—Perra —dije en voz baja y luego seguí caminando, decidida a continuar mi racha de venganza.

Dejé una nota para el chef Mark que decía:

Gracias por la crema batida. Estoy segura de que no es la primera vez que cumplió una petición especial como esa para Jamie.

El pobre Guillermo fue mi próxima víctima.

—No sé nada, *mija*. Yo sólo trabajo aquí.

—¿Jamie tiene muchas mujeres dentro y fuera de su granero?

—No. —Negó con la cabeza de forma convincente—. Tal vez tu curiosidad está sacando lo mejor de ti —dijo.

—No soy la que tiene el problema.

Me di la vuelta para irme y me encontré más allá de la fila de parras donde Jamie me besó tan apasionadamente. Me detuve y presioné los dedos sobre mis labios. A través de las lágrimas, me pregunté cómo pude ser tan estúpida. Me prometí que después de escribir el artículo, nunca pensaría en este lugar otra vez. No pensaría en cómo se llevó el dolor por un tiempo, como una aguja en la oscuridad.

Todo se hizo claro cuando el sol me atacó por la mañana en el viñedo. El sueño se equivocó. Quería creer que Rose rezó por mí para que encontrara a alguien con quien compartir mi vida. Quería creer que una fuerza cósmica nos juntó, pero no era así como funcionaban las cosas. Me estremecí, incluso con el sol de la mañana sobre mí, porque me di cuenta que no había espacio para el dolor en el amor. El amor no era lo mismo que un matrimonio o una relación o tener hijos. El amor no era un trabajo. El amor era un sentimiento, puro y simple. Un sentimiento que puedes tener en un momento, en el que crees que podrías lanzarte en frente de un tren a toda velocidad por alguien; y puede desaparecer al siguiente minuto, cuando te destruyen el corazón y te roban hasta el último latido. Si quedaba algo de amor por Jamie dentro de mí, lo arrancó de mi corazón esa mañana mientras estaba allí entre el mar de viñas. Hasta el último poco de esperanza que tenía por una relación se evaporó en la atmósfera como un recuerdo olvidado.

Caminé hacia la posada con ese pensamiento: *Soy todo lo que tengo*. Nunca debí dejar ir ese mantra.

Nadie sabría nunca lo que Jamie y yo compartimos. Los momentos de cercanía, las cosas que me dijo al oído, la forma en que me dijo que era hermosa, con tanta convicción. ¿Quién podría probarlo o negarlo? De vuelta en mi habitación, me quedé mirando la cama, pensando que sólo habían pasado horas desde que habíamos estado allí envueltos y enredados en el otro, de la manera en que lo hacían los amantes. Me sentí como si hubiéramos crecido juntos como un par de árboles plantados muy cerca, mezclando nuestras ramas para que no supiéramos cuáles le pertenecían a quién. Pero no importaba ahora, porque Jamie se arrancó. Pensé que había una posibilidad de que podríamos seguir así para siempre. *Qué ingenua fui. Qué triste. Qué patética.*

La criada tiró todas mis pertenencias en una pila ordenada en el armario y el escritorio. Eso hizo que empacar mis maletas fuera simple. Llamé a Jerry.

—Jerry Evans.

—¿Me puedes conseguir un vuelo esta noche?

—¿Qué? ¿Tú y el tipo de la bodega quieren fugarse a Cancún o algo así?

—No. —*No llores, ¡no lo hagas, Kate!*

Me puse a llorar.

—Oh, mierda —dijo en voz baja—. Ve al aeropuerto. Te voy a mandar un mensaje de texto con los detalles en unos minutos.

—Gracias —dije entre sollozos, y luego colgué.

Metí todas mis pertenencias en mi pequeña maleta, incluyendo las numerosas páginas de notas y garabatos. Conduje todo el camino hasta el aeropuerto internacional de San Francisco con una confianza renovada. Toqué la bocina hacia los conductores de mierda; incluso les mostré el dedo medio varias veces. Fue sólo después de que comencé a gritarle a una mujer mayor en un Chevy Nova verde que decidí que tenía un caso legítimo de rabia de carretera y probablemente debería enfriarlo antes de que hiciera que me dispararan.

En el mostrador del aeropuerto, hice que me subieran de categoría a un billete de primera clase, pensando que sería más fácil ahogar mis penas con bebida ilimitada y gratuita. Me metí en mi asiento gigante. La azafata me trajo una manta y una almohada. Le pedí una manta extra y luego procedí a envolverme en un capullo. Me las arreglé para fijar los brazos contra mi cuerpo dentro de las mantas, lo que fue maravilloso. Si tan sólo no se pareciera tanto a una camisa de fuerza. Cuando despegamos, desplegué la mesita del respaldo del asiento frente a mí con los dientes y pedí un whisky doble con hielo. *Ni siquiera bebo whisky.* Cuando llegó mi bebida, me incliné y chupé toda la cosa a través de una pajilla en tres grandes tragos. Fue entonces cuando me di cuenta de que había un pasajero sentado a mi lado.

Ella me miraba con sus ojos azules redondos y gigantes.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté.

—Doce —dijo.

—¿Cómo te llamas? —Ladeé la cabeza como si la estuviera interrogando, sin preocuparme de parecer ridícula.

—Aurora. ¿Eres loca o algo así?

—Se necesita a un loco para reconocer a otro, chica. —Sus ojos se abrieron aún más—. Sólo bromeo. No, no estoy loca... todavía. De todos modos, los locos no saben que están locos, así que esa es una pregunta tonta. —Asintió, con una expresión pensativa en su rostro. Me di cuenta de inmediato que ella era uno de esos niños que son más sabios que su edad—. La verdad es que acaban de pisotear mi corazón. Tuve un día difícil. ¿Ya sabes lo que es eso? —Arqueeé las cejas para dar énfasis.

—Sí —dijo, y dejó escapar un profundo suspiro—. Sé exactamente lo que quieres decir. Hay un chico de mi clase, Genesis, me dijo que le gustaba y luego le dijo a todo el mundo que yo no lo dejaba en paz.

—¿Genesis? ¿Ese es su nombre? Eh, bandera roja justo ahí. ¿Qué clase de nombre es Genesis? —Se encogió de hombros—. Bueno, te lo diré. Es un grupo de rock inglés New Age de los años setenta y ochenta. Sus padres son o muy viejos o han estado consumiendo ácido por demasiado tiempo. Mi suposición es la última, por lo del comportamiento extraño de Genesis. No te preocupes. Alguien más va a llegar. A menos, por supuesto, que te des cuenta ahora que estar sola es mejor que tener el corazón roto una y otra vez. Date cuenta de eso ahora, chica, y ahórrate el trabajo.

—Así que, ¿estar sola es mejor? —Me miraba directamente a los ojos. ¿De verdad podría mentirle?

—¿Tus padres están casados?

—Sí, han estado casados durante veintidós años —dijo con una sonrisa.

—Bueno, supongo que esa es una evidencia. No me hagas caso. Sucede con algunas personas. Tal vez tú seas de esas personas.

—Tal vez tú también lo serás. Simplemente no puedes dejar que toda esa mierda te vuelva dura. —Eso vino de una niña de doce años de edad.

—Probablemente tienes razón. Oye, ¿quieres ayudarme? Tengo que escribir este artículo.

Nunca comenzar una oración con “Entonces...”

*Traducido por ElyCasdel & Jasiel Odair
Corregido por Mire*

Después de viajar la mayor parte del día y garabatear el artículo detrás de algunos folletos que agarré de la compañía de alquiler de autos, finalmente regresé a mi frío y oscuro apartamento en Lincoln Park. Inmediatamente abrí mi computadora portátil, y envié un correo electrónico a Jerry, luego fui a dormir y permanecí de esa forma por los siguientes dos días.

Para: Jerry Evans

De: Kate Corbin.

Asunto: ¡Que se joda!

Eso es todo, Jerry. Ni siquiera sé cómo llamarlo. Esto es todo lo que tengo. Estoy segura de que estoy frita o severamente destituida. ¿Tal vez pueda ser la chica del carrito de café? Sé que R.J. no lo aprobará, así que me siento como que te he decepcionado totalmente. Tengo algunas vacaciones en la cuenta y me gustaría tomarme la próxima semana si aún tengo un trabajo. Necesito despejar mi mente. Lo jodí, Jerry. No debí haberme involucrado con ese chico. Lo jodí y lo siento.

—Kate.

ARTÍCULO SIN TÍTULO DE R.J. LAWSON Y LA BODEGA.

Entonces tienes dos aves. Por un lado, hay una grande, mala y poderosa, con absoluta fuerza física. La otra es colorida, pequeña y rápida, y valiosa

por su belleza. ¿Quién ganaría? Primero debes saber que el desafío es el juego de los negocios, por otro lado conocido como decepción. Y el ganador de este juego siempre será el jugador más astuto, a pesar de su físico. Olvida lo que has visto, las miradas pueden ser engañosas. Tienes que buscar dentro del corazón del competidor. Tienes que detectar el ritmo que lo lleva, lo que incentiva la buena voluntad del contrincante para sacrificar la dignidad e integridad por dinero. Eso es lo que pesa al final. El ganador del juego se lleva una jaula de oro incrustada en diamantes. Pero el logro viene con un precio, en este caso, la libertad de volar. Tal vez tenga la promesa de admiradores, pero sus majestuosas alas nunca bailarán para el cielo de nuevo.

El mundo quiere saber por qué todo lo que R.J. Lawson toca, se convierte en oro. Bueno, te lo diré: es el ave más astuta. Era un genio que alcanzó su máximo a los dieciocho años, hizo dinero, y ahora ondea orgullosamente su billetera a todo lo que le interesa, en este caso, vino. Pasé una semana en la bodega y viñedo de R.J. Lawson en el Valle de Napa durante la temporada de cosecha para aprender más de él y su aparente causa útil. Mientras estuve ahí, observé que pasaba muy poco tiempo en donde se produce el vino, pero se toma el crédito por todo el trabajo. Describe su proximidad como “ensuciarse las manos”, aun cuando no lo vi hacer una sola tarea durante mi visita, a excepción de servir una copa de Pinot.

Su imagen se mantiene por unos pocos peones leales quienes están dispuestos a hacer su trabajo sucio. Me di cuenta de ello. Vi que R.J. tenía el juego dominado de comprar gente y éxito. Tal vez dentro del hombre hay un chico cuya curiosidad le ganó un gran trato de adoración y dinero, pero no hay un rastro de algún don excepcional en el hombre que conocí.

Si R.J. me hubiera mostrado un mínimo de brillantez o humanidad, además de la mención de algunas caridades a las que le donó, tal vez podría escribir un artículo más gentil, pero la verdad es ésta: actuó como si yo no mereciera su tiempo. Fue misógino y degradante contra sus trabajadores. Fue presuntuoso y lo estableció mientras respondía algunas preguntas. De lejos, uno podría envidiar lo que R.J. ha logrado. No es una mentira que el vino es fantástico y la producción en sí misma es una gema brillante sobre las colinas del Valle de Napa, pero eso no significa que R.J. no esté pagando un precio por toda esa perfección. Su perspicaz ingenio lo ha condenado a

los confines de su jaula. Tal vez siente que tiene la razón sobre toda la belleza, pero está solo en esa jaula.

El personal del viñedo hizo un patético intento de hospitalidad como consecuencia de mi horrible experiencia con R.J. Tristemente descubrí sus estrategias bastante elaboradas. Así que mi conclusión es que el gran ego de R.J. Lawson probablemente fue el responsable de orquestar todo el comportamiento ridículo de los demás. Aunque la facilidad no concuerda con la región, tal vez estés jugando con tu felicidad al ir a un viaje a R.J. Lawson. Antes de que hagas algo, tienes que preguntarte sobre esa ave, la que está dispuesta a sacrificar su libertad de volar por la fachada material. Aunque estés hipnotizado por el brillo de la jaula de oro, la única pregunta que necesitas hacerte es: ¿Dónde caga esa ave?

Mi advertencia sobre R.J. Lawson sería esta: bebe el vino, pero no las mentiras.

*Kate Corbin
Chicago Crier*

* * *

El lunes por la mañana, cuando finalmente me desperté de un sueño deprimente, abrí mi computadora para encontrarme con un nuevo correo electrónico de Jerry. Siempre decía de qué se trataba en el asunto; tal vez eso es lo que lo hacía mejor editor que escritor. Lo apreciaba en ese momento y fui capaz de liberar un suspiro de alivio cuando me di cuenta de ello, al final, aún tenía mi trabajo.

Para: Kate Corbin

De: Jerry Evans

Asunto: ¡Aún tienes trabajo!

Es brillante, Kate. No sé qué haremos con ello, pero es el trabajo más inspirado que he visto de ti y eso es lo que importa. R.J. tal vez hará lo posible por tener los detalles del artículo tan pronto como sea

posible, pero has probado que tanto como se puede capturar la esencia de la situación, una historia nacerá de ello.

Concuerdo en que es mejor que te tomes una semana libre. Aparentemente dejaste tu equipaje en el aeropuerto. No hubo nombre de entrega, solo la dirección del periódico, así que la aerolínea lo entregó aquí. Abrí la maleta cuando llegó hoy y me di cuenta rápidamente de que era tuya por todas las notas y pertenencias. La guardaré en la sala de almacenamiento hasta que regreses, a menos que la necesites ya. Solo házmelo saber.

Estoy preocupado por ti, Kate, pero sé lo fuerte que eres, y sé que te tendremos de regreso en el camino pronto. Beth tiene algunas ideas.

Tu leal editor,
Jerry

No había nada amoroso o sensible en el correo de Jerry, pero por alguna razón, me hizo llorar. La verdad era que no quería que nadie se preocupara por mí o me tuviera lástima. Quería dejar de sentir que buscaba algo más o algunas respuestas para el significado de todo. Las expectativas de que la vida debería ser más que despertar sola, tomar el tren para ir a trabajar, y entonces llegar a casa a dormir sola ya me había pesado por mucho tiempo, pero siempre me encontré de regreso en mi apartamento... sola. Todo en medio era solo dolor.

Hice mi corto camino hacia la cocina, donde revisé el refrigerador. Mirando el mismo tarro de jalea por diez minutos, contemplé el comerla con una cuchara. Me sentía poco dispuesta a mantenerme con vida en ese punto. No me duchaba en dos días, y además del par de galletas rancias y una cerveza apestosa que estuvo en mi nevera por un año, no consumí nada. La jalea parecía apropiada, hasta que finalmente dejé que mi instinto básico de supervivencia emergiera. Me puse unos pantalones y sudadera, y me dirigí al supermercado caminando. Un hombre mayor en el mostrador hacía salsa fresca, así que después de recoger un plátano, pequeñas galletas de higo, y una

bolsa de Pretzels, me di cuenta: *¿Qué iría mejor con todo eso que la salsa? ¿Estoy perdiendo la cabeza?*

—¿Disculpe? —pregunté. Levantó la mirada entre sus pestañas oscuras. Sus ojos eran casi idénticos a los míos. Un color miel que parecía particularmente verde en la luz, pero como algo de café opaco en las sombras.

—Sí, señora, ¿cómo la puedo ayudar?

—¿Eres mi padre?

Se rió, pero se detuvo inmediatamente cuando vio que mi rostro era serio. —Oh, mmm, no, cariño. He estado casado por casi cuarenta años y tenemos tres hijos. Lo siento.

—Oh, bueno, el destello de la luz, ¿sabe? —Asintió, pero sus ojos seguían teniendo la misma expresión de lástima que antes—. ¿Vende cerveza aquí?

—No, pero hay una tienda de vinos a media calle más o menos.

Negué frenéticamente. —Me estoy desintoxicando. No puedo beber vino.

—De acuerdo, bien, hay una licorería, a tres calles más o menos de aquí, que vende cerveza.

—Sí, la conozco. Gracias, señor.

—De nada.

La licorería estaba más como a cinco calles, pero seguí adelante, comiendo mi plátano y galletas de higo. Me sentía extremadamente enojada con el universo cuando vi a Stephen y alguna chica cerca de media calle de distancia, caminando en mi dirección. Esperando que no me vieran, me deslicé dentro de un callejón. Mientras esperaba a que pasaran, revisé mi atuendo. Usaba los pantalones grises más viejos del planeta, una camiseta amarilla de los ositos cariñositos, y mi poderosa chaqueta de esquiar, aunque eso no era lo peor. Tenía puestas dos medias diferentes, una negra y una púrpura, y un viejo par de zapatillas negras con cordones negros. Era la Punky Brewster de veintiséis años. Rápidamente toqué la parte superior de mi cabeza. *Uff*. Sin coletas, pero tenía un moño desordenado. *Por favor, no dejes que me vean.*

—¿Kate?

¡Mierda!

Lancé la última galleta dentro de mi boca y murmuré—: Hola, Stephen.

—Ella es Monique. Trabajamos juntos.

—Hola, Monique. —Nunca salió con una mujer colega fuera del trabajo. Era una alta belleza rubia usando una extremadamente estrecha falda lápiz y tacones de aguja. Hubo un breve momento que pensé en cuán perfectos lucían juntos, el epítome de los trabajadores profesionales en Chicago. Mi desaliñado trasero se puso de mal humor y me dejó ir a un nuevo nivel, y podría decirse que Stephen tuvo parte de la culpa.

Me echó un vistazo. —¿Estás bien, Kate?

—Sí, estoy jodidamente estupenda, Stephen. ¿Tú?

—Bien. ¿A dónde te dirigías? —preguntó. Le eché un vistazo a Monique, quién escaneaba mi ropa. Vi tristeza y lástima reflejarse en su rostro.

—Voy por un litro.

Juntó las cejas. —¿Qué es un litro?

—Un litro de cerveza. —Seguía luciendo estupefacto—. Hay un litro de cerveza en una botella. No todos pueden darse el lujo de disfrutar de bebidas para espíritus caros.

—Nunca te he visto beber una cerveza.

—Bueno, supongo que hay mucho que no sabes de mí. ¿Por qué te importaría, de todas formas? Nunca me amaste, ¿recuerdas?

Los ojos de Monique se abrieron. La mandíbula de Stephen se movió nerviosamente. —Dije que no estaba seguro. Además, estábamos peleando cuando lo dije. No es el momento o el lugar para sacar viejos asuntos.

—¿Viejos asuntos? Fue hace seis días, maldita sea. —Negó con un gesto de advertencia—. Bueno, pasen buen tiempo juntos —dije mientras me alejaba.

Aún dentro del área de alcance del sonido, escuché a Monique preguntar—: ¿Quién era esa?

—Nadie —dijo Stephen. *Auch*.

En la licorería, compré una lata gigante de cerveza, algunos nachos, y un total de ochenta billetes de lotería. Mi pensamiento era que me llevaría treinta segundos raspar cada cartón. Eso significaba

que iba a ocupar por lo menos cuarenta minutos de mi tiempo. Cuarenta minutos en los que no tendría que pensar en Jamie. Eso era dos mil cuatrocientos latidos que no estaría escuchando.

Regresé a mi apartamento, sorbiendo mi lata de cerveza desde la bolsa de papel arrugado en que se encontraba. Cuando entré en mi apartamento, pude escuchar mi celular sonando incesantemente desde el dormitorio, pero no lo respondí. Terminé mi cerveza a las 11:43 a.m. y luego me volví a dormir. El timbre me despertó, sobresaltándome. Eché un vistazo al reloj de mi mesita de noche. Eran las seis y media de la tarde. A medida que me acercaba poco a poco a la puerta, respiré en mi mano. Mi aliento era horrible. ¿Me cepillé los dientes en tres días? *Probablemente no*. El timbre sonó de nuevo.

—Ya voy. —Abrí un centímetro y me asomé a través de la franja de espacio para encontrarme con la mirada de Beth.

—¿Qué pasa, hermana? ¿Me vas a dejar entrar?

Cerré la puerta, quité la cadena y luego abrí la puerta para que entrara.

—Cristo, Kate, te ves como la muerte recalentada.

—Gracias, Beth.

—Querido Dios, ¿qué es ese olor?

Alcé los hombros hasta las orejas. —No lo sé.

—Huele a pelo quemado.

Entonces me di cuenta. —Oh, sí, Dylan del 5B vino en la mañana y fumamos un poco de marihuana. Ya sabes, Dylan, ¿ese chico que vende en la esquina? Vive en mi edificio.

—¿No es un adolescente?

—Tiene veinte.

—¿Desde cuándo fumas marihuana?

—Desde más temprano, cuando vino Dylan del 5B.

Beth movió la cabeza en señal de desaprobación. —¿Hiciste algo más con Dylan del 5B?

—Jesús, no, Beth... ¿quién te crees que soy? Sólo me mostró algún raro cómic que compró con el dinero que ganó en la esquina, y luego sacó una pequeña pipa del bolsillo. Dije qué demonios, por qué no, y lo hice, pero realmente no sabía lo que hacía con el encendedor. —

Señalé la mitad de mi ceja que se encontraba completamente chamuscada.

—Oh, mierda, niña, necesitas poner lápiz en eso.

—Podría haber sido peor. Me preguntó si quería éxtasis y luego ir a patinar. —Me encogí de hombros—. Sin embargo, es un buen chico.

Beth caminó por mi apartamento, escudriñando el desorden. Abrió el refrigerador. —No tienes ninguna comida aquí. Vamos por un perro caliente.

—Hay salsa, además soy vegetariana. En realidad, soy pescatariana, pero sólo es semántico. —Luego sonreí exageradamente—. ¿Sabes qué? ¡A la mierda! Vamos por un perro caliente.

Fuimos a un viejo local de perritos calientes llamado Dogfather. Se veía como algo salido de un episodio de *Los Soprano*. La habitación se encontraba a oscuras, con cabinas de cuero rojo. Servían todos los tipos de perros calientes que pudieras imaginar. Ordenabas en el mostrador, donde tenían un centenar de diferentes ingredientes y treinta tipos diferentes de cerveza. Elegí uno largo de especias llamado *Golpe de Sal*. Beth tomó el de chorizo nombrado *Asesino Mob Bossa*. Nos deslizamos en una cabina y comimos en silencio durante unos minutos. Tras el disgusto inicial que sentí cuando mastiqué la carne envuelta en intestinos de cerdo, decidí que era la mejor maldita comida que tuve jamás.

Acompañé el *Golpe de Sal* con tres cervezas belgas de medio litro, ninguna de las cuales podía nombrar. Me encontraba completamente borracha. Beth me convenció de ir a un bar gay con ella la noche del viernes, y manteniéndome fiel a mi lema del día, dije—: ¿Qué demonios?

¿Por qué no? Así que, vas a salir del armario, ¿verdad?

—Nunca estuve en el armario. Simplemente no tengo relaciones. He mantenido mi vida simple.

—Lo entiendo perfectamente —dije sin expresión.

—Estoy preocupada por ti, Kate. —Nunca vi a Beth tan seria.

—¿De qué estás hablando?

—Creo que pasas un montón de tiempo sola.

—Eso no es por elección, Beth. Y de todos modos, tú también. Acabas de decir que no tienes relaciones.

—Pero salgo, me divierto y voy por ahí. Solías hacerlo, ¿recuerdas? ¿Cuándo hacíamos karaoke? Te reías más entonces.

—Todo el mundo me dice que estoy perdida, que mi chispa se ha ido y que estoy loca, pero cada vez que tomo una oportunidad, cada vez que me atrevo, me caigo. Me acosté con un hombre que ni siquiera conocía. Quiero decir, realmente me acosté con él, Beth. —Abrí los ojos como platos para dar énfasis.

—¿Quieres decir que te enamoraste de él?

—Sí, eso es lo que quiero decir. Siempre soy la única que cae.

Pareció muy pensativa por unos momentos. —Por lo menos se llega a disfrutar de la vista, aunque sea breve. No creo que tomar riesgos sea una cosa tan mala. Tal vez eres más fuerte ahora. Es sólo que no quiero que te rindas.

—Eso viene de la chica que no tiene relaciones.

Se mordió el labio inferior y asintió. —Podría cambiar eso y comprobar la vista en algún momento.

Beth me acompañó hasta la puerta de mi apartamento. Di un paso y luego mi cuerpo me recordó que no comía carne roja en diez años. Mi estómago rugió y se volvió violento. Sinceramente, no sabía cómo acabaría ni cómo iba a salir de esto, y luego para mi absoluto horror me di cuenta que ambas eran lo mismo. Sentada en la taza del baño, me las arreglé para vomitar en el lavabo. Y a pesar de que había cerca de siete centímetros entre mi boca y el borde de porcelana, tuve la suerte de disparar el vómito directamente al lavabo.

Beth se quedó conmigo parte de la noche, dándome toallas limpias y agua. Mi cuerpo se deshizo completamente por culpa del *Golpe de Sal*. Maldije la carne por otros diez años, y luego le dije a Beth que era libre de irse. Se fue, pero regresó diez minutos después con paletas, refresco, y galletas saladas.

—Eres una buena amiga —le dije.

—Sólo te quiero en perfecta forma para poder llevarte a *Lady Fingers* el viernes.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Ese es el nombre del lugar?

—No estarás decepcionada. —Sonrió. Hipé, eructé y me pregunté en qué me metí.

Cuando se fue, me dejé caer sobre mi cama y me quedé mirando el techo, pensando en Jamie. Pensé en él susurrando—: Cuidaré de ti. —Y luego lloré hasta quedarme dormida.

Martes y miércoles pasaron volando. Dylan del 5B vino el jueves. No fumé ningún porro, pero lo dejé hacerlo en mi apartamento como espacio cerrado, así que estaba aún más drogada que la vez anterior, excepto que esta vez mis cejas se mantuvieron intactas. Vimos tres episodios de *Whose Line Is It Anyway?* y reímos hasta el cansancio. Dylan era bastante lindo. Era alto, delgado y pálido, con el cabello corto, pero tenía estos ojos muy azules. Esa noche me ayudó a llevar mi ropa al sótano.

—Oye, Kate, ¿quieres ir a la pista de patinaje conmigo mañana por la noche?

—No puedo, tengo una cita con una lesbiana.

Sus ojos se abrieron de golpe. —Oh, genial.

—No es lo que piensas.

Sonrió y se encogió de hombros. —Es tu asunto. ¿No sigues saliendo con ese imbécil del 9A?

—¿Stephen? No, me dejó la semana pasada. Está saliendo con alguien más.

—Su pérdida. —Lo dijo con tanta rapidez y con indiferencia que casi le creí.

Llegamos a la puerta del sótano. Dylan la abrió y entró, pero se detuvo en frente de mí. Rodeé su cuerpo y vi a Stephen besándose con una chica diferente de la otra con la que estuvo a principios de esa semana. Al principio no la reconocí, y entonces vi su cintillo rosa. Era la rubia tonta del sexto piso. Cada vez que la veía se hallaba con un tipo diferente.

Stephen se volteó y me vio. —Kate, ¿pensé que venías a la lavandería los lunes? —Pensé en compartir mis pensamientos sobre las mujeres en sus treinta años que todavía usan lindos cintillos de colores, pero opté por tomar el mejor camino. De todos modos, uno de ellos o ambos, sin duda, tendrían una enfermedad venérea a finales de la semana, y ese era mi lado positivo.

—No me hables, Stephen. —Tosí y murmuré al mismo tiempo—: Pene de lápiz. —Dylan se quedó cerca de la puerta. Todos en la sala me miraron mientras vaciaba mi bolsa de ropa sucia en la lavadora. Agregué jabón, configuré el tiempo, cerré la tapa y me volteé para salir. Cuando llegué a la puerta, Dylan me empujó contra la jamba de la puerta y me besó como si acabara de regresar de la guerra. Dejé que siguiera con el espectáculo hasta que movió su mano y acarició mi pecho. Muy discretamente dije—: Es suficiente. —Apartó la mano y detuvo el beso. Cuando nos separamos, me volví hacia Stephen y la rubia tonta, y les disparé una sonrisa de oreja a oreja.

—Oye, Steve. —Nunca lo llamé así antes—. ¿Me mandas un mensaje cuando la lavadora se apague? Voy a estar ocupada en mi apartamento por un tiempo.

Él asintió, pareciendo aturdido.

Agarré la mano de Dylan y lo metí en el ascensor. Una vez que las puertas se cerraron, ambos nos echamos a reír.

—No tenías que hacer eso —dije.

—Quería hacerlo. Ese imbécil se lo merecía.

—Bueno, gracias. Vives con tu madre, ¿verdad?

—Sí.

—Por favor, no le cuentes sobre esto. No me puedo imaginar qué pensaría de mí.

—No soy mucho más joven que tú, Kate. —Me golpeó el brazo juguetonamente y sonrió—. Necesitas relajarte. De todos modos, mi madre estaría bien con eso.

—Bueno, espero que no te haya dado una idea equivocada.

—Nah. Somos amigos, lo entiendo. Estoy un poco enamorado de esa chica Ashley del cuarto piso. Sólo tengo que esperar hasta el próximo mes cuando cumpla los dieciocho años, ¿sabes? —Movié sus cejas.

Me reí. —Harían una linda pareja. —*Si sólo fuera así de simple.*

PÁGINA 12

Retroceso

Traducido por florbarbero & anita0990

Corregido por Niki

A lo largo de esa semana, de vez en cuando raspaba algunos billetes de lotería para pasar el rato. Para el viernes había raspado ochenta, y una buena cantidad de viruta plateada brillante cubría mi apartamento. No me importaba. Gané trece billetes nuevos y cuarenta y cuatro dólares. Era como si me hubiera tocado el premio mayor, aunque técnicamente perdí veintitrés dólares.

Como prometí, me encontré con Beth en *Lady Fingers*, aunque no podía decir que puse mucho esfuerzo en mi apariencia. Llevaba unos vaqueros negros ajustados, las mismas zapatillas roñosas que llevé toda la semana, y una sudadera gris con capucha sobre una antigua camiseta sin mangas. Beth me esperaba en el bar.

—Tú... ¡luces caliente! —dijo, escaneando mi atuendo—. Realmente te he convertido, ¿no es así?

—¿De qué estás hablando? He usado estos vaqueros durante tres días.

—Bueno, lo casual funciona para ti. Estas señoritas se te pegarán por todas partes.

Beth se equivocaba. Debía tener mi vibra de perra porque me senté en el bar, sin que nadie se me acercara, mientras tomaba una cerveza Guinness. Observé a Beth bailar y mezclarse. Ella utilizaba toda la pista de baile realizando una interpretación extremadamente entusiasta de un ritual africano. Sonreí y me reí, pero no pude dejar de preguntarme qué hacía allí.

—Voy a regresar.

—¿Ya? La noche acaba de empezar.
—Lo siento, Beth. Estoy muy cansada.
—Oh, oye... leí la pieza que escribiste de Lawson. —Una sonrisa apareció en la comisura de sus labios.
—¿Y bien?
—Es bueno, Kate. Corto, pero bueno. Jerry va a imprimirlo. Será enviado a la imprenta el lunes.
—¿Qué? ¿Estás bromeando?
—¿Por qué estás tan sorprendida? A Jerry le encantó.
—Estoy sorprendida porque R.J. tenía que aprobarlo, y lo despedacé.
—Supongo que Jerry encontró algún resquicio legal. —*Por supuesto que lo hizo.*

Diversas emociones fluían a través de mí en ese momento. Sentí una punzada de culpa por atacar públicamente a R.J., pero la dejé escapar cuando empecé a sentir el dolor filtrándose. Me hallaba enojada con lo que el viñedo representaba en mi mente. Cuando pensaba en todos los momentos con Jamie, su dulce vulnerabilidad después de que su nivel de insulina descendió, todas las risas y la cercanía física que sentí, eran como una ráfaga de cuchillos apuñalando mi corazón. No podía pensar en aquellos tiempos, sin recordar la forma en que se fue, sin dejarme un número de teléfono o su apellido.

—Bueno, eso es todo, supongo. Te veré el lunes, Beth.
—Nos vemos, Kate.

De vuelta en mi departamento, por fin encendí mi computadora y revisé mi correo electrónico. Jerry me envió el artículo de regreso con algunas notas editoriales menores. Aprobé sus cambios inmediatamente y se lo reenvié.

El resto del fin de semana se perdió en mi memoria brumosa. Limpié y traté de crear un poco de orden en mi apartamento. Vi a Dylan hablando con Ashley en la calle, lo que puso una gran sonrisa en mi cara. Fui de compras y luego llevé flores a la tumba de mi madre. Ese domingo era su cumpleaños. El que recordemos los cumpleaños después de la muerte no tiene sentido, pero supongo que es una manera de permanecer comprometidos al recordar a

alguien. Tal vez sea porque, después de que morimos, somos tan fácilmente olvidados. Me pregunté quién me recordaría.

Me apoyé contra el lado no impreso de la tumba de mi madre. Cuando lo hice, me dio la sensación de que nos encontrábamos sentadas espalda con espalda. Cuando iba a visitar su tumba siendo una adolescente, pretendía tener conversaciones con ella. La ideé en mi mente como la madre perfecta. Siempre tendría el mejor consejo, la respuesta perfecta para algún dilema que enfrentara.

—Hola, ma. —Murió cuando yo era tan joven que nunca comencé a llamarla mamá como hacen los niños cuando son un poco más grandes. Siempre sería ma. Mientras permanecía sentada allí, una triste comprensión se apoderó de mí—. Realmente no te conozco. Me acuerdo de ti, pero no te conocía. Ojalá lo hubiera hecho. —La madre que creé en mi mente probablemente no se parecía en nada a la mujer que realmente era—. Tengo veintiséis años, pero todavía siento que necesito a mi mamá. —*Tal vez siempre lo haré.* Las lágrimas corrieron por mis mejillas—. No quiero pasar mi vida sola. —Eso fue lo último que le dije en voz alta. Dejé de hablar, pero me senté allí durante una hora, con la cabeza apoyada en las rodillas.

Después de levantarme, me dirigí a la tumba de Rose. Se hallaba en un mausoleo en el mismo cementerio. La placa con su nombre aún no era colocada sobre el mármol, un recordatorio de cuán reciente era su muerte. No podía ni siquiera acercarme al mural. Sentía como si ella todavía me acechara a través de los sueños, en las pesadillas. Me preguntaba si podría oír sus súplicas si me acercaba demasiado. Un trabajador del cementerio pasó mientras me encontraba allí, meciéndome hacia adelante y atrás sobre mis talones.

Había al menos una barrera de cuatro metros entre el mural y yo, así que no me sorprendió cuando el trabajador me miró con curiosidad.

—¿Puedo ayudarla, señora?

—¿Sabes cuándo van a poner la placa? Han pasado casi nueve meses desde su muerte. —Señalé hacia la pared de mármol.

—Eso generalmente significa que la factura no ha sido pagada. Tendrá que hablar con alguien en la oficina.

Me dirigí a la oficina y hablé con una mujer de modales suaves que me informó que la cuenta adeudaba era de cuarenta y siete centavos, y por eso la placa de Rose no fue colocada en su tumba. Me sentí como el peor ser humano en el planeta. ¿Cómo pude dejar que eso ocurriera? Le entregué a la mujer veinte dólares y le dije—: Quédate con el cambio y utilízalo para cualquier otra cuenta que tenga un saldo pequeño como este. Algunas personas no tienen a nadie para cuidar de ellos después de que se han ido, pero todavía merecen su maldita placa.

La mujer me observó sorprendida al principio, pero luego asintió fervientemente. Me di cuenta que se encontraba de acuerdo.

—¿Cuándo la colocarán?

—Tienen que hacer otra en ese mural, por lo que debería estar listo para el final del día. —Metió la mano en un cajón del archivo y sacó la placa. Probablemente estuvo guardada allí durante ocho meses, todo por culpa de cuarenta y siete centavos. Me la mostró y fui repentinamente llevada de vuelta a los días después de la muerte de Rose, cuando tuve que tomar decisiones acerca de su funeral. Opté por incluir su nombre y las fechas de su nacimiento y muerte, como en la mayoría de las lápidas y placas, pero además añadí en la parte superior la simple palabra “Amada”, ya que lo fue.

—¿Es esta?

—Sí.

—Haré que la pongan.

—Gracias —dije en voz baja y luego arrastré los pies por la puerta. Oscurecía cuando me dirigí a la estación L. Me sentía purificada, como siempre lo hacía después de visitar a mi madre y a Rose. En el tren esa noche, decidí que entraría al *Chicago Crier* al día siguiente con la cabeza bien en alto. Tenía un trabajo, un apartamento, y unos pocos amigos fieles. Temía la reacción general por mi artículo de R.J. y que el público creyera que bordeaba la calumnia o la difamación, pero no escribí nada más que mis observaciones, las cuales serían imposibles de refutar, y sabía que el público del *Crier* agradecería el riesgo que tomé. Me dije que no haría más artículos sobre goma con sabor a frutas. Iba a ser una periodista seria.

Al día siguiente, llegué a la línea Brown y busqué a Bob. Necesitaba una buena dosis de inspiradoras idioteces de autoayuda, pero no lo pude encontrar. Busqué en toda la longitud del tren dos veces, pero no se encontraba allí. Incluso me perdí mi parada buscándolo. Tuve que caminar tres cuadras adicionales al *Crier*, así que no entré al vestíbulo hasta después de las diez. Sabía que para ese momento del día todo el mundo había visto el artículo, así que mis nervios se hallaban en alerta. El tipo de seguridad levantó el periódico mientras pasaba junto a él.

—Muy audaz, Kate.

—Gracias, creo.

Cuando entré al *Crier*, como lo llamábamos, la música se apagó en el altavoz. La voz de Jerry apareció.

—Ella está de vuelta, gente. —Poco a poco, cada cabeza se elevó por encima de las divisiones de los cubículos para mirar en mi dirección, y luego comenzaron los aplausos. Oí a alguien gritar—: ¡Me alegro que hayas vuelto, Kate! —Y otra persona gritó—: ¡Gran artículo el de esta mañana! —Beth me sonrió cuando entré en mi cubículo.

Me paré en mi silla para agradecerles a todos por la cálida bienvenida. Se inclinó y casi me caí, pero rápidamente recuperé la compostura. Todo el mundo empezó a reír. —¡Sí, todavía soy torpe! —grité. Era conocida como la torpe de la oficina. Las personas me veían venir y movían las cosas fuera de mi camino. Me reí de mí misma por unos segundos más—. Está bien, solo quiero decir gracias, me alegra volver al trabajo.

Bajé mientras Jerry se acercaba a mi escritorio, rodando mi maleta detrás de él. —Supongo que no tenías nada aquí que necesitaras desesperadamente —dijo.

Observé la maleta. —En realidad, estoy aterrada de abrir esa cosa.

Se apoyó contra la pared del cubículo y se asomó por encima mientras me sentaba en mi escritorio. —¿Qué sucedió allí? —Por la esquina de mi ojo, pude ver la silla de Beth rodar un poco hacia el pasillo. Escuchaba a escondidas.

—Solo entra aquí, Beth. Sé que estás escuchando. —Entró e inclinó su trasero contra mi escritorio. Resoplé—. Periodista entrometida.

—Bueno, necesito los detalles para poder tenerte de regreso.

—Me enamoré con fuerza de este chico, Jamie, que trabajaba en el viñedo. Supongo que solo fue una aventura. Fue evasivo cuando hice preguntas personales, y luego escapó en medio de la noche.

—¿Qué crees tú? —preguntó Beth.

—Pensé que tal vez R.J. o Susan, la gerente general, quisieron ponerlo como amortiguador entre R.J. y yo, pero cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que no habría ayudado. No lo sé. Realmente conectamos. No lo entiendo. Fueron solo unos pocos días. Tal vez fue demasiado, demasiado pronto.

Jerry tenía una mirada arrepentida en su rostro. —Lo lamento, me siento responsable.

—¿Por qué?

—Porque te dije que fueras por ello. Supongo que tienes que besar algunas ranas primero, pero creo que te mereces encontrar a tu príncipe.

—¿Lo hago?

Beth se inclinó y me dio un abrazo. —A pesar de todo —dijo.

—Creo que necesito que empieces a trabajar de inmediato. Comienza con algunos pendientes, Kate. Encontrémonos en mi oficina mañana por la mañana.

—Lo tienes, Jer. —Ambos se fueron de mi cubículo justo cuando Annabel, la joven ayudante de investigación, entró.

—Supongo que no vas a necesitar nada de esto. Felicidades por el artículo —dijo mientras ponía un montón de papeles de investigación sobre mi escritorio.

—Gracias. Siento que hicieras todo esto para nada.

—Sí, la información de este chico se encontraba seriamente enterrada. Me tomó mucho tiempo solo encontrar una foto de él. Alguien debe ser un poco paranoico.

—Probablemente inventó algún increíble súper dispositivo para computadora que protege su identidad. De verdad lo siento mucho.

—No te preocupes, Kate. Me gusta el ángulo que tomaste, y si alguna vez quieres realizar otro artículo sobre él, tenemos la investigación de un par de semanas aquí.

—Gracias.

Cuando se fue, bajé la vista a la pila. Mi intención era deslizarla por completo a la basura, pero algo me llamó la atención. Fue un obituario del sábado anterior. El titular decía: **R.J. Lawson, padre del famoso inventor tecnológico, fallece a los 68 años.**

Leí más allá de la sección sobre las contribuciones para el señor del mundo de la ingeniería de la aviación hasta su relación con R.J. Decía que él sobrevivía por su único hijo, Ryan James Lawson Jr., un inventor de tecnología extremadamente privado y filántropo. Poco después de una semana de la muerte de su padre, lo difamé en una publicación a nivel mundial. Moví el artículo. La siguiente pieza de información era una hoja de cálculo de las organizaciones a las que R.J. padre donaba. Se encontraba ordenada desde las mayores donaciones a las más pequeñas. En la parte superior de la lista, su propia fundación, la Asociación Americana de la Diabetes, y debajo de eso, se hallaba el refugio para desamparados GLIDE.

Mi estómago comenzó a retorcerse, pero cayó completamente al suelo cuando moví la hoja de cálculo para revelar una imagen pegada en una hoja de papel. En la parte superior, Annabel había escrito: *Graduación de R.J. en el MIT. Fotografiado junto a su madre, Deborah.*

Debajo de la imagen había más notas.

Es de conocimiento público que R.J. fue adoptado cuando era un bebé. Su madre adoptiva, en la foto, murió en un accidente de auto hace cuatro años. Después de encontrar a sus padres biológicos, ellos trataron de extorsionarlo. Ambos recibieron penas de cárcel. Tiene una hermana biológica en Boston, y a pesar de que fue a la universidad en esa ciudad, y pasó tiempo por allá, no tiene una relación cercana con ella. Ella testificó a favor de sus padres en el corto y poco publicitado juicio por extorsión.

Miré la foto con incredulidad. Era la misma imagen que había visto en su mesita de noche en el granero. De pronto, recordé la imagen que había visto antes de ir a la bodega, la de R.J. cuando era un niño en la feria de ciencias. Ese niño en la feria de ciencias y el joven en su graduación de la universidad eran, claramente, la misma persona. *Jamie*. Incluso ahora, tenía dificultad para verlos en el hombre con el que pasé varios días íntimos. Jamie no podía ser un

genio de la computadora, no encajaba en el estereotipo. Y había visto a R.J. con mis propios ojos en una entrevista...

Me puse de pie con las piernas temblorosas y empujé mi silla. *No puede ser.* La habitación empezó a dar vueltas.

Beth me observó cuando me levanté. —¿Estás bien? —Asentí y luego hundí las rodillas en el suelo. Abrí mi maleta y me puse a hurgar entre todas las notas y papeles que metí allí desde mi habitación en la bodega. Miré la hoja en la que tomé nota de la dirección de correo electrónico de R.J. para mí. Cuando recordé lo que Jamie me contó de su vida, coincidía o de alguna manera encajaba con el esquema que R.J. me había dado.

Las piezas de un rompecabezas gigante flotando sobre mi cabeza comenzaron a moverse en su lugar.

Jamie: Ryan James.

MIT: Universidad en la Costa Este.

Construcción de escuelas en África: Tatuajes tribales. *He viajado mucho.*

Hace el trabajo por sí mismo: *Yo limpio esta piscina, puedo nadar en ella cuando quiera.*

Yo: ¿Es el bote de R.J.? **Jamie:** Es mi bote.

Yo: ¿Cuál es tu apellido? **Jamie:** No más charla.

Lágrimas comenzaron a caer sobre los papeles en mi mano. Bajé la mirada a la mancha que creé en la letra de Jamie. Era una nota, una que no había visto. La mañana que me marché, los de la limpieza habían limpiado antes de que empacara. Reuní todos mis papeles en una pila, y esta nota, la nota que podría haber cambiado todo, se perdió de alguna manera en el montón.

Katy, mi ángel:

Tuve que ir a Portland. Mi padre tuvo un ataque al corazón, y no saben si va a sobrevivir esta noche. Por favor, no te vayas. Si no puedo volver mañana, enviaré un auto y te conseguiré un vuelo hasta aquí. Por favor, por favor, no te vayas. Tengo algo muy importante que decirte, además del hecho de que estoy completamente enamorado de ti.

—J

Sollocé en voz alta. Beth se acercó a mí en segundos. —¿Qué ocurre?

—J... Jamie es...

—¿Qué, Kate?

—Jamie *es* R.J. —dije finalmente.

—¿Te refieres al chico del que te enamoraste?

—Sí —gruñí.

—Bueno, entonces, ¿quién era el R.J. que conociste?

—No lo sé.

—¿Está segura? —Asentí—. Así que si Jamie es R.J., entonces el artículo.

—Oh, Dios mío, pensé que él *me* destruyó, pero yo lo destruí a él. No es ese hombre. —Señalé el artículo clavado en la división del cubículo—. Es un buen hombre con un gran corazón —sollocé—. Es brillante y trabaja muy duro. ¿Cómo no pude descubrirlo? —Sostuve la nota en alto—. Y como si fuera poco, ¡está enamorado de mí!

—Mierda, Kate. ¿Por qué te mintió? —Me tragué el nudo que se formó en mi garganta. Me puse de pie y miré la oficina de Jerry, que se encontraba sobre el toril. Estaba de pie ante la ventana de vidrio, hablando por teléfono y mirándome. Señaló el receptor en su oreja y articuló—: *Lawson. Está aquí.* —Volé hacia el cuarto de baño. Beth me siguió.

Sostuvo mi cabello mientras vomitaba todo el contenido de mi estómago en el inodoro.

—Deberías ir a casa. Voy a hablar con Jerry.

—Gracias —fue todo lo que pude decir. Volví a mi cubículo y agarré mi abrigo, pero dejé la maleta y los papeles, a excepción de la nota. Cuando levanté la vista hacia la oficina de Jerry, me di cuenta que Beth ya estaba allí, hablando con una mirada sombría en su rostro.

Salí corriendo de la oficina y opté por usar el ascensor de servicio, con la esperanza de evitar a Jamie, o R.J., o quienquiera que fuese. Caminé en línea recta a través del vestíbulo, empujé con fuerza las dos puertas de vidrio, y me dirigí a la calle. Me detuve a unos pocos

metros de la entrada cuando lo vi. Se apoyaba contra un muro de concreto, con la mirada fija en sus pies. Vestía un traje negro con una camisa blanca. Los botones superiores se hallaban desabotonados y su cabello peinado hacia atrás.

Sus ojos se veían tristes y sombríos con ojeras. Metí la nota en el bolsillo y empecé a pasar a su lado, con la cabeza baja, esperando que no me viera.

Se incorporó para bloquearme. —Espera —fue todo lo que dijo.

Cuadré mis hombros y puse una mano en mi cadera. —¿Por qué estás vestido así?

—Volé directamente aquí después del funeral de mi padre. —Su voz se quebró en el último segundo.

—Lo siento, Jamie... RJ... quienquiera que seas. —Sentí compasión por él, por su pérdida y por el estúpido artículo, pero estaba demasiado herida por sus mentiras y los problemas que causaron. Me di la vuelta para alejarme. Agarró mis hombros y me hizo enfrentarlo.

—Todos los que conozco me llaman Jamie. Y también lo siento, Kate. —Trató de acercarme.

Golpeé mi puño contra su pecho. —Eres un mentiroso. —Empecé a llorar—. Me mentiste mientras estaba desnuda en tus brazos. Y el artículo. me hiciste un fraude, y arruinaste mi carrera. —Traté de alejarme, pero me sostuvo—. ¿Por qué lo aprobaste?

—No lo hice. Si no respondía dentro de las cuarenta y ocho horas, él tenía derecho a imprimirlo. Se hallaba en el contrato. —Se apartó y miró sus pies—. Estuve ocupado haciéndole duelo a la única familia que me quedaba.

Secándome las lágrimas, me paré derecha y recuperé la compostura. —Siento mucho tu pérdida. Lo siento por todo este gran lío. Desearía nunca haber ido. Desearía nunca haberte conocido.

—¿Cómo puedes decir eso? —Agarró la parte exterior de mis brazos y me miró con una súplica desesperada en sus ojos—. ¿Hablas en serio?

—Si no me hubieras mentido, no habría escrito un maldito artículo falso sobre ti. —Aparté mis brazos de su agarre—. ¿Quién demonios

era ese tipo al que entrevisté?

—Su nombre es Bradley Reis. Es un amigo de Susan, o lo era, diría yo. Ella pensó que él podría encajar en el papel.

—¿Qué papel? —Sacudí la cabeza.

—Lo sé, suena tan estúpido ahora. No quería renunciar a mi privacidad. Quería ser capaz de caminar alrededor de la bodega y ser yo mismo, ser Jamie. Temía que si un periodista me encontraba, todo el mundo sabría quién era y me acosarían.

—Eso no habría pasado.

—Me entró el pánico. Susan dijo que todo lo que tenía que hacer era anotar información sobre la bodega y Bradley intentaría evitar todas las preguntas personales. Nunca me gustó, y no debí confiar en él. —Jamie miraba sus zapatos—. Creo que él no esperaba que fueras tan persistente. Creo que pensó que podría encantarte. —Levantó la vista y sonrió tímidamente.

—Tu pequeño plan fracasó, ¿no? Ahora has arruinado tu reputación y mi carrera.

—Jerry dijo que Beth podría escribir un artículo retractándose.

—Eso está bien para ti. Tu nombre estará limpio, pero yo voy a seguir sin trabajo.

—Voy a hacer lo que sea para arreglarlo todo. —Sus ojos se humedecieron un poco y luego tragó. En voz baja, dijo—: ¿Por qué te fuiste?

—No vi la nota hasta hoy, pero todo sucede por una razón, ¿no?

Me di la vuelta para alejarme, pero me siguió. —Katy, sé que no crees eso.

—No me llames así —dije sin darme vuelta. Me agarró del brazo y me hizo girar. Jadeé—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—¡Detén esto ahora! Es una locura —gruñó. Buscó mis ojos, todavía sosteniendo mi brazo con fuerza—. Detente y dame una maldita oportunidad.

—Me estás lastimando. —Me soltó al instante—. Apenas te conozco. Fueron cuatro días. Cuatro días que me gustaría recuperar —dije con calma, incluso mi tono sonaba calmado.

Se enderezó y cuadró los hombros. —Eres una mentirosa.

—Tú eres el maldito mentiroso.

—No me importa el artículo. No tienen que corregirlo. Puedes llamarme mentiroso, imbécil, lo que quieras, pero sé que esos cuatro días significaron algo para ti. No me importa mi reputación o el dinero. ¡Nada!

—¿Qué es lo que te importa, Jamie? ¿Hacer vino, cantar karaoke, mentir acerca de quién eres? —Seguí caminando rápidamente por delante de él.

—Tú me importas. —Su tono no era suave; era crudo, la forma en que sonaba una persona diciendo una verdad absoluta.

Me giré sobre mis talones y agarré con fuerza las solapas de su chaqueta. —Escúchame, Jamie. No hagas nada. No estamos destinados a ser. Yo vivo aquí y tú vives allá. Eres un genio increíblemente rico, y yo ni siquiera poseo un auto. Probablemente tampoco tengo trabajo. —Era la primera vez que lo había visto completamente afeitado. Me apoyé en mis dedos de los pies y lo besé suavemente, luego susurré—: Lo arruinaste conmigo. La jodiste con nosotros. Y ahora nunca podremos estar juntos.

Bajó la mirada hacia mí, luciendo sombrío. —Solo dime una cosa.

—¿Qué? —espeté.

—¿Soy el único en el que piensas? —Lágrimas llenaron mis ojos de nuevo. Bajé mi cabeza rápidamente y volví a caminar hacia la estación L. No se movió, sino que gritó—: ¡No voy a renunciar! ¡Los poetas tienen razón!

Me subí al tren equivocado, así que me tomó media hora más llegar a casa. Cuando entré en mi edificio, Jamie se encontraba sentado en la base de la escalera. Se deshizo de la chaqueta y arremangó su camisa. Por una vez, se veía como el millonario ejecutivo que era, a excepción de los tatuajes y su piel bronceada.

—Ve a casa, Jamie.

Se levantó y me siguió hasta el ascensor. —Kate, por favor. Vamos a tomar un café y hablar de esto.

—No. —Seguí caminando.

—Pensé que te había asustado con la nota. Pensé que tal vez era demasiado pronto para ti, y luego, cuando leí el artículo, me di cuenta de lo enojada que estabas.

—Te lo dije, ya no importa. Todo esto está muy jodido. Pensé que eras otra persona. Ni siquiera te conozco.

—Me conoces. Soy la misma persona. Soy Jamie. A nadie le importa quién es R.J. Lawson. Es solo un nombre. Tú conoces el verdadero yo.

—Pensé que te conocía. —Me detuve en el ascensor.

—Lo siento mucho. Sé que debería habértelo dicho antes de que nosotros...

Me di la vuelta, me crucé de brazos y grité—: ¿Qué? ¿Antes de que folláramos?

Mirándome fijamente a los ojos, se movió hacia mí y tocó mi mejilla. —Cálmate, por favor. —Inclinó la cabeza y bajó su mirada a mi boca—. Sabes que eso no es lo que hicimos.

—Sí, lo es. Tú mismo lo dijiste. —Empujé su mano—. Por favor, vete a casa. Tuvimos una aventura. Ya se acabó. *Vete. A. Casa.* —Entré en el ascensor y me mantuve fuerte hasta que las puertas se cerraron, luego me derrumbé contra la pared en sollozos.

Apreté el botón de la azotea, pero el ascensor se detuvo en el quinto piso. Dylan y Ashley entraron. No hice contacto visual con ellos.

—¿Vas a la azotea, Kate? —Se inclinó un poco para mirar mi cara.

Sollocé. —Solo doy un paseo. La azotea es toda tuya.

—Conoces a Ashley, ¿verdad?

—Es un placer conocerte —le dije.

Parecía tímida. —Igualmente.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Ashley salió, pero Dylan se quedó adentro. —Regreso enseguida, Ash. Voy a acompañar a Kate a su apartamento.

Sacudiendo mi cabeza frenéticamente, lo empujé. —No, vayan, chicos, estoy bien.

Apreté el botón para mantener las puertas abiertas y lo apuré a salir del ascensor. —Kate, no estás bien. Puedo ver lo molesta que estás. ¿Fue Stephen? Voy a patearle el culo. —Apartó mi mano del botón y luego lanzó un beso al aire en dirección a Ashley—. Vuelvo en dos minutos, nena. —Ella le sonrió con adoración mientras las puertas se cerraban completamente.

Cuando llegamos a la puerta de mi apartamento, me envolvió con sus delgados brazos y me acunó en su pecho. —Sea lo que sea que estás pasando, lo siento. —Lloré en silencio. Buscó en su bolsillo y sacó tres pastillas: dos amarillas y una azul—. Aquí, puedes tener estas.

—¿Qué son?

—Son benzodiazepinas⁵.

—¿Qué es eso?

—Estas dos son Ativan y esa es Xanax. —Señaló la píldora azul—. Te relajarán y te ayudarán a dormir. Toma solo una a la vez.

Las dejó caer en mi mano. —¿De dónde sacas estas cosas?

—Del escondite de mi abuela.

—Eso es terrible, eres tan joven y... todas esas drogas.

—Es lindo que te preocupes por mí. En realidad, no he consumido ningún tipo de droga en el último par de días. Ashley me hace querer estar sobrio. —Sonrió tímidamente—. *Ella es* como una droga para mí.

—Eres muy dulce. —Lo empujé hacia el ascensor—. Ahora ve a la azotea a besarte con Ashley.

—Está bien, nos vemos. Llámame si necesitas algo, o si sólo quieres pasar el rato —dijo mientras se alejaba.

Me trague la píldora azul con un gran trago de cerveza y el resto de la noche fue un borrón.

Duplicado

Traducido por Jane & Katita

Corregido por SammyD

Pasó un mes antes de que empezara a sentirme normal otra vez. Fácilmente caí en la misma rutina de siempre, excepto que fui condenada a la sección de Artes y Ocio en el periódico. No me importaba, al menos Jerry no me despidió. Comprendió que había sido engañada por todos en la bodega. Tuve que ver a Will Ryan y su esposa presentarse en Chicago, y Jerry imprimió (sin preguntar) mi opinión muy brillante del concierto. Beth terminó escribiendo el cambio para el artículo de R.J. Era difícil cuando un periódico trataba de corregir una historia sin indicar el error para empezar. Se las arregló para dar a entender que fuimos engañados, aunque no lo dijo directamente. Para nuestra completa sorpresa, hubo poca respuesta a mi artículo o el cambio, por lo que fue un alivio. Nos dimos cuenta que todo el asunto se salió de proporción muy dramáticamente gracias a mi participación personal en el tema. Aun así, Jerry y yo estuvimos de acuerdo en que sería mejor para mí mantener un perfil bajo hasta que todo quedara completamente olvidado. R.J. Lawson, quienquiera que fuese, cayó fácilmente en el olvido una vez más, pero el vino y la bodega no dejaron de conseguir elogios. Después de que mi artículo apareciera, varias revistas de Napa ofrecieron diferenciales completos de la bodega Lawson y el magnífico viñedo que lo rodeaba. Continuó siendo reconocido como antes, pero R.J. el hombre, nunca fue mencionado en dichos artículos. Jamie mantuvo su vida privada después de la retractación. Miré cada imagen de la bodega con una sensación

extraña, como si nunca hubiera estado allí. Mis recuerdos de ese hermoso lugar fueron empañados.

Nunca fui a otro bar gay con Beth, pero hicimos un pacto para cenar una vez a la semana. Fiel a sus palabras en el Dogfather, finalmente comenzó a salir con alguien en serio, y por primera vez, yo producía más palabras que ella los fines de semana. Llegaba a trabajar todos los lunes, me inclinaba sobre su cubículo y decía—: Escribí ocho mil palabras.

Siempre se reía. —Sí, pero yo tuve sexo.

—Eso está sobrevalorado —diría. Una mentira, por supuesto.

Era difícil no estar feliz por Beth, Jerry y Dylan, todos lograron encontrar a su persona, así que me dediqué a apoyar positivamente todas sus relaciones. Añadí otra planta a mi apartamento, junto con un pez betta al que nombré Anchoa. El simple hecho de tener un pez equivalía a más compromiso del que Rose tuvo en toda su vida. Me imaginaba fácilmente con veinte gatos en mi futuro. Me preguntaba sobre el sueño de Rose todo el tiempo. Todavía lo tenía, pero siempre terminaba antes de que abriera los ojos. Los momentos terribles y conmovedores del sueño se habían ido, pero la tristeza se mantenía.

Stephen dejó de follar mujeres en el sótano después de que Dylan y yo enviáramos una petición solicitando que la puerta de la lavandería del sótano fuera removida. El conserje, que no era un fan de Stephen, quitó la puerta con mucho gusto. Jamie siguió dejándome mensajes, pidiéndome que lo llamara. Eso duró dos semanas, y luego se resignó a simplemente llamar y decir—: Buenas noches. —O—: Buenos días. —O—: Estoy pensando en ti. —Llenó mi buzón de voz. Los mensajes hicieron que mi corazón doliera, pero era un buen dolor. De alguna manera, se sentía como un dolor curativo. Era como el dolor que sientes cuando la piel alrededor de la herida se contrae. Llegué a trabajar a tiempo todos los días porque dejé de buscar a Sólo Bob. Sin embargo, no dejé de buscar el tren festivo. Mi patético propósito en la vida se volvió sentarme al lado de Santa en la maldita línea L, y no me detendría hasta que ocurriera. Me obligué a creer que la búsqueda de un Santa falso en un tren era suficiente para vivir.

El tiempo pasaba como si viera mi vida en una repetición a cámara lenta, hasta la mañana cuando vi una cara familiar en la L. Era diciembre y hacía frío en Chicago, pero yo sudaba. Había un ajuste constante de la temperatura en tu cuerpo cuando vivías en un lugar frío. Me gustaba ponerme varias capas de ropa, pero luego siempre terminaba medio caminando, medio corriendo hacia el tren. Para el momento en que abordaba, por lo general sudaba profusamente. Además, el sistema de tránsito tenía calefacción en los portales de metro, así no había acumulación de hielo en las pistas. A veces había una congestión en las estaciones, y luego, si un tren se encontraba lleno de gente y habías corrido durante cuatro cuadras y usabas un abrigo, había una buena probabilidad de que te desmayaras o vomitaras, y eso era lo que casi sucedió la mañana en que me encontré con Christina.

La reconocí de inmediato, pero no podía ubicarla. Parecía tener unos treinta años, con el pelo rubio fresa y un cutis perfecto. Ella también me reconoció al instante, pero seguía escudriñándome. Mi corazón latía con fuerza por haber corrido. Me limpié una gota de sudor de la frente y comencé a quitarme frenéticamente el abrigo. Todavía me miraba, y luego ladeó la cabeza. Sentí como si me estuviera estudiando.

—¿Eres Kate?

—Sí —le dije a través de respiraciones pesadas. Sonrió a sabiendas, por lo que me trasladé al otro lado del pasillo para sentarme a su lado. Me giré y extendí mi mano sudorosa—. Lo siento, te reconozco, pero no puedo averiguar de dónde.

—¿Robert Connor te suena?

Después de quitarme el gigante abrigo y recuperar el aliento, me miré las manos mientras buscaba en mi mente. —Uh, no, lo siento.

—Bob, del tren.

—Oh, Sólo Bob. ¡Sí! Sí, lo conozco. Ahora te recuerdo. Solías sentarte con nosotros. No he visto a Bob. No lo pude encontrar. Me imaginé que comenzó a tomar una línea diferente.

Su rostro cambió y sus labios se curvaron hacia abajo. —Estoy contenta de haberte encontrado, a pesar de que lamento mucho tener que decirte esto. Bob falleció hace un mes y medio.

Mierda. Sabía que algo había pasado.

—Oh, no. —Mis ojos comenzaron a humedecerse—. ¿Qué pasó?

—Creemos que murió en paz por causas naturales. Era mayor de lo que parecía. Tenía noventa y cinco, pero era fuerte como una tachuela.

—Sí, lo era.

—Bueno, no tenía amigos íntimos o familiares por lo que su cuerpo no fue encontrado durante bastante tiempo. —Frunció el ceño y los labios, evidentemente aún se ponía emocional ante la idea.

—Eso es terrible.

—Sí, Bob vivía una vida muy solitaria. Sólo me enteré después de que limpiaran su apartamento. En algún momento, le había dado mi tarjeta de visita. Como ves, soy abogada, y Bob quería que escribiera su testamento. Nunca llegamos a tener una reunión, pero debía saber que sus días estaban contados, porque escribió su propio testamento, en la parte trasera de un plato de papel. —Se rió y levantó la vista hacia el techo del tren—. Bob no tenía mucho, pero sin duda quería que tuvieras algunas de sus cosas. Su apartamento se encontraba lleno de libros. —Mis ojos se abrieron. Extendió la mano y agarró la mía—. La mayoría de los libros fueron donados a las escuelas y bibliotecas, pero dejó algunos de lado en una pequeña caja de zapatos con una nota. En el plato, escribió: “Por favor, asegúrense de que Kate del tren, la joven con los ojos grandes y el pelo oscuro reciba la caja de zapatos”. Fue una suerte que se pusieran en contacto conmigo después de encontrar mi tarjeta y me acordé de ti, pero no sabía si volvería a encontrarte. Sólo hice una promesa silenciosa de ver a cada persona que subiera y bajara del tren.

—Entonces, ¿qué dice la nota?

—No la he leído. —Se puso de pie—. Esta es mi parada. ¿Podemos vernos mañana?

—Por supuesto.

—Está bien, nos vemos en el mausoleo del cementerio Rosehill a las diez de la mañana. ¿Sabes dónde está?

—Sí. —Lo sabía muy bien—. Gracias —le dije mientras tomaba la tarjeta. La miré fijamente durante varios minutos antes de meterla en

el bolsillo. Me pregunté por qué Bob me eligió entre el grupo de seguidores.

Después del trabajo, me fui a casa y me deslicé en la cama. Revisé mi teléfono, encontrando tres nuevos correos de voz. Uno de ellos era de Dylan. —*Oye, chica. Ashley cumple dieciocho años mañana, ¡santa mierda!*

Su voz se hizo muy alta. —*Quería saber si podías prestarme tu apartamento. Pagaré para que vayas a ver una película o algo así.*

Le envié un mensaje en respuesta:

Yo: ¿Así que quieres usar mi apartamento para tener sexo con tu novia?

Respondió casi de inmediato.

Dylan: Um, sí. ¿Eso es malo?

Me reí para mis adentros. Dylan siempre era tan inocentemente honesto. Era algo encantador. Creo que si hubiera conocido a Jamie en las circunstancias adecuadas, habría sentido lo mismo por él.

Yo: Bueno. Será mejor que laves las sábanas y seas cuidadoso con ella.

Dylan: No soy tonto.

Yo: Deberías hacerle la cena. Mi cocina está surtida. Sé un caballero.

Dylan: Me has leído la mente.

Yo: Me iré a las seis. Tienes una llave, ¿no?

Dylan: Sí, de esa vez que tuve que alimentar a Anchoa.

Yo: Está bien. Qué se diviertan.

Escuché el segundo correo de voz de Jerry. —*Estamos limpiando el almacén. Tu maleta sigue aquí. En serio, Kate, voy a botarla si no vienes y te la llevas. Mañana trabajaré por un par de horas. ¿Tal vez puedas recogerla y podemos almorzar?*

La maleta se hallaba llena de todo de mi tiempo en Napa y toda la investigación de R.J. El vestido que llevé en nuestra cita se encontraba allí, así como el collar y la nota de Jamie. Un bulto comenzó a formarse en mi garganta. *¿Por qué todavía no lo superaba?*

Como era de esperar, el tercer correo de voz era de Jamie. —*Hola. — Hizo una pausa y respiró hondo—. Fui a GLIDE hoy. Algunas personas me preguntaron por ti. Tuve que decirles que fui un idiota... y que*

te dejé escapar. —Oí un sutil cambio en su voz, como si estuviera ahogándose—. Buenas noches, ángel.

Es por eso que aún no lo superaba. Pero no lloré esa noche. No me quedaban lágrimas.



A la mañana siguiente, me encontré con Christina en la entrada del mausoleo en Rosehill. Sostuvo la caja hacia mí mientras me acercaba. Había una nota doblada en la parte superior. —Buenos días —le dije mientras tomaba la caja y quitaba la nota. La desdoblé inmediatamente y leí:

Kate de la línea L:

Recuerdo cuando te conocí hace unos meses. Parecías tan desconsolada y distante. Sé que no nos conocíamos muy bien, pero sentí un deseo de ayudar. Ahora me temo que pude haberte fallado. Verás, me recordabas a alguien que solía conocer. Su nombre era Lily y era hermosa, joven y vibrante, también era el amor de mi vida. Te pareces a ella, mismos ojos cálidos y pelo oscuro. Solía perderme en sus ojos. No siempre fui un ogro solitario. Estuve lleno de vida una vez, pero perdí a mi Lily demasiado pronto cuando falleció justo después de nuestra boda. Te vi con el mismo tipo de dolor que yo sentía. No quería ver a mi Lily sufrir. Pensé que si te hacía creer que había felicidad en la soledad, que no podías y no debías depender de otro ser humano, tal vez dejarías de sentir ese dolor. Me equivoqué. Lo que realmente quiero que sepas es que habría cambiado toda la vida con mis libros, solo en mi apartamento, por un minuto más con Lily, incluso si eso significaba que tenía que sentir ese dolor una y otra vez. No te rindas, Kate. No dejes de buscar. Encuéntralo, cuiden el uno del otro, aférrense entre ustedes, y nunca lo dejes ir.

Espero que te encuentres bien y todavía tengas esperanzas.

Tu amigo, Bob.

Decir que era un lío sollozante sería dejarlo a la ligera. Incluso Christina lloraba sólo de verme leer la nota.

Levanté la vista hacia ella. —Vaya, Bob era un romántico.

—¿Es una broma?

—No, léelo. —Le entregué la nota.

Mientras leía, abrí la caja y rebusqué entre los libros que Bob me dejó. Había unos cuantos libros viejos de bolsillo que no reconocí y luego llegué a *Posesión*, *El Paciente Inglés* y *Una habitación con Vistas*. Tal vez era un susurro.

Cuando Christina terminó de leer, dobló el papel y me lo volvió a entregar. —No esperaba eso.

—¿Cierto?

Me llevó a lo largo en el edificio y dijo—: Vamos, vamos a darle las gracias y nuestros respetos.

Tomamos un camino conocido. —¿A dónde vamos? —Empecé a tener una sensación muy extraña.

—Es a la vuelta de la esquina. —Pronto, estábamos ante el lugar donde la placa de Rose finalmente fue colocada.

Levanté la vista hacia la pared. Dos filas más arriba había una placa con el nombre ROBERT CONNOR y las fechas de su nacimiento y muerte reciente. Bob y Rose se encontraban en la misma pared. *Otro susurro*. Era una coincidencia, pero traía tanta emoción. El sueño con Rose pasó por mi mente, así como las palabras de Bob. Estas dos almas solitarias se acercaban en la muerte y me instaban a abrir mi corazón. Puse mi mano sobre el nombre de Rose y luego extendí la mano con el otro brazo y toqué la placa de Bob. —Cuídense el uno al otro —dije en voz muy baja.

—Me tengo que ir, Kate. —Christina permaneció en silencio mientras mirábamos la pared.

Me giré hacia ella. —Muchas gracias por mantener esto. Significa mucho para mí que él quisiera compartir sus sentimientos conmigo. Ojalá pudiera mostrarle mi gratitud ahora.

—Puedes hacerlo, siguiendo su consejo. —Señaló la nota.

—Sí. —Le sonreí sinceramente, pero seguir su consejo en este punto abriría la herida otra vez.

Caminando hacia la L, mantuve mi cabeza en alto y dejé que el viento frío azotara mi cara. Necesitaba, más que nada, hacer un esfuerzo para dejar ir las cosas y seguir adelante. Si me permitiría estar abierta a otra relación, tenía que superar a Jamie completamente. El primer paso en ese proceso se dirigía a la maleta.

Entré a la oficina de Jerry en el *Chicago Crier*. —Hola, niña. —Se quitó las gafas bifocales y se levantó de detrás de su escritorio—. ¿Qué te parece si conseguimos unos sándwiches y vamos al Parque Millennium?

—Hace mucho frío.

—Muy bien. ¿El Acuario Shedd entonces? —Claramente, Jerry necesitaba una distracción, lo cual por lo general no le era difícil. Tal vez sabía que yo también necesitaba una.

—Eso suena bien.

—¿Deberíamos comer sushi y asustar a todos los animales?

—No, eso es terrible. —Era un niño muy en el fondo, aunque fuera raro, pero un niño hasta la médula—. Vamos por unos sándwiches de queso a la parrilla y sopa de tomate en Ma's.

—Comida cómoda será.

Sorbí la sopa desde el banquillo frente al delfinario. —¿Sabías que los delfines tienen sexo por placer? —dijo Jerry a través de la boca llena de queso a la parrilla.

—Sí, he oído hablar de eso.

—Son los únicos animales además de las personas que lo hacen por placer. ¿Crees que también son capaces de amar?

Resoplé. —¿Tenemos que hablar de esto?

—Me preguntaba lo que pensabas.

—Bueno, supongo que tendrías que definir que es el amor para responder a esa pregunta.

Se metió el último trozo de su sándwich en la boca y miró a su alrededor contemplativamente mientras masticaba. —El amor es una cosa que no puedes evitar. Una vez que está ahí, no desaparece, sin importar qué. El amor puede transformarse en odio y resentimiento, pero siempre estará ahí, enterrado bajo los malos sentimientos.

—Hmm, muy poético, Jerry, pero creo que el amor es sólo un sentimiento.

—Eso es lujuria. Por eso es que los delfines tienen sexo.

Me atraganté con mi sopa. —Eres gracioso.

—Lo digo en serio. El amor no es sólo un sentimiento, de lo contrario, iría y vendría mucho más fácil.

—Supongo que lo que yo tenía con Jamie era lujuria.

—Tal vez sea así. —Continuó mirando hacia adelante, pero me dio un codazo en el brazo—. Supongo que es por eso que ha sido tan fácil para ambos dejarlo, ¿eh?

Lo enfrenté con una mirada escudriñadora. —¿Crees que estoy siendo irracional?

—Sí, lo creo. No sólo por Jamie, sino también por ti.

—Me mintió.

—Trató de decírtelo.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, me ha llamado unas trescientas veces desde tu pequeño artículo falso.

—¿Por qué?

—Por un montón de cosas diferentes. Quería que supiera que se arrepentía por hacerte daño. También quería asegurarse de que te encontrabas bien, ya que no has devuelto ninguna de sus llamadas.

—Me encogí de hombros—. Sabes, Kate, lo encuentro fascinante. ¿Quién hubiera pensado que el joven Ryan Lawson crecería para ser este tipo de persona? Era un chico muy nerd. Aún es brillante, no me malinterpretes, pero es realmente uno de esos tipos.

—Tal vez *tú* deberías salir con él, Jerry.

—Estoy sorprendido, eso es todo. No creo que ninguno de nosotros sospechara de Jamie. Debí haberte dado más tiempo para investigar antes de mandarte ahí.

—Quizás. Probablemente. Definitivamente no esperaban que Jamie y yo-

—¿Se enamoraran?

Bajé la mirada a mis manos y apoyé los codos en mis rodillas. —Iba a decir conectáramos. Suficiente con la cosa del amor.

Se puso de pie y se sacudió las migajas de su ropa, aparentemente afectado por mi dramatismo. —Te darás cuenta, niña.

Jerry me llevó de regreso a la oficina, donde recogí mi maleta. Caminé hasta la estación más cercana a la L, que se encontraba cerrada debido a la construcción. Absorbí el frío de nuevo. Eché un vistazo a mi reloj. Eran las cuatro y media. Tenía un poco de tiempo para volver a mi apartamento antes de tener que desaparecer de nuevo para que Dylan y Ashley pudieran tener su cita. Me congelé cuando llegué a la segunda estación más cercana a la L. Esperé en la plataforma con la punta de mis zapatos asomándose sobre la línea amarilla. Empezaba a oscurecer. Oí el tren llegando, así que me asomé para mirar la pista. Para mi alegría absoluta y asombro, luces rosadas se reflejaban sobre los rieles brillantes justo antes de que el tren quedara a la vista. A pesar de que nunca lo había visto antes, lo sabía, como si fuera la verdad absoluta del mundo, que el tren festivo llegaba a mi camino.

Comencé a reír incontrolablemente. Algún idiota a mi lado en una gabardina de color beige dijo—: Maldita sea, el tren festivo de nuevo. Es la segunda vez esta semana. La maldita cosa es más lenta que la melaza.

—¡Oh, tonterías, idiota! —Hice rodar mi maleta sobre sus zapatos pulidos y comencé a correr a lo largo del tren hasta donde pude ver un vagón abierto. En el exterior de cada vagón, había luces destellantes y escenas de navidad. El sonido de “(It Must’ve Been Ol’) Santa Claus” de Harry Connick Jr. comenzó a escucharse a través de los altavoces. Corrí más allá de las luces con una sonrisa exuberante, como si estuviera en una película de Navidad, a punto de reunirme con mi amor. *Felices Fiestas* brillaba con luces blancas en el último vagón antes de llegar al trineo de Santa Claus.

Justo cuando llegué al final, un trabajador de tránsito saltó del tren y las luces y la música se apagaron. —¿Qué está pasando?

—Se descompuso. Eso es todo para el tren festivo por esta noche.

—¿Qué? —Mi voz se hallaba en su tono más alto, perforando el silencio. El resto de los pasajeros del tren caminaron junto a mí hacia las escaleras para salir de la plataforma.

—¡Tienes que estar bromeando! —grité.

—Lo siento, cariño, tenemos algunos problemas en las vías. Vas a tener que cogerlo en la próxima ocasión. Tal vez mañana cuando esté

en funcionamiento. Tenemos ingenieros trabajando en ello en este momento, pero tenemos que dejar que Santa tenga un descanso.

Miré de nuevo al trineo de Santa Claus y ya se había ido.

—No puedo creerlo —repetí—. ¡He esperado años por esto, años!
— *Maldita mierda.*

Caminé todo el camino de regreso a mi apartamento, maldiciendo al cielo y rodando mi maleta detrás de mí. Vi un gran contenedor de basura en un callejón oscuro cerca de mi edificio. *Al diablo con ello.* Saqué la caja que Bob me había dado de la maleta. Levanté mi equipaje de quinientos dólares en el aire y lo arrojé por encima del contenedor de basura con sorprendente facilidad, luego me dirigí hacia mi casa sin mirar atrás. Me refresqué y salí con la copia de Bob del libro *Una habitación con Vistas.*

Había una vieja cafetería en la esquina de mi calle que se llamaba Living Room. Era uno de esos cafés con grandes sillones acogedores y con el olor a tostadas flotando en el aire. Antes de llegar a la puerta, pude escuchar a Miles Davis en el altavoz exterior. Se trataba de la canción “*Someday My Prince Will Come*”.

¡Já! Me reí a carcajadas cuando entré en la cafetería. Varias personas levantaron la vista de sus periódicos y computadores portátiles. Sonriendo muy ampliamente, señalé y sacudí mi dedo hacia los altavoces.

—¡Me encanta esta canción! —Vi algunas sonrisas antes de que todos volvieran a sus asuntos. Me dejé caer en una silla púrpura gigante y puse los pies en una otomana.

—¿Puedo conseguirte un café? —preguntó la camarera, cerniéndose sobre mí.

—Un capuchino, por favor.

—Enseguida.

Minutos más tarde, trajo mi café. Puse mis manos alrededor de la taza caliente y tomé un sorbo. Sabía divino. Cerré los ojos e inhalé, tomé otro sorbo y dije—: Mmm. —En voz muy baja.

—¿Disfrutándolo? —La voz de un hombre. Abrí los ojos para ver a un joven en un sillón idéntico al otro lado de la mesa.

Tosí, aclarándome la garganta. —Sí. —Era guapo de un modo de muy correcto. Me recordaba a Kevin McDonald, mi primer novio en

la secundaria, el que me enseñó a conducir. Sonreí.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó, señalando con la cabeza el libro en mi regazo.

—*Una habitación con Vistas.*

—¿Qué tipo de libro es ese? No se me hace familiar.

—Bueno, supongo que depende de tu sistema de creencias. Es una historia de amor, pero otros podrían considerar que es ciencia ficción.

—Tan escépticos —dijo, sacudiendo la cabeza con fingida decepción.

—Por ejemplo... —abrí el libro y noté que Bob destacó algunas frases—, deja que te lea un poco. —Mis ojos se posaron en las palabras:

Desconfía de todas las empresas que requieran ropa nueva.

Me reí para mis adentros. Bob tenía razón en destacar esa cita. Hojeé el libro un poco más para encontrar una sección más grande para compartir.

—Bueno, aquí —dije—. *“No es posible amar e irse”*. —Me detuve cuando sentí que mi corazón comenzaba a acelerarse.

—Por favor, continúa —dijo él.

—*“No es posible amar e irse. Deseará que así sea. Puede transmutar el amor, ignorarlo, confundirlo, pero nunca podrá apartarlo completamente de sí misma. Sé por experiencia que los poetas tienen razón: el amor es eterno”*.

—Un gran nudo empezó a formarse en mi garganta. En realidad, fue doloroso.

Era la respuesta al acertijo de Jamie. Si hubiera sabido en ese momento lo que decían los poetas, podría haber aceptado que tenían razón, ¿pero lo creía ahora cuando me encontraba sentada en esta cafetería? ¿Es por eso que no podía dejar que los recuerdos de unos pocos días con Jamie escaparan de mi corazón? ¿Debido a que era imposible alejar el verdadero amor?

—Me tengo que ir. —Me levanté y me dirigí a la puerta.

—Espera un minuto. ¿Puedo tener tu número?

—¡Lo siento! —dije mientras me precipitaba hacia la calle. Volví corriendo al callejón. Se hallaba completamente oscuro en ese momento, y tuve que pasar por encima de un par de hombres sin

hogar—. Disculpe, lo siento. —Uno de ellos murmuró algo mientras aseguraba el bolso en mi cuerpo, puse mis manos en el borde del repugnante contenedor de basura y salté, aterrizando de manera espectacular en la basura, cubriéndome hasta las rodillas.

Rápidamente me di cuenta que mi maleta había desaparecido, trepé para salir y me limpié las manos en mis vaqueros.

—Disculpen, ¿chicos? ¿Por casualidad vieron a alguien tomar mi maleta del contenedor de basura?

—No, no hemos visto nada —dijo un hombre sin dientes. Su barba se movía arriba y abajo cuando hablaba, como si fuera una marioneta. Daba miedo en la oscuridad, pero me tragué el miedo y saque diez dólares. Inmediatamente ambos arrojaron sus brazos en el aire, señalando detrás de mí, y dijo—: ¡Se fue por ese camino!

—Sí, es Darlene. Ella la tiene —dijo el hombre desdentado número dos.

Dejé caer los diez dólares y giré en la dirección que señalaron. No vi a nadie, pero continué hasta una tienda de discos más allá de la cuadra. A mitad de camino, una mujer salió corriendo de otro callejón. Rodaba mi maleta, y desde donde me hallaba me di cuenta que tenía puesta mi chaqueta. Al acercarme, noté que también llevaba mi vestido negro sobre un sucio par de sudaderas.

—¡Darlene! —grité.

Se volteó rápidamente, caminó hacia mí, y ladeó la cabeza. —¿Cómo sabes mi nombre? —ladró. Su voz era profunda y áspera.

—Esas son mis cosas. —Llevaba el collar que Jamie me dio. Era evidente que se encontraba sin hogar. Su piel tenía ese oscuro y degradado color, y su cabello era grasiento y gris, colgando de sus hombros. Mi collar brillaba en su cuello.

—No, ¡estas son *mis* cosas! —gritó.

—Mira, hay cosas ahí con mi nombre. Puedo demostrarlo.

—No me importa si eres Barack Obama. Saqué esto del contenedor de basura. La basura de un hombre es el tesoro de otro. La gente no tira cosas que quieren.

—Escucha. Puedes tenerlo todo. Sólo necesito los papeles y ese collar. Por favor, es sentimental.

Saqué mi billetera y le entregué tres billetes de veinte. Se quitó el collar, me lo entregó, y dejó la maleta en el suelo para abrir la cremallera. Tomé los papeles y me di cuenta que una de las camisetas blancas de Jamie se encontraba en mi maleta. Fui por ella.

—Uh-uh, no lo creo, niña.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Dejé de lado la camiseta y retrocedí un paso. Las lágrimas cayeron de mis mejillas a la espalda de la mujer cuando comenzó a cerrar la maleta. Se giró y me miró. Me encontraba a la luz de una farola, pero mi cara debía estar ensombrecida desde su vista.

—¿Estás llorando? —espetó.

Negué con la cabeza. Tomó la camiseta y me la devolvió sin darse la vuelta.

—Gracias —logré decir.

Cuando se puso de pie, resopló. —Llorando por una maldita camiseta. Imagínatelo.

La sostuve en mi cara e inhalé. Todavía olía a Jamie, como la tierra, pero también cálido y picante.

Caminé tres cuadras antes de regresar a mi edificio de apartamentos. No quería sorprender a Dylan y Ashley, llevé el libro, la camiseta, el collar, y todos los papeles en mis manos y esperé a que me mandara un mensaje. Me congelaba el culo por el bien del amor adolescente y el sexo premarital. Me empecé a sentir un poco avergonzada sobre eso, así que me sentí aliviada cuando me llegó un mensaje de Dylan.

Dylan: Todo está despejado. No lo hicimos. Tuvimos una buena cena y vimos televisión. No está lista, así que vamos a esperar. Tengo un caso grave de bolas azules.

Me reí entre dientes.

Yo: No le digas eso.

Dylan: No soy un imbécil.

Yo: Lo sé. Hablamos después.

Dylan: Hasta más tarde, chica. Gracias de nuevo.

Es ficción

Traducido por Val_17 & Vanessa Farrow
Corregido por Aimez Volkov

Dylan dejó mi apartamento exactamente cómo lo encontró. Tomé una ducha, hice a un lado mis sábanas, y me deslicé en la cama usando nada más que la camiseta de Jamie. Apreté la nota en mi pecho mientras presionaba el botón para escuchar mi mensaje nocturno. —*Fui a navegar con Chelsea hoy —dijo—. Pensé en el cabello azotando tu cara, tus mejillas rosadas, y la enorme sonrisa que tenías en tu rostro mientras navegábamos por la bahía. Sólo quería que supieras que pensaba en ti. No puedo sacarte de mi mente. Siempre estoy pensando en ti.*

También yo.

Presioné “Finalizar” y alcancé la nota de donde la había puesto junto a la cama. Cuando la leí de nuevo, esta vez lloré.

Katy, mi ángel:

Tuve que ir a Portland. Mi padre tuvo un ataque al corazón, y no saben si va a sobrevivir esta noche. Por favor, no te vayas. Si no puedo volver mañana, enviaré un auto y te conseguiré un vuelo hasta aquí. Por favor, por favor, no te vayas. Tengo algo realmente importante que decirte, además del hecho de que estoy completamente enamorado de ti.

—J

Por la mañana, la nota estaba arrugada en mi pecho. Me levanté y la extendí sobre el mostrador. Destaqué la última línea y luego escribí: ¿POR QUÉ? debajo de ella. La metí en un sobre y la envié a

la Bodega de R.J. Lawson. Me reí sola mientras escribía: “Para: El propietario”. Pasé el domingo en mi apartamento, sin lamentarme. Hice yoga a través de un video, edité un último artículo de Beth, y luego dediqué la tarde y la noche en un maratón de *Cazadores de Mitos*, durante el cual me enteré que la muerte de Jack en *Titanic* fue totalmente innecesaria. Si esa perra egoísta, Rose, hubiera renunciado a su chaleco salvavidas para atarlo bajo esa puerta de madera, ésta habría estado lo suficientemente flotante para sostenerlos a ambos. Maldita sea. Me metí en la cama a las siete y escuché el último correo de voz de Jamie una y otra vez.

— *Todavía puedo olerte en mi almohada. Todavía puedo verte de pie en mi habitación, la luz acariciando tus suaves piernas, tu pelo oscuro en cascada sobre tus hombros, y tu hermosa boca sonriendo sin esfuerzo. Te extraño. Estoy sufriendo por ti, y estoy cerca de la locura sin ti. Vuelve a mí.*

Tenía que aclarar mi mente, así que llamé a Dylan. —Hola.

—¿Sabías que la muerte de Jack en *Titanic* podría haberse evitado?

—Eso podría ser cierto si Jack fuera una persona real. ¿Estás borracha?

—No, simplemente aburrida.

—Oh.

—Oye, ¿quieres ir a la azotea?

—Estoy a punto de entrar a ver una película con Ash.

—Muy bien —dije, malhumorada.

—¿Todo bien?

—Sí.

—¿Quieres reunirte con nosotros?

—Nah, te veré más tarde, amigo.

Dos noches más tarde, me encontré en la misma posición, aburrida y solitaria y viendo demasiada televisión. Después de una maratón de *La Ley y El Orden*, encontré *Titanic* en el cable.

—Sólo pone el salvavidas bajo la puerta. Maldición, Rose, ¡él se está congelando! —le grité al televisor antes de estallar en lágrimas. Lloré todos los últimos veinte minutos de la película. Incluso lloré cuando la vieja Rose tiró el Corazón del Océano por la borda. Llamé a Beth, pero su teléfono fue directamente al buzón de voz—. Beth, soy yo. No tienes que llamarme de vuelta —sollocé—. Es sólo que no

entiendo por qué Rose tiró el collar por la borda. Nunca entendí eso.
—Hipé y luego mi teléfono sonó. Sin mirar el identificador de llamadas, respondí inmediatamente.

—Hola —dije, mi voz temblorosa.

—¿Nena? —Su suave y rico tono de voz flotó a través del receptor y envió un estallido de calor por toda mi espalda hasta los dedos de mis pies.

—¿Jamie?

—Hola, Katy. —Su voz sonaba diferente. Podía escuchar la esperanza en ella. Debió recibir mi nota—. Solo llamaba para decir buenas noches.

—Oh.

—¿Qué está mal? Suenas triste.

Empecé a reír a través de mis lágrimas. —Estaba viendo *Titanic*.

Se rió. Había incomodidad en nuestra conversación. —Creo que ellos podrían haber hecho espacio en el pedazo de madera para los dos, ¿no?

—Absolutamente. —Me reí un poco más—. Si Jack hubiera sido un prodigio de la ingeniería informática, tal vez podrían haber encontrado una solución.

—Tal vez —dijo sin entusiasmo, y luego cambió de tema—. El por qué es una pregunta fácil de responder. Podría haber escrito miles de páginas sobre mis sentimientos, pero no lo hice. Espero que sea suficiente para convencerte cuando lo entiendas. Lo siento de nuevo por todo lo que te hice pasar.

—También lo siento —dije en voz baja—. Jamie, ¿por qué estás tan desesperado por escapar de tu pasado?

—No lo estoy. Sólo he cambiado un montón desde que tenía dieciséis. Ya no soy ese niño. No quiero sentarme y jugar videojuegos. Eso es lo que era para mí, un juego.

—No sé cómo podríamos hacer que funcione. Apenas pasamos cuatro días juntos, y cada minuto fue con engaños. Ni siquiera estoy segura de querer una relación.

—Lo que teníamos no fue falso. Ese era yo. Esa fue la versión más real de mí. Me sentí más como yo mismo, más contento, confiado y

feliz cuando estaba contigo que en cualquier otro momento de mi vida. Solo desearía haber sido sincero.

—¿Por qué no lo fuiste?

—Tenía miedo. No esperaba enamorarme de ti tan rápido. Desde el momento en que te conocí, no pude permanecer lejos. Fuiste la única persona que traté de evitar, pero una vez que te vi, eras todo en lo que podía pensar, y todo lo demás sólo se enredó. Siempre planeé decirte la verdad, pero quería que conocieras a mi yo real primero. No quería que pensaras en el artículo y mi pasado mientras nos conocíamos. Casi todo lo que te dije fue cierto.

—Excepto quien eras realmente. Eso es algo grande.

—Conoces al verdadero yo. Vamos a superar esto, y aprenderás a confiar en mí. Sé que te sientes igual que yo o no estarías hablando conmigo ahora.

—Estás bastante seguro de eso, ¿no? ¿Es por eso que sigues llamando?

—No, no puedo librarme de mis pensamientos de ti. Y maldita sea, no quiero. Solía pensar que las personas no deberían necesitarse entre sí, pero te necesito, Kate. Aunque sólo pasamos cuatro días juntos. ¿Qué significa eso? —Empezó a levantar la voz—. Supe en cinco malditos minutos que tenía que conocerte, que te necesitaba en mi vida. Nunca me sentí de esa manera por nadie, jamás. Lo que sea que pase dependerá de ti, pero seré un hombre diferente si no puedo tenerte. Nunca voy a respirar tan profundamente como lo hice cuando estaba contigo. Nunca voy a ver del mismo modo la gama de colores en un cielo perfectamente despejado. Nunca voy a oler nada tan dulce como tú o escuchar una voz que llene tanto mi corazón como la tuya lo hace. Esa noche en mi camioneta, cuando tuve el bajón de azúcar, supe sin dudas, a pesar de que nunca había estado enamorado antes... supe que estaba enamorado de ti.

—Jamie, por favor. —Apenas podía hablar.

—Haré lo que sea.

—Tengo una vida en Chicago.

—Me mudaré allí —dijo al instante.

—No puedes.

—Sí, puedo.

—No sé lo que quiero.

—Lo sabrás, lo prometo. —Ambos nos quedamos en silencio por varios segundos, y luego dijo—: Buenas noches, ángel.

—Buenas noches.

A las dos de la mañana, me desperté sudando. Tuve el sueño otra vez. Esta vez Rose no se resistió a hablar. Su voz era musical. *Cúidense el uno al otro*. Lo dijo de la misma forma que antes. En esta versión del sueño, miré mi cuello y pude ver el collar que Jamie me había dado brillando intensamente. Tan brillante que parecía que la luz venía del propio collar. Podía oír dos conjuntos de latidos. Cuando puse la mano sobre mi corazón, sentí brazos envolviéndome desde atrás. Miré hacia atrás y vi el rostro de Jamie. Me sostuvo apasionadamente, pero su atención se hallaba en Rose. Me concentré en sus labios cuando articuló las palabras: *Para siempre, lo prometo*.

Mi primer instinto después de despertar del sueño fue asegurarme de que mi collar seguía puesto. Seguía allí, y se sentía como que un pequeño pedazo de Jamie se encontrara conmigo. Me levanté y fui al baño para tomar un vaso de agua. Me paré frente al espejo por exactamente dos segundos antes de girar bruscamente y correr de vuelta a mi habitación en busca de mi teléfono. Marqué su número.

—Hola —dijo adormilado.

Tomé una larga y purificadora respiración. —No mencionaste ninguna cosa específica que te gustara de mí.

—Lo hice. Solo no lo recuerdas.

—¿Y bien?

—Me gusta tu espontaneidad y tu espíritu. —Sonaba medio dormido, pero sincero—. Me gusta el hecho de que me llamaras a mitad de la noche porque tenías que saber la respuesta a esto ahora mismo.

—Entonces...

—¿Recuerdas la lista que empecé a hacer cuando te encontrabas aquí?

—Supongo que recuerdo eso. —Había intentado muy duro empujar los buenos recuerdos del tiempo que pasamos juntos de mi mente, pero claramente no funcionó.

—La lista es larga, pero te daré un adelanto. Me gusta que seas segura con tu cuerpo. Jesús, no puedo dejar de pensar en tu cuerpo.

¿Sabes lo que es caminar por aquí con imágenes de tu cuerpo desnudo flotando alrededor de mi cabeza?

Tenía los mismos pensamientos. Jamie era tan alto, delgado y musculoso que su cuerpo dejó una marca visual en mi mente. Anhelé sentir la fuerza de sus ásperas manos alrededor de mis brazos. A veces cerraba los ojos y mi mente iba directamente a las imágenes de su esculpido estómago y el camino nombrado convenientemente que corría hacia abajo. —Ajá —le dije, alentándolo.

—Me gusta que tengas un gran corazón y que trates de hacerte la dura. Me gusta que llores cuando estás emocionada o afectada o triste o alegre. Me gusta que estés tan llena de vida que casi saltas cuando caminas. Me gusta cuán fuerte fuiste cuando tuve el bajón.

—¿Jamie? —lo interrumpí.

—¿Sí, ángel?

—¿Crees que las personas están hechas una para la otra, como si hay una fuerza que no podemos ver que nos junta a la persona para la que estamos destinados?

—¿Es eso lo que crees?

—Eso es lo que quiero creer —susurré.

Hubo una larga pausa. —Mis padres eran tan felices y se veían enamorados, es difícil para mí creer que no estaban hechos el uno para el otro. Cuando mi madre murió, mi padre también empezó a morir. Él no podía vivir sin ella.

—Eso debe haber sido difícil para ti.

—Sí, pero de una forma extraña, eso me dio esperanza de que hay un plan más grande para nosotros. Creo que me dio la confianza en el amor. No puedo imaginar que lo que siento por ti no es a causa de alguna especie de poder infinito sobre nuestras almas. Fuiste la luz viniendo hacia mí mientras me hallaba en la oscuridad. Sólo superé la pérdida de mi padre, porque pensé que iría a casa contigo. Cuando descubrí que te habías ido, quedé destrozado. Me sentía jodidamente aplastado, pero no arruinado, porque todavía tenía

esperanza. Sólo el pensamiento de ti me dio la luz suficiente para ver las cosas con claridad.

—¿Cuál fue la esperanza?

—Que te sentías igual que yo, y que el amor no podría ser arrancado de ti de la misma manera que no podría ser arrancado de mí.

—Estoy abrumada.

—Por favor, no sobreanalices esto. Tómate tu tiempo. Llámame cuando estés lista.

Después de unos momentos, finalmente me resigné a la sugerencia de Jamie. Esto no iba a ser arreglado en un día. —Está bien. Dulces sueños —le dije.

—Sólo sobre ti.

Colgamos. Jamie realmente era un enigma. Ya vivió una vida, y ahora era esta vieja alma que creía, desde lo más profundo de su corazón, que yo era la indicada para él.

Saliendo de mi apartamento al día siguiente, divisé a Darlene, la mujer sin hogar, vendiendo una selección de cosas al azar en la esquina de la calle. Tenía varias prendas de vestir, dos pares de zapatos, y unas cuantas piezas de joyería extendidas en una gruesa manta de lana. Vi mi camisola y mi camiseta negra de inmediato. También noté que todavía usaba mi maleta para llevar cosas por ahí.

—¡Oye! ¡Chica! —me gritó—. Ven aquí. Tengo algo que te gustaría. —Yo usaba tacones Mary Jane y una chaqueta de cuero negra sobre un vestido de lunares blanco y negro.

Cuando me acerqué, levantó un par de botas vaqueras de color rojo brillante. —Eres talla siete, ¿verdad? —Lo sabía porque tenía en su posesión al menos tres pares de mis zapatos.

—Sí.

—Estas se verían adorables en ti.

—No lo sé, Darlene. Las botas vaqueras no son realmente lo mío.

—Mantendrán tus piernas calientes.

Me reí y pensé: *¿Por qué no?* Me sentía atrevida. —¿Cuánto quieres por ellas?

—Cien dólares.

—Já. Estás loca.

—Tal vez sí. ¿Cuánto tienes?

—Cinco dólares, y te daré estos Mary Jane.

—Trato.

Miré el fondo de las botas; eran nuevas. Después le entregué mis zapatos y el dinero, me puse las botas y pisoteé todo mi camino hacia la L.

Cuando entré al *Crier*, Beth dijo—: ¿Qué pasa con los zapatos?

—¿Soy un poco country, soy un poco rock and roll? No molestes.

— Me volví para encontrar a Jerry apoyado en mi división, sonriendo.

—Aww, Kate. ¿Recuerdas cuando empezaste a trabajar aquí y trataste de que todos usaran ciertos colores en ciertos días de la semana?

—Sí, recuerdo eso. ¿Qué hay de malo con un poco de espíritu de equipo? Los idiotas en el departamento de diseño dijeron que dificultaría su creatividad. Vamos.

—¿Y recuerdas cuando le pediste a la chica del carrito del café que vendiera pasteles sin gluten? —Sonrió.

—Esos bollos eran duros como piedras —dijo Beth.

—Sí, pero los panecillos de chocolate eran para morir.

—¿Y cuándo preguntaste si podíamos tener una mascota y luego la vistieron con ese estúpido traje toda la semana?

—¿Qué estúpido traje? —Entrecerré mis ojos.

—Era un conejo rosa, ¿verdad? —preguntó Beth.

—No, eso fue en Pascua. —Jerry sostuvo su estómago y comenzó a reír.

—Eso fue divertido, chicos. —Simulé gimotear—. Dime que a tus hijos no les encantó eso, Jer.

—A mis hijos no les encantó —dijo en serio—. Mi hijo Davey se traumatizó. Seguía diciendo: “Papá, ¿por qué el conejo de Pascua tiene tetas?”.

—Deberías haberle dicho la verdad, que el Conejo de Pascua es una chica. Habría sido la oportunidad perfecta para hablar de los pájaros y las abejas.

—Tenía cuatro años, Kate.

—¿De qué se trata todo esto, Jer?

Beth me guiñó un ojo mientras esperaba la respuesta de Jerry.

—Sólo te vi con esas botas vaqueras rojas y pensé que tal vez regresó tu chispa, eso es todo. Que tengan un buen día, damas.

—Tú también —dije mientras se alejaba.

—¿Quieres un perro caliente para el almuerzo?

—Beth, ¿en serio? —Salté otra vez a mi cubículo y abrí un nuevo documento de Word en mi computadora.

Lo titulé “Susurros en la oscuridad”. Escribí dos, luego tres, luego seis, luego nueve mil palabras antes de apagar y volver a casa. Al día siguiente, repetí lo mismo. Había una historia formándose, pura ficción, pero una que hizo eco de tantos temas en mi vida en ese momento. Hacía el trabajo en el periódico, pero entre finalizar tareas cortas regresaría a la historia, y las palabras fluirían directamente. El tercer día, había escrito alrededor de cinco capítulos. Le envié un correo electrónico a Beth sin decirle nada.

Se acercó a mi escritorio, sujetando las páginas impresas. —¿Qué es esto? —preguntó.

—No lo sé.

—Es jodidamente increíble. ¿Es ficción? —preguntó.

—Sí, supongo.

—Tienes que seguir adelante.

—No sé qué haré con esto.

Beth cruzó los brazos sobre el pecho. —Estás escribiendo un maldito libro, Kate. Sigue adelante y averígualo después.

Lo que escribía era oscuro e inquietante a veces, pero así es como había sido mi vida. El único resplandor y calidez que podía recordar era al estar en Napa. Los recuerdos de la hermosa conexión que Jamie y yo compartimos empezaron a regresar a mí, corriendo por mis venas como un río caudaloso. Fantaseaba con sus labios en mi cuello, tan tiernos y cálidos, y sus fuertes manos en mi cintura, haciéndome sentir segura. La historia era sobre el dolor que a veces tenemos que soportar antes de que el universo nos recompense con el amor verdadero. A través de la escritura, era capaz de dejar de lado la idea de que debería estar sola. Purgué todos los sentimientos y las ideas preconcebidas que habían entrado en mi vida adulta. Los personajes de la historia y los recuerdos de mi tiempo con Jamie me

trajeron de regreso a la luz. Me enseñaron que el amor era real, que ardía dentro de mí, y que no importaba lo mucho que lo intentara, no sería capaz de reprimirlo.

Evité a Jerry, pero tenía la sensación de que sabía lo que pasaba, y sabía que enfrentaría algunas decisiones serias. El *Crier* no me iba a pagar por escribir historias de amor, y la idea de escribir un artículo más sobre los peligros de las grasas trans me hizo querer clavarme lápices en los ojos. En la quinta noche, desperté de la niebla de escribir y me di cuenta que Jamie no me dejaba un mensaje de voz en dos días. Me escabullí de mi apartamento y me dirigí a la ranura del buzón en el primer piso.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Dylan y Ashley aparecieron a la vista. Él se encontraba de pie orgulloso con una sonrisa de satisfacción en su rostro. Ashley se veía toda ruborizada, desde sus mejillas hasta el escote de su camiseta. Su largo cabello rubio se hallaba recogido en una coleta desordenada. Lo habían hecho, esa era mi suposición —tal vez en el techo, tal vez en la lavandería sin puerta—, pero estaba segura, con cada pedazo de mi ser, de que lo habían hecho.

—Hola, chicos —dije, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué pasa, *chica*?

—Es una noche hermosa, ¿no? —pregunté.

—Sí —dijo Ashley en voz tan baja que apenas la oí.

Dylan soltó una risa incómoda y luego se aclaró la garganta. —¿A dónde vas?

—A buscar mi correo.

Cuando llegamos al piso de Ashley, Dylan se volteó hacia mí. —Voy a acompañarla a su puerta. Mantén abierto el ascensor y subiré contigo.

Presioné el botón para mantener la puerta abierta y vi como Dylan y Ashley caminaron de la mano por el pasillo. Le susurró algo al oído y ella sonrió con una mirada tranquila y satisfecha en su rostro. Se besaron tiernamente por unos pocos segundos y luego la besó en la frente antes de que ella se volviera y entrara en su apartamento. *Tan dulce.*

Corrió hacia el ascensor, sonriendo todo el camino.

—¿Y bien? —dije.

—Estoy tan jodidamente enamorado de ella. —Suspiró.

—¿De verdad crees que es amor?

Me miró fijamente. —Oh, no, no vas a empezar con tu mierda cínica conmigo ahora, ¿verdad?

—No, Dylan, es sólo que a veces puede ser difícil saber la diferencia entre el amor y la lujuria.

—No me importa cuál es la diferencia. Todo lo que sé es que no puedo dejar de pensar en ella. Quiero estar a su lado cada segundo del día. No sólo de esa manera. Quiero hablar y reír y ver el mundo con ella. Si eso no es amor, entonces no sé jodidamente nada.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Tengo que estarlo. Sé que es increíble y me gusta. No creo que haya lugar para el miedo o la duda cuando se trata de amor. Estoy dispuesto a correr el riesgo. Tú también deberías —dijo justo cuando llegamos a las ranuras del buzón.

Cuando metí la llave y giré la pequeña cerradura, la puerta prácticamente saltó de las bisagras. La ranura se atascó por completo por todo el correo. La mayor parte era correo basura, que me las arreglé para agarrarlos cuando se caían. Un sobre cayó al suelo. Dylan y yo nos miramos simultáneamente. La dirección del remitente era la de Bodega de R.J. Lawson. Era la respuesta de Jamie.

—¿Ese es el tipo?

—Sí.

—¿Lo vas a abrir?

—No quiero llorar delante de ti.

—Ya has llorado delante de mí unas cuatrocientas veces desde que te conozco. Eres la llorona más grande que conozco.

—Soy fuerte —declaré.

—Ya quisieras. Sólo abre el maldito sobre.

Empujé todo mi correo en manos de Dylan y tomé la carta. Cuando rasgué la solapa de la parte trasera, me corté con el papel.

—Maldita sea, es una señal. —Metí el dedo sangrando en mi boca y chupé—. ¿Puedes leerla? —murmuré sobre mi dedo.

—Por el amor de Dios, Kate, abre esa carta ahora mismo.

Bufé y terminé abriendo el sobre. Tomé el papel familiar y lo desdoblé. Mis ojos primero fueron a donde había subrayado las palabras de Jamie: *Estoy completamente enamorado de ti*, y luego mis grandes letras con las palabras: ¿POR QUÉ? Debajo de eso se encontraba la respuesta de Jamie. Eran dos palabras. Eso es todo. Dos. Sencillas. Palabras.

CÁSTATE CONMIGO.

Lo admitiré, no era exactamente la propuesta con la que cada chica fantaseaba, pero de alguna forma era mejor. Fue totalmente inesperada pero totalmente adecuada para la forma en que las cosas habían resultado. Él sabía que lo necesitaba todo. Puse la mano sobre mi corazón, di un paso atrás, y me apoyé en las ranuras del buzón.

—¿Qué? ¿Qué dice? —Volví la página hacia Dylan y comencé a llorar—. Santa mierda. Quiero decir, ¡vaya! —Escaneó mi rostro y luego uno de los lados de su boca se convirtió en una sonrisa torcida—. Estás llorando. ¿Son lágrimas de felicidad?

—Sí —balbuceé.

Me tiró hacia su pecho con su brazo libre y me abrazó con fuerza.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a ir ahí y... —Hipé y respiré hondo. Dylan frotó mi espalda, reconfortante—. Voy a renunciar al *Crier*, ir al Valle de Napa, terminar mi libro, y decirle absolutamente, cien por ciento que sí a Jamie.

—Bravo, adelante.

Retrocedí y me limpié las lágrimas con el dorso de la manga de mi camiseta. —¿Harías algo por mí, Dylan?

—Lo que sea.

—¿Cuidarás de Anchoa por mí? —le pregunté, sollozando.

Se echó a reír. —Eres una reina del drama. Por supuesto que cuidaré a tu pez.

—¿Y me prometes que siempre serás así, honesto y dulce?

—Haré lo que pueda.

Me acompañó hasta la puerta de mi apartamento y me entregó la pila gigante de correo antes de inclinarse y besar mi mejilla. —Te mereces ser feliz. Mantente en contacto, ¿de acuerdo?

—Lo haré. No más drogas, ¿verdad?

—No, terminé con eso. Creo que voy a ir a la universidad con Ashley el próximo año y estudiar música.

—Buen chico —le dije, rompiendo a llorar de nuevo—. Estas son lágrimas de felicidad.

Sonrió. —Lo sé.

Cerré la puerta y de inmediato corrí por el teléfono para llamar a Jerry.

—¿Hola? —Jerry tenía seis niños adorables, y todos hablaban al mismo tiempo cuando llamaba.

—¡Jerry! —grité sobre el ruido.

—Hola, Kate. Déjame salir, espera.

Mientras esperaba, escuché al menos tres voces diminutas gritando—: ¡Papá!

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No quiero molestarte mientras estás con tus hijos, pero voy a tener que hablar contigo pronto. He tomado algunas decisiones.

—Bueno, voy a poner a dormir a los niños y luego me reuniré con Beth en Harvey's para analizar una historia de última hora. ¿Quieres encontrarnos allí a las nueve?

—Eso sería perfecto. También tengo que decírselo a ella.

—Está bien, te veré allí.

Colgué, me puse un par de pantalones, mis botas vaqueras rojas, y mi abrigo de invierno, y salí al aire helado de Chicago. Contemplaba regresar a mi apartamento para agarrar una bufanda, pero no tenía mucho tiempo, así que me dirigí hacia la L. Al entrar en Harvey's, al instante vi a Beth y a Jerry sentados en la larga barra de roble. Cuando me acerqué a Beth, se puso de pie y se movió un taburete, así podía sentarme en el medio.

—Bueno, ¿de qué se trata todo esto? —preguntó Jerry.

—¡Voy a hacerlo! —dije triunfalmente. El camarero regresó y miró en mi dirección. Ondeó una mano hacia mí—. Tomaré el vino Pinot Lawson —le dije, y luego miré a Jerry y sonreí—. Es un vino sexy.

—Asintió, luciendo un poco desconcertado.

—Tengo la sensación de que va a darnos una noticia agri dulce —dijo Beth.

—Quiero terminar mi libro.

—Lo sabía. —Jerry golpeó la cima de la barra—. Sabía que tramabas algo. ¿Supongo que esto significa que terminaste con el *Crier*?

—Los dos me han dado mucho apoyo. Tuvieron fe en mí cuando producía mierda. Cuando apenas podía formular una frase coherente, continuaste enviándome historias, Jerry. Y Beth, eres una escritora increíble y una absoluta inspiración para mí. *Terminé* con el *Crier*, pero no he terminado con ustedes.

—¿Qué pasa con Jamie? —preguntó Beth.

—También voy a verlo. —Miré mis manos moviéndose con nerviosismo—. Me pidió que me casara con él. —Beth casi escupió su boca llena de cerveza, pero Jerry tenía una mirada conocedora.

—Bueno, niña, no podría estar más feliz por ti. Felicitaciones. Te extrañaremos en el periódico, pero creo que estás haciendo lo correcto.

—Eso es increíble, Kate —dijo Beth sinceramente una vez que recobró la compostura.

—Quería decírselos a ambos inmediatamente porque planeo volar tan pronto como pueda, posiblemente mañana. Quiero decirle que acepto en persona.

Jerry sonrió. —Mi pequeña Kate se casará con R.J. Lawson^ increíble.

—Sí, vas a ser una multimillonaria. —Beth rió.

—No me importa eso. Lo amo. —Era la primera vez que lo decía en voz alta—. Lo amo y no puedo esperar para decírselo.

Nos despedimos con grandes abrazos en frente del bar y luego fuimos en tres direcciones diferentes. Me dirigí hacia la L sintiéndome tan ligera como el aire. Literalmente rebotaba por las escaleras de la estación. Sonreía a pesar de que no trataba de hacerlo. Se hallaba tranquilo y vacío en el andén del tren mientras esperaba. Entré en el tercer vagón, que me pareció bastante vacío, pero me di cuenta muy rápidamente de que había un hombre sentado en la parte trasera. Hubo una breve ráfaga de viento justo antes de que las puertas cerraran. El largo chaquetón negro del hombre contrastaba severamente con su piel blanca, casi transparente, y su cabello. Sentado al otro lado del vagón, pude ver las profundidades color

azul hielo de sus ojos. Parecía encantado cuando me devolvió la mirada. Rompí el concurso de miradas incómodas primero, observando por la ventana. Los edificios y las paredes del túnel pasaban volando al igual que en el cine. Observé la serie de luces neón a través del cielo mientras el tren aceleraba. Mantuve al hombre en mi visión periférica, pero traté de parecer audaz y confiada.

Alivio se apoderó de mí cuando una pareja subió en Belmont. Se quedaron de pie junto a la puerta y se besaron por unos sesenta segundos hasta que bajaron en Wellington, dos paradas antes que la mía. El miedo volvió, y con buena razón. Debí bajarme con ellos. Una vez que el tren estuvo en movimiento de nuevo, el hombre se levantó y caminó hacia mí. Retrocedí hasta que estuve casi en la puerta. *Apúrate, abre*, coreé en mi cabeza, esperando que la siguiente parada viniera pronto. Metí la mano en mi bolsillo y saqué la nota de Jamie.

Cuando el hombre se encontraba a centímetros de mí, extendió la mano hacia mi cuello. Retrocedí un paso. Agarré la nota y cubrí mi collar con la mano derecha, sosteniendo mi bolso hacia él con la izquierda.

—Aquí, tómallo —chillé.

—Quiero el collar. —Su voz se disparó por mi espalda, levantando las alarmas de alerta en todo mi cuerpo.

—Por favor, tengo dinero y tarjetas de crédito aquí. Por favor, tómallo.

—¡Dije que quiero el collar!

Temblaba, y no podía moverme. En un movimiento fluido, metió la mano en su bolsillo, sacó una pistola y la sostuvo en alto. Me encogí y cerré los ojos, con todas mis fuerzas. Lo oí gritar—: Perra estúpida. —Y en ese momento sentí una fuerza abrumadora en mi cabeza, y eso era lo último que recordaba.

Ironía

*Traducido por Michelle e & Snowsmily
Corregido por Miry GPE*

¿Hasta qué punto realmente forjamos nuestro propio destino? ¿Son las personas que parecen tener mala suerte, incapaces de ver las señales, incapaces de oír los susurros? ¿Estaría yaciendo en un charco de sangre en el metro de Chicago en mis botas vaqueras rojas si hubiera escuchado cuidadosamente mis instintos?

Flotaba en la oscuridad, donde me quedé por una cantidad inconmensurable de tiempo. El tiempo no parecía importar y tampoco mi ser físico. Me hallaba cálida y sin dolor, y aunque me encontraba aparentemente sola en ese agujero de gusano, podía sentir que alguien permanecía conmigo. Me pregunté si era mi madre o Rose. No tenía miedo, sólo una sensación de que era amada. Sentí que necesitaba desear, rezar, querer e intentar con fuerza ver una luz en toda esa oscuridad, pero cuando lo hice, vino con el dolor más insoportable. Retrocedí una y otra vez y volví a entrar en la oscuridad, donde pasé lo que pareció una eternidad perdida en mis pensamientos.

Me pregunté quién me enterraría. ¿Quién se aseguraría de que consiguiera mi placa? Me pregunté si Jamie estaría en mi funeral. ¿Lloraría? ¿Sería capaz de seguir adelante con su vida? La idea de que me perdiera era más difícil de aceptar que la idea de perder a Jamie. No porque no me preocupara por él, sino porque sufriría, y eso me dio más fuerza para luchar que cualquier otra cosa. Lo amaba y no podía soportar la idea de causarle dolor.

Dos luces brillantes entraron en mi punto de vista primero. Ambas eran completamente aureoladas y nebulosas. Una brillaba sobre mí desde lo que noté rápidamente era una cama de hospital, y la otra venía de la ventana a mi izquierda. Mi cabeza palpitaba con un dolor insoportable. Vi una figura sentada en una silla a pocos metros de distancia. Se hallaba encorvado, su cabeza apoyada a los pies de mi cama. Pensé que era Jamie.

Sentí que era él, pero no lo sabía a ciencia cierta. Parpadeé varias veces, tratando de enfocar mis ojos, pero mi visión seguía siendo tan confusa, y la luz aumentaba el intenso palpar de mi cerebro.

Cerré los ojos y me dejé llevar de nuevo. La siguiente vez que desperté, mantuve mis ojos cerrados, pero oí voces.

—Ella es mi prometida. Por favor, tiene que decirme algo.

—No podemos revelar información a ninguna persona que no sea un familiar.

—No tiene familia. Yo lo soy. Por favor. —El tono de su voz era tan suplicante que me dolió el corazón.

—Está bien —respondió la mujer—. Puedo tener un montón de problemas por esto.

—Lo prometo, no voy a decir una palabra. Sólo necesito saber. ¿Va a estar bien?

Traté de hablar, pero no pude formar las palabras. Me sentí paralizada por el dolor.

—Fue golpeada severamente con la base de una pistola. El traumatismo en la cabeza ha causado una hinchazón crítica y se ha filtrado líquido de la médula espinal en el cerebro. Tiene lo que se llama hidrocefalia postraumática. —Él abrió la boca y emitió un sonido gutural. Abrí los ojos por un segundo para ver a Jamie apoyado en la pared frente a mí. Tenía los brazos cruzados y su cabeza gacha. Lucía roto—. Su pronóstico depende completamente de su propio cuerpo. Estaremos monitoreándola muy de cerca y haciendo exploraciones cada día. Si la inflamación no empieza a bajar con la medicación, entonces los médicos tendrán que realizar una cirugía cerebral. Harán un agujero y colocarán vías para drenar el líquido y aliviar la presión. —No podría asegurarlo, pero sonaba como si estuviera llorando en voz muy baja. El tono en la voz de la

enfermera cambió. Se volvió tranquilizador—. Mantenga una actitud positiva. Siga hablándole. En el mejor caso podría tener una recuperación completa e ir a casa en una semana.

Hice un intento desgarrador por abrir mis ojos y hablar, pero me encontraba agotada de nuevo. El dolor era demasiado. El golpeteo en mi cabeza se hizo tan fuerte que era ensordecedor. No podía oír ni sentir nada más. La voz de Jamie, la luz y la sensación de las sábanas del hospital en mi piel, todo se fue. Volví a la nada, donde todo era negro, cálido y sin dolor.

No podría asegurar cuántos días, meses o años pasaron antes de que fuera capaz de sentir lo que me rodeaba de nuevo, pero cuando lo hice pude oír a Dylan, Ashley, Jerry y Beth hablando entre ellos. Hablaban de mí como si no me encontrara ahí, nada malo, sólo una conversación general acerca de mi apartamento y las cosas que necesitaban ser atendidas. En mi formulario del seguro de salud se nombraba a Jerry como mi contacto más cercano y dije que era un pariente.

—¿Viste eso? Ella movió la mano —dijo Dylan con entusiasmo—. Kate, ¿puedes oírme? —Le apreté la mano y traté de abrir los ojos. El dolor era abrasador. Parpadeé varias veces antes de enfocarme finalmente. Dylan sostenía mi mano entre las suyas, y Jerry se inclinaba sobre mí con ojos tan grandes como platos—. Hola, niña.

Tragué saliva y traté de aclarar mi garganta. —Duele —dije. Mi voz no sonaba como la mía. Era áspera y tensa.

—¡Llama a la enfermera! —le gritó Beth a Ashley, quien cumplió de inmediato y salió corriendo por la puerta.

—Sólo cierra los ojos, descansa y mejórate. Jamie volverá en pocos minutos. —Dylan me sonrió cálidamente. Parecía aliviado. Y luego me desvanecí de nuevo. No sé por cuánto tiempo, pero cuando volví, Jamie se sentaba en una silla al otro lado de la habitación. Susan también se hallaba ahí, sentada frente a él. Todo el mundo se había ido. Se encontraba inclinado y apoyaba los codos sobre sus rodillas. Llevaba una camiseta de franela con vaqueros oscuros y zapatillas, la forma en que lo recordaba tan bien de la bodega. Era sólo Jamie, no R.J. —sólo mi dulce Jamie. El vello en su rostro era por lo menos de cinco días, y su cabello se hallaba peinado hacia atrás,

fuera de su cara. Tenía la cabeza gacha, apoyada en sus dos manos. Miraba al suelo, pero hablaba con Susan.

Dos inmediatos pero conflictivos sentimientos se apoderaron de mí mientras lo absorbía sentado en mi cuarto de hospital. Una era que nuestras almas se conectaron tan profundamente que podía sentir su presencia antes de saber con certeza que se hallaba ahí. El mero hecho de estar en la misma habitación que él me hizo sentir más completa. Un breve vistazo fue suficiente para calentar mi sangre y aumentar mi ritmo cardíaco. La otra sensación era que apenas nos conocíamos el uno al otro. El concepto de “nosotros” era tan nuevo. Todavía tenía esa sensación de hormigueante emoción, como si aún no lo hubiera explorado por completo. Mi cabeza palpitaba al ritmo de veinte mil tambores, pero de alguna manera la presencia de Jamie solo amortiguaba el rugido y hacía que mejorara en mi objetivo número uno.

Observé durante unos segundos con simpatía. Se veía devastado. Era difícil escuchar cada palabra de la conversación, pero capté bastante.

—Estoy maldito —dijo en voz baja—. Y he maldecido a todos los que me aman.

—Eso no es verdad —dijo Susan.

—Yo le hice esto. —Levantó la vista y pasó la mano por su pelo—. No quería entregar el collar que le di. ¿Sabías eso? Te lo digo, es por mi culpa que ella permanece tumbada ahí, rota.

—No estoy rota —susurré. Se puso de pie al instante y estuvo a mi lado en dos zancadas.

—Nena, no te muevas. No te esfuerces. —Se inclinó y me besó en la frente—. Llama a la enfermera —le dijo a Susan.

—Creo que estoy bien.

—Dios, estoy tan aliviado de ver esos ojos marrones. Tienes suerte de estar viva.

—Ven aquí. —Abrí mis brazos. Se inclinó y suavemente frotó su cara en mi cuello—. ¿Cómo llegué aquí?

Echó su cabeza hacia atrás bruscamente. —¿No recuerdas?

—No.

La enfermera entró detrás de Susan. Ambas llegaron al otro lado de mi cama.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó la enfermera. Revisó mis signos vitales y luego alzó mi cama para que pudiera sentarme.

—Mi cabeza todavía duele un poco.

—Eso es de esperarse, pero lo haces muy bien. Voy hacerle saber al médico que despertaste —dijo y luego se marchó.

Susan me sonrió. —Me alegro que estés de nuevo con nosotros, Kate. Quería disculparme por toda la confusión en la bodega. No me encontraba completamente informada y no quería interferir.

—Fue mi culpa, no le dije a Susan lo que pasaba —interrumpió Jamie.

—Bueno, no mejoré las cosas. Sabía que algo grande pasaba entre ustedes dos, pero estoy acostumbrada a proteger la privacidad de Jamie.

—Es agua bajo el puente —dije con sinceridad.

—Espero que sí. Voy a dejar que ustedes dos tengan algo de tiempo a solas.

—Gracias. —Nos estrechamos las manos una a la otra y luego se fue.

—Jamie, cuéntame lo que pasó. —Deslizó una silla al lado de mi cama y se sentó, sosteniendo mi mano en la suya.

—Fuiste atacada por un hombre en el metro. Te golpeó con su arma en repetidas ocasiones, y el ataque causó un poco de hinchazón en tu cerebro. Pero vas a estar bien, la hinchazón está bajando por su propia cuenta.

Me acordé de pequeños pedazos y piezas de lo que pasó, pero era difícil ponerlo todo junto. —Debo tener una cabeza muy dura. —Sonreí.

Un lado de su boca se elevó. —Sí, estoy seguro de ello, y gracias a Dios por esa dura cabeza tuya. Creo que vas a estar bien.

—Debí haberme puesto una bufanda esa noche. —Extendí la mano y pasé mis dedos por su mandíbula áspera. Sonrió en mi mano.

—¿Por qué no lo dejaste tomar el collar?

—No puedo recordar lo que pensaba. Pero, espera, ¿cómo sabes que era el collar?

—Debido a que te encontraron sosteniéndolo, y el sistema de transporte tiene un video del asalto. —Sentí mi cuello desnudo y empecé a entrar en pánico—. Lo quitaron cuando ingresaste. Beth lo tiene, junto con el resto de tus cosas. Está seguro, ángel, pero ningún objeto material vale más que tu vida. Ese collar podría ser reemplazado. Tú no.

Empecé a sentir un nudo en la garganta. —Jamie, lo siento. —Las lágrimas comenzaron a fluir de mis ojos. Mi cabeza palpitaba de nuevo. Moví el cabello lejos de mi rostro y sentí el vendaje a un lado de mi cabeza.

—No llores, por favor. No estaba enojado, me asusté. Pensé que te perdería.

—Lo sé —sollocé. Extendió sus manos y secó las lágrimas con las yemas de sus pulgares. Sentí el vendaje en la parte trasera de mi cabeza.

—Tuvieron que afeitar un poco de tu pelo para poner las grapas.

—¿Grapas? Oh, Dios mío, debo lucir como Frankenstein. —Respiré en mi mano—. Oh, y mi aliento es terrible. Me siento como si tuviera pequeños suéteres en los dientes, están ásperos. ¿Me puedes conseguir un poco de enjuague bucal?

Se rió y entró en el pequeño cuarto de baño, regresó con enjuague bucal y una taza. —Apenas puedes ver las grapas. Tu pelo cubre ese lugar. Y no te pareces a Frankenstein en absoluto. Eres hermosa, y siempre serás hermosa. —Sonreí con las mejillas llenas de enjuague bucal—. ¿Te sientes mejor?

Escupí el enjuague bucal en una pequeña taza que Jamie extendió para mí. —Sí. ¿A dónde iba esa noche?

—Ibas a casa. Te encontrabas sólo a una parada cuando sucedió.

—¿De vuelta a casa desde dónde?

—Te encontraste con Jerry y Beth en un bar. Dijeron que renunciaste al *Crier* a causa de la nota que te envié.

—¿Nota?

—Te pedí que te casaras conmigo. ¿Te acuerdas de eso? —En ese momento se hallaba sentado en la silla junto a la cama, mirándome. Parecía infantil por primera vez.

—No me acuerdo. —Me llevé la mano a la cabeza, que comenzó a latir con fuerza en la parte delantera. Cerré los ojos e hice una mueca de dolor—. Lo siento, no puedo recordar mucho, sólo pedazos. La cabeza me duele mucho. —*Oh, Dios mío, me pidió que me casara con él.*

Se puso de pie y bajó mi cama. —Cierra los ojos, cariño. No tienes que pensar en nada en este momento. —Lo sentí subir suavemente a mi lado y se tumbó de lado. Pasó su brazo por mi cintura. Me quedé dormida, sintiéndome segura y protegida.

Hubo un par de días de exámenes y exploraciones antes de que programaran que fuera a casa. Me di cuenta que no tuve una conversación seria con Jamie sobre la nota o cuál era nuestro plan. Estuvo en el hospital todos los días, yéndose brevemente para ducharse en un hotel cercano. Beth, Jerry y Dylan llegaban y salían varias veces para ver cómo me encontraba. Dylan cuidaba de Anchoa y de mi apartamento, y Beth corrigió con orgullo las primeras treinta mil palabras de mi novela. Me emocionaba volver a escribir, pero sabía que había cosas que decidir en primer lugar. Todavía no recordaba mucho de la noche del asalto, pero el detective de la policía me mostró la nota que tenía en la mano. Las palabras *CÁSTATE CONMIGO* se encontraban manchadas de sangre, lo que me dio una fuerte sensación de malestar.

El día antes del programado para salir del hospital, trajeron a un cirujano plástico para quitar las grapas de la parte trasera de mi cabeza y añadir pequeñas suturas a la herida en la frente. Cuando el médico salió de la habitación, miré a Jamie, que hojeaba la revista *Techworld*. —Oye, guapo. ¿Pensé que habías terminado con todo eso?

Levantó su cabeza, cerró la revista, la arrojó sobre una mesa cercana y luego bajó la vista a sus manos con fingido horror, como si hubiera sido infectado. Los dos nos reímos. Me puse de pie junto a mi cama de hospital con las piernas temblorosas. Aún me hallaba desnuda debajo de la ridícula bata de hospital. Jamie se me acercó al instante y me tomó del brazo mientras caminaba hacia el baño. —Sólo quiero cepillarme el pelo —dije.

—Puedo cepillarlo por ti.

—Tengo que hacer algunas cosas por mi cuenta, Jamie. —Me detuve a mitad de camino, sintiéndome mareada. Él tenía una

mirada de miedo en su rostro mientras afirmaba mi brazo y hombro. Traté de aligerar el ambiente. Sonriéndole, dije—: Hay un poco de corriente de aire aquí dentro. —Y entonces llevé mi mano tras de mí para sentir mi desnudo trasero. Se reveló su adorable hoyuelo que había estado escondido durante tantos días detrás de un ceño preocupado.

Se echó hacia atrás para echar un vistazo cuando comencé a arrastrar los pies de nuevo hacia el baño.

—He extrañado ver ese lindo trasero. —Me reí cuando pasó su mano sobre él.

—Espero que... ¿te quedarás por unos pocos días después de que me liberen? —Le disparé una mirada esperanzadora—. Puedes reencontrarte con mi trasero.

—Katy, por supuesto que me voy a quedar. No voy a ninguna parte. Vas a necesitar ayuda. Planeaba quedarme contigo en tu apartamento. — Parecía desanimado.

—No sabía si te gustaría. —Se encontraba de pie detrás de mí cuando me miré en el espejo y me cepillé el cabello.

—¿De qué hablas? Te pedí que te casaras conmigo. Estaba bastante seguro de que ibas a decir que sí.

—Todo parece tan revuelto ahora. —Sentí el escozor familiar de lágrimas en mis ojos.

—No tienes que decidir nada, pero te dije que no voy a ninguna parte.

—¿No quieres estar en Napa?

Dio un paso hacia mí con confianza, me giró, y tomó mi mano. La puso sobre su corazón y luego presionó la otra mano en mi corazón.

—No hay ningún lugar más que aquí. Nada importa más, tienes que ver eso. Ya se nos ocurrirá algo. Quiero conocerte de nuevo, pero primero vamos a enfocarnos en llevarte a casa sana y salva. —Se inclinó para besarme. Cuando nuestros labios se tocaron, inmediatamente presioné mi cuerpo al suyo. Tomé su mano y la puse sobre mi trasero desnudo. Sonrió contra mis labios.

El doctor Coco, mi médico de trauma regular, llegó silbando a través de la puerta. Ambos nos separamos rápidamente y Jamie

colocó las solapas traseras de mi bata una sobre la otra, así mi trasero no se exponía.

—Él es mi doctor, Jamie.

—Este es mi trasero ahora. —Sonrió y luego pellizcó una nalga.

—¡Ay! —grité—. Discúlpenos. Hola, doctor Coco.

Cuando conocí a mi doctor, me tuvo que repetir su nombre unas diez veces. Seguí riendo después de que lo decía, y luego yo diría—: No.

Dígame el real. Tengo una lesión cerebral y creo que no lo estoy escuchando correctamente.

Tenía un gran sentido del humor. En lugar de ofenderse, imitó un reloj cucú y dijo—: Mi nombre es doctor Cucú.

—Doctor Coco, necesito hablar con usted —dijo Jamie—. En privado.

—No hablarán acerca de mí en privado. —Ambos permanecieron ahí, mirando al suelo—. Sé lo que quieres preguntarle. Muy astuto —dije, a medida que ocultaba sus manos en los bolsillos de sus vaqueros y se balanceaba en sus talones. Miré al interesado doctor y abruptamente dije—: Quiere saber cuándo podemos tener sexo.

El doctor Coco rió. —Bueno, señorita, eres libre de hacer cualquier cosa con la que te sientas cómoda, pero probablemente deberías tomarlo con calma el primer par de días que estés en casa.

—Oh, lo haremos lento —replicó Jamie—. Quiero decir, lo tomaremos lento. —Se veía rojo como un tomate.

El doctor sonrió y salió, riendo para sí mismo.

Abracé mi estómago, riendo. —No creo que alguna vez te haya visto tan nervioso.

—Cariño, me matas. No iba a preguntarle eso. No quería asustarte, pero iba a preguntarle si deberíamos preocuparnos por el Trastorno de Estrés Post-Traumático.

—Oh. —Mis ojos se ampliaron tanto como podían.

—No quiero que temas subir al metro. —Tan pronto como lo dijo, sentí náuseas. Me desplomé y sostuve mi estómago. Me llevó de nuevo a la cama.

—No quiero ver a nadie debido a eso. Ya tuve demasiada terapia después de que mi mamá murió. Lo resolveré yo misma. No quiero

pensar en eso ahora mismo.

—De acuerdo —susurró, y luego besó mi frente.

—¿Atraparon al chico?

—Lo capturaron. Confesó. No tienes que preocuparte por él.

—Pensé que iba a dispararme.

—¿Lo recuerdas ahora?

—Un poco. —Trozos y piezas regresaban a mí.

Dormimos el resto del día en mi cama del hospital. Cuando desperté a la mañana siguiente, Jamie estaba de pie cerca de la ventana, observándome. Se hallaba recién afeitado y vistiendo ropa diferente.

Sostenía una bolsa mientras caminaba en mi dirección. —Beth trajo algunas cosas para que vistas cuando vayas a casa.

—¿Dejaron mis opciones de moda a cargo de Beth? Utiliza pantalones cortos de baloncesto cada día de su vida.

Sus ojos verdes parecían más claros y su hoyuelo se veía más profundo en su rostro afeitado mientras me sonreía. —Estoy seguro de que estará bien.

Beth empacó exactamente lo que utilicé para el club gay la noche que me dijo que lucía ardiente.

Jamie cerró la cortina y luego se sentó cerca de mi cama. —¿Vas a observar mientras me cambio? —pregunté. Movié sus cejas en mi dirección—. Vamos, dejemos algo para explorar.

—He visto, explorado y probablemente lamido cada centímetro de ti.

—Cierto, pero en serio. —Bajé la mirada a mis piernas sin afeitar—. ¿Por cuánto tiempo he permanecido aquí?

—Una semana exactamente —dijo. Todavía lo miraba, esperando que se diera la vuelta.

—De acuerdo. Bien. —Se puso de pie y caminó hacia la ventana para mirar hacia afuera—. ¿Qué deberíamos hacer hoy, Katy?

Me deslicé en los vaqueros con facilidad y noté que había cerca de siete centímetros de espacio entre los vaqueros y mi cintura. —¿Beth no me trajo un cinturón?

Se giró y caminó hacia mí, estudiando la parte media de mi cuerpo. Todavía llevaba solo mi sujetador y los vaqueros. Parecía

afligido. —Estás tan delgada. Cristo, necesitas comer. —Puso sus manos en mis caderas y hundió su cabeza en el relieve de mis pechos —. Katy, por favor, dime que no perdiste peso por mi culpa.

Tragando el nudo en mi garganta, me estiré para tomar mi camiseta y el suéter. —He tenido un año difícil, Jamie. Solo quiero mirar hacia el futuro ahora. No quiero vivir en el pasado.

—Bueno, la primera cosa que vamos a hacer es conseguirte algo para comer.

—¿Te gusta el queso a la parrilla y la sopa de tomate? —pregunté. Se rió y luego me besó profundamente, por primera vez desde que ingresé al hospital. Sus brazos se tensaron alrededor de mi cuerpo, levantándome del suelo. Nuestras lenguas se entrelazaron y bajaron la velocidad justo antes de que se alejara.

—Es mi comida favorita.

—De acuerdo, conozco un lugar, está justo en el lago. Podemos tomar la línea... la Línea Roja. —Mi corazón comenzó a acelerarse.

Ladeó su cabeza y me miró con pena. —Podemos tomar un taxi. Probablemente es mejor de ese modo. No debería tenerte fuera por mucho tiempo. Comeremos y luego te llevaré a casa para que te instales.

—¿Y qué tal tú? ¿Cómo está la diabetes?

—Completamente bajo control.

—Ambos somos todo un par. Esta noche te daré una dosis de insulina mientras tú aplicas el ungüento antibiótico en mis puntadas.

Besó mi nariz. —Suenas como una cita. ¿Estás lista?

—Sí, vamos a hacer esto. —Era una declaración que involucraba más que sólo disposición por irme del hospital. Era el comienzo de nuestro intento en una relación comprometida. No estoy segura de si alguno de nosotros sabía cómo hacer eso apropiadamente.

Cuando dejamos el hospital, había una limosina esperando. —¿Qué es eso? —pregunté.

—Pensé que un taxi podía ser demasiado inestable.

—Oh, no, Jamie. Eso es mucho dinero.

Se giró y abrazó mis hombros. —Kate, probablemente nunca tendré que preocuparme por el dinero, y creo que tú tampoco. No lo

gasto es cosas frívolas. Tienes una herida importante en la cabeza y no quiero que rebotes en un taxi.

Rodé los ojos en su dirección y reí. —¿Crees que mi cerebro va a estar bien?

Me empujó hacia el auto. —Vamos, chica tonta.

En la limosina, pasó su mano de arriba abajo por mi pierna, con nerviosismo. —No creo que esto sea una buena idea. Debería llevarte a casa.

—No soy frágil.

—Sí, lo eres. Justo hora, lo eres. Podemos comprar comida para llevar y regresar a tu apartamento.

—¿También vas a alimentarme?

Se giró abruptamente. Sus ojos se concentraron en mis labios. Sonriendo, dijo—: Tal vez. —Y luego se inclinó y tiró de mi labio inferior con sus dientes—. Adoro tu boca, incluso cuando estás siendo una sabelotodo.

—Bueno, ahora que lo pienso, tu plan puede que no sea tan malo. Después de todo, no puedes lamer comida de mi cuerpo en un lugar público muy bien.

—Buen punto, sin embargo, estaré dispuesto a aceptar la discusión. Solo que no hoy.

Esperé en el auto mientras Jamie iba hacia el restaurante y recogía nuestra comida. Prácticamente corrió de regreso y se deslizó adentro, analizándome de arriba abajo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, han pasado cinco minutos.

Le dio mi dirección al conductor como si lo hubiera dicho un millón de veces.

—Eso estuvo bastante bien, Jamie.

—Tengo una de esas memorias.

—¿Qué quieres decir?

Levantó la mirada hacia el techo del auto, pareciendo casi avergonzado, y luego se encogió de hombros. —Nada.

—Oh, ¿la cosa del genio? ¿Qué, tienes memoria fotográfica?

—Algo así.

—Cuéntame. Quiero saber todo sobre ti.

—De acuerdo, bueno, esto suena aterrador, pero soy lo que llaman un nemotécnico. Tengo una memoria nemotécnica.

—Suena como una posesión demoníaca.

—Sí, se siente así algunas veces.

—¿Qué significa?

—Quiere decir que puedo recordar largas listas de números o nombres. También tengo memoria eidética. Algo así como memoria fotográfica.

—Eso debe ser asombroso. Con razón fuiste capaz de atravesar con facilidad la escuela.

—Es una bendición y una maldición. Imagina recordar cada línea producida por la risa del rostro muerto de tu madre.

Inhalé una brusca respiración. —Lo siento tanto. Nunca lo pensé de ese modo. —Me detuve, tratando de leer su expresión—. Podría ser yo. Desearía que pudiera recordar como lucía mi madre. Parece que el único recuerdo que tengo de su rostro es de una fotografía.

—Creo que sería más fácil de ese modo.

—¿Eso es lo que crees? —espeté.

No me miró. Solo alcanzó mi mano, la llevó a su boca, y la besó. Mirando fijamente hacia adelante, dijo—: Lo siento. Eso fue insensible.

Estuvimos en la recepción del edificio de mi apartamento casi una hora después de dejar el hospital, pero Jamie todavía se hallaba afectado.

—¿Puedo cargarte?

—¿Estás bromeando? No hay nada malo con mis piernas.

—No quiero que te esfuerces demasiado. —Sus brazos estuvieron alrededor de mi cintura, prácticamente levantándome del suelo. Envolví mis brazos alrededor de su cuello y me sostuve.

—Ya dijiste eso. Lo prometo. Estoy bien. Me golpearon un poco en la cabeza. No es la gran cosa.

—Katy, no lo hagas poca cosa. —Bajó su voz—. ¿Sabes cuántas horas me senté en la habitación del hospital sin saber si tendría que observar a mi ángel morir?

—Oh, por favor, no digas eso.

Cuando llegamos al elevador, podía sentir otra presencia detrás de mí. Entramos y Jamie presionó el botón para mi piso. Luego escuché la voz de Stephen, justo cuando me giré para observarlo entrar en el elevador después de nosotros.

—¿Katy? —Probó la palabra. Nunca nadie además de Jamie me había llamado Katy. Usaba unos pantalones de vestir y una camisa, sin corbata. Su maletín colgaba sobre su hombro. Debía llegar del trabajo.

—¿Stephen? —La expresión en su rostro se volvió cálida. Noté que Jamie se estiró un poco y acomodó el ángulo de su cuerpo delante de mí.

—Escuché lo que te sucedió. —Asentí—. Realmente lo siento. Sé lo mucho que te gusta el metro. —Miró a Jamie con recelo y dijo—: ¿Puedo abrazarla?

Él arqueó las cejas. —Eso depende de ella.

Extendí mis brazos y le di a Stephen un abrazo. Me sostuvo con verdadera sinceridad y dijo—: Realmente lo siento. —Eso trajo lágrimas a mis ojos. Sabía que lo sentía por más que solo mi lesión.

Cuando la puerta del elevador se abrió en su piso, sonreí y dije—: Adiós, Stephen.

—Adiós —dijo, mirando hacia el piso y salió.

Me incliné contra Jamie. Me rodeó con sus brazos desde atrás.

—Ese era mi ex.

—Lo sé.

—¿Lo recuerdas?

—Recuerdo todo.

—Excepto cuánta insulina te has suministrado.

—Lo admitiré, eso fue muy impropio de mí. Me distraje esa noche por tu extraordinaria belleza.

—Oh, detente —dije, y luego estornudé. Me giró y se inclinó para mirarme al rostro—. ¿Estás bien? ¿Fue difícil ver a Stephen?

—No, estuvo bien, de hecho. Es increíble cuán agradable puede ser la gente cuando escuchan que has estado en coma.

Cuando llegamos a mi piso, salí y noté a Dylan y Ashley de pie cerca de la puerta de mi apartamento. Él extendió sus brazos. — ¡Comité de bienvenida!

—¡Gracias! —Reí.

—No queremos molestarlos mientras te acomodas, solo queríamos darte un abrazo y darte la bienvenida a casa. —Ambos me abrazaron al mismo tiempo.

—Ustedes dos son tan dulces.

Mi apartamento parecía sin tocar. Lo recorrí, avergonzada, tratando de limpiar, abrir las persianas, y darle un poco de aire al lugar. Jamie dejó la comida en la encimera y me observó hasta que me detuve. —¿Qué?

—Tu hogar es agradable.

—Estoy segura de que no piensas eso. Son setenta y cuatro metros cuadrados de un lugar poco original.

Mi apartamento era una sencilla forma de U. La sala de estar y la cocina se encontraban una con la otra, y la ventana daba a la calle. Un corto y pequeño pasillo conducía hacia mi habitación y el baño de un tamaño decente, el cual tenía una ventana que daba hacia el patio detrás de mi edificio. Bromeé diciendo que había sido decorado elegantemente con las maravillas de las tiendas IKEA y Target, y Jamie se rió.

Lo observé asimilarlo lentamente. Recogió un marco de una foto de mi madre que se encontraba colocada en el extremo de una mesa pequeña. —Hermosa —murmuró.

—Lo era.

Jamie era una presencia en mi pequeño apartamento. Se detuvo cerca de la encimera, tomando los contenedores de comida de las bolsas y abriéndolos. Cuando me acerqué, se quitó la chaqueta para revelar una sencilla camiseta blanca. Recorrí sus antebrazos con mis manos y estudié sus extraños tatuajes. Se entrelazaban en un pálido tono rojizo. —¿Te hiciste todos estos en África? —Asintió. Llevé sus manos a mi boca y las besé. Suavemente me elevó para besar su boca. Sus manos fueron a la parte posterior de mi cuello, justo debajo de mi herida. Me encogí de dolor. Rápidamente se alejó.

—Ves, no podemos hacer eso —dijo.

—Estoy bien.

—Fue demasiado. Podría herirte.

—Estoy bien. —Agarré la comida y la llevé a la pequeña mesa cuadrada en el final de mi cocina donde se encontraba con la sala de estar—. ¿Qué te gustaría tomar?

—Lo conseguiré —dijo—. Tú siéntate y come.

—Tomaré una cerveza —anuncié.

—No lo creo, nena. No tienes permitido beber con tu medicación.

—Tomaba un par de medicamentos diferentes para la hinchazón y el dolor—. De hecho, creo que es hora de una de tus píldoras.

Comimos en silencio. Me sentía hambrienta y Jamie solo se sentó ahí, observándome como un halcón, buscando cualquier indicio de que no estuviera perfectamente cómoda. Tomé mi medicina y luego de media hora me encontré sintiéndome bastante mareada y lista para una siesta. Me acompañó a mi habitación e hizo un ademán para que me sentara en el extremo de mi cama. Quitó mis zapatos y puso un suave beso en la punta de ambos pies. Alcanzó mis manos y me elevó a una posición de pie para luego desabotonar mis vaqueros.

—Puedo desvestirme yo sola. ¿No deberías revisar el azúcar en tu sangre?

—Estoy bien. —Pellizcó mi barbilla con su pulgar y dedo medio y levantó mi rostro hasta que nos miramos a los ojos—. Me gusta desvestirte. —Me dejó con mis bragas y mi camiseta, luego me metió a la cama.

—¿No vas a acostarte aquí conmigo?

—Me encantaría, pero creo que necesitas descansar. Tengo que encargarme de un par de cosas. Necesito llamar a Susan y conseguir mis cosas del hotel. Dylan dijo que vendría y te cuidaría, para que pudiera hacer eso.

—No necesito una niñera.

—Bueno, me sentiría mejor con alguien aquí acompañándote.

Revisa tus fuentes

*Traducido por Dannygonzal & Adriana Tate
Corregido por Eli Mirced*

Pasamos la siguiente semana encontrando la forma de vivir juntos en un lugar tan pequeño cuando Jamie no me dejaba hacer nada, excepto tumbarme, leer, o ver televisión. Tuvimos nuestra primera pelea sobre si dejaba o no que se agachara y afeitara mis piernas... en serio.

—Puedo hacerlo por ti. Soy muy bueno con la navaja.

—Estás loco. No vas a afeitarme mis piernas.

—No creo que debas bajar tu cabeza, podría darte mareos en la ducha.

—Tienes que retroceder un poco. —Estábamos de pie a centímetros de distancia, cara a cara, cerca de la puerta del baño. Me sobrepasaba, haciéndome sentir como una niña.

—¡No, no lo haré! —dijo con voz decidida—. Eso es lo que hice antes, y al final casi te desangras en un puto metro.

—No es lo mismo. Nada va a pasarme. Me estás ahogando.

—Voy a ir a correr. Por favor, espera para ducharte. —Levantó la parte inferior de su camiseta blanca para poner los cables de los audífonos a través del cuello. Usaba una sudadera gris y zapatillas. Jamie podría quitársela, tenía uno de esos estómagos bajos y en ángulo de corte V. La sudadera colgaba justo debajo de donde comenzaban las hendiduras laterales. Mi boca se abrió. Pensé en mi dedo deslizándose y estirando la cinturilla de su sudadera. Prácticamente babeaba, a pesar de que estaba totalmente enojada

con él. Levanté la mirada para encontrarlo mirándome, con un grueso brillo de humedad cerca de sus patillas.

—Ya estás sudando, Jamie. ¿Has comprobado el azúcar en tu sangre?

—No necesito que me lo recuerdes —ladró.

—¿Has estado haciendo lo mismo conmigo! ¿Cómo crees que me siento?

Se acercó a la mesa de entrada, donde se encontraba su lápiz de insulina. La agarró y rápidamente se inyectó en el lado sin pellizcar su piel. —Ahí está, ¿feliz ahora?

—No deberías hacer eso sin un medidor.

—¿Estoy bien! He estado viviendo con esto la mayor parte de mi vida. Lo que pasó contigo es diferente. Fue un trauma; fuiste atacada.

—Sé lo que fue.

—Entonces, ¿por qué no puedes entender que estoy preocupado?

—¿Esta es nuestra primera pelea?

Se detuvo frente a la puerta y respiró hondo. En voz baja, dijo—: Por favor, Kate. Por favor, espera hasta que vuelva para ducharte.

—Sólo si te me unes.

Una pequeña sonrisa apareció en las comisuras de su boca. —Sólo si puedo afeitarte las piernas.

—Bien. —Rodé los ojos.

Esa noche dejé que Jamie me afeitara las piernas en la ducha. Fue intensamente erótico, o al menos lo hizo parecer de esa manera. *Maldito provocador*. Todavía no iría más allá de besarme en la cama. Mostró gran control; le concederé eso, pero el acto de cuidador ya envejecía.

En mi siguiente cita, el doctor Coco me dio permiso para regresar a mis actividades normales. Hice que lo anotara así podría agitarlo en la cara de Jamie cada vez que intentaba hacer algo por mí o cada vez que trataba de evitar que hiciera algo normal. Cada día desde que me encontraba en casa, él me preguntaba si quería tratar de viajar en el metro. La respuesta siempre fue no.

Pasamos un sábado acurrucados en una banca, sorbiendo chocolate caliente en el Parque Millennium.

—La navidad es en cuatro días. ¿Puedes creerlo?

—No, es demasiado pronto. ¿Vas a regresar a Napa para las fiestas?

Apretó la mandíbula. —¿Por qué haría eso?

—Bueno, no sé, tienes a Susan y a Guillermo allí.

—Ellos tienen sus propias familias.

—¿No tienes cosas de qué ocuparte en la bodega? ¿Y qué pasa con la organización en África?

—La bodega y la organización funcionan por sí mismas. Hago mucho cuando estoy allí, pero funciona tranquilamente cuando no estoy. Tú eres mi primera prioridad. Entonces, ¿qué vamos a hacer para navidad? ¿Deberíamos conseguir un árbol y decorar?

—Eso sería divertido. No lo he hecho desde que vivía con Rose.

Apretó mi mano. —¿Qué quieres para navidad?

—Te quiero a ti. Quiero hacer el amor. No quiero que pienses sobre mi herida en la cabeza mientras nos besamos. ¿Crees que puedas manejar eso?

Sonriendo, extendió la mano y ahuecó la parte trasera de mi cabello. —Veré lo que puedo hacer, a pesar de que todavía tienes este absurdo cabello que me lo recuerda.

Le di un puñetazo en el brazo. —Idiota.

Al día siguiente, Jamie me dejó ir de compras con Beth. Me hizo pasar por una lista de control antes de irme, haciéndome un centenar de preguntas para asegurarse de que me encontraba bien para un largo día fuera de casa.

—No vas a espiarme mientras estoy de compras, ¿verdad?

—Podría hacerlo. Si sientes el más mínimo mareo o náuseas, llámame. —Jamie comenzó a utilizar un teléfono celular de nuevo, pero nunca enviaba mensajes. Sabía por qué—. ¿Cuál es el plan para esta noche cuando llegues a casa?

—Quiero escribir un poco, pero mi computador tiene una falla técnica. Se bloquea constantemente, y me preocupa que voy a perder trabajo. Tengo otra computadora portátil vieja en el armario. Puedo tratar de conseguir que una funcione.

—Bueno, ¿y de cenar? ¿Quieres quedarte aquí o salir?

—Vamos a quedarnos. —Me acerqué y deslicé mi mano por delante de su sudadera. Lo agarré y apreté. Jadeó—. ¿Tal vez podemos pasar de la primera base?

—Creo que puedo arreglar eso —dijo.

Sonó el timbre. Jamie rápidamente salió corriendo a mi habitación. Abrí la puerta a una sonriente Beth.

—Vamos a ir de compras hasta que nos caigamos.

—¿Estás siendo sarcástica?

—Sí, odio ir de compras. Jamie prácticamente me suplicó de rodillas para que fuera contigo.

—¿Quieres decir que te preguntó? —Sacudió la cabeza, la subió y la bajó dramáticamente—. ¡Jamie, estás en problemas! —grité.

—¡Diviértanse, señoras! —gritó en respuesta. Agarré mi cartera nueva de la mesa.

—Primero tengo que ir al banco; no me han devuelto mis tarjetas. ¿Te molesta?

Antes de Beth pudiera responder, Jamie volvió a gritar desde la otra habitación—: Puse una tarjeta de crédito en tu cartera.

—Espera un segundo —le dije a Beth.

Fui hacia mi cuarto de baño y lo encontré de pie completamente desnudo delante de mi lavabo, lavándose los dientes.

Caminé hacia él. —¡Tú! —Escupió la pasta de dientes en el lavabo y se volteó hacia mí, exhibiéndose. Sonrió con arrogancia.

—Sí, querida, ¿qué pasa? ¿Te he molestado?

—Tengo mi propio dinero... y tienes pasta de dientes en el labio.

Agarró mis muñecas, bajó mis brazos, y se inclinó así que nos encontrábamos cara a cara. —¿Puedes limpiarlo por mí? —Me retorcí y traté de separar mis brazos, pero los sostuvo firmemente.

Me incliné y chupé toda la pasta de dientes del labio, luego lo mordí. Se apartó y soltó mis manos. —Ay, pequeña cosa luchadora.

—Eso es lo que obtienes. Oye, en serio, no quiero comprarte regalos con tu dinero.

—Es nuestro dinero. Vas a casarte conmigo, ¿verdad? —Sonrió.

—Jamie, dije que pensaba que necesitaba un poco de tiempo para conocernos el uno al otro.

—Está bien, vamos a conocernos esta noche. —Presionó su cuerpo al mío. Lo sentí duro contra mí. Me perdí en su beso y entonces oí silbando a Beth “(Sittin’ on) The Dock of the Bay” en la otra habitación.

—Me tengo que ir.

—Te echaré de menos, hermosa —dijo cerca de mi oído, su voz tan suave y masculina que envió escalofríos por mi columna.

Pasé todo el día de compras con Beth. Después de horas de debate, finalmente decidí comprarme lencería para usar para Jamie. Pensé que era lo mejor que podía hacer por un multimillonario que tenía todo lo que quería. Regresé al apartamento en la tarde y fui directo a mi habitación para una siesta. Él se aseguró de desnudarme y me hizo entrar primero.

Desperté una hora después, me puse una de sus camisetas, y fui a la cocina por un vaso de agua. Se encontraba sentado en mi mesa cuadrada, sin camisa, pero tenía su gorra de béisbol negra hacia atrás. Había partes de computadoras y todas las herramientas sobre la mesa y el suelo. Escribía frenéticamente en mi portátil. Había algo infantil en la forma en la que se sentaba reflexivo y ansioso mientras tecleaba. Se encontraba tan concentrado que no se dio cuenta que entré en la habitación. Por unos segundos, me quedé allí y asimilé la vista de lo que nunca pensé que vería: Jamie sentado en una computadora. Evitaba la tecnología tanto como le era posible, y aunque sabía que la tenía en su interior, no sabía si alguna vez sería testigo de eso, y la verdad no podía imaginarlo. Estaba muy lejos del genio de los computadores pálido y delgado que una vez fue. Sentado en el borde de la silla, tenía sus piernas abiertas a lo ancho y golpeaba el talón derecho desnudo en el suelo. La gorra de béisbol hacia atrás lo hacía parecer como un adolescente concentrado. Miré alrededor y noté en la esquina de la sala un pequeño árbol de Navidad con una cuerda de luces de colores parpadeando, nada extravagante, sólo un pequeño toque festivo. Pensé en Jamie colocando el árbol sin ayuda. Era muy parecido a mí, acostumbrado a hacer las cosas por sí mismo.

Cuando me aclaré la garganta, prácticamente saltó de la silla. —Lo siento si te asusté.

—Está bien —dijo, mientras se ponía de pie y caminaba hacia mí.

—¿Qué estás haciendo con todas esas cosas?

—No te preocupes, hice una copia de tu trabajo.

—No estoy preocupada, solo me preguntaba qué estás haciendo.

Juntó sus manos con una palmada y sonrió ampliamente. — Bueno, estoy algo emocionado. Arreglé ambos portátiles para que tu programa de escritura funcionara, pero también escribí un código para un nuevo programa que automáticamente hará una copia de todo lo que hayas escrito en un servidor en línea. De esa forma no tendrás que confiar mucho en el hardware. No te preocupes, es un servidor totalmente seguro; tengo una habilidad para ese tipo de cosas.

—¿Escribiste un código? —dije la última palabra como si fuera un estudiante del jardín de niños repitiéndola.

Golpeó con el dedo índice su sien. —Es como montar en bicicleta.

—Casi no lo creo, pensé que ya no te gustaba hacer ese tipo de cosas.

—Quería hacer esto por ti. —Me atrajo hacia su pecho—. No voy a mentir, como que lo disfruté.

—Bueno, gracias. —Me apoyé en mis dedos de los pies para besarlo—. Nunca pensé que un código escrito pudiera ser tan sexy.

—Antes de que me distraigas, tuviste una llamada telefónica mientras dormías. Un hombre llamado Paul Sullivan. Preguntó si sabías el paradero de Ann Corbin.

Cuando escuché su nombre, jadeé y mi mano voló hasta mi corazón. Me quedé estupefacta.

—Esa es tu madre, ¿supongo?

—Sí —dije, luchando por respirar.

—Ven aquí, nena. —Apretó su agarre sobre mí—. ¿Qué pasa?

—No he escuchado su nombre en voz alta en mucho tiempo. ¿Dejó un número?

—Dejó su número. ¿Quieres que lo llame por ti?

—No, quiero hablar con él. La mayoría de las personas que conocieron a mi madre estuvieron en su funeral. —Miré el reloj. Eran las siete de la noche—. Lo llamaré mañana.

Después que me calmé, le rogué a Jamie para que me dejara hacer la cena. Estuvo de acuerdo en ser mi ayudante de cocina agarrador

de traseros mientras preparaba una lasaña casera. El ralló el queso y me acosó continuamente hasta que finalmente lo eché. Regresó a la mesa y terminó lo que hacía con mi computador. De vez en cuando, lo atrapaba robándome miradas. Sonreía serenamente como si estuviera imaginándose el resto de su vida. Jamie se sentía completamente feliz y satisfecho en mi insignificante apartamento de setenta y cuatro metros cuadrados. Su única queja era que no era de bajo consumo. En el poco tiempo que había estado allí, cambió todas las bombillas y los grifos y trabajaba en una forma de instalar paneles solares en el techo.

Nos sentamos en el piso de la sala y comimos nuestra cena en la mesita de café y luego nos pasamos al sofá, donde nos quedamos dormidos mientras veíamos toda la segunda temporada de *Breaking Bad* en Netflix. Desperté varias horas después. Jamie aún se encontraba sentado, pero su cabeza descansaba en el respaldo del sofá. Se quedó profundamente dormido. Mi cabeza se hallaba en su regazo, con sus manos enredadas en mi cabello. No quería moverme, pero sabía que así estaría incómodo toda la noche. Me incorporé lentamente, me incliné, y dejé un rastro de besos ligeros en su cuello. Se movió.

—Hola, cariño —susurré—. Vamos a la cama.

—Mmm. Vamos a quedarnos aquí un poco —dijo mientras me acercaba para montarlo a horcajadas.

Me levantó la camiseta por encima de mi cabeza, y con total facilidad, desabrochó mi sujetador y lo tiró a un lado. En un instante, su boca se encontraba en mi pecho. Me besó suavemente y se preocupó de sostenerme, con una mano sujetó la parte trasera de mi cuello. Gemí y dejé que mi cabeza cayera hacia atrás, entregándome mientras su boca se movía suavemente por mi cuerpo. Besó, chupó y tiró del lóbulo de mi oreja, luego se recostó y respiró hondo. Desabroché sus pantalones y me levanté lo suficiente para que se moviera para sacárselos. Podía notar que era cauteloso. Alcancé la cinturilla de mis bragas de encaje negro pero detuvo mis manos.

—¡Oh, vamos!

Se rió y sacudió la cabeza. —No. Éstas son lindas. Creo que deberíamos dejarlas —dijo mientras sus dedos me acariciaban a

través de la tela—. Mmm, cálido.

—¡Estoy mojada! Ahora bésame, maldita sea. —Prácticamente me retorció encima de él cuando sus labios se aplastaron contra los míos de nuevo. Nuestras bocas se encontraban pegadas, retorciéndose y acariciando. Sus manos seguían vagando, pero lo podía sentir cada vez más duro contra mí mientras me movía. Finalmente empujó la tela a un lado y deslizó sus dedos. Me presioné más profundo contra su mano.

—No te detengas, Jamie. Te deseo, por favor.

—Eres tan sexy. —Retiró su mano, y sin aviso, me penetró, azotando mis caderas hasta que me llenó por completo.

Grité, arqueando mi espalda, dejando que la sensación de él dentro de mí me inundara. Había pasado un tiempo, y la tela de encaje entre nosotros, aunque la puso a un lado, creaba la cantidad perfecta de fricción. Nos movíamos sin problemas. Respondió cada uno de mis movimientos con perfecta facilidad y resistencia. Me moví más duro y más rápido sobre él. Todo el tiempo nos besábamos y mirábamos el uno al otro hasta que nos acercamos al final. Levantó su cabeza y cerró los ojos, hice lo mismo justo cuando sentí el dolor pulsante, luego la electricidad entre mis oídos y en mi espalda.

—Kat.y... Dios, Katy, te amo.

Maldición, si eso no me envió completamente sobre el borde, lo provocó cuando se inclinó y besó cada pecho con completo control y determinación. Las réplicas siguieron explotando mientras apretaba su agarre y acariciaba mi pecho. Envolví mis brazos alrededor de su cabeza y cuello y lo sostuve contra mi cuerpo lo más fuerte que pude.

Nos quedamos así por lo que se sintieron como días. Imaginé la versión secuencial de esos momentos en que nos sentábamos abrazados en el sofá después de que hacíamos el amor, todavía conectados e invadidos de calor. El sol se apresuraría y estallaría a través de las persianas y luego se hundiría de nuevo, lanzando sombras extrañas sobre las paredes, pero sería lo mismo, enredados el uno con el otro. En la oscuridad, nuestros cuerpos conectados

arderían con la suficiente luz como para llenar la habitación de un cálido resplandor.

Besó mi boca, luego se levantó y me llevó al dormitorio. Pasamos una hora recostados en la cama y hablando.

—¿Entonces crees en Dios? —pregunté.

—Creo que hay algo ahí fuera.

—¿Cómo qué, extraterrestres?

—Sí, extraterrestres. Eso es exactamente lo que pensaba —dijo con sarcasmo. Me encontraba acostada de costado en el hueco de su brazo. Pasaba su mano arriba y abajo contra la piel de mi espalda—. ¿Qué crees, tontita?

—Espero que haya algo más por el bien de todos los que he amado y he perdido.

—Me siento de la misma manera. ¿Qué piensas sobre la familia?

—Deseo tener una.

—Yo también. Vamos a hacerla. —De repente me di cuenta de lo que Jamie pedía.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—Joderla con mis hijos. Ni siquiera sé qué clase de persona era mi padre.

—Bueno, yo sé exactamente qué clase de personas son mis padres biológicos, y no me preocupa que ese tipo de maldad se me haya traspasado.

Acuné su rostro y lo besé. —Yo tampoco, Jamie.

—Creo que a pesar de que hemos perdido a muchos de nuestros seres queridos, todavía tenemos familia. Puede que no sean parientes de sangre, pero las personas a las que considero mis verdaderos padres tampoco lo eran, y no los veo como algo menos que una familia para mí. Tengo a Susan, a Guillermo y a Chelsea, y tú tienes a Jerry, a Beth y a Dylan, y malditamente nos tenemos el uno al otro, Kate. —Asentí, vacilante—. ¿Tienes miedo de hacer esto conmigo?

Me encogí de hombros. Agarró mi cara y me miró directo a los ojos. —¿Qué tan cerca estoy de perderte?

—¿Qué haría falta para que me quieras perder, para que me quieras dejar?

—Se necesitaría una gran cantidad de mierda para alejarme de ti. ¿No lo ves?

—A veces me siento como si estuviera rota o dañada.

—Veo este tipo de esplendor y maravillosa inocencia infantil cuando te miro. Siempre eres tan curiosa acerca del mundo, pero te aterroriza ser parte de él. No estás rota, al igual que yo no estoy maldecido. Ahora lo sé.

—Te amo. ¿No es eso suficiente?

Frunció el ceño como si le doliera escuchar mis palabras. —Por ahora —murmuró, luego cerró los ojos y se alejó de mí.

La mañana siguiente era Nochebuena. Después de tres tazas de café, era una tonta saltarina, así que habría sido una mala decisión llamar a Paul Sullivan de nuevo, pero lo hice.

—Hola.

—Es... es... Kate Corbin devolviéndote la llamada. —No podía evitar sentirme nerviosa. Este hombre conocía a mi madre, pero yo no lo conocía.

—Hola, Kate. Intentaba encontrar el paradero de Ann Corbin. Pasé por una lista de Corbins en la ciudad, llamando a cada uno y aterricé en ti.

—Ann era mi madre —dije rápidamente—. Murió en 1994.

—Oh. —Sonaba aturdido—. Lo siento mucho.

—¿Conocías a mi madre?

—Por poco tiempo. En los años ochenta.

—¿Qué tan poco tiempo?

—Salimos hasta que conoció a Samuel. —*¿Quién demonios era Samuel? ¿Era mi papá? Oh, Dios—*. Kate, ¿estás ahí?

—¿Puedo conocerte? Quiero decir, ¿podemos encontrarnos para tomarnos un café o algo así? No sé quién es Samuel. Mi madre nunca habló de él. —Jamie me observaba desde la cocina con preocupación. Se levantó, con los ojos muy abiertos y con la cafetera suspendida en el aire. Sostuve mi mano sobre mi corazón en un pobre intento de desacelerar físicamente los rápidos latidos.

—Sí, podemos encontrarnos. ¿Estás libre esta tarde?

—Sí.

—Bien, ¿qué te parece el Starbucks estatal a las tres en punto?

—Perfecto, nos vemos. —Cuando colgué, Jamie se encontró a mi lado en un segundo.

—¿Qué dijo?

—Sólo dijo que conocía a mi madre y que salieron hasta que ella conoció a Samuel. Nunca escuché ese nombre de Rose o de mi madre.

Envolvió sus brazos a mí alrededor y me atrajo a su pecho. —Quizás esto será bueno para ti. Quizás llegarás a conocer más sobre tu madre.

—Le pregunté a mi madre sobre mi padre una vez. La molestó tanto que apenas podía hablar. Me imaginé que él era un holgazán o algo así, pero quizás Paul será capaz de llenar algunos de los espacios en blancos. Rose siempre dijo que si mi madre quisiera que supiera, me habría dicho. Eso me hace pensar que mi padre, quien quiera que sea, es una muy mala persona.

—No sabes eso, y no sabes cuales fueron las razones de tu madre.

—Tienes razón, pero me pregunto si voy contra ella por meterme en esto. Supongo que se ha ido, y que no importa ahora. Pero aun así... —Me apoyé sobre la punta de mis pies y le di un piquito en los labios—. Voy a lavar un poco de ropa sucia. ¿Quieres almorzar antes de que nos encontremos con Paul?

—¿Puedo ir contigo?

—Por supuesto. —Deslicé mi mano por la parte de atrás de la franela de su pijama y apreté su trasero—. ¿Quieres hacerlo en la ducha para despejar mi mente?

Me levantó y me cargó hacia el baño antes de desnudarme en tiempo récord. Encendió la ducha, dio un paso hacia atrás, y me miró de la cabeza a los pies. Le quité los pantalones mientras me arrodillaba delante de él. Se estremeció y luego agarró la parte trasera de mi cabeza.

—Nena, no tienes que hacer eso —dijo y luego gimió. Después de que estuvo completamente encendido, me levantó y me besó mientras retrocedía en la ducha—. Date la vuelta, sexy —dijo. Cuando le di la espalda, inmediatamente agarró mis manos y las

presionó sobre los azulejos encima de mi cabeza. Se inclinó y susurró en mi oído—: Te amo. —Separé las piernas y jadeé cuando empujó dentro de mí con fuerza.

—¿Estás bien?

—Dios, sí, sigue. —Deslizó sus manos por mis brazos, extendió una mano y comenzó a hacer círculos a la piel sensible por encima de donde nos conectábamos. Agarró mi cuello con fuerza con su otra mano y continuó con sus fuertes embestidas hasta que ambos estuvimos respirando fuertemente y gimiendo. Eché mi cabeza para atrás, y su boca inmediatamente fue hacia mi cuello, donde chupó, besó y mordió. Luego suavemente mordió mi lóbulo, y me derrumbé, gritando—: ¡También te amo!

Después de un largo encuentro amoroso en la ducha, bromeé con Jamie sobre la cantidad de agua que su trasero consciente de los problemas medioambientales desperdiciaba mientras me excitaba de nuevo. Se rió y luego intentó lamer las gotitas de agua de mi cuerpo.

—Ves, el agua no está totalmente desperdiciada.

Me vestí rápidamente, mientras él se hallaba tendido en mi cama en tan sólo una toalla.

—Me voy a acostumbrar a tenerte en mi cama todo el tiempo.

—¿Y?

Miré hacia atrás y sacudí mi cabeza. Después de recoger mi ropa y algunas de Jamie, me dirigí hacia la puerta.

—Puedo hacer eso —dijo. Dejó caer su toalla y se encontraba desnudo cerca de mi tocador, a punto de inyectarse. Se pinchó la piel y se clavó la aguja.

—Lo tengo cubierto. Has estado haciendo mi colada durante semanas. Puedo hacerla ahora.

—Es Nochebuena. No deberías estar haciendo la colada hoy.

—Es sólo una carga. La meteré y estaré de regreso en un segundo.

Las lavadoras en el sótano de la lavandería se encontraban llenas. Irritada, me giré sobre mis talones y me tropecé con Dylan que venía hacia mí.

—Hola, chica.

—Hola. —Coloqué mi cesta en el suelo y le di un abrazo.

Agarró mis hombros, se alejó y me miró de arriba abajo. —Estás brillando, señorita. ¿Tuviste una buena mañana?

Mi irritación se desvaneció. —¿Suenas como si te estuvieras familiarizando con este tipo de apariencia?

—Bueno, sí, no voy a mentir. Ashley ha estado brillando sin parar durante las últimas semanas.

—¿Eres cuidadoso con ella?

—Sí, lo somos.

Sonreí. —Buen chico. ¿Cuáles son tus planes con ella?

—Realmente quiere ir a Berkeley el próximo año, así que voy a intentar entrar al programa de música en la Universidad de San Francisco.

—Eso es maravilloso, Dylan.

—Y estaré cerca de ustedes.

—¿A qué te refieres?

—Pensé que te ibas a ir a Napa.

—¿Por qué pensarías eso?

—Kate, me lo dijiste tú misma.

—¿Sí? ¿Cuándo?

Cruzó los brazos sobre su pecho y levantó la mirada hacia el techo con curiosidad. —¿No recuerdas nada antes de que fueras atacada?

—Recuerdo cosas, sólo que no recuerdo muy bien ese día.

—Jamie te envió una carta pidiéndote que te casaras con él.

—Supe eso.

—Bueno, ¿no recuerdas lo que me dijiste?

Buscando en mi mente, negué con la cabeza lentamente. —No, no lo recuerdo. ¿Qué recuerdas tú?

—Joder, recuerdo tus palabras exactas.

—¿Qué? Dime. —Le di un golpecito en el pecho con mi dedo índice.

—Dijiste que ibas a renunciar al *Crier*, ir a Napa, terminar tu libro y decirle absolutamente, cien por ciento que sí a Jamie. Nunca olvidaré la forma en que te veías ese día, con los ojos luminosos y brillando, así como lo estás ahora.

—Santa mierda, yo dije eso, ¿no es así?

—Sí.

¿Pero todavía quiero eso?



Jamie paró un taxi al frente de mi edificio, el cual nos llevó al restaurante Vietnamita en State Street. Era un día perfecto para sopa de fideos. El día se encontraba frío, bajo los cero grados, pero no nevaba; sólo corría un viento muy helado; así que, la sopa caliente en un ambiente muy íntimo era agradable. No quería hablar sobre lo que le preguntaría a Paul. Sólo quería tener un buen almuerzo y disfrutar de mi tiempo con él.

Lo miré desde el otro lado de la mesa. Llevaba una camisa negra y una chaqueta negra con pantalones vaqueros oscuros y botas de combate. Su cabello, aunque mucho más corto, todavía revelaba hebras de color rubio. Se encontraba revuelto de una forma sexy en la cima. Por alguna razón, cuando se afeitaba completamente, hacía que sus ojos se vieran más verdes y el hoyuelo en su mejilla izquierda más profundo. Sus labios siempre estaban de un color rosado pálido y de aspecto saludable. Lo observé sorber los fideos de la sopa como un niño pequeño. Él era, por lejos, el multimillonario menos pretencioso en el mundo. Vivía por el momento. Amaba su vida y simplemente quería compartirla... conmigo.

—¿Jamie? —dije, mirando mi sopa.

Lo sentí levantar la vista. —¿Sí, nena?

—Gracias por todo lo que has hecho por mí.

—No necesitas agradecerme.

—No te lo he dicho, pero de verdad lo lamento por lo del artículo y por saltar a conclusiones. He estado huyendo de hacer conexiones con personas la mayor parte de mi vida, pero ya terminé con eso. Quiero regresar a Napa contigo. Quiero intentarlo.

Extendió su mano por encima de la mesa y tomó mis manos entre la suya. —Me encantaría eso.

Caminamos varias cuerdas en el gélido frío. Me mantuve presionada contra el costado de Jamie hasta que llegamos a

Starbucks. Se me ocurrió tan pronto como entramos que no sabía cómo lucía Paul o cómo lo encontraría, pero no tuve que hacerlo. Él me encontró casi de inmediato.

—¿Kate?

Me giré para ver a un hombre apuesto, probablemente en sus cuarenta años, mucho más joven de lo que me imaginé. Tenía el cabello entrecano, ojos marrones y una contextura delgada. Había algo muy familiar en él. Vestía un suéter y pantalones, la imagen perfecta de un caballero distinguido.

—Paul. —Le tendí mi mano, pero me abrazó en su lugar.

—Podría haberte identificado a un millón de metros de distancia. Eres tan llamativa y hermosa como lo era tu madre.

—Gracias —le dije, tomada por sorpresa.

—Soy Jamie, el prometido de Kate. —Le tendió la mano y Paul la sacudió.

—Encantado de conocerte. ¿Nos sentamos? —Señaló una mesa en la esquina.

—Voy por los cafés —dijo Jamie.

Me senté frente a Paul y escaneé sus rasgos. —Entonces, ¿saliste con mi madre?

—Sí y sé lo que estás pensando.

—¿Ah, sí?

—Era mucho más joven que ella. Tenía poco más de veinte años. Ella se acercaba a los cuarenta.

—En realidad, pensaba en que me resultas muy familiar.

—Bueno, soy escritor. Quizás has leído alguna de mis novelas.

—¡Sí, eso es! —Me di cuenta inmediatamente. El hombre que se sentaba al otro lado era el ganador del premio al autor más vendido Paul Sullivan—. Qué honor conocerte. Yo también soy escritora. Escribo para el *Crier*.

—Ah sí, estoy familiarizado con ese periódico. Eso es maravilloso, pero honestamente, no estoy sorprendido. Tu madre era una gran fanática de las escrituras.

—¿Qué sucedió entre usted y mi madre?

Se recostó en su silla y sonrió ante el recuerdo. —Ella era una cajera en mi banco. Era tan excepcionalmente hermosa que

encontraba razones para ir verla. Aceptó almorzar conmigo un día y comenzamos a salir desde allí. —Hizo una pausa y sus labios se aplanaron. Bajando la mirada hacia la mesa aturdido, dijo—: Me enamoré de ella. —La diferencia de edad no me sorprendió porque mi madre siempre pareció joven de corazón. Lo que más me sorprendió fue que nunca había escuchado hablar de este hombre quien estuvo tan locamente enamorado de ella.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Se resistía a comenzar una relación seria con alguien mucho más joven. Dijo que no podía tener hijos, pero aparentemente sí podía porque los tuvo. Con Samuel, supongo.

—No tengo idea de quién es Samuel.

Entrecerró los ojos y sacudió la cabeza. —Bueno, esa es la razón por la que ella terminó nuestra relación. Conoció a Samuel. Él tenía su edad. Me dijo que era un mejor partido para ella. Estuvieron comprometidos a las pocas de semanas de conocerse y me dijo que ya no podía verme más. El último día que la vi, me mostró su anillo.

—Jamie se sentó en ese punto y agarró mi mano entre las suyas. Paul se veía un poco conmovido—. Lloró y se disculpó una y otra vez. La dejé allí, llorando en un sendero a las orillas del lago. Esa fue la última vez que la vi, pero nunca dejé de pensar en ella. No creo que alguna vez lo haré.

—Guau —dije mientras las lágrimas corrían por mis mejillas.

—Lo siento, cariño. Esto debe ser muy difícil de escuchar para ti.

—Quiero saber. Necesito saber tanto como pueda. No sé quién es mi padre. Ella nunca me lo dijo. —Mi voz era temblorosa. Jamie permaneció en silencio.

—Samuel Morrison. Comenzaría allí.

—¿Qué hay de ti? ¿Tienes una familia?

El humor pareció aligerarse. Paul se rió entre dientes. —Sí, conocí a mi esposa poco después de que salí con tu madre. Tenemos cinco hijos, dos nietos y otro en camino. Tengo una gran familia a la que amo, pero como dije, nunca dejé de pensar en Ann y tenía curiosidad. Es por eso que llamé.

No podía creer que mi madre fuera una rompecorazones. ¿Por qué dejaría a este tipo?

Todos nos pusimos de pie al mismo tiempo. —Gracias por venir, Paul. Siento que tengo un lugar por dónde comenzar a buscar.

—No hay de qué. Siento que hayas perdido a tu madre tan joven.

Lo abracé y luego él sacudió la mano de Jamie antes de que todos saliéramos hacia el aire fresco.

Caminamos tres cuadras antes de que comenzara a llover. Agarré la mano de Jamie y lo tiré hacia las escaleras de la estación del metro más cercana.

—¿Estás segura, Kate? Puedo conseguirnos un taxi.

—No. Voy hacer esto. Voy a cambiar este recuerdo. —De alguna manera, la reunión con Paul me revigorizó.

El tren se detuvo delante de nosotros mientras temblábamos en la plataforma. Estábamos empapados y congelados. Lo tiré a través las puertas por su chaqueta, empujándolo contra un poste, y presionando mi boca con la suya, besándolo con urgencia. Ahuecó mi rostro y me regresó el beso con tanta intensidad que creí que combustionaríamos. Cuando se apartó, sostuvo mi rostro y dijo—: Es por esto que te amo. Eres increíble.

—Así es cómo quiero recordar la estación del tren. Si nos mudamos y nunca regreso aquí de nuevo, así es como lo recordaré, besándote empapado. —Me reí. Me besó de nuevo y luego nos abrazamos hasta que llegó el momento de bajarnos.

De regreso en mi apartamento, le tomó exactamente tres minutos a Jamie buscar en Google a Samuel Morrison. Vivía en la ciudad, a menos de tres kilómetros de mí. La idea de que mi posible padre viviera a tres kilómetros de mí y que ni siquiera le importara me torturaba y me hacía no querer buscarlo, pero Jamie insistió en que lo llamara. Sabía que tenía razón. Me carcomería por dentro si al menos no intentaba encontrar a mi verdadero padre.

Después de unos cuantos timbres, respondió y mi corazón comenzó a latir salvajemente. No tenía idea de qué esperar.

—¿Hola?

—¿Puedo hablar con Samuel Morrison?

—Soy yo. —Hice una pausa, tragando un gran nudo en mi garganta—. ¿Hola? —repitió.

—Mi nombre es Kate Corbin. Soy la hija de Ann Corbin. —Jamie asintió, alentándome para que continuara—. Mi madre murió cuando tenía ocho años. Nunca supe quién era mi padre, pero ahora tengo razones para creer que es usted.

Su voz se volvió muy baja y seria. —Lamento tu pérdida. Sí conocí a tu madre. De hecho, estuve comprometido con ella, pero puedo asegurarte que no soy tu padre.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque nunca estuve con tu madre íntimamente. Ella ya estaba embarazada cuando la conocí. No lo supe hasta que estuvimos a punto de casarnos. Ella quería tenerte, pero no podía vivir con la idea de criar al hijo de otro hombre, así que rompimos. —Sostuve el teléfono en mi oído, sin palabras—. ¿Kate?

—¿A qué se refiere?

—No soy una mala persona. Me preocupaba por ella. De hecho, me mantuve en contacto durante su embarazo. Fue en busca de tu padre cuando estuvo a punto de tenerte, pero él se había mudado. No creo que alguna vez se lo dijera. Ella dijo que podía hacerlo sola. Le creí. Era una mujer fuerte.

Todo comenzaba a encajar, y la verdad finalmente se encontraba a mi alcance.

—¿Mi padre es Paul Sullivan?

—Sí, creo que es él.

Mi padre biológico era el hombre apuesto que conocí en Starbucks justo hace una hora. Un premiado autor de éxito. Levanté la mirada y pude ver que Jamie se encontraba tan sorprendido como yo. Sus ojos se veían enormes y luego me miró con curiosidad antes de sonreír de oreja a oreja.

—Gracias, señor Morrison. Tengo que irme. Adiós.

Tan pronto como terminé la llamada, él me abrazó. —Oh Dios mío, nena. Tu padre *es* Paul Sullivan.

—Pero él no lo sabe. ¿Qué pasa si no me quiere?

—Lo llamamos, le contamos la historia y vemos que dice. Ahora que lo pienso, había un parecido. Sus orejas sobresalían al igual que las tuyas —dijo, intentando aligerar el ambiente.

—Mis orejas no sobresalen, idiota.

—Sí lo hacen, sólo un poco. En realidad, es bastante lindo. — Agarró el teléfono y me lo entregó—. Bueno... es hora de llamar a Paul.

—No puedo, Jamie. estoy asustada.

—Has pasado por tanto, nena. Ven aquí. —Me tomó entre sus brazos y me abrazó mientras hablaba suavemente en mi oído—: Eres una de las personas más valiente que conozco. Puedes hacer esto. Sé que te querrá en su vida. ¿Cómo no querría? —Me apartó suavemente y me miró, agarrando mis hombros—. Eres increíble.

—Está bien, lo haré. —Me tendió el teléfono otra vez. Marqué el número y esperé con mi estómago hecho un nudo por una respuesta—. ¿Hola?

—Hola, Paul, soy Kate. Tengo algo que decirte...

La situación

*Traducido por Val_17
Corregido por ElyCasdel*

Hay momentos cuando finalmente imágenes claras comienzan a emerger dentro de la pintura abstracta de tu vida. Para mí, fue el momento en que tomé el teléfono para llamar a Paul. Me vi a mí misma en Chicago y en Napa rodeada por Jamie, Beth, Jerry, y Dylan —las personas que habían estado conmigo en mis horas más oscuras— y me di cuenta que todo lo que quería y anhelaba ya se hallaba a mi alcance. Quería una carrera en la que pudiera sentirme apasionada. Tenía mi novela. Quería amor y lujuria y todo lo que viene con ello. Tenía a Jamie. Quería luchar con fuerza, amar con fuerza, y vivir con fuerza. Pero más que nada, quería una familia con la cual compartir mi vida. Tenía eso, también, incluso si no eran de mi sangre. Todo lo que quería ya existía dentro de mi vida. La muerte de mi madre y Rose, mis constantes interpretaciones de mi sueño sobre Rose, y mi relación con Sólo Bob me paralizó en un lugar de miedo y aislamiento. Creía que yo era todo lo que tenía y todo lo que necesitaba. Era más fácil así. Pero Jamie tenía razón. Me asustaba vivir, ser feliz, tomar lo que me merecía.

Por una vez en mi vida, todo me fue explicado en ese momento crítico de claridad, inmediatamente agradecí todas las experiencias traumáticas y dolorosas. Si no hubiera vivido en la maldita oscuridad, nunca habría visto la luz. Ahora finalmente enfrentaba esa luz, sin miedo, lista para entrar en ella y tomar mi felicidad.

— Paul... creo que podrías ser mi padre. En realidad, sé que lo eres, y quería decirte que si estás bien con ello y cómodo, me

gustaría conocerte.

Podía sentir la emoción de Paul por teléfono. —Me encontraba a punto de llamarte, Kate. —Su voz se rompió. Yo temblaba y Jamie me miraba con cautela—. En mi camino de vuelta a casa después de conocerte, me sorprendió que nunca escucharas hablar de Samuel. No había ninguna razón para que tu madre lo ocultara de ti. Tuve esta sensación... pensé en el tiempo y tu edad. Te pareces a tu mamá, ya sabes, pero hay algo en tu sonrisa que veo en mi hija pequeña. Aún más obvio, tú, mi querida, fuiste bendecida con los oídos Sullivan.

—Mi novio dijo lo mismo —dije, riendo y llorando al mismo tiempo. Jamie pronunció la palabra *prometido* hacia mí. Me acerqué y me senté en su regazo. Besó mi espalda y frotó mis hombros mientras seguía hablando con Paul. Mi padre.

—Cuando llegué a casa, le dije a mi esposa, Elaine, que tenía un presentimiento. Le conté la historia. Está muy emocionada por conocerte. —Hubo una larga pausa. Aclaró su garganta y continuó —: Siento mucho no haber estado en tu vida antes, Kate, pero te lo prometo, haré todo lo posible para recuperar el tiempo perdido.

Era justo decir que para ese momento me encontraba histérica. Todo lo que pude balbucear fue—: También soy escritora.

—Lo sé. Te busqué. —Su voz era temblorosa, y lloraba conmigo—. Estoy. estoy muy orgulloso de ti. Ninguno de mis otros hijos. estoy tan feliz. ¿Vendrías a cenar con nosotros mañana, por favor? Puedes conocer a tus hermanos y hermanas.

—Háblame de ellos.

Tomó una respiración profunda. —Bueno, tienes una hermana, Olivia, de veinticinco años. Tiene niños gemelos de un año. Eres tía.

Me reí con nerviosismo a través de las lágrimas. —Continúa.

—Tu hermano, Aiden, tiene veintitrés años. Está comprometido con Lauralie, que está embarazada. Un poco jóvenes, lo sabemos, pero están enamorados. Y luego Gavin, tiene veintiuno. Va a la universidad en Los Ángeles en USC, pero está aquí por las fiestas. Blake tiene veinte, y sigue buscándose a sí mismo —dijo, en un tono divertido—. Y finalmente, Skylar, la más joven. Tiene diecisiete y

sigue en la secundaria. Es un espíritu libre y una muy dotada pianista.

—Vaya. Estoy sin palabras. Viví toda mi vida pensando que no tenía familia.

—Bueno, tienes una gran familia, y sé que te darán la bienvenida a la adición. ¿Qué dices? ¿Vendrás a conocer a todos?

—Sí, definitivamente lo haré.

—Te veo mañana, cariño. No puedo esperar para llegar a conocerte.

—Igualmente —dije en voz baja y luego colgué. Me di la vuelta y me senté a horcajadas sobre Jamie en la silla, luego enterré mi cara en su cuello y sollocé.

—¿Lágrimas felices? —preguntó.

—Las más felices. ¿Vendrás conmigo?

—Por supuesto.

Nos deslizamos en la cama, desnudos y congelándonos, pero en unos momentos estuvimos cálidos, envueltos el uno en el otro, y dormitando. Me desperté la mañana de Navidad con el olor del desayuno. Jamie hacía panqueques y cantaba a los Black Keys sonando a través de la conexión para el iPod.

Cuando entré en su vista, gritó sobre la música a todo volumen—: Feliz Navidad, amante. —Se hallaba sin camisa, usando nada más que su pijama de franela a cuadros. Yo llevaba un ceñido vestido negro de *Victoria Secret* que conseguí con Beth. Di la vuelta al mostrador para que pudiera verme de la cabeza a los pies. Su boca se abrió.

—Oh, mi Dios. Que se joda el desayuno. —Cuando me levantó por la cintura, envolví mis piernas a su alrededor. Me empujó contra la pared del comedor y atacó mi boca justo cuando el vocalista de los Black Keys gritó—: ¡I got mine! —*¡La mejor canción de sexo JAMÁS!*, pensé.

Después de que Jamie me tomó contra la pared, comimos nuestro desayuno parcialmente quemado, luego nos duchamos y vestimos.

—¿Jamie?

—Sí.

—Me siento terrible. No te compré nada.

—¿Quieres decir que lo que llevabas más temprano no era para mí?

Me reí. —Bueno, sí, supongo que sí.

—Tengo memoria fotográfica, ¿recuerdas? Ese pequeño vestido será un regalo que durará para siempre. Confía en mí.

Se encontraba de pie junto a mi tocador inyectándose insulina. Cuando se giró, tenía una pequeña caja en sus manos. —Esto es para ti, pero no puedes abrirlo hasta más tarde. —Hice una mueca, malhumorada—. Oh, ¿Katy está curiosa?

—No, puedo manejar un poco de suspenso.

Decidimos pasear por la ciudad buscando el tren festivo antes de dirigirnos a la casa de mi padre, la cual se ubicaba en un pequeño suburbio a las afueras de Chicago.

Mientras salíamos del vestíbulo de mi edificio, noté un letrero sobre la puerta de salida que estaba mal escrito. Decía: MARRY CHRISTMAS⁶. Me reí para mí misma. Dos cuadras después, otro letrero puesto en la ventana de una cafetería decía: MARRY CHRISTMAS.

—¿Ves eso? —Le señalé el letrero a Jamie.

—¿Qué?

—Está mal escrito.

—Oh, ajá. Idiotas. —Se rió y me tiró de la mano a su lado. Mientras nos acercábamos a la línea de estación más cercana a mi apartamento, divisé a Darlene. Se envolvía en una manta, sentada en un pedazo de cartón. Cuando me acerqué a ella, dijo—: Oye, tú, chica. ¡Di que sí! —Miré a Jamie. Se encogió de hombros y luego miró el cielo con curiosidad.

—Feliz Navidad, Darlene. —Le entregué un billete de diez dólares—. Mantén el calor.

—Gracias —dijo ella.

Seguimos caminando. Me detuve abruptamente a media cuadra y me giré hacia Jamie. —¿Qué estás tramando? ¿Eh?

—¿Quién, yo? —dijo fingiendo sorpresa—. Vamos, tenemos que apurarnos. —Me dio un empujón.

—¿Por qué tenemos que apurarnos?

—Solo tenemos que hacerlo.

Cuando llegamos a la estación, comenzó a nevar. —Planeé todo esto —dijo Jamie.

Y entonces ¡sorpresa!, el maldito tren festivo se detuvo. —¿Tú planeaste esto?

Me empujó hacia el vagón de Santa. —No, chica tonta, hay un horario.

—¿Estás bromeando? ¿¡Todos estos años!?

Cuando alcanzamos a Santa, Jamie se detuvo, me miró a los ojos y dijo—: Feliz Navidad, ángel.

Luego Santa interrumpió—: ¡Ho ho ho, cástate con él!

Jamie señaló con un pulgar a Santa mientras permanecía de pie frente a mí. —Eso, yo lo planeé —dijo. Luego se dejó caer en su rodilla, sacó una caja, y la abrió, revelando una modesta piedra rosada en una banda plateada—. Lo siento, cariño, sin diamantes de sangre para ti. —Sacudí la cabeza y reí—. ¿Cásate conmigo?

—Jamie Lawson^ ¿es así como lo pides amablemente?

—Katherine Corbin, por favor, ¿te casarás conmigo y serás mi esposa y usarás ese vestido negro por lo menos dos veces a la semana por el resto de nuestras vidas?

Caí en mis rodillas, agarré su cara, y lo besé. —Absolutamente, cien por ciento sí. Y esa fue una mejor propuesta que una nota.

La gente a nuestro alrededor en la plataforma comenzó a aplaudir y vitorear. Incluso Santa se encontraba más alegre de lo usual. Jamie puso el anillo en mi dedo y luego nos levantamos y corrimos al vagón del tren. Con la nieve cayendo, nos besamos al momento en que las puertas se cerraron e hicimos una promesa silenciosa de que lo haríamos cada vez que fuéramos a la estación. Era nuestro nuevo y hermoso recuerdo.

* * *

Rentamos un auto y nos dirigimos al norte. Paul Sullivan, mi padre, vivía en una hermosa casa colonial de dos pisos en el pueblo

de Wilmette, un pequeño y tranquilo suburbio al norte de Chicago. La calle se encontraba bordeada de árboles y las grandes casas cubiertas de nieve eran pintorescas, un lugar ideal para crecer. Sentí una punzada de tristeza cuando nos detuvimos en el largo camino de entrada. Me pregunté si era resentimiento hacia mi madre o solo pura envidia de que todos los otros hijos de mi padre crecieran aquí mientras yo vivía en un sofocante apartamento de una habitación con una deprimida Rose. Pensé en las muchas noches que me dormí en el sofá desplegable, deseando tener mi propia habitación. Aun así, no podía olvidar que Rose me amó como una madre.

Antes de que nos bajáramos del auto, Jamie me miró con preocupación. —¿Estás bien? Pareces estar en otro lugar.

—Estoy aquí, te lo aseguro. Estoy aquí. Esto duele un poco. No puedo entender por qué mi madre no quería que lo supiera.

Tomó mi mano y besó el dorso. —Podrías nunca saber la razón, y te puedo decir por experiencia que tienes que dejarlo ir. Cuando mis padres biológicos trataron de robarme dinero, dijeron mentira tras mentira. Trataron de derribarme, a su propio hijo, cuando todo lo que yo quería era hacer algo bueno por la gente. Por meses, solo seguí preguntándome por qué. Finalmente, mi madre adoptiva me dijo que tenía que dejar de buscar esa respuesta y seguir adelante. Cuando el juicio terminó, me prometí que nunca volvería a preguntarme el porqué de nuevo. Mira esto, Kate. ¿Ves todos esos autos? —El camino de entrada y la calle rebosaban de autos atascados en cada lugar alrededor de la gran casa blanca—. Esto es lo que tienes ahora. Esto es increíble. No pienses en el pasado nunca más.

Aunque trató muy duro de ocultarlo, se veía emocionado. No podía darlo por sentado sabiendo que perdió a la mayoría de su familia. —¿Aún te duele? —pregunté.

—Solía tener este agujero, este vacío que pensé que nunca podría ser llenado, pero está sanando y llenándose desde que te conocí.

—Y ahora también tienes todo esto. —Señalé los autos y sonreí.

Conocer a mi nueva familia fue una confusión de caras y nombres. Mis nuevos hermanos y madrastra eran más que acogedores. Conseguí sostener a mi sobrino y escuchar a mi hermana más joven,

Skylar, tocar el piano de una manera hermosa. Jamie encajó muy bien con la calidez. Le robé miradas a menudo mientras nos encontrábamos en casa de mi padre, y él siempre me las regresó con una sonrisa.

En nuestro camino de vuelta a la ciudad, hablamos sobre nuestro plan. —Siento como si no quisiera irme ahora, pero sé que necesito estar en Napa.

—No tenemos que elegir, Kate. Podemos vivir en ambos lugares. Esa es la belleza de ser un escritor.

—¿Qué hay de ti?

—Siempre he estado en todas partes. Me gusta que sea así.

—¿En serio?

—Sí, por supuesto. ¿Quieres mantener tu apartamento?

—No me importa mi apartamento. Solo quiero ser capaz de venir aquí de vez en cuando.

—Creo que podemos arreglar eso.

Transición

Traducido por Gabrielae & Aimez Volkov

Corregido por Emmie

En la semana siguiente a la Navidad, pasé la mayor parte de mi tiempo empacando y escribiendo mientras que Jamie hacía planes para que volviéramos al Valle de Napa después de Año Nuevo. Decidimos que íbamos a realizar nuestra boda en la primavera, en la bodega, excluyendo cualquier circunstancia imprevista. Me aseguró que no habría nada imprevisto, y que necesitaba dejar de creer que las cosas eran demasiado buenas para ser verdad. Pasó mucho tiempo asegurándome que todo iba a estar bien.

A finales de la semana, lo oí jugar en la cocina.

—¿Qué estás haciendo? —Se encontraba vestido, listo y esperando a que me levantara.

Puso un croissant de chocolate y un café con leche de Starbucks en frente de mí. —Buenos días, cariño. Estaba tan emocionado que no podía dormir.

Me senté en la mesa rodeada de cajas. —¿Emocionado por qué?

—No te puedo decir. —Se veía animado—. Tengo que mostrártelo, pero no podemos ir hasta las nueve.

Mordí la masa. —¿No son los mejores? —dijo él.

—¿Has comido uno?

—Sí. —Para ese momento se encontraba en el mostrador comprobando el azúcar en su sangre—. Santo cielo —dijo y luego tomó su lápiz de insulina. Se inyectó y luego se sentó a mi lado en la mesa. Todavía parecía un poco hiperactivo, pero luego lo desanimé tan pronto como abrí la boca.

—¿Te preocupa que tus hijos hereden la enfermedad?

—¿Nuestros hijos?

—Sí.

—¿Te preocupa, Kate?

—Tú eres el que vive con eso. ¿Debería preocuparme?

—Si Dios no lo quiera uno de nuestros hijos lo hereda, entonces sería capaz de ayudarlo a aprender a vivir una vida bastante normal. A pesar de que mis padres no lo tenían, todavía eran capaces de ayudarme a vivir el estilo de vida más saludable posible. Pero si eso te asusta demasiado, entonces podemos adoptar. Creo que de todos modos deberíamos hacerlo. Quiero una gran familia.

—Creo que también quiero una gran familia, y no estaré asustada si tú no lo estás. Confío en ti.

—Está bien. —Se inclinó y besó mi nariz—. Ahora, ¿cuál es el plan para esta noche?

—Le dije a Dylan y Ashley que, si tú estabas de acuerdo, nos encontraríamos en la azotea a la medianoche, beberíamos champán, y golpearíamos ollas y sartenes, o lo que sea.

—Suenan perfecto.

Después de ducharme y vestirme, tomamos un taxi y nos dirigimos a la exclusiva zona de Gold Coast. Nos detuvimos frente a un edificio que parecía ser propiedad de Oprah. Jamie me llevó a través del vestíbulo hacia el ascensor. Insertó una clave y pulsó el botón para el ático. Entramos en un pasillo vacío y caminamos hasta que estuvimos en una enorme habitación tipo desván con ventanas desde el piso al techo con vistas al Lago Michigan. Los suelos eran de una madera dura, cálida y acogedora. A pesar de que el espacio se hallaba vacío, se sentía bastante hogareño. Tal vez era porque podía ver gran parte de mi querida ciudad, o tal vez porque Jamie se encontraba conmigo.

—Así que, ¿quieres comprar este lugar?

—¿Si quiero comprarlo?

—Sí.

—No.

—¿Entonces, qué?

Me miró con las manos metidas en los bolsillos. Se encogió de hombros y luego se balanceó un par de veces sobre sus talones.

Entrecerré los ojos, con el ceño fruncido. —¡Tú! ¿Ya lo compraste?

—Bingo. —Sonrió, y oh, ese maldito hoyuelo.

—¿Para mí? —chillé.

—Ajá. Bueno, para nosotros, tontita.

—Oh, Dios mío, ¿cuánto costó?

Frunció los labios. —No mucho, y de todas formas, necesito la inversión.

—¿No mucho para el estándar de quién?

—Katy, detente, en serio. Es un desván increíble que será el lugar perfecto para que puedas leer y escribir. Ven a ver. —Lo seguí a través de una cocina increíblemente limpia y ultra moderna, hasta una escalera abierta y altillo forrado de estanterías. Había una gran ventana en el desván con la misma vista magnífica hacia el lago. Me sentía fascinada. No podía apartar los ojos del agua. El contorno blanco de la nieve y el hielo acumulado en la orilla se reflejaba tan intensamente que tuve que entrecerrar los ojos. Estaba inusualmente caluroso para esta época del año. Me imaginé la nieve derritiéndose en brillantes aguas tranquilas.

—Es hermoso. —Me volteé y vi que me observaba.

—Ahora lo es —respondió.

Sonreí de oreja a oreja. —¿Deberíamos bautizarlo?

Caminó hacia mí, agarró mi cuello, me besó profundamente, y luego murmuró en mi oído—: Katy, chica sucia.

Agarré su trasero. —¿Y bien?

Se apartó y respiró hondo. —Lo siento, cariño. Necesito comer. Me siento un poco débil. —Jamie nunca se quejaba de su diabetes, y debido a eso no era tan consciente de su impacto en nuestras vidas. Se decidió a no usar una inyección de insulina, por lo que sabía que era prudente. Ejercitarse haría que el azúcar en su sangre bajara aún más.

Pasé los dedos por el pelo en su nuca y lo miré a los ojos. Me abrazó por la cintura. Ladeé la cabeza y me quedé mirándolo distraídamente.

—¿Qué? —preguntó.

—Tengo una barra nutritiva en mi bolso. ¿La quieres? —Sonrió amablemente y asintió—. Te amo, Jamie. Gracias por esto. Es lo más bonito que alguien ha hecho por mí.

—También te amo.

Empezamos a movernos muy gradualmente en un círculo, abrazándonos entre sí, bailando lento con el sonido de nuestros corazones latiendo.

¿Recuerdas jugar al escondite cuando eras un niño? Podías alejarte a toda velocidad de la persona que debía “buscar”. Cada vez que jugabas, pensabas que habías encontrado el mejor escondite. Te sentarías, temblando por la anticipación, porque a pesar de que el objetivo del juego era todo lo contrario, lo único que querías era que te encontraran. Querías ser encontrado por el que debía “buscar”. Durante meses, estuve escondiéndome. Me alejé tanto y me escondí tan bien que pensé que nadie me encontraría, pero entonces él lo hizo.

Andaba medio dormida hasta que él entró en mi vida. Ahora sabía que era cierto lo que decían: el amor no te puede ser arrebatado porque te cambia. Me desperté cuando conocí a Jamie. El mundo se hizo más fuerte, loco, emocionante y dolorosamente hermoso.

—¿Crees que será así siempre?

—Creo que habrá momentos en los que tendremos que trabajar en ello. —Hizo una pausa—. Estoy dispuesto a hacerlo hasta el día que me muera si eso significa que conseguiré abrazarte así.



En nuestro camino de regreso a mi apartamento, le di a Jamie una buena risa cuando preguntó si iba a darle el beso que siempre quiso en la Víspera de Año Nuevo.

—Bueno, no voy a besar a Dylan, no es que él sea un mal besador.

—¿Cómo lo sabes? —Parecía sorprendido, pero seguía sonriendo.

—Un día, Dylan y yo fuimos a la lavandería del sótano, entramos y vimos a Stephen besándose con una chica. Seguía en la fase

“¡Pobre de mí!”, claro está. De todos modos, Dylan sintió pena por mí, así que me presionó contra la pared y me besó en frente de la rubia tonta y Stephen. Hizo un buen espectáculo.

Jamie agarró su corazón, riéndose histéricamente. —Estás bromeando.

—No, lo juro por Dios.

Negó con la cabeza. —Qué buen chico.

—Absolutamente.

—Pero será mejor que mantenga las manos lejos de ti.

—No creo que haya que preocuparse por eso.

Más tarde esa noche, después de besar a Jamie en la azotea y brindar por el nuevo año con Dylan y Ashley, nos tumbamos en la cama a las doce con diez minutos. Me desperté un par de horas más tarde para descubrir que Jamie no se encontraba en la cama. Lo encontré en la sala de estar, balanceándose de un modo desorientado.

—Jamie, ¿buscas el medidor?

Por un instante, cuando levantó la vista hacia mí, parecía que no me podía reconocer, y luego finalmente habló. Sonaba como un niño asustado. —¿Katy?

Me acerqué y lo llevé al sofá. —Sí, cariño, estoy aquí.

—Siento náuseas.

—Déjame encontrar tu medidor. —Me levanté y lo encontré inmediatamente en el mostrador. Corrí hacia él y anduve a tientas con las lancetas durante unos segundos, hasta que finalmente pinché su dedo y puse la sangre sobre la pestaña del medidor, en la cual decía un nivel de veinte—. Está muy baja, cariño. Espérame. —Corrí a la cocina y serví jugo de naranja en un vaso y luego se lo llevé. Parecía muy débil cuando lo tomó.

—Estoy bien, Katy.

—Necesitas comer. —Fui a la cocina y lancé galletas, frutos secos, una barra de cereal, un plátano y un poco de queso en un plato. Me tomó menos de treinta segundos. Se lo llevé y me di cuenta que ya se veía un poco más lúcido.

Se echó a reír. —¿Qué es todo esto?

—No sabía cómo te sentirías.

—Eres adorable.

—¿Te ocurrió esto alguna vez, cuando estabas solo?

—Si me sentía mal en la noche, me despertaba. Mantenía el medidor junto a mi cama. Creo que debe haber sido la combinación de la larga jornada y luego el champán. Me alegro de que estés aquí contigo.

—También yo.

Después de comer y medir el azúcar en su sangre de nuevo, se quedó dormido en el sofá con la cabeza en mi regazo. Me senté allí durante parte de la noche, sin poder dormir. Pensé en Jamie y yo juntos, yendo a Napa, casándonos, formando una familia, y volviendo a Chicago de vez en cuando. Comenzó a ser imposible imaginar mi vida sin él. El final de mi libro fue el comienzo de mi vida. Era la historia de nosotros, y cómo llegamos a ser. Lo que comenzó como un viaje para una chica que se mantenía oculta en la oscuridad, se convirtió en la historia de dos almas conectadas, dirigiéndose hacia la luz. No podía saber exactamente lo que el futuro nos depararía o en qué lugar del mundo íbamos a estar, pero sabía que nada de eso importaba porque éramos una parte del otro. No había ningún otro lugar excepto aquí, siempre y cuando estuviéramos juntos.

Por la mañana, Jamie me preguntó sobre el control de natalidad. No habíamos hablado de ello, y supuse que me lo dejaría a mí. Tenía una idea de su posición sobre el asunto.

—No he estado usando nada. ¿Debería?

—No —fue todo lo que dije. Entrecerró los ojos con curiosidad, y me lanzó una pequeña sonrisa antes de bajar su mirada a la revista.

Jamie alquiló un auto y decidimos hacer un viaje por carretera de vuelta a Napa para tomar algunas de mis pertenencias. Movimos todo lo demás de mi lugar al nuevo apartamento precioso que compró, y luego nos fuimos de Chicago. Teníamos la esperanza de que fuéramos a ver a todos en nuestra boda en la primavera.

Llegamos a conocernos de toda forma posible mientras nos dirigíamos al sur de California antes de volver al Valle de Napa. Nos alojamos en un lindo hotel en el centro de San Diego con vistas a la hermosa bahía, cerca de East Village. Nos detuvimos en un

restaurante llamado “La Estrella del Vaquero”. Jamie fue al baño mientras yo me sentaba en el bar. Pedí un martini llamado Mae West de su menú de cócteles, y luego de unos momentos sentí a alguien detrás de mí, pidiendo un vaso de vino Lawson Pinot. Me di la vuelta y le sonreí. —Una buena elección, marinero.

Se sentó en el taburete junto a mí y me tendió la mano. —Soy Jamie.

—Kate —dije, mientras le daba la mano.

—Es un placer conocerte. —Ladeó la cabeza muy ligeramente.

—Es un vino muy sexy el que ordenaste.

—Estoy de acuerdo. Sé un poco sobre ello. Soy R.J. Lawson.

—Fuera de aquí. —Le pegué en el brazo.

Se echó a reír. —No es ninguna mentira.

—Pero dijiste que te llamabas...

—Jamie. Eso es correcto. Así es como me llaman mis amigos.

—Jamie, ¿eh? ¿Así que somos amigos?

—Me gustaría serlo. —Su mirada se posó en mi boca.

Tomé un sorbo de mi martini y me esforcé mucho por evitar sonreír. —Bueno, soy Kate Corbin. Solía ser reportera de un periódico, y habría matado por una exclusiva contigo.

—Suenas bastante agresiva, Kate, pero qué demonios, soy exclusivamente tuyo. pregunta lo que quieras.

—Dije que *solía* ser una reportera.

—Oh. ya veo. ¿Qué haces ahora?

—Estoy escribiendo un libro, en realidad, y me vendría bien un poco de inspiración.

—¿Y cómo podría ayudarte?

—Por qué no me dices algo sobre ti mismo que no voy a encontrar en Wikipedia. Como, ¿qué será lo próximo para ti?

—¿Qué será lo próximo para mí? Mmm... ¿sólo una cosa?

—Sí, por qué no.

—Bueno, espero que por algún milagro casual termine en la cama con un ángel esta noche.

Mirándolo fijamente, negué con la cabeza. —Parece imposible, y de todos modos, ¿qué tiene eso de divertido? Los ángeles son tan puros.

—Está bien, tal vez un ángel levemente travieso.

—¿Qué vas a hacer con ella?

Arqueó las cejas, se inclinó y susurró—: ¿Te gustaría un adelanto de lo que le haría?

—¡Sí! —Prácticamente grité. Mi corazón latía, y podía sentir el inicio de ese dolor palpitante entre mis piernas.

Negó con la cabeza muy lentamente. —No, nos acabamos de conocer. Creo que hay que tomarlo con calma.

—¿Qué? —chillé.

—Sí, es decir, eres una completa desconocida y una reportera por si fuera poco, no podría contarte mis pensamientos y sentimientos más íntimos. no lo sé, parece un poco imprudente.

—¿Así es como quieres jugar? —dije antes de beberme todo mi martini en dos tragos. No respondió. Sólo me miró mientras revisaba mi teléfono, luego metí la mano en mi bolso y tomé un billete de diez dólares. Lo tiré en la barra, le hice un gesto al barman, y salté de mi taburete.

—¿Qué haces?

—Ya me voy. Espero que encuentres a tu ángel. —Le guiñé un ojo.

Me siguió todo el camino de vuelta al hotel y luego se puso delante de mí para abrir la enorme puerta de vidrio.

—Señora.

—Señor, ¿está siguiéndome?

Caminó a mi lado hacia el ascensor. —Te estoy acosando —dijo de manera casual—. Voy a acosarte por el resto de mi vida.

Entramos y las puertas se cerraron. —Suena terrorífico.

Me empujó contra la pared y trató de besarme, pero esquivé su rostro. Nos echamos a reír. —Por el amor de Dios, déjame besarte.

—No beso en la primera cita.

—Te acostaste conmigo de dieciocho maneras diferentes en nuestra primera cita.

Las puertas del elevador se abrieron y me apresuré a salir. —Esa no fue nuestra primera cita.

—De acuerdo, qué tal esto, fuiste a nadar desnuda conmigo cinco horas después de que me conociste.

—¿Qué estás tratando de decir?

—Soy encantador.

—Tienes un ego enorme —le dije mientras deslizaba la llave electrónica en la puerta y la empujaba para abrirla.

—Me gusta cuando eres una provocadora.

Encendí las luces cuando la puerta se cerró detrás de Jamie. Tiré mi bolso y abrigué en una silla, y puse mi mano en mi cadera. —Está bien, entonces voy a ser una provocadora más a menudo.

—Estoy mintiendo, realmente no me gusta cuando eres una provocadora. Ahora, desnúdate —dijo mientras se sacaba su ropa.

Obedecí.

Seguíamos desnudos en la mañana, cubiertos hasta el cuello con las sábanas. Nos encontrábamos en nuestros costados, uno frente al otro y sonriendo como dos niños enfermos de amor. —¿Sabes lo que encuentro divertido?

—Dime.

Frunció el ceño, luego habló con una voz dura y profunda—: Verte retorcer. —Se rió maniáticamente y luego se metió debajo de las sábanas.

—¡No me vas a hacer cosquillas! —protesté.

Me giró con fuerza así me encontraba sobre mi estómago, y luego me mordió el trasero.

—¡Auch!

Por debajo de las sábanas, lo oí murmurar—: Oh, lo siento, nena. — Apartó las sábanas, me agarró por los brazos y los forzó por encima de mi cabeza. La luz de la ventana brillaba incandescentemente a través de la cama. No se movió durante unos segundos, se sostuvo sobre mí mientras sostenía mis manos. Mi cara descansaba lateralmente en la almohada así que apenas podía verlo en mi visión periférica—. ¿Te estoy lastimando?

—No, ¿pero qué estás haciendo?

—Mirándote.

—¿Mirando mi culo?

—Todo de ti. Tus hombros y el cabello tocando tu espalda. Estoy viéndote presionar tus pechos contra la cama. —Hizo una pausa—. Voy a chuparlos pronto, para que lo sepas.

Me reí en la almohada. —Estoy empezando a sentirme un poco vulnerable y cohibida aquí.

—¿Por qué? Eres hermosa, Kate. Tienes un cuerpo hermoso —dijo con un tono serio, y luego se rió—. Y un culo muy bonito. —Me mordió el trasero de nuevo.

—¡Alto! Me estás volviendo loca.

—¿Lo estoy? Sólo estoy mirándote, a lo que es mío.

—Escucha, marinero, no te pertenezco. No soy tuya.

—Tienes razón, no me perteneces. —Se inclinó para murmurar en mi oído—. No quiero ser tu dueño, pero tú eres mía. Eres mía por tanto tiempo como me dejes amarte. —Soltó mis brazos y luego me dio vuelta sobre mi espalda. Sonriendo, dijo—: ¿Puedo besarte ahora?

No esperó por una respuesta.



El día estuvo soleado cuando llegamos a la bodega. Fuimos recibidos por Susan y Guillermo, y una Chelsea muy emocionada. Descubrí que Susan ya había comenzado a planear la boda y los arreglos de viaje para mi familia y amigos en Chicago. Realmente era como una madre para Jamie, alguien que sentí que siempre sería una parte importante de nuestras vidas. Sus hijos ya crecieron, y aunque a menudo se hacía la dura, sabía que por dentro era una persona suave, amorosa y cálida que le daba un gran valor a la familia.

Nos instalamos en nuestra vida en el granero. Jamie dijo que deberíamos dejar de llamarlo granero y empezar a llamarlo hogar. Lo amaba por ese espíritu. Me construyó una habitación para escribir, con una ventana que daba al viñedo. Pasé la mayor parte de mis días escribiendo allí, a veces miraba y sentía que mi vida no podía ser real. Me sentaba allí y veía a Jamie interactuar con los otros trabajadores, u operando alguna enorme máquina, o simplemente parado entre el mar de viñas, mirando hacia el cielo y maravillándose por su propia vida, de la misma manera que yo.

Sólo Bob me envió en un increíble viaje este año, y no lo culpaba por haberme hecho creer que debería estar cerrada al amor. Le agradecí por mostrarme el contraste. Es difícil saber cuán verde es la hierba si nunca has estado del otro lado de la valla. Ese es el punto, ¿no? A veces pensaba que si estuviera predicando en la línea L para mí misma hace un año, simplemente me diría: “Vive tu maldita vida, Kate, y permítete encontrar el amor”. Pero luego me doy cuenta que no es el tipo de consejo que las personas aceptan y entienden. Todo el mundo piensa que están viviendo.

Esto es lo que realmente diría: “Deja tu vida. Deja a todos los que amas, todos los cuidados, cada esfuerzo, cada compromiso. Vive solo. Comprende lo que se siente el saber que tienes un paro cardíaco, atragantarse con un trozo de perro caliente, electrocutarse, nadie te encontrará. Te pudrirás. Nadie te llorará. Imagínate esta sensación inquietante en tus pensamientos por el resto de tu vida. Te marchitarán y desaparecerás, y un extraño se hará cargo de tus cosas y de tu entierro, y puede que ni siquiera consigas una placa con tu nombre. Imagina eso, vívelo, permítete creer que deberías estar solo, y luego regresa con la gente que te ama”. Eso es lo que predicaría. Ese es el reto que me gustaría presentar. La gratitud es la calidad de ser agradecido y la disposición para mostrar su agradecimiento a cambio. En mi viaje, descubrí lo que se siente vivir. Vivir es estar agradecido.



El cielo estaba despejado y más hermoso de lo habitual el día de nuestra boda. Jamie se veía magnífico en un traje negro sobre una camisa blanca. Lo vi de pie bajo un arco de hierro, a la espera de comenzar la ceremonia. Me escondía detrás de la enorme carpa colocada para la recepción, pero podía ver a través de una abertura que los asientos comenzaban a llenarse a ambos lados del pasillo. No teníamos una fiesta de bodas, pero invitamos a todos los adultos que conocíamos. Susan, Guillermo, el chef Mark y sus familias se

encontraban allí. En mi lado, todos mis nuevos parientes y sus parejas. Incluso mis abuelos recién adquiridos y mi madrastra estaban allí. Vi a Jerry y Beth, y sonreí muy amplio cuando vi a Dylan y a Ashley tomar asiento.

Observé a Jamie por varios minutos. A veces puedes aprender aún más acerca de alguien observándolo desde lejos. Las mangas de su camisa se hallaban arremangadas y su cabello despeinado. Era absolutamente adorable, sonriendo a todos los invitados. Podía ver la emoción recorriéndolo, y me di cuenta que se emocionaba por la cantidad de invitados que vinieron de tan lejos a California por nosotros.

La ceremonia iba a ser un asunto casual, al atardecer, esa mágica hora en la que el sol se ponía detrás de las colinas, pero el cielo todavía brillaba constantemente. Dejé mi cabello suelto en ondas suaves contra mi espalda. Mi velo iba unido a una corona hecha de flores silvestres, y mi ramo era una mezcla de margaritas y amapolas. Llevaba un vestido de época con encaje y satén blanco, y maquillaje muy natural. Quería casarme con Jamie puramente, tal como éramos, del mismo modo en que nos veíamos.

—Hay algunas cosas que necesito decir antes de que camines por ese pasillo.

Me di la vuelta para ver a Paul, mi padre, luciendo apuesto como siempre, en su traje negro. —Hola, papá.

—Hola, cariño. En primer lugar, Jamie es un hombre afortunado. Eres hermosa, inteligente y mereces ser apreciada por el resto de tu vida. Si no estás cien por ciento segura de que Jamie será capaz de hacer eso, entonces te sacaré de aquí en diez segundos. Simplemente di las palabras. Todavía hay tiempo —dijo en el tono más pragmático.

Ambos nos reímos. —Estoy segura, papá.

—De acuerdo, bien. Lo siguiente es que si no estás cien por ciento segura de que estás completamente enamorada de Jamie ahora y siempre, entonces voy a hacer lo mismo... te sacaré de aquí. Ese es mi trabajo, si surge la necesidad.

—No necesitas hacer eso. Estoy segura de lo que tenemos.

Asintió. —Bien, ahora, en cuanto a ti y a mí, quiero hacerte la promesa de que estaré aquí para ti, sin importar qué, hasta el día que me muera. A pesar de que conociste a tu marido antes que a tu padre, esto no significa que no sigas siendo mi bebé, y haría cualquier cosa para protegerte.

—Lo sé —dije y luego le di un beso en la mejilla.

—Tienes que prometerme algo.

—Sí.

—Cuando termines de pulir ese manuscrito, me lo enviarás a mí primero.

—Lo prometo.

—Bueno, ahora tenemos que asistir a una boda. —Me ofreció su codo y sin vacilar entrelacé nuestros brazos. Vi a Jamie en el momento en que di vuelta a la esquina. Había una luz mágica en sus ojos cuando entré caminando por el pasillo. Me miró con asombro y sorpresa hasta que lo alcancé, entonces me sonrió tan maravillosamente que hizo que mis piernas temblaran. No hubo ninguna palabra, sólo un intercambio silencioso entre mi padre y Jamie, dos sonrisas cordiales y un apretón de manos.

Tomó mi mano entre las suyas, mientras dábamos la vuelta hacia el sacerdote. En voz baja, me dijo—: Estás aún más hermosa de lo que imaginaba. ¿Cómo es eso posible?

Me esforcé mucho por no inclinarme y besarlo. En su lugar, le apreté el brazo y en voz baja dije—: Gracias.

Nuestra ceremonia fue como estar en una burbuja. Sabía que nuestros seres queridos nos miraban, pero fuimos capaces de desconectarnos del mundo y concentrarnos en nosotros. Me di cuenta cuando leímos nuestros votos que Jamie se sentía de la misma manera, como si fuéramos los únicos en el mundo.

—Katy, mi ángel. Desde el día que te conocí, me he estado enamorando de ti, y me comprometo a nunca dejar de hacerlo. No hay otro lugar en el mundo en que preferiría estar si no es a tu lado. En ningún lugar más que aquí me siento más completo y original. Te prometo que haré lo mejor por ti y nuestros hijos. —Tragó saliva y sus ojos empezaron a aguarse—. Te prometo que estas manos te sostendrán con pasión, amabilidad, calidez y respeto todos los días

por el resto de mi vida. — Nunca había visto a un hombre lucir tan fuerte y sensible al mismo tiempo. Mis labios comenzaron a temblar y mis ojos se llenaron de lágrimas. Apretó mis manos, animándome a decir mis votos.

—Jamie, tú eres mi luz. Cuando te encontré, por fin pude ver las hojas de los árboles y los intrincados detalles en la tela. Finalmente pude oír a los pájaros llamándose mutuamente. Finalmente me sentí viva. Me desperté cuando te conocí, y me has dado más de lo que te puedes imaginar. Me comprometo a nunca dar por sentado el amor que existe dentro de nosotros. Voy a estar junto a ti, sin importar qué, y estaré agradecida. Te daré todo lo que tengo dentro de mí por todos los días de mi vida.

Sin permiso, nos besamos. Hubo un par de momentos en ese beso donde perdí la pista de dónde estábamos. Sus labios eran tan suaves, pero decididos. Cuando finalmente se alejó, dijo—: Te amo. —Como si fuera la primera vez que lo hubiera dicho.

Sonreí. —También te amo. —En ese momento, finalmente me di cuenta de los invitados, ya que comenzaron a aplaudir. Mi hermana Skylar golpeó la primera nota en el piano, lo que nos obligó a caminar por el pasillo y hacia la carpa. Caminamos de la mano, saludando a todo el mundo y sonriendo. Había una energía tan fuerte entre Jamie y yo.

Nuestra recepción era íntima y romántica. La tienda se encontraba bordeada con luces blancas. Cada una de las largas mesas de granja tenía girasoles y otras flores silvestres en jarrones ubicadas en el centro. La comida era impecable, por supuesto, gracias al chef Mark, quien había contratado a los mejores. Dejé el entretenimiento a Jamie, así que estuve un poco sorprendida cuando no vi a ningún DJ. Skylar tocó para nosotros durante la cena, y luego justo antes de la hora de cortar el pastel, me giré hacia Jamie. —¿Cuál es el entretenimiento?

Sin rastro de humor, dijo—: Karaoke, por supuesto.

—¿Es una broma? —En realidad me sentía un poco molesta.

—Estoy bromeando. No haría eso. El entretenimiento es mi regalo de boda, y es una sorpresa. —Sonrió.

—Oh, voy a darte tu regalo más tarde. —Le guiñó un ojo.

—Más te vale. Tenemos que consumir este matrimonio, sabes.

—Oh, creo que ya hemos cubierto eso.

Frunció el ceño. —¿Quieres decir que no vamos a... en nuestra noche de bodas?

—Podemos, pero ese no es mi regalo.

—Vas a hacer que me vuelva loco pensando en ello.

Después de que cortamos el pastel, me di cuenta que alguien comenzó a colocar los instrumentos en un pequeño escenario al final de la carpa.

Dos personas subieron al escenario, y cuando me acerqué, reconocí que era Mia y Will Ryan, un par músicos que seguía desde hace algunos años. Tenían a sus dos hijos pequeños sentados en la parte delantera del escenario, sus pequeñas piernas colgando sobre el borde. Uno tenía una pandereta y el otro una especie de maraca. Will habló en el micrófono.

—Buenas noches. Mi familia y yo nos sentimos honrados de ser parte de este día —habló claro y con confianza mientras hacía contacto visual con nosotros. Mia lo miró con la más tranquila y cariñosa sonrisa—. Existir en el alma del otro con tanta fuerza que estás atado pero sin ataduras físicas es la mayor señal de amor, y Jamie y Kate tienen la suerte de estar bendecidos con ella. —Levantó una copa de champán, igual que el resto de los invitados—. Porque el cielo pueda estar aquí en la tierra con ustedes siempre. ¡Por Jamie y Kate!

Todo el grupo gritó—: ¡Por Jamie y Kate! —Y tintinearón sus copas junto con nosotros. Nos besamos, luego Mia se dirigió al piano, Will tomó su guitarra, e inmediatamente se sumergieron en una alegre canción original. Alguien tocaba los bongos y el otro músico tocaba el bajo. Los niños pequeños jugaban con sus instrumentos en la parte delantera del escenario, como si lo hubieran hecho un millón de veces. Era un verdadero asunto familiar. Jamie me tomó en sus brazos, me dio la vuelta, me inclinó, y luego me besó muy seriamente.

—¿Qué piensas? —dijo después de recuperar el aliento.

—Estoy realmente sorprendida. ¿Has tenido que pagar para traerlos aquí?

—Se encontraban en la costa oeste y requirió de muy poco convencimiento. Son realmente buenas personas.

—Bueno, esto es increíble.

Me miró fijamente, hipnotizado. —Me gusta esto —dijo, señalando la corona de flores que sostenía el velo—. Realmente eres mi ángel, ¿verdad?

—Voy a ser lo que quieras que sea, Jamie Lawson. Estoy tan enamorada de ti. —Después de que Mia y Will terminaron su serie de canciones, nos despedimos de ellos y luego del resto de los invitados. Jamie parecía muy ansioso por volver a nuestra pequeña casa en el granero.

Caminamos de la mano a través de la viña oscura hasta que llegamos a la única luz en la puerta de nuestra casa.

—Aquí vamos —dijo mientras me levantaba en sus brazos. Una vez dentro, me besó cerca de nuestra cama, un beso muy tierno y amoroso. Tomó mi velo y lo dejó a un lado mientras pateaba sus propios zapatos. Abrió la cremallera de mi vestido lentamente y con cautela. Llevaba un conjunto de seda y encaje blanco por debajo—. Guau, este es aún mejor que el vestido negro. —Lo ayudé a quitarse su ropa y luego me maravillé al verlo en toda su gloria desnuda. Había una luz cálida, suave y brillante perfilándolo. Toqué sus anchos hombros y brazos definidos. Me besó en la boca y bajó hasta que me besaba a través de la seda, a un costado de mi cadera.

—¿Jamie? —dije en voz baja.

Se encontraba de rodillas en ese punto conmigo frente a él. Sus manos viajaron hasta la parte posterior de mis piernas y lentamente bajó mis bragas de encaje. Entre besos a través de la seda, dijo—: Sí, ¿qué pasa?

—Quiero contarte sobre tu regalo.

Todavía no levantaba la mirada. Me empujó para sentarme en el borde de la cama y luego empezó a besar un sendero hasta mi muslo interno. —Está bien, cuéntame, nena —susurró.

—Vas a ser papá.

Dejó de besarme y me miró. Había tanto amor en su expresión. Me habría gustado poder embotellarlo. —¿En serio? —Rápidamente las lágrimas llenaron sus ojos.

Sonreí y comencé a llorar. —Sí. Vamos a tener un bebé.

Se puso de pie, tomó el dobladillo de mi vestido, y lo quitó por sobre mi cabeza, luego nos trasladó a la cama. Me besó por todos lados, se detuvo cerca de mi estómago y habló en voz baja—: Te amaba antes de que existieras, y te amaré después de que haya muerto. —Sentí una lágrima golpear mi vientre. La besó para limpiarla y luego me miró—. Gracias. Estoy más feliz que nunca.

—Yo también —susurré.

EPÍLOGO

Jamie

*Traducido por Mel Cipriano
Corregido por Meliizza*

Susurros, así es como ella los llama. Son señales, sonidos, o pequeños recordatorios que te hacen saber que hay algo más grande que nosotros por ahí fuera. Que hay una fuerza que trabaja duro para hacer las cosas bien en el universo. Eso es lo que dice, de todos modos. Los susurros se le aparecieron en un sueño. Creía que su destino venía anticipado y que tenía que seguir estos susurros o escuchar lo que algún gran poder le decía que debía hacer.

Nunca se lo he dicho, pero sé que el sueño era una manifestación de algo que se encontraba vivo en Katy desde el principio. Venía de ella. Era el deseo que todos tenemos de amar y ser amados. Es lo que nos permite enamorarnos y tener el corazón roto una y otra vez. Tal vez la fuerza de la que habla es una energía colectiva difundida por toda la humanidad que simplemente dice: ámense unos a otros, luchen por los otros, cuídense entre sí. Sé que he luchado contra el miedo, al igual que ella. Necesitaba tanto sentir esa fuerza que no pude defenderme. La atracción hacia Kate fue como si un mundo propio existiera alrededor de nosotros, girando con tanta fuerza que la gravedad nos obligaba a permanecer en el centro, juntos, en los brazos del otro, en nuestras almas.

Katy existe en mi alma ahora, y no puede irse. Si había susurros en mi vida, entonces eran fuertes y claros. Mis susurros eran gritos que resonaban en el pequeño auto de alquiler. Me atravesaban con la fuerza de mil soles, y nunca dejaban de hacerlo, una y otra vez. Todavía no ha dejado de atravesarme.

Lo sé ahora, mientras la observo desde el otro lado de un campo de parras. Me quita el aliento. Sostiene a nuestra niña, Charlotte, levantando los ojos hacia el cielo y tomando el sol. Cada día son un poco más hermosas que el anterior. Me quedo mirándola en su vestido de verano blanco por unos momentos. Charlotte también viste de blanco, y me doy cuenta que sí existe el cielo en la tierra. El viento golpea la parte trasera de mi cuello, empujándome suavemente en su dirección. Me ve y sonrío serenamente mientras acuna a nuestra niña. Cuando llego, tomo a Charlotte en mis brazos. Ella balbucea entre pequeñas risitas.

—Algún día vas a romper mi corazón, pequeña, ¿sabes eso? —Su pequeña sonrisa hace que mi corazón literalmente deje de latir—. Todo va a valer la pena.

Kate y yo sabemos que no hay luz sin oscuridad —no hay alegría sin dolor— pero nos prometimos, a pesar de todo, que siempre elegiríamos estar aquí, viviendo el momento juntos. Y creo que eso es realmente el amor.

Susan toma con gusto a Charlotte y la lleva a dar una vuelta. Sigo a Kate hasta nuestra casa y tomo su mano. Se da vuelta. Sonrío con descaro. —Oí un susurro, Kate. Me dijo que tengo que llevarte a la cama en este instante.

Me pega en el brazo. —¿Podrías parar con eso?

—Tengo que escuchar los susurros. —Me inclino, la tiro por encima de mi hombro y luego camino a nuestra cama, con ella riéndose todo el camino.

SOBRE EL AUTOR



Renée Carlino es guionista y autora más vendida de novelas románticas para mujeres y ficción new adult. Vive en el sur de California con su esposo y sus dos hijos. Cuando no se encuentra en la playa con sus hijos o trabajando en su próximo proyecto, le gusta pasar el tiempo leyendo, yendo a conciertos y comiendo chocolate negro.

NOTAS

[← 1]

Método utilizado para cultivar plantas utilizando disoluciones minerales en vez de suelo agrícola.

[← 2]

Se refiere al rostro de la compañía The Verizon, que destaca por el tipo de anteojos que utiliza.

[← 3]

El Jefe Illiniwek es la mascota oficial de la Universidad de Illinois, pero fuera del estado la gente los nombra solamente como Jefes.

[← 4]

Vagabundo, en español. Canción de Otis Redding & Carla Thomas.

[← 5]

Las benzodiazepinas son medicamentos psicotrópicos con efectos sedantes, amnésicos y relajantes musculares. El Ativan y el Xanax son derivados.

[← 6]

Se cambió MERRY (feliz) por MARRY (casarse).